

Martin Österdahl

**DIEZ  
SUECOS  
HAN DE  
MORIR**



PLAZA  JANÉS

MARTIN ÖSTERDAHL

# DIEZ SUECOS HAN DE MORIR

Traducción de  
Carmen Montes

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*Para mi madre, Margareta*

*El cuarto de nuestra Mara  
está lleno de cunas menudas.  
Al mover la primera,  
se mecen todas a una.*

## PRÓLOGO

El capitán Liomkin contempló la sala de control. A su alrededor se apretujaban tantos hombres como cabían de los ciento siete de que se componía la tripulación del submarino, unos sentados en cuclillas, otros subidos en los bancos, algunos de pie en el suelo.

—Serguéi —dijo Liomkin—. Ha llegado a nuestros oídos que un día serás almirante de la armada rusa, ¿es eso cierto?

—¡Sí, mi capitán! —respondió Serguéi sin dudar.

El camarada que tenía al lado le dio una palmadita en el hombro.

—Sí, tu mujer me pareció muy convincente cuando me la encontré en el club de oficiales de Vidiáyev una oscura noche del pasado diciembre.

Los hombres soltaron una risotada. Serguéi meneó la cabeza sonriendo.

—Por eso, futuro señor almirante, el día de hoy es un paso importante en tu vida. Empecemos.

Liomkin le dio a Serguéi una jarrilla de latón y empujó un martillo oxidado que colgaba del techo, de modo que este comenzó a oscilar de un lado a otro como un péndulo.

—Adelante.

Serguéi sostuvo la jarra delante de la boca. Liomkin vio cómo el joven marinero paseaba la mirada por las caras de los presentes. Todos lo miraban esperanzados: ojos fuertes e inteligentes, sonrisas alentadoras. El propio Liomkin superó ese mismo rito de iniciación la primera vez que sirvió en un submarino.

«Hermanos. Amigos para toda la vida.»

Serguéi iba a incorporarse a la Flota del Norte, y a la invencible e insuperable tripulación de aquel submarino. Los hombres que lo rodeaban habían sido seleccionados por su competencia, pero también por su capacidad de mantenerse unidos y de trabajar juntos durante largos períodos de tiempo en un espacio reducido a una gran profundidad bajo las aguas del mar.

—Hoy me convertiré en miembro de la tripulación del submarino —comenzó Serguéi—. Beberé agua del mar de Barents, recogida a ochenta metros de profundidad, de un solo trago y sin respirar.

Echó una mirada a su capitán.

Liomkin asintió animándolo a continuar.

—Lo hago para que todo sea favorable.

Serguéi cerró los ojos, se llevó la jarrilla a los labios y dejó que el agua helada le bañara la garganta. Una vez vacía, abrió los ojos y la plantó delante del capitán.

Luego se volvió hacia el martillo que colgaba del techo. Dobló las rodillas y se inclinó hacia delante. Al son del clamor del júbilo y los aplausos del resto de los hombres dejó que el martillo le diera en la boca, con un beso que culminaba la entrada en uno de los círculos militares rusos más míticos y heroicos.

Una vez completado el rito de iniciación, un oficial de comunicaciones se acercó a Liomkin.

—Capitán, hemos recibido órdenes de emerger para recibir más información por hidroteléfono.

¿Qué pasaba ahora?, pensó Liomkin. ¿Nuevas directrices, estando tan próximo el inicio de las maniobras militares? Miró el reloj de pulsera. El rito se había prolongado unos minutos más de lo habitual, pero era importante para la moral a bordo. Ya no quedaba mucho margen de tiempo antes de que



los hombres ocuparan la cámara de torpedos. El poco profesional liderazgo del alto mando de la flota había impregnado tanto los preparativos que Liomkin no se sorprendió, pero de nuevo sintió cierta decepción. Las cosas ya no eran como antes.

Se tragó el disgusto, se volvió hacia el segundo de a bordo y le dio órdenes de emerger a cota periscópica. Ordenó al oficial que sacase las antenas radiofónicas y le pidió que se encaminara a la sala de comunicaciones.

A una profundidad superior a veinte metros la conexión con el entorno exterior solo podía producirse recurriendo a frecuencias bajísimas, que se enviaban a través de ZEVS, el sistema de comunicación ultrasecreto que había desarrollado la armada rusa. ZEVS era la emisora más potente de Europa y la central energética que se necesitaba para su funcionamiento se había construido en la península de Kola, que precisamente acababan de dejar atrás. El sistema tenía dos problemas. El primero, que el submarino no podía responder, sino solo recibir información. El segundo era que tardaba bastante en hacerlo, puesto que la banda solo posibilitaba la transmisión de unas cuantas letras por minuto. Liomkin no pudo por menos de preguntarse cuándo habrían empezado a enviar el mensaje. Y además, ¿serían esas personas conscientes de lo precaria que era la situación en que se encontraba el submarino?

Se sentó y cogió el receptor del teléfono subacuático cuando su colega le indicó que así lo hiciera.

—Aquí Iván Liomkin, capitán de primer rango y comandante del submarino *141 Kursk* —respondió.

—Liomkin, soy consciente de que he elegido un mal momento —dijo la voz al otro lado de la línea.

No parecía ninguno de los miembros del alto mando de la Flota del Norte.

—¿Quién es usted? ¿Y desde dónde llama?

—Llamo desde la embajada rusa en Estocolmo —dijo el hombre.

¿Estocolmo? El individuo no había dado ni su nombre ni su rango, lo que solo podía significar que pertenecía a la sección de las fuerzas de defensa rusas a las que Liomkin había pertenecido hace tiempo, aquella que nunca anunciaba su presencia ni declaraba su verdadera identidad. El hecho de que aquel hombre tuviera acceso a las coordenadas del submarino y de ZEVS indicaba que gozaba de competencias de la máxima autoridad.

—¿Qué puedo hacer por usted? —dijo Liomkin.

—En 1984 participó en una operación submarina secreta que se llevó a cabo en el Báltico. El desembarco y el transporte de un arma que se instaló y escondió en un lugar secreto en territorio sueco.

Liomkin se estremeció, como si hubiera sido él y no el joven Serguéi quien acababa de apurar la jarra con gélida agua marina. Liomkin había hecho lo posible por olvidar la operación a la que se refería aquel hombre. Era uno de los momentos más oscuros de su vida. Lo que estuvieron haciendo entonces fue una acción desesperada. Y podría haber tenido consecuencias terribles.

Cubrió con la mano el altavoz del teléfono y le hizo una señal al oficial de comunicaciones para que se retirase.

—Continúe —dijo Liomkin cuando lo dejaron solo.

—Recibí órdenes de llevar siempre encima una llave.

Liomkin se metió la mano libre por dentro del cuello de la camisa y tanteó en busca de la cadena de plata.

—Recibí órdenes de llevarla encima y defenderla con mi vida durante cinco años. ¡Cinco años! ¡Y desde entonces han pasado once más!

—Las cosas cambiaron —dijo el hombre.

Liomkin cerró los ojos un instante y trató de comprender lo que estaba pasando. El hombre de Estocolmo hablaba lento y monótono, con una voz sin sentimientos. ¿Sería aquello parte de las maniobras militares? ¿Quizá un test

de resistencia al estrés ideado por alguno de los cerebros más sádicos del servicio de inteligencia? ¿O iría en serio?

Notaba el calor de la cadena en los dedos. Logró conservar la calma y respondió:

—Sigo defendiéndola con mi vida.

—Entonces es verdad lo que he oído decir de usted —dijo el hombre al teléfono—. Es un hombre en el que la madre Rusia puede confiar siempre, soplen los vientos que soplen.

Liomkin era lo bastante listo para no dejarse engañar por los halagos.

—¿Qué ha pasado?

—Han desplazado el objeto.

De repente fue como si los pulmones de Liomkin no pudieran tomar más oxígeno.

«No es posible.»

—¿Cómo? —fue lo único que logró articular.

—Hemos registrado una señal de estrés procedente del objeto, que emite cuando se separa de la fuente de energía permanente.

La fuente a la que él mismo lo había acoplado. En lo más profundo del bosque sueco. Aquello no podía ser verdad.

Liomkin había oído rumores de cómo la defensa de su país había perdido el control de una gran cantidad de aquellas armas. Se consideraban de tal peligro tanto para la propia nación como para la paz mundial que la Unión Soviética y los Estados Unidos habían acordado prohibirlas para siempre. Un pacto que al menos una de las dos naciones había roto. El propio Liomkin había desempeñado un papel en ello.

El desacoplamiento del objeto de su fuente de energía implicaba que ahora funcionaba con una batería; una que, a aquellas alturas, ya era muy antigua. Liomkin no tenía ni idea de cuánto podría durar. Si quien había desplazado el

objeto tenía la intención de usarlo, el mundo se encontraba ante algo parecido al día del Juicio Final. Lo bastante grave para desencadenar una Tercera Guerra Mundial.

«La llave que puede neutralizar esa arma está en mi poder. Pero en 1984 yo no estaba solo.»

—Éramos dos —dijo Liomkin.

—Sí, lo sé —replicó el hombre—. Estamos tratando de localizar al otro agente, a su colega. Supongo que no sabe dónde se encuentra, ¿no? O a qué se ha dedicado estos últimos años.

¿Estos últimos años? «Por Dios —pensó Liomkin—. Es verdad lo que dicen. Hemos perdido el control por completo.»

Liomkin pensó en él, en el otro agente que estuvo con él en el bosque sueco. Expresión severa. Constitución baja, compacta y dura como una piedra. El modo en que se movía por el denso bosque, como una gacela, incluso cargando un objeto tan pesado como aquel.

—No lo he visto ni he sabido nada de él desde que concluimos la operación.

—Entiendo. Me vale por ahora. Ya hablaremos otra vez cuando hayan acabado las maniobras militares. En estos momentos tiene usted un submarino que comandar, capitán Liomkin.

«Las maniobras militares terminan dentro de tres días. Para entonces puede ser demasiado tarde.»

No dijo nada, sino que colgó despacio el auricular en su sitio de la central de comunicaciones. Se lo quedó mirando: le pareció ver las huellas de la sudorosa palma en el plástico rojo y brillante. Meneó la cabeza, como si quisiera desechar los pensamientos que aquella conversación había suscitado, se levantó y volvió a mirar el reloj de pulsera. Era hora de dejar atrás la conversación y su fantasma y de volver a la realidad. Le hizo una seña al

oficial de comunicaciones para que se acercara.

—Lo haré desde aquí. Ponme con todas las estaciones.

El hombre asintió y le dio el micrófono a Liomkin. Por los altavoces se oyó: «Listos para la inmersión». Luego, Liomkin dijo en el micrófono:

—Alarma de simulacro. Ataque de torpedos.

Cuando entró en la sala de mando oyó la respuesta de la cámara de torpedos por el altavoz que tenía colocado en la consola principal.

—*Dobro*.

Bien. Listos para lanzar el torpedo de prácticas número uno. Objetivo: el crucero *Pedro el Grande*, de doscientos cincuenta metros de eslora, equipado con armas nucleares.

Un segundo después, el submarino experimentó una sacudida tan fuerte que Liomkin se vio lanzado contra el panel de babor. Si no hubiera levantado el brazo izquierdo en el último momento para protegerse, se habría roto el cuello con toda seguridad.

Le llevó unos segundos recobrase. ¿Qué había ocurrido?

Al resplandor naranja de la iluminación de emergencia vio cómo los hombres de la sala de mando yacían inertes en el suelo, inconscientes o quizá algo peor. Todo lo que no estaba fijado a las paredes y al techo estaba revuelto por el suelo. A su alrededor reinaba el silencio.

Se arrastró como pudo hasta el centro de la sala. Tenía roto el brazo izquierdo y la cabeza le bombeaba de dolor.

«¿Nos ha alcanzado un torpedo cargado con munición? ¿O habrá sido una colisión? ¿Con qué?»

Ante él, en el suelo, yacía inmóvil el joven Serguéi.

«La señal de estrés procedente del bosque sueco.»

—¿Futuro almirante? —gritó Liomkin.

Luego se arrastró hasta Serguéi y trató de despabilarlo dándole con el

brazo. El joven lanzó un grito de dolor.

—¡Serguéi!

El chico tenía los ojos abiertos. Liomkin vio cómo le subía y bajaba el pecho. Estaba vivo, pero conmocionado. Liomkin lo agarró por el cuello de la camisa y lo zarandeó.

—¿Está ileso, sargento?

Serguéi asintió.

—Bien, pues venga conmigo.

Siguieron arrastrándose por el suelo. Les costaba respirar y Liomkin comprendió que el monóxido de carbono se estaba extendiendo por todo el submarino. Si no podía detener el gas, pronto estarían todos muertos. Llegó hasta el agujero del suelo desde el que partía una escalerilla que conducía hasta la cubierta inferior y la sala de torpedos.

—Baja con cuidado los peldaños e infórmame de lo que veas allí. Yo tengo que ir a ver los reactores y la sala de motores en la popa.

—¡Sí, mi capitán!

Liomkin siguió avanzando encogido hacia la abertura circular del túnel que conducía hasta las otras secciones del submarino. Antes de dejar la sala echó un vistazo a su espalda.

El sargento agarró la escalerilla y Liomkin vio cómo se le derretía la piel de las manos al entrar en contacto con las barandillas metálicas. Un segundo después notó que le reventaban los tímpanos por el estruendo de una explosión, lo cegó un resplandor blanco y se vio catapultado hacia atrás por la onda expansiva que lanzó el cuerpo de Serguéi por los aires.

Liomkin se encontraba en la sección nueve con la espalda apoyada en la pared de la sala de máquinas, junto con los veintitrés miembros de la

tripulación que aún seguían con vida. Durante los minutos que siguieron a las explosiones, el submarino se había hundido bruscamente y el casco se había estrellado contra el fondo marino. El nivel del agua iba subiendo en la cámara sin cesar, dado que las esclusas junto a las hélices no podían expulsar el agua ahora que el submarino no avanzaba. Los hombres temblaban de frío. La presión en aquella sección aumentaba rápidamente. El oxígeno se agotaba y ya empezaban a notar la intoxicación por el monóxido de carbono.

Habían sopesado las alternativas. Existía una escotilla de salvamento en la popa y, teóricamente, habrían podido nadar hasta la superficie. Pero las posibilidades de supervivencia por esa vía eran mínimas. Si no encontraban una solución inmediata, morirían o bien de la enfermedad del buzo o bien a causa de la bajísima temperatura del agua. Sin salvavidas, necesitarían un milagro para que una operación de salvamento estuviera esperándolos cuando alcanzaran la superficie.

Liomkin había tomado la decisión de permanecer en el submarino. Aquel era un gran ejercicio, en el que estaba involucrada toda la Flota del Norte. Había naves de salvamento y buzos. Las probabilidades de sobrevivir si una nave de salvamento se acoplaba al submarino hundido no eran muchas, pero tenían más posibilidades que si trataban de nadar hasta la superficie. No podía hacer nada salvo esperar.

Liomkin tenía en las manos el viejo martillo oxidado que Serguéi había besado. Con él golpeaba el casco de forma intermitente para llamar la atención de las demás embarcaciones. El sonido viajaba bien por el agua y la marina rusa contaba con el equipamiento de sónar más avanzado del mundo.

Las náuseas iban aumentando como consecuencia de la mala calidad del aire. Liomkin cerró los ojos. Rememoró la imagen de la joven esposa de Serguéi en el muelle de Vidiáyeyo. Su hija, de cuatro meses, a la que él mismo sostuvo en brazos y besó en la frente. Aún recordaba el olor del

cabello de la criatura.

Liomkin se metió la mano por dentro de la camisa mojada. Agarró la llave que llevaba colgada del pecho y volvió a oír la voz monótona del espectro.

«Ya hablaremos otra vez cuando hayan acabado las maniobras militares.»



Sábado,  
12 de agosto de 2000

Corrió hacia ella, que colgaba de las cadenas. Hacía tanto frío... Ella estaba tan fría... Estaba muerta, no le cabía la menor duda. Había llegado tarde para salvar a Pashie.

Max Anger se despabiló en cuanto abrió los ojos. Tenía el pulso desbocado como si lo hubieran soltado en territorio enemigo.

Pero entonces sintió el calor del cuerpo que tenía a su lado. Fracasaba, pero solo en sueños. Pashie estaba allí, a su lado, envuelta en un edredón de rayas rojas y blancas enrollado al cuerpo. El edredón dejaba al descubierto la piel de las pantorrillas y parte de la espalda.

Max le acarició la pierna. Tenía la piel tibia. Respiraba pesadamente, como si el aire caliente y cerrado del verano fuera demasiado denso para ella.

Max pensó en la lucha que habían desarrollado aquel año. La lucha por abrirse camino en la vida, por formar una familia. Una lucha que parecían estar perdiendo.

La cosa había ido tan lejos que Pashie había ido en busca de un chamán. Lo había conocido la noche anterior y Max vio, cuando llegó a casa, que ella estaba impresionada. Él le preguntó qué había pasado, pero ella se limitó a negar con la cabeza.

A veces no la comprendía.

Decía que los chamanes no dependían ni de la ciencia ni de la política. Las viejas tradiciones rusas no eran tan distintas de aquellas con las que él se había criado en Arholma, en lo más recóndito del archipiélago de Estocolmo,

donde la vida dependía de la interacción con la naturaleza. Max no sabía si podía afirmar que estuviera de acuerdo con ella, pero daba igual.

Echó una ojeada a la esfera negra del reloj UTS hecho por encargo en Munich, que podía darle una indicación horaria exacta y fiable a cuatrocientos metros por debajo del nivel del mar, pero que solo había probado en la piscina de Eriksdal. Pulsó uno de los botones y un resplandor turquesa claro le avisó de que era hora de levantarse. Los dolores que sentía por todo el cuerpo le recordaron la sesión de entrenamiento con el *sparring* en el club de boxeo Narva la tarde anterior. Pero no era eso lo que lo incomodaba.

Pashie se movió. Alargó el brazo en busca de la lamparita de la mesilla de noche y se giró hacia él. De alguna manera logró enrollarse el cuerpo una vuelta más en el edredón.

—Pareces un colegial el último día de vacaciones de verano —le dijo con una sonrisa.

Max se limitó a sonreírle a su vez.

—Venga, levántate antes de que Sarah empiece a tocar el claxon en la puerta. Consuélate pensando que aún seguiré aquí mañana por la mañana.

«Algo es algo», pensó Max. Los domingos por la mañana nunca andaban apesurados, ni con el trabajo ni con ninguna otra cosa.

—Me voy a la ducha y luego a la jungla de asfalto —dijo, y se levantó.

Ella lo observó mientras él se quedaba allí de pie con aquellos bóxers blancos. Lo examinó de pies a cabeza.

—Deja algo de agua fría para mí.

Max asintió sin responder. «Claro, mujer.»

—Y no olvides que esta noche cenamos en casa de los Marklund.

—¿Cómo iba a poder olvidarlo?

Pashie meneó la cabeza y se dio media vuelta otra vez. Cuando salía del

dormitorio, Max oyó que Pashie apagaba la luz.

—Trata de ser simpático —le dijo luego.

De repente, aquella mañana de domingo se le antojó más incierta en perspectiva.

«Una cosa son los secretos —pensó—. Cierta tipo de promesas son algo muy distinto, y mucho más complejo.»

Ya en la calle de Köpmannagatan, Max oyó un coche que pitaba desde el puente de Skeppsbron. Un BMW.

A la altura de la terminal de Birka Cruises, en medio del mar, se deslizaba un buque gigantesco. El *Seas of the World* hacía que los transbordadores de Finlandia parecieran embarcaciones de recreo. Por encima de los botes salvavidas de color naranja a la altura de la regla había unos camarotes con balcón. En el fondo eran apartamentos propiedad de ciudadanos del mundo bien situados económicamente que cada mañana se despertaban con vistas al mar libres de impuestos, según el estatus de los marinos.

«A lo mejor nosotros deberíamos vivir así, ¿no, Pashie? —pensó Max—. Podríamos pasar los días así, cada uno en su tumbona, reposar la vista en el horizonte y pasar revista a todos los hombres y a todas las injusticias que desfilaran ante nuestros pies.»

Cruzó la gran avenida que se extendía silenciosa y desierta y abrió la puerta del copiloto del BMW.

—Buenos días —saludó—. Se te ve de un despierto que ofende, jefa.

—¿Verdad? —dijo Sarah—. Siéntate y ponte el cinturón.

Sarah Hansen era la jefa de Vektor, el laboratorio de ideas que operaba desde Estocolmo con cuestiones de democracia y seguridad en la región del Báltico. Llevaban casi seis años trabajando juntos, desde que él se licenció del ejército. Se habían conocido mientras aprendían ruso en las fuerzas armadas. Sarah dio un rodeo muy lucrativo por el sector financiero y ganó

una buena suma de dinero, mientras que él se quedó por allí viendo cómo desmantelaban el ejército sueco y cómo sus colegas se llevaban los recursos.

Sarah había vuelto a teñirse el pelo de ese color rubio platino que les gustaba a algunas mujeres de Europa del Este. Según lo describía ella, su color natural era el gris rata. El contraste entre el castaño oscuro de sus ojos, el negro de las cejas y el pelo casi blanco le daba un aspecto duro, como si su imagen la hubiera creado un diseñador industrial. Las gafas de fina montura negra contribuían a causar esa impresión.

Sarah hizo un giro en U cruzando la línea continua para ir en dirección al puente de Strömbron y, de ahí, al barrio de Östermalm y la calle Valhallavägen. Lo único que se movía a su alrededor aquel sábado por la mañana eran las gaviotas del golfo de Saltsjön y las bolsas vacías de las patatas fritas del McDonald's que revoloteaban por las aceras siguiendo el viento procedente de Slussen. En los jardines de Kungsträdgården habían levantado una torre coronada por un reloj que mostraba la cuenta atrás de la inauguración del proyecto Mir 2000, en el que Pashie había trabajado para Vektor. Las cifras digitales parpadeaban y se detuvieron en la siguiente indicación temporal: «Ocho días, tres horas y cinco minutos».

La flota rusa debía iniciar hoy las mayores maniobras militares desde hacía diez años en el mar de Barents. Desde la caída de la Unión Soviética no se habían llevado a cabo ningunas a tan gran escala. El alejamiento de la democracia por parte de Yeltsin caminando hacia atrás como los cangrejos había sido una gran catástrofe para el poder militar ruso. Ahora el nuevo presidente, el joven Vladímir Putin, restauraría la gloria de la nación y conseguiría que el pueblo volviera a sentirse orgulloso de su defensa. Para Sarah y Max, aquellas maniobras constituían una interrupción bienvenida de la rutina que se había instalado en su despacho durante el verano. La única razón por la que habían estado en contacto durante aquellas vacaciones había

sido la bomba que había estallado en el centro comercial Centrs, en Riga, hacía algo más de una semana. Las conversaciones más emocionantes trataron de los planes de una fiesta sorpresa para Charlie Knutsson, el presidente del consejo, que pronto cumpliría setenta años.

El reloj del salpicadero del BMW indicaba las ocho y diez.

Sarah se masajeó las sienes después de frenar ante un semáforo en rojo.

—¿Una noche de viernes dura? —preguntó Max.

—Y que lo digas —respondió Sarah—. Me llamó Lisette.

Max enarcó las cejas.

Sarah llevaba sin hablar con su exmujer desde que encontró una foto suya con un desconocido. Después de una violenta discusión, Lisette se largó a Namibia con aquel hombre, al que le gustaban las tías duras y los chinos ricos que querían disparar a animales de gran tamaño. De aquello hacía ya más de seis años.

—¿Qué quería? —preguntó Max.

—Ver a los niños. ¿Te imaginas? Menuda cerda.

—Bueno, también son sus hijos, ¿no?

Sarah soltó un suspiro.

—¿Te importa que hablemos de este tema otro día? ¿En otra vida?

—Hummm... ¿sí? —dijo Max.

Sarah lo miró con cara de cansancio.

—Venga, déjalo ya.

—A ver, ¿qué es lo que dices siempre? Que hay que perdonar a quienes nos han hecho daño para poder seguir adelante, ¿verdad?

Sarah meneaba la cabeza mientras Max lucía una sonrisa. Pero esta se le borró al pensar en la noche anterior. Sabía que dos personas podían vivir juntas y, a veces, verse en situaciones en las que todo se bloqueaba, en las que, de pronto, la pareja era como un perfecto extraño. La verdad, a veces lo

mejor era no hacer nada.

Sarah desconectó las alarmas en cuanto cruzaron la puerta. En cierto modo, la oficina parecía distinta en sábado, como un lugar diferente de aquel en el que habían estado trabajando el día anterior. El aire parecía inmóvil.

Max se dirigió a la pared de la sala de reuniones donde estaban las pantallas de televisión. Puso los canales de noticias internacionales CNN, BBC World y el ruso Channel One Russia.

Los canales de habla inglesa ya estaban haciendo el seguimiento desde el Ártico, pero no contaban con imágenes de las maniobras militares en sí. En la BBC un reportero se encontraba expuesto al viento en algún punto de un muelle de cemento grisáceo, que tanto podía ser Portsmouth como Múrmansk. La CNN tenía *breaking news*: había gráficos en marcha mientras un panel hablaba en Atlanta de la capacidad numérica de la flota rusa. En el canal ruso había una joven muy guapa con *leggings* negros y un top de bikini de color azul que se presionaba contra el abdomen para conseguir una musculatura perfecta en la zona, algo que llamaba «abflex» y que se podía comprar directamente por vía telefónica previo pago por correo.

—Te llaman a tu número directo —le dijo Sarah desde el pasillo.

Max le dio la espalda al televisor y se encaminó a su despacho. Cogió el auricular.

—¿Max? —dijo una voz que conocía bien—. ¿Os habéis enterado también en Estocolmo?

Era Hein Espen Hovland. Muchos años atrás había sufrido un accidente durante un ejercicio de inmersión y Max le había salvado la vida.

Max sonrió. La llamada de Hein Espen indicaba que por fin se había recuperado de la larga baja por enfermedad.

—¿De qué se supone que nos teníamos que enterar?

—Han llamado de Vardö. Se han registrado fuertes movimientos sísmicos



no solo allí, sino incluso en Alaska.

—¿Un terremoto? —dijo.

—No, nada de eso. Creemos que se deben a las maniobras en el mar de Barents.

Pashie cruzó la parte del apartamento que unía la cocina y el salón y continuó hacia el baño. Ella no estaba citada para la reunión con Sarah. Después de lo que le había ocurrido a su padre y de lo que ella misma había sufrido, Pashie detestaba a los militares y a los policías. Sobre todo a los de su país, Rusia. El único camino hacia un futuro mejor para la humanidad era conceder menos atención, menos dinero y menos poder a los hombres del ejército y la policía. Y otorgarles más de todo eso a las mujeres. Esa mitad de la humanidad cuya misión era la reproducción tenía una forma de entender las premisas de la vida distinta de la de quienes se limitaban a mirar pasivamente mientras se producía el milagro. Las mujeres no podían matar como los hombres. Esa era una de las razones por las que ellas deberían gobernar el mundo.

Su trabajo en Vektor había girado ese año en torno al Mir 2000, el acontecimiento que daría un buen comienzo en el nuevo milenio a las relaciones sueco-rusas, centrándose en la educación, el medio ambiente y la cultura. Pashie había sido la responsable de los contactos entre la embajada rusa y el Ministerio de Asuntos Exteriores. También había hablado ante los niños de la escuela rusa que se encargaban de crear partes de la exposición que se celebraría en el Centro de Turismo de Estocolmo la víspera de la inauguración en Kungsträdgården. Faltaba una semana para ella y ya había elegido el vestido que pensaba llevar. Aquel proyecto era la niña de sus ojos.

Una elección léxica desafortunada.

Pashie abrió la puerta del cuarto de baño y dejó caer al suelo la bata de

color rojo. Con tan solo las braguitas puestas se contempló en el espejo, de cintura para arriba. Había conseguido lo que le habían pedido y ya no estaba tan escuálida. Lo cierto era que le gustaban las carnes que tenía ahora, pues subrayaban su feminidad, y sabía que a Max también le agradaban.

Las palabras del chamán le resonaban en la cabeza.

«No lo juzgues. No es fácil interpretar la voluntad del espíritu.»

Abrió el armario del baño y contempló el arsenal de cajas de cartón con blísters de pastillas y de envases de plástico.

En Suecia todo eran ciencias de la naturaleza. Esa era la principal diferencia entre la vida en Estocolmo y su infancia en la humilde aldea de la costa del mar Negro. Estocolmo era una capital trepidante que crecía cada año, movida por la alta tecnología, los milagros de la ingeniería y la fe ciega en los sistemas y la estadística.

Desde que Max y ella decidieron buscar ayuda para tener el hijo que Pashie tanto deseaba, se había visto reducida a un número, un código en un sistema informático de historias clínicas, donde la estadística controlaba por completo su tratamiento y su desarrollo. Nadie le preguntaba cómo se sentía de verdad. Nada de lo que decía sobre sus vivencias o sentimientos afectaba a las decisiones de los médicos. Había oído el análisis y lo había memorizado, igual que hacía con todo lo demás. No le gustaba nada verse reducida a un objeto de estudio científico. A ninguna mujer le gustaba algo así.

Se lavó las manos a conciencia con agua hirviendo y jabón. Luego sacó lo que necesitaba y se sentó en el váter. Se había movido con más ímpetu del debido y ese dolor tan familiar e incesante le subió desde el estómago. Enderezó la espalda y respiró hondo varias veces mientras se oía cómo cesaba el tintineo. Después se sintió pesada: seguramente se debería al equilibrio de fluidos.

Según los médicos, no tenía VIH, pero aún no le habían dado los

resultados de la prueba de la hepatitis B.

Desplegó sobre las rodillas el pañuelo, rompió la ampolla y extrajo el líquido en la jeringuilla. Esparció polvo en una cucharilla, inyectó el líquido para disolverlo y cargó la jeringuilla con la mezcla. Cambió la aguja por otra más fina, expulsó las burbujas de aire, se cogió un pellizco de piel justo debajo del ombligo y se clavó la aguja en diagonal hacia el michelín.

Así era su vida ahora. Con inyecciones diarias, como una drogadicta.

Cerró los ojos y recostó la espalda hacia atrás. El frío de la porcelana del retrete le recorrió la espalda. Oyó un ruido queo procedente del suelo, abrió los ojos y miró el albornoz. Una luz parpadeaba desde un bolsillo. El móvil. El silencio y el cansancio la invadieron. Reforzaban la sensación de decepción consigo misma.

Se consoló pensando en lo único en que se habían mostrado de acuerdo los médicos y el chamán.

«Nadie es perfecto.»

Sofia Karlsson conducía el Volvo por la sinuosa calle de Simpnäsvägen en dirección a Skeppsmyra, en Björkö. En ningún momento habían llegado a abordar el tema de si la acompañaría alguien. Nadie se había molestado siquiera en hablar con ella sobre el tema. Quizá porque sabían que no tenía ningún sentido.

Desde su llegada a la central de la policía judicial procedente de la jefatura de Norrmalm había convivido con el mito sobre sí misma. De que era un lobo solitario. Y no hacía nada por contradecirlo.

Roslagen era para ella terreno desconocido. Hubo un tiempo en que estuvo con un chico que le propuso pasar un fin de semana romántico en Grisslehamn: esa fue la primera y la última vez. Pasó en el hotel de Grisslehamn cuarenta y cinco minutos, dejó al chico en el spa del hotel sin despedirse y se subió a un autobús para volver a Estocolmo.

Ahora, en la tranquilidad del coche que iba conduciendo, con la música de Oscar Peterson en la cabeza, creyó captar el encanto. Roslagen estaba bien mientras se viviera a través de la ventanilla de un coche. Dejó atrás granjas de caballos y ensenadas. Casas como las de los cuentos de *Los niños de Bullerbyn* con las paredes rojas, las ventanas blancas y las puertas verdes o marrones. Su padre le había enseñado que aquel verde se llamaba «verde cazador» y que el marrón claro que cubría tantas puertas de cobertizo era el «caoba Roslagen»: una mezcla de brea, aceite de linaza y trementina.

Había puntos en los que la carretera de Simpnäsvägen era tan estrecha que

el coche apenas cabía. Se preguntaba qué haría si se cruzaba con otro vehículo en dirección contraria por el camino y cómo un delincuente podría huir por allí a toda velocidad sin ser visto. ¿Por qué querría nadie vivir allí de forma permanente?

Le habían encargado el caso aquella mañana a primera hora. Su jefe, Per Carpelan, la había llamado a casa y le había hecho un resumen del brutal asesinato. A él lo había llamado a su vez el secretario de Estado Tomas Schiller, del Ministerio de Justicia, quien había mostrado tanto interés por el caso que Per Carpelan se refirió a él como su jefe provisional.

El hecho de que a Schiller y, por lo tanto, al gobierno les pareciera importante el asunto implicaba que este tenía máxima prioridad: debía resolverse antes de que los medios se lanzaran sobre el caso. El cadáver presentaba una serie de «marcadores», según el curioso término que había utilizado Per Carpelan, que eran «de lo más inquietantes», pero a los que no debían conceder demasiada importancia, porque «darían lugar a un montón de teorías». Los casos de asesinato se resolvían con pruebas concretas, que por lo general procedían de las pistas que dejaban en el lugar del crimen.

«Sigue solo tus conocimientos acerca de lo que es una investigación policial concienzuda. Deja a un lado las especulaciones.»

Había sido la policía de Norrtälje la que llamó para pedir ayuda. Por desgracia, algún genio había avisado al Servicio General de Seguridad, pues el hombre cuyo cadáver habían encontrado había estado en su día en el programa de protección de personas, y aquello con lo que los jefes luchaban ahora era el principio de esa confusión. Carpelan creía que por eso habían entrado en juego el Ministerio de Justicia y Schiller. De no haber sido por ese paso en falso tal vez habrían podido empezar a trabajar en el caso sin un montón de elementos de distorsión innecesarios.

Como decía la cancioncilla: la rata aferrada a la cuerda. Ella era la rata en

lo más profundo de las cloacas. Estaba acostumbrada a ello y no tenía nada en contra. Allí era donde su intervención resultaba útil. Pero ¿quién era el que sujetaba el otro extremo de aquella cuerda? Sofia no envidiaba a quienes ocupaban los puestos de poder en Estocolmo. Incluso un Roslagen lluvioso era mejor.

No era frecuente que la policía local llamara pidiendo ayuda con tanta rapidez. Pero Sofia creía comprender el porqué: había riesgo de una gran atención mediática. Tan solo una hora más o menos después de la llamada de Carpelan la avisaron de que un equipo de noticias de la televisión iba de camino.

La víctima no era una persona cualquiera, sino un alto funcionario. Alguien que durante sus años en el cargo había recibido amenazas de unos y otros. Pero estos riesgos habían desaparecido según la valoración del Servicio General de Seguridad. Lo que resultaba más atractivo para las redacciones de informativos era seguramente lo de los marcadores. Sofia tenía la sensación de que su jefe sabía más de lo que le había contado, pero ya estaba acostumbrada a ello. Decidió que lo hacía porque, dado lo buen jefe que era, quería que ella se forjara una opinión propia.

Giró en dirección al museo local de Skeppsmyra, un granero enorme pintado del rojo típico de Falun muy parecido a otros cien que había dejado atrás por el camino. No muy lejos de donde aparcó el coche había un letrero pintado a mano y colgado de una verja: SUBASTA DE ROSLAGEN, VIERNES 11 DE AGOSTO, 17.00-20.00

Unas nubes enormes surcaban el cielo. Parecían tan cargadas que seguramente volvería a llover. Los policías de Norrtälje habían acordonado la zona con la cinta policial blanquiazul. Dos técnicos recorrían el terreno embarrado, pisoteando el camino que conducía a la entrada del edificio para recoger las huellas de pisadas. Debía de haber llovido una barbaridad. Sofia

llevaba como de costumbre unas Adidas Stan Smith de color blanco. El calzado equivocado para ese trabajo.

Se acercó a saludarla Filip Eriksson, el responsable enviado por la policía de Norrtälje, que la puso al corriente de lo que sabía por el momento. Media hora después de que comenzara la subasta llegaron al artículo número 14 del catálogo, un viejo arcón para el ajuar. Cuando el subastador lo abrió, un murmullo del público recorrió la sala. Luego se desató el pánico.

El arca estaba inclinada sobre un caballete, de modo que el público podía ver su contenido. Al lado estaba el atril desde el que hablaba el subastador y detrás se veían una serie de objetos, grandes y pequeños, que aún no había tenido tiempo de anunciar. El arcón y los demás objetos estaban iluminados por la luz del sol, que resplandecía a través de los vidrios plomados de los ventanales. En el aire que contenía aquel espacio de altos techos flotaban partículas de polvo ingrávito. Sofia se preguntaba si habrían construido el local como templo de alguna iglesia libre o como lugar de reunión para la sección local del movimiento por la templanza IOGT-NTO.

Sofia observaba la escena a distancia. La sensación de religiosidad o de ritual crecía en su interior poco a poco. No era capaz de asegurar si dicha sensación procedía del contenido bestial del arcón o si emanaba de la desnudez de las paredes de madera, pero todo el conjunto le parecía una escena funeraria o sencillamente de sacrificio. En el interior del arca yacía un hombre muerto. Sin embargo, el primer pensamiento de Sofia fue que allí no había suficiente espacio para un hombre adulto.

Alguien tenía la intención de montar un numerito, eso estaba claro. No se trataba de un asesino que quería ocultar sus actos, sino más bien de alguien que deseaba contar algo. La cuestión era qué.

—¿Qué sabemos de la víctima? —preguntó Sofia.

—Claes Callmér, nacido en 1942, así que tenía cincuenta y ocho años.



Director ejecutivo de la Dirección General de Migraciones. No es de extrañar que los medios de comunicación se hayan puesto a funcionar.

—¿Y el arcón? —dijo Sofia.

—Lo dejó un señor mayor que vive por aquí cerca. Él lo compró a su vez en una subasta hace once años en la región de Osthamar. Lo hemos interrogado pero, por lo que podemos deducir, no hay nada que lo vincule con el asesinato. Vino a entregar el arca hace dos semanas.

—¿Quién avisó a la periodista?

—Un joven hizo una foto y se la envió. El chico no tiene más de diecisiete años y está muy arrepentido.

Filip se encogió de hombros, no había mucho más que pudieran hacer. Sofia sabía que sus jefes tratarían de conseguir que los informativos de la televisión esperasen un día o dos, pero en cuanto se enterasen de que un colega ya conocía el asesinato emitirían la noticia.

Volvió a mirar el arca.

—¿Habéis examinado el cuerpo?

—No, no hemos desplazado el cadáver ni modificado su posición, los técnicos dicen que hay un forense...

—Ven, vamos a acercarnos.

Filip sacó un pañuelo y se lo llevó a la nariz. La víctima debía de haber muerto poco antes del día de la subasta, de lo contrario la gente habría reaccionado al hedor. Los asistentes estuvieron allí sentados media hora antes de que abrieran el arcón.

Una vez delante de la víctima, Sofia se limitó al principio a mirar el arca. Parecía vieja, pero ella no era ninguna experta en antigüedades. En el interior había estampados de flores y símbolos como barcos, soles y otros objetos que se veían pintados a mano en azul claro, lila y rosa. La madera estaba desgastada. La tapa tenía más de dos centímetros de grosor. El arcón no podía

medir más de un metro y treinta centímetros de longitud.

Al final lo miró. Al menos el torso. A la altura de la cadera de Claes Callmér había un corte de bordes irregulares y Sofia supuso que no habían encontrado la parte inferior del cuerpo ni sería posible hallarla en el futuro. Observó el corte con atención. Si habían troceado a la víctima con algún tipo de hoja, esta no debía de estar muy afilada. Casi parecía más bien que la hubieran partido en dos. Desde debajo del corte ascendía un olor agrio a podredumbre. El hombre tenía los brazos doblados por debajo del cuerpo para que cupiera allí dentro. ¿Por qué no cortarle los brazos también, ya puestos? Sofia reprimió el impulso de agarrar el cuerpo y darle la vuelta para poder verle las manos, porque sabía que si lo hacía, los técnicos se quejarían y dirían que les dificultaba la investigación.

Siguió paseando la mirada hacia la cabeza del muerto, atraída en el acto por lo que su jefe le había mencionado con aquel tono de voz tan grave. Era ese tipo de marcadores que uno prefería no encontrar en una víctima de asesinato.

La escena que tenía delante no se parecía en nada a ninguna cosa que hubiera visto hasta ese momento.

No podía abandonar la idea de que se trataba de una especie de ritual. Un asesinato con descuartizamiento que quería decirles algo. Pero ¿qué? ¿Y a quién?

En el cuello de Claes Callmér, justo debajo del bocado de Adán, el asesino había tallado, seguramente con un cuchillo, una marca que parecía una ce invertida.

En la frente se veía grabada una cifra.

El número nueve.

Charlie ocupó su lugar habitual al final de la larga mesa de conferencias sin quitarse el impermeable. Pashie miró a Max mientras se sentaba al lado de Sarah. Desde que había vuelto a casa tras la reunión con el chamán, a Max le parecía que ella lo miraba de un modo distinto.

Sarah le hizo a Max una señal para que empezara.

—Bueno, os hemos hecho venir después de la llamada de Hein Espen —dijo Max—. Pero será mejor que primero os dé un repaso rápido sobre las maniobras militares que han tenido lugar en el mar de Barents. —Carraspeó un poco—. Durante los años noventa hemos visto cómo la mayor flota del mundo se oxidaba y se hundía hasta el fondo de las dársenas de Múrmansk y Severomorsk. Cuando estaba en la cima de su poder, la flota soviética contaba con más de trescientos submarinos. Hoy quizá haya unos cuarenta en funcionamiento. Rusia quiere demostrar ahora que aún hay que contar con ella.

—¿Y los medios internacionales cubren todo esto como si fuera una especie de espectáculo de entretenimiento? —dijo Pashie.

Max asintió.

—Se ha especulado bastante con estas maniobras. ¿Usarán los rusos armas cargadas? ¿Van equipados los submarinos con armamento nuclear?

—¿Y qué puede haber pasado? —dijo Charlie.

—Por ahora no lo sabemos. Nos han informado de que la Flota del Norte ha salido con todas sus embarcaciones de mayor envergadura, entre otras el

crucero *Pedro el Grande*, de la clase Kirov, y una serie de submarinos de la clase Oscar 2, el *Kursk* entre ellos. La idea es que jueguen al gato y al ratón.

—¿Qué es Oscar 2? —preguntó Sarah.

—Un submarino de quince toneladas de peso, tan alto como un edificio de cinco plantas y con más de ciento cincuenta metros de largo.

—¿Ciento cincuenta metros? —dijo Charlie—. El doble que un Boeing 747.

Max asintió.

—Los submarinos se mueven mediante reactores y van equipados con robots de crucero capaces de hundir un portaaviones.

—¿De verdad puede una explosión provocar unos movimientos sísmicos tan violentos? —preguntó Charlie—. ¿O podría tratarse de un terremoto?

—Si creemos a nuestros amigos noruegos, los movimientos no tienen ninguna causa natural —respondió Max—. Se trata de dos sucesos aislados que no han sido tan potentes como un terremoto, al menos no el primero. El segundo fue cincuenta veces mayor, según una estimación. Es más verosímil que se trate de explosiones.

—¿Armas nucleares? —dijo Charlie.

—Puede.

Charlie se inclinó hacia delante.

—Ya conocéis lo que dijo el general Lébed en la televisión estadounidense hace unos años: hablaba de armas nucleares portátiles que podían colocarse en cualquier sitio.

—Sí, lo sabemos —dijo Max.

Lébed se hizo famoso en Rusia a través de varias citas célebres del tipo «Yo no soy liberal, soy general». Tuvo un papel decisivo en las elecciones presidenciales de 1996 y luego se le encomendó el cargo de jefe del Consejo Nacional de Seguridad. En una entrevista muy sincera en el programa 60

*Minutes* de la CBS advirtió de lo que podía pasar cuando el ejército ruso dejara de tener el control sobre sus armas más peligrosas. Lébed se refería a las armas nucleares que se guardaban en maletas normales y corrientes y que tenían una fuerza explosiva suficiente para arrasar todos los edificios del centro de Londres y obligar a la evacuación de la autopista de circunvalación M25 que rodea la enorme capital.

Un par de años después de la entrevista, Lébed falleció en un accidente de helicóptero a los cincuenta y dos años.

—He oído decir que en los submarinos rusos hay colocadas maletas de ese tipo —dijo Charlie.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Max—. Es mucho más verosímil que se haya producido un accidente con un torpedo de alguno de los submarinos.

Sarah carraspeó un poco.

—Pero ¿tú crees que los usan en unas maniobras?

—No —repuso Max—. Eso es precisamente lo que no me cuadra. En todo caso, se parecería más a un tiroteo con fuego real.

—¿Por parte de los propios rusos? —dijo Charlie.

Nadie se pronunció.

—Joder, no me digas que el fuego tiene otro origen.

—Todavía no sabemos nada —dijo Max—. Puede tratarse de un naufragio. Del torpedo de un submarino atómico que haya implosionado.

—¿El *Kursk*? —dijo Pashie.

Max asintió.

—Sí, el *Kursk*. Tal vez.

—¿El orgullo de la flota rusa? —dijo Sarah—. Imposible de hundir, según ellos mismos.

—Mierda —intervino Charlie—. Si es el *Kursk*, son unas malísimas

noticias.

Pashie se revolvió un poco.

—La Flota del Norte lleva aproximadamente un año preparándose para estas maniobras —dijo—. Hemos recibido una carta de familiares preocupados. El mantenimiento de las embarcaciones y la formación de los marinos son catastróficos. Llegan informes de que las grúas que levantan y depositan los torpedos en los submarinos no funcionan. Eso implica que no pueden realizar el mantenimiento de los torpedos y que practican con armas nucleares cargadas que muy bien pueden estar defectuosas. El nuevo presidente los ha acuciado para que realicen estas maniobras. Además de los torpedos que ha mencionado Max, hay otro nuevo, el *Shkval*, que...

Max se alejó de allí con el pensamiento mientras escuchaba a Pashie. Le ardía la mirada. Los perjudicados eran sus compatriotas. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido en el mar de Barents, para ella tenía más importancia que para el resto.

Pashie no abrigaba sentimientos muy favorables hacia el régimen ruso, sobre todo en lo referente a cómo trataba a las minorías. Y allí estaba, con un tono grave en la voz que no le oían desde los terribles sucesos de cuatro años atrás, cuando Max estuvo a punto de perderla.

Pashie era una mezcla explosiva de agudeza y pasión, que empatizaba con los desfavorecidos de su país y los peligros que ahora tenían que afrontar.

—... el Estado ruso obliga a los jóvenes marineros a unos esfuerzos sobrehumanos.

Cuando Pashie hubo terminado miró por fin a Max.

—¿Seguimos sin saber nada del ejército sueco? —preguntó Charlie—. ¿O de alguno de los países de la OTAN?

—No, nada —respondió Sarah.

—Roguemos a los dioses para que sea un accidente —dijo Charlie.

—¿Vamos a rogar a los dioses para que se haya producido un accidente?  
—preguntó Pashie.

—No, claro que no, pero, joder, no conviene que sea un torpedo que haya salido de alguna nave de la OTAN, eso es lo que quería decir.

—¿Así que la OTAN está en la zona? —dijo Sarah.

Nadie respondió.

—¿Por qué iban a estar ellos en la zona? —dijo Pashie.

Charlie soltó un suspiro.

—No sé. No tengo la más remota idea. Pero esto me da mala espina.

—¿Un accidente, entonces? —dijo Max, y miró a Pashie.

Sabía que los dos estaban pensando lo mismo. Y dejó que lo dijera ella:

—Estamos en agosto.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Charlie.

—En Rusia suelen producirse sucesos trágicos en agosto —contestó Pashie—. Hay quienes sostienen que tiene que ver con los planetas. Otros culpan al calor, dicen que los líderes del pueblo están de vacaciones y que nadie controla nada.

—¿Sucesos trágicos como cuáles? —preguntó Charlie.

—En los últimos tiempos, el intento de golpe de Estado de 1991 —dijo Max—. El estallido de la segunda guerra de Chechenia el año pasado y las bombas en los edificios de apartamentos de Moscú.

—En Rusia lo llamamos «la maldición de agosto».

—¿Dónde está Putin ahora? —preguntó Sarah.

—De vacaciones —dijo Pashie—, tomando el sol en el mar Negro. Lo que demuestra cuánto le preocupa lo ocurrido en el mar de Barents.

Max abrió la vieja puerta del piso de Gamla Stan, el casco antiguo de Estocolmo. Pashie iba a una sesión de gimnasia de Friskis&Svettis y Max había vuelto a casa para cambiarse antes de la cena en el barrio de Östermalm. Si hubiera podido elegir, sin lugar a dudas se habría quedado en casa. Pero con Pashie no existía ese tipo de libertad de elección. Y él sabía que necesitaba desahogarse con los Marklund.

«Trata de ser amable.»

Dejó encima de la mesa el bolso de bandolera. Un mareo repentino lo obligó a detenerse con un pie en el aire. La frecuencia de aquellos episodios leves había ido aumentando durante el último año, a menudo acompañados de dolor de cabeza. Todo empezó cuando dejó las benzodiacepinas. Al principio sufrió temblores recurrentes en la mano izquierda, como si fuera hiperactivo. Pashie se dio cuenta de lo que le sucedía. Feliz, el del club de boxeo, bromeó al respecto riendo e imitándolo. Por lo general se le pasaba con una taza de café bien cargado o con una buena sesión con un *sparring*.

Sacó del bolso los diarios de la mañana que se había traído de la oficina y se tumbó en el sofá de la marca Svenskt Tenn, que era la mayor inversión conjunta que Pashie y él habían hecho hasta el momento. Aunque el estampado floral de Josef Frank era acogedor, lo notaba duro en la espalda en comparación con el que tenía en su estudio de soltero. A pesar de que ya llevaban dos años en aquel piso, no se sentía en casa, como cuando vivía en la calle de Sveavägen. Al menos, no cuando Pashie estaba ausente. Ella había



decidido tirar algunos de los muebles más estropeados de Carl Borgenstierna y sustituirlos por un par de sillones de color claro de Ikea que, junto con el sofá, formaban el mobiliario de la sala de estar en torno al televisor. En la mesita había un jarrón de Orrefors regalo de Sarah, adornado con aquello que constituía la mayor y más peculiar debilidad de Pashie: unas flores de plástico de gran calidad y absolutamente fieles a la realidad. El mapa de la Unión Soviética que adornaba la pared de detrás del sofá en su antiguo apartamento había acabado hecho trizas en la papelera. A su espalda había ahora dos acuarelas con motivos del archipiélago.

Max no era capaz de señalar el origen exacto de aquella sensación tan incómoda que había arraigado en él. ¿Sería la conversación que había mantenido con Pashie la noche anterior? ¿O tal vez los artículos en la prensa acerca de las maniobras militares rusas, que se le antojaban particularmente fatales ahora que sabía que había ocurrido algo grave en el mar helado?

Se saltó todo lo que ya sabía sobre las maniobras de la flota y buscó algo interesante en los demás artículos. Leyó por encima la mitad de uno, en el que se decía que el gobierno proponía un candidato sueco para ocupar un puesto de prestigio como comisario de Inmigración de las Naciones Unidas, se detuvo en un artículo del *Dagens Nyheter*, según el cual, y a partir de una fuente secreta, se había registrado una misteriosa señal en la embajada rusa de Estocolmo. Un portavoz del FRA, la Central de Radio del Ministerio de Defensa, no quería hacer comentarios, pero tal y como enfocaba el artículo el periodista era evidente que la institución de detección de señales del ministerio sueco tenía los ojos abiertos y los oídos atentos a la evolución.

Max dejó los diarios y echó una ojeada al reloj. ¿Cuándo empezaba la cena? Alargó el brazo en busca del mando a distancia y encendió el televisor.

Los informativos habían tratado de conseguir alguna declaración de la marina rusa y de la embajada rusa en Estocolmo pero, lógicamente, había

sido inútil: ningún ruso quería pronunciarse. Según informaciones no confirmadas, también se encontraban en la zona fuerzas de los aliados.

Así que estaban allí. ¿Por qué espiaban las maniobras rusas?

Max se incorporó al ver que la pantalla se llenaba de imágenes del *USS Memphis* y el *USS Toledo*, dos grandes submarinos de propulsión nuclear que constituían la armazón del programa de ataque submarino estadounidense. Una fuente británica que quería permanecer en el anonimato había revelado que los norteamericanos estaban allí para vigilar las maniobras y, en particular, las posibles pruebas de armamento que los rusos desarrollaran con el torpedo de supercavitación *Shkval*.

Ese era el supertorpedo del que hablaba Pashie, sobre el cual los hombres de la tripulación no habían recibido formación suficiente para manejar y que todos temían. Naturalmente, esa era la razón de que los estadounidenses estuvieran allí. Para estudiar aquel torpedo que podía cruzar las aguas con más rapidez que ningún otro.

Los informativos habían tratado de conseguir comentarios de los norteamericanos, pero la única declaración oficial de Estados Unidos era que estaban tratando de contactar con el representante de la armada rusa.

El móvil le vibró en el bolsillo. Max respondió sin despegar la vista de los informativos.

—¿Dónde estás? —dijo Pashie—. Te estamos esperando.

—¿A alguien le apetece un postre? —preguntó Malin Marklund, y se puso de pie para empezar a retirar la vajilla.

—Deja que te ayude con eso —dijo Pashie, y la acompañó con los platos hasta la cocina.

El piso estaba en el barrio de Östermalm, en la calle de Torstenssonsgatan,

a tan solo una manzana de la de Strandvägen y de las viviendas de propiedad más caras de la ciudad. Después de volver de San Petersburgo y de la difícil recuperación hacía ya cuatro años, Pashie se había mantenido en un principio algo aislada. La tortura que tuvo que soportar y el pavor de que volvieran a llevársela persistieron durante mucho tiempo. No confiaba en nadie y prefería no salir de casa por las noches. Ahora, al verla salir con la vajilla camino de la cocina de un hogar sueco acomodado, se le alegraba el corazón. Ya había recobrado la seguridad en sí misma. Había vuelto. De verdad.

Pashie había conocido a Malin en los vestuarios, después de una sesión de entrenamiento, ya haría pronto un año y medio. Oyó por casualidad lo que decía Malin mientras hablaba por el móvil. Cuando esta colgó y descubrió la mirada curiosa de Pashie, le contó, tras unos instantes de tensa expectación, que ella y su marido estaban luchando por tener un hijo. Pashie le dio a entender a Malin que Max y ella se encontraban en un proceso similar y Malin le ofreció enseguida buenos consejos. Hablaron del ejercicio, la alimentación y el ciclo menstrual. Pashie la escuchó con atención, como si se tratase de un repaso de temas laborales y, mentalmente, fue tomando nota.

Durante el breve período que llevaban como amigas, Pashie había ido pasando de la esperanza a la desesperación; había disfrutado de la amabilidad y la actitud positiva de Malin, pero también se había sentido horrorizada ante el significado de las palabras que le había dicho.

«Soy una persona, no una máquina programada.»

Max casi tuvo que obligar a Pashie a ir al médico. Decía que había desarrollado «batafobia» en el hospital de San Petersburgo. Los órganos de su cuerpo empezaban a funcionar peor en cuanto pisaba un hospital o veía a alguien con una bata hospitalaria. Max sabía que no eran meras imaginaciones.

—¿Más vino? —dijo Ola Marklund desde el otro lado de la mesa—.

¿Queréis que abra otra botella?

Ya se habían soplado tres. Max asintió.

—Por mí, sí.

Ola se dirigió a la cocina. Desde allí le llegaba a Max el murmullo de las voces de Pashie y Malin. Seguramente estarían hablando de la reunión con el chamán. Sabía que Pashie le había contado a Malin que había pedido cita con él.

Max fue al recibidor y sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta. Ningún mensaje. Nada de Sarah ni de Charlie. Quería noticias de Hein Espen, saber si ellos, en Noruega, habían averiguado algo más de lo ocurrido durante las maniobras de la Flota del Norte. Sopesó por un instante la posibilidad de llamarlo.

Se vio en el espejo del recibidor. Tenía los ojos enrojecidos. Había bebido demasiado vino.

Ola rebuscaba entre las botellas de la nevera de vinos mientras Pashie y Malin se dirigían al cuarto que esta y Ola habían decorado seis años atrás. Antes de la primera de sus cinco catástrofes. Max sabía lo que le esperaba cuando se uniera a los demás y se preparó mentalmente. «Pronto habrá acabado la velada —se dijo—. Serán solo un par de horas más. Un par de botellas más. Luego nos meteremos en un taxi camino a casa.»

—¿Max? —llamó Pashie—. Ven a ver esto.

Max se detuvo en el umbral. En el suelo de aquel cuarto infantil vio a Pashie sentada sobre la moqueta color albaricoque, junto a una cuna blanca. Le indicó con una mano que se acercara. Con la otra agarraba algo que estaba sujeto a la cuna vacía.

—Si pulsas aquí suenan canciones de cuna de todos los países del mundo.

Max se acuclilló y le puso la mano en la mejilla. La tenía más caliente de lo normal, encendida por el vino, la conversación y los sentimientos. Por

primera vez desde que lo vio llegar tarde a la cena Pashie le dedicó una sonrisa, algo torcida, batiburrillo de sentimientos encontrados.

—¿Cómo demonios aguantan? —dijo en voz baja.

Max no respondió, se limitó a menear la cabeza.

—Y este chisme tan ridículo. La verdad, de todo lo que hay aquí es lo que me ha emocionado. —Pashie se llevó la mano al lagrimal—. ¿Habías oído esta nana antes? Me parece que es de la región del Báltico, pero yo la escuchaba de niña en Rusia. Es una de las canciones más bonitas del mundo.

Una melodía empezó a sonar en la cajita de música, *Aija, zuzu*.

Max le cogió la mano.

—Sí, sí la había oído —dijo—. Maj-Lis, mi profesora en Arholma, vino como refugiada en un barco desde Estonia. Ella solía cantarla.

Sofia Karlsson estaba apoyada en su coche con la puerta abierta. Esperaba al técnico criminalista Benjamin Thornéus, que se había quedado hablando con el forense y con Claes Callmér. No era nada raro que el forense se tomara la molestia de examinar el cadáver a conciencia en el lugar del crimen, sin contentarse tan solo con llevar a cabo la autopsia. Aquel no era un caso normal, como bien había dicho su jefe, Per Carpelan, y el forense quería procurar conseguir todo lo posible del entorno en el que se había llevado a cabo el crimen. Tanto la víctima como el modo de proceder convertían aquello en algo que ya era de hecho un asunto de interés nacional, y que crecería hasta convertirse en una tormenta absoluta y perfecta.

La radio del coche reproducía un CD que su padre le había regalado aquella primavera, cuando cumplió treinta y tres años: la banda sonora de una película con Fred Astaire y Bing Crosby de protagonistas. La voz oscura de bajo de Crosby consiguió trasportarla del apestoso agujero en el que se encontraba a un mundo y una vida distinta de aquella. En realidad, quien tenía interés por la música estadounidense antigua era su madre. Ahora que ella ya no vivía, la música era para Sofia y su padre una forma de tenerla siempre presente. La ilusión de una vida mejor que la cotidiana, ahí residía la fuerza de los musicales, solía decir su madre. Ese era el verdadero quid de la cuestión.

*Blue skies smiling at me, nothing but blue skies, do I see.*

Había sido un día largo para todos. Ella había cursado estudios de

medicina forense y había aprendido lo básico, pero pronto comprendió que se requería una forma de ser especial para poder pasarse los días extrayendo pisadas y huellas dactilares y buscando fluidos y fibras de los cadáveres y la ropa. Una forma de ser que no era la suya.

Sofia había trabajado con Thornéus muchas veces a aquellas alturas. Él se mantenía al margen de la pelea de gallos que se desarrollaba entre los expertos de criminalística que luchaban por un sitio en los sofás de los programas matutinos. A Thornéus solo le interesaba llegar al relato que había detrás de cada caso concreto. De ahí que ella lo considerase fiable, uno de los mejores, y eso hacía que valiera la pena esperarlo, aunque ya era más de medianoche. Puesto que aquel era un caso particular por más de un motivo, Sofia le había pedido a Thornéus que renunciara a todos los demás casos hasta que estuviera resuelto. Él dirigiría el trabajo con los colegas del laboratorio y sería su persona de contacto para todas las cuestiones forenses.

Benjamin Thornéus cerró al salir la puerta del local de la asociación. Como de costumbre, llevaba unos pantalones de Fjällräven color marrón con unos tirantes anchos de color rojo sobre una camisa vaquera. Hay formas de vestir que no le sientan bien a nadie.

—¿*Alta sociedad*? —preguntó señalando el coche.

—Casi. *Cielo azul* —dijo Sofia—. ¿Qué dice el médico? Ya sabes que no tengo tiempo de esperar la autopsia completa.

—Ya, ya lo sé. He visto que antes ha venido una periodista. Menuda rapidez. Pero eres consciente de que todavía no se puede establecer cuándo murió.

—Ya, pero esperaba que me dijeras lo que crees tú. ¿La amputación es posterior?

Benjamin negó con la cabeza.

—Deberás esperar el informe, pero estoy bastante seguro de que estaba

vivo cuando lo cortaron por la mitad.

Sofia se vio obligada a tragar saliva. ¿Qué demonios era aquello?

—¿Y lo que tiene grabado en la frente y debajo del bocado de Adán?

—Creo que la inscripción de la frente también se realizó antes de la muerte.

—¿Por qué lo dices?

—El médico asegura que el cuerpo tiene signos de estrés extremo, cuya manifestación no estaría presente si lo hubieran matado primero.

—¿Qué signos son esos?

—Por ejemplo, apretó tanto las mandíbulas que se rompió una muela.

Sofia frunció el ceño. Orinarse encima era una cosa y resultaba bastante habitual. Pero ¿romperse una muela a base de morder? ¿Qué tipo de horrores mueven a un hombre a hacer algo así?

—Quería que los últimos instantes de la víctima estuvieran tan plagados de horror como fuera posible. Pero ¿por qué? Si iba a morir de todos modos...

—Yo de eso no tengo ni idea —dijo Thornéus—. Pero sé lo suficiente de técnica criminal para aventurarme a la siguiente afirmación. No creo que consigas descifrar este misterio con la ayuda exclusiva de las ciencias naturales.

Sofia sonrió a medias. No era lo que ella quería oír. Recordaba las palabras de advertencia de Carpelan sobre que los marcadores pondrían en marcha las especulaciones. Déjalos de lado. Céntrate en los hechos.

—Entonces ¿tú qué piensas?

—La mayoría de los asesinatos se llevan a cabo en una situación de caos histórico, impregnada de preocupación y terror tanto por parte de la víctima como del agresor. Esta forma de proceder indica meticulosidad y frialdad.

—¿Y cuál es la conclusión?

—El agresor llevaba tiempo preparándose y quiere contarnos algo.



Sofia asintió.

—¿Algún rastro, a pesar de la minuciosidad?

—Es demasiado pronto —dijo Thornéus—. Mi equipo está recabando y recogiendo todo aquello que se puede analizar en el laboratorio.

—En una escala de uno a diez, ¿qué grado de meticulosidad dirías que tiene este asesino?

—Nos las estamos viendo con alguien que sabe lo que se hace. Pero si encontramos algo en el laboratorio, lo compararemos con las bases de datos de huellas dactilares o de ADN y, con un poco de suerte, pronto sabremos quién es.

El optimismo era otra cualidad que Sofia apreciaba en Thornéus. Para encontrar al asesino en las bases de datos era preciso que hubiera sido sospechoso con anterioridad y se hubiera visto obligado a dejar alguna muestra en Suecia. Pero ella dudaba de que aquel sujeto figurase allí. Cada vez estaba más convencida de cuál era la razón por la que los jefes y los políticos estaban tan preocupados.

*Arholma, mayo de 1945*

La noche primaveral se había extendido sobre el paisaje que tenía delante, pero un resplandor naranja procedente del oeste aún iluminaba los acantilados y las copas de los árboles. Para no correr riesgos, amainó la vela y navegó el último trecho remando hacia la playa pedregosa. Sabía que la gente llamaba aquella cala «el puerto de las habladorías». Conocía tan bien a los habitantes de la zona que incluso había aprendido su lengua, a pesar de que nunca había puesto un pie en su territorio. Pero ignoraba cómo lo recibirían.

Con las frías aguas del mar de Åland hasta las rodillas, arrastró el barco con las fuerzas que le quedaban y lo varó en la playa. La travesía por el Báltico le había llevado un día y una noche. Esperó hasta el último momento, eligió cuidadosamente el instante y escapó sin que dispararan un solo tiro contra él.

—¿Ahlström? —gritó en dirección al oscuro bosque virgen que se extendía al otro lado de la playa.

Los habitantes de la isla siempre tenían vigilados los barcos forasteros o los de vigilancia de la policía. Ahlström era el nombre de su jefe, un hombre con el que había hecho negocios cuando empezó en el puerto de Tallin.

No pasó mucho tiempo antes de que los contrabandistas salieran a la luz. Pasos rápidos por los senderos del bosque. Un farol que se acercaba

bamboleándose en la oscuridad. Se estiró, se metió por el pantalón el faldón de la camisa y se alisó el uniforme.

Delante de él había dos hombres que no reconoció. Eran jóvenes, apenas unos niños, exploradores que habían enviado para que se encargaran de la vigilancia. Estaba seguro de que nunca habían formado parte de la tripulación del *Triin* ni de ningún otro equipo de contrabandistas que él hubiera conocido. Uno de los chicos iba armado con una escopeta. El otro, que sostenía el farol, se acercó e iluminó el emblema que adornaba el uniforme.

Lo condujeron a un cobertizo que había en el extremo norte de los acantilados de la isla, rodeado de arbustos de espino amarillo, enebros y pinos enanos. En el interior de la cabaña había una mesita con cuatro sillas. Detrás de la mesa ardía el fuego en una chimenea de hierro colado.

—Espera aquí —dijeron los hombres.

El cansancio se apoderó de él en cuanto desaparecieron. Colocó la mesa y las sillas contra una de las paredes para hacer sitio delante del fuego.

Meció la cabeza y le tembló el cuerpo al tumbarse junto al hogar. Volvió con el pensamiento al verano de hacía dos años, el último período de calma antes de que el terror rojo describiera un círculo alrededor del golfo de Finlandia. Creía oír el tumulto de voces, motores y tiroteos. Notaba los olores a gasolina, bidones de petróleo con neumáticos ardiendo, humo de tabaco y de pólvora. Veía ante sí a los hombres que colocaban en el muelle las botellas de licor sueco, justo a los pies de quienes iban a subir a bordo para volver a Suecia, a la libertad, lejos de la guerra. Licor a cambio de personas. El acuerdo más secreto entre la Alemania de Hitler y los suecos. El emblema de la organización de colaboración sueco-alemana, que garantizaba el salvoconducto para salir del puerto de Tallin, quedó a la vista cuando los hombres de la tripulación izaron la bandera del *Triin*. El barco vikingo con la esvástica en la vela.

Fue entonces cuando la vio por primera vez. Rebeka, la mujer que había puesto su mundo patas arriba.

—Este es el barco que va a Suecia, ¿no? —dijo la mujer.

Él dio un paso para acercarse a la joven. Se vio atraído por ella y se acercó tanto que podía sentir su aroma.

—¿Por qué lo preguntas?

—Creo que mi amiga se ha ido allí. ¿Cuáles son los documentos que piden para poder subir a bordo?

—Un carnet de socio que garantiza que tienes un veinticinco por ciento de sangre sueca, como mínimo.

En ese punto de sus recuerdos alguien entró por la puerta del cobertizo y él abrió los ojos. Era un hombre de baja estatura que llevaba la indumentaria de un pescador cualquiera, con pantalones azules y tirantes. Lo había visto moverse por cubierta, entrar y salir del pañol, y sabía que era rápido y ágil como una comadreja. Llevaba en el costado una escopeta de caza.

—¿Qué haces aquí, Ozols?

Este se puso una de las botas.

—Ahora me toca a mí visitar tu tierra, Ahlström. En esta ocasión no es alcohol lo que necesito que me proporciones. Y no he traído conmigo ningún cargamento de hombres.

Ahlström cogió una silla y se sentó a su lado. Su familia llevaba generaciones viviendo en Arholma, era una de las orgullosas familias de armadores de antaño que aún controlaban la mayor parte de lo que ocurría con el apoyo de los vecinos.

—No puedes quedarte aquí.

Ozols era consciente de por dónde iban los tiros, y de cómo la suerte de la guerra se había vuelto contra él y sus compañeros. Los suecos ya no querían saber nada de aquel acuerdo secreto ni de la existencia de esa organización

llamada la Guardia Odal. Nadie era mejor que ellos a la hora de comprender el curso de los acontecimientos y abrigarse según soplara el viento. Pero la opción de regresar no existía. En ese caso más le valía pedir prestada el arma que Ahlström tenía en el regazo y meterse el cañón en la boca. ¿Adónde podía ir? Todo el Báltico ardía en llamas.

—Aquí tengo familia —dijo Ozols—. Quiero que me ayudes.

—¿Y tú crees que puedo?

—Sabes quién es ella. Nos viste en el puerto.

Ozols se puso de pie y se abrió el abrigo.

Ahlström le apuntó con la escopeta, pero sin levantarla de las piernas. Observó la cruz de hierro que llevaba prendida en la pechera del uniforme y los rayos del cuello, que soltaron un destello a la luz de la chimenea cuando Ozols se metió la mano en el bolsillo interior.

Ahlström dirigió la escopeta hacia la muñeca de Ozols. Con un movimiento lento le subió la manga del uniforme.

—¿Dónde está esa esclava de plata tan preciada que tenías, Ozols?

—La he perdido.

Ahlström le sostuvo la mirada un buen rato. Al final asintió, y la tensión de la escopeta desapareció.

Ozols cogió la foto, la única que tenía. La sostuvo delante de Ahlström.

El contrabandista enarcó las cejas.

—Rebeka estuvo contigo en la última travesía por mar con el *Triin*, así que debería poder averiguar dónde se encuentra —dijo Ozols. Le puso la mano en el hombro a Ahlström—. Poco antes de zarpar de Tallin en otoño, dio a luz a nuestro hijo. Tengo que encontrarlo, aunque sea lo último que haga.

Domingo,  
13 de agosto

—Acabo de hablar con Molander, el secretario jefe de Administración del Ministerio de Defensa —dijo Charlie Knutsson.

Sarah se dio la vuelta en la cama con el móvil pegado a la oreja. Subió la persiana que había junto al cabecero de la cama y entornó los ojos para no quedar cegada por la potente luz del sol matinal que bañaba la bahía de Kalvfjärden.

—La tripulación del *Pedro el Grande* ha encontrado el *Kursk* a ciento ocho metros de profundidad en el mar de Barents —continuó Charlie—. Han detectado sonidos subacuáticos que parecen ser golpes en el casco.

El *Kursk*, el submarino imposible de hundir.

Pedir ayuda dando golpes en el casco de un tubo metálico a cien metros de profundidad en un mar negro como la pez y frío como el hielo. Sarah se imaginó el tumulto y el pánico entre los hombres a bordo. Pobres desgraciados.

Menuda noticia para despertarse.

—Joder, Charlie. Es lo más asqueroso que he oído en la vida.

—Los dos registros de movimientos sísmicos se deben con toda probabilidad a sendas explosiones a bordo del *Kursk*.

—¿Cuánto tiempo pueden sobrevivir ahí abajo? —dijo Sarah.

Charlie soltó un suspiro.

—Es difícil decirlo. A la embarcación rusa le ha llevado siete horas llegar al lugar donde está el submarino. Se ha perdido un tiempo precioso.

—¿Y qué puede hacerse para remediar la situación?

—Al parecer hay barcos de la OTAN por allí, y se está hablando de ofrecer ayuda a los rusos. Están preparando un submarino de salvamento británico que se encuentra en Aberdeen para que los transporte al norte de Noruega.

—¿Y los rusos han aceptado la ayuda?

—No, pero los británicos han salido de todos modos. Se ve que es una especie de código de honor entre tripulantes de submarinos. Con independencia de dónde se produce el naufragio, quieren ayudar a sus colegas.

—¿Y podrán bajar hasta el *Kursk*?

—Ni Molander ni yo creemos que los rusos vayan a aceptar la ayuda.

¿Es que no podían dejar a un lado sus principios y su maldito orgullo? Sarah pensaba en el informe de Max sobre la situación que se les había planteado, en el honor menoscabado que había que reparar. Las especulaciones sobre un nuevo tipo de torpedo, el más avanzado y temido del mundo. Naturalmente, Rusia no quería que la OTAN se acercara a echar un vistazo. Pero ¿y ahora, con tantas vidas en juego? Sarah volvió a pensar en los hombres que golpeaban el casco, se estremeció y se subió el edredón hasta la barbilla.

—¿Cuántas personas hay a bordo del *Kursk*?

—Los rusos no han dado ninguna lista. La tripulación estándar es de ciento siete hombres. En las maniobras de este tipo seguro que hay también algunos invitados como observadores.

—¿Y los van a sacrificar a todos? —Sarah no esperaba que el presidente del consejo respondiera a la pregunta—. Ha vuelto la guerra fría.

Había pronunciado aquel pensamiento en voz alta.

—¿Qué podemos hacer, Charlie?

—Hemos hecho llegar la información relativa al *Kursk* a la Secretaría



General del Gobierno y a los ministros a través del Ministerio de Defensa. Defensa quiere enviar a la zona el submarino sueco URF, con su dotación. El primer ministro ha encomendado la responsabilidad de los preparativos para la decisión al secretario de Estado de Defensa, Torbjörn Lindström. El primer ministro quiere propuestas de varias alternativas de acción, ampliar el diálogo situándolo fuera de los canales habituales del ministerio y de las autoridades y establecer lo que Molander llamaba «intermediaciones creativas de un grupo de referencia expresamente configurado».

—Así que nos has asegurado un puesto alrededor de esa mesa, ¿no? —dijo Sarah.

—Los de Berga están preparados. ¿Eres consciente del triunfo que supondría que una acción sueca salvara a los marineros rusos del fondo helado de las aguas?

—Podemos aprovechar nuestra posición neutral. Tal vez los rusos se mostrarán más proclives a aceptar nuestra ayuda, ¿no?

—Exactamente —dijo Charlie.

Ya que tenían la oportunidad de influir en la decisión, debían ir bien preparados. No había ningún problema, lo único que Sarah tenía que hacer era encontrar a alguien que se quedara con los niños. Aquella era una oportunidad de oro para que Vektor pudiera destacar.

—Me pongo a ello ahora mismo. Pero, oye, Charlie, ¿dijo Molander algo acerca de lo que habría podido causar el hundimiento del *Kursk*?

—No. Supongo que eso es lo que todos se estarán preguntando en estos momentos.

A Max le pesaba la cabeza cuando se despertó, pero finalmente logró salir de la cama. Estiró los brazos muy arriba hacia el techo, bajó la escalera de caracol que conducía a la biblioteca, cruzó el amplio salón con cuadros antiguos de San Petersburgo y de descendientes de la familia Borgenstierna y continuó hasta la cocina. Abrió una de las ventanas. El aire que entró era cálido, nada fresco.

Los tamiles de los que Ola Marklund estuvo hablando hasta que casi se le agujereó la cabeza y las canciones de cuna de aquel juguete musical le habían activado en la memoria recuerdos de la infancia.

*Aija, zuzu.*

Era curioso cómo funcionaban las sinapsis del cerebro.

Max y su profesora Maj-Lis habían pasado gran parte del día los dos solos durante muchos años en Båkbergsgården, el viejo local de la asociación al oeste de Arholma. Maj-Lis lo recibía por la mañana y lo invitaba a un té antes de empezar las clases. Cuando el día terminaba y Maj-Lis se sentaba en el bote para volver a casa remando por la bahía de Björköfjärden hasta Skeppsmyra, él solía salir corriendo por el sendero de la montaña hasta la baliza, se escondía en las grietas de las rocas, en alguna cueva o detrás de altos árboles. Luego bajaba otra vez, hacia las cabañas de los pescadores y los cercados. Allí podía avistar algún visón que se movía veloz sin hacer ruido por el borde de la playa. Entonces el juego pasaba a convertirse en una cacería.

Max añoraba salir al mar. Las islas y los acantilados más alejados del archipiélago donde él se había criado. Donde nunca había barullo de gente, salvo en las gasolineras y en el mes de julio.

No había dormido más de cuatro horas y sabía que eran los procesos químicos que estaba sufriendo su cuerpo lo que lo había despertado. Había leído que el alcohol era con diferencia la principal razón del sufrimiento humano. Nada se le acercaba siquiera por lo que se refería al sufrimiento individual, los problemas familiares y los costes sociales. Gorbachov así lo había comprendido y sus intentos de parar el alcoholismo creciente de los rusos constituyeron para él el principio del fin.

«Puedes hablar de desarme con los yanquis, pero deja en paz el vodka.»

Max era consciente de lo que el alcohol hacía con las familias. Aunque no hubiera sido esa la razón directa de la muerte de su padre, su madre siempre decía que fue la bebida la que se lo arrebató a los dos.

En cuanto a Max, siempre dormía con un sueño ligero y se despertaba temprano cuando bebía mucho vino. Si Pashie no hubiera decidido de pronto que ya era hora de irse, seguramente seguiría allí con Ola y su Barolo escuchando sus historias sobre lo fascinante que es la vida de los hurones. La investigación de Ola era como una fábula absurda que en realidad trataba de los niños que Malin y él no podían tener.

«¿Tal vez funcionaría mejor si fuerais como conejos más que como hurones amaestrados?», pensó Max, y se sirvió un vaso de leche del frigorífico. Esas fueron seguramente sus últimas palabras.

En la mesa de la cocina estaba la declaración del estado de salud. Tenía visita en el hospital de Sophiahemmet al día siguiente a primera hora. Había perdido la cuenta de cuántas veces le había recordado Pashie que debía rellenar ese formulario. Se preguntaba si ella lo habría dejado allí anoche tras volver de la cena.

Habían dado el primer paso poco después de que Pashie conociera a Malin. Max llamó a la consulta de fertilidad del Sophiahemmet y habló con una matrona. Durante el encuentro con el médico se centraron en los problemas de Pashie. Le pusieron un tratamiento hormonal para provocar la ovulación. El médico dijo que empezarían así y que continuarían intentándolo. «A veces se tarda un poco.» Ya había pasado casi medio año.

«Nombre, dirección, estado civil, profesión, estatura, peso.»

Max abrió un cajón de la cocina, sacó un bolígrafo y empezó a rellenar el formulario.

«Max Anger, Själagårdsgatan, 2, 111 31 Estocolmo, Analista, 190 cm, 95 kg.»

Echó una ojeada al resto del documento. Las preguntas del final lo golpearon como los directos de Feliz en el club de boxeo.

«¿Medicamentos?

»¿Enfermedades hereditarias en la familia?

»Nombre de los padres, de los abuelos maternos y paternos.»

Miró por la ventana y contempló el gran castaño de la plazoleta de Brända Tomten.

¿Para qué querían saber cómo se llamaban sus abuelos? Se le fue el pensamiento al lugar al que él y Pashie se prometieron un día no volver jamás. A ese pasado que iba unido a tanto sufrimiento.

El móvil, que estaba cargando en la encimera de la cocina, empezó a sonar.

—Ya sabemos lo que ocasionó las alteraciones sismológicas de ayer —dijo Sarah—. El *Kursk* se ha hundido y está en el fondo del mar de Barents.

Max cerró los ojos. Había participado en maniobras en situaciones similares durante sus años de buzo de combate en la marina sueca. Pocas cosas había tan duras para la psique humana como quedarse atrapado bajo el agua. El pánico que se desataba cuando se reducía el acceso al aire convertía

a los hombres en animales.

—¿Hay buques de salvamento rusos y buzos de profundidad en la zona? —preguntó.

—No hay datos al respecto —respondió Sarah—. Al parecer la OTAN está preparando un equipo de ayuda humanitaria con una nave de submarinistas británicos. Pero Charlie y yo creemos que los rusos no aceptarán su ayuda.

—Ya —dijo Max—. Yo tampoco lo creo.

—Hemos estado en contacto con el Ministerio de Defensa. Esperamos poder convencer al gobierno de que ofrezca ayuda por parte de Suecia. El submarino de rescate URF está listo para enviarlo al mar de Barents en un vuelo desde Berga, y el personal de rescate de la armada está dispuesto a partir.

—¿Tenemos idea de cuántos grados de escora presenta y si se ha roto la esclusa? —preguntó Max.

Sarah cerró la puerta de un armario al otro lado de la línea telefónica.

—No, aún no tenemos ningún detalle. Pero el rescate submarino sueco es de primera clase. El URF puede descender hasta un submarino y subir a treinta y cinco hombres. No debe de haber ningún problema técnico para acoplar la nave sueca al submarino ruso. Pero tienes razón, si las circunstancias son complicadas puede haber problemas.

—¿Qué podemos hacer Pashie y yo? —dijo Max.

—Dile a ella que contacte con la embajada rusa para sondear la situación. Tú tendrás que ir a Berga mañana a primera hora y comprobar qué necesitan aparte de vía libre desde el ámbito político. Charlie y yo asistiremos a una reunión para poner al día al gobierno.

—Mañana habrán transcurrido cuarenta y ocho horas desde el accidente. Cada hora que pase agravará la situación. Deberíamos celebrar esa reunión ahora mismo.

Sarah lanzó un hondo suspiro.

—Lo siento, no es posible hacerlo antes. Me dicen que no es ninguna crisis nacional. Hemos hecho todo lo que hemos podido.

Max meneó la cabeza. No era solo el orgullo ruso lo que suponía un obstáculo. También lo era la burocracia sueca, al parecer.

—Iré a Berga mañana y ya veremos cómo acaba la cosa —dijo—, si en una acción de rescate o en la recuperación de los cadáveres.

Cuando Max volvió al dormitorio, Pashie estaba sentada en la cama. Miró la declaración del estado de salud que Max tenía en la mano.

—¿Piensas rellenarla ahora?

Max asintió.

—¿Ha pasado algo?

Max le contó la conversación con Sarah.

—¿Tienen alguna posibilidad de sobrevivir? —preguntó Pashie.

Max dejó la declaración junto a la lámpara que había al lado de la cama, se sentó a su lado y le rodeó los hombros con el brazo.

—Tendremos que confiar en que acabe de la mejor manera. No es la primera vez que un submarino se hunde. Son hombres bien entrenados. Aún puede haber esperanza.

Pashie se apartó unos cabellos de la frente.

—¿Cómo crees que será la situación allí dentro en estos momentos?

—Los que sigan con vida estarán pasando un infierno. Si las funciones más importantes del submarino están fuera de juego, existe el riesgo de que la iluminación deje de funcionar, la temperatura descienda y el agua empiece a entrar.

—Pues en esas aguas no es posible sobrevivir mucho tiempo, y si ha habido una explosión, se les habrá acabado el oxígeno, ¿no?

—Sí, es posible. Pero el *Kursk* es un submarino de grandes dimensiones.

Las paredes son de titanio y tienen siete centímetros de grosor.

Guardaron silencio, pensando los dos en la tripulación rusa.

—Hay una cosa que tengo que contarte —dijo Pashie al cabo de unos instantes—. Debería habértelo dicho ayer y quiero pedirte perdón por no haberlo hecho.

A Pashie se le encendieron las mejillas. Max no sabía si era la resaca o la conversación sobre los marineros del *Kursk* lo que había provocado aquella reacción. Se había recogido el pelo en un moño. El cuello fino y majestuoso quedaba al descubierto.

—¿Qué es, Pashie?

—La carta de la que te hablé en el trabajo llegó a Vektor a mi nombre —dijo Pashie—. Nadia, que era quien la enviaba, ha puesto en marcha una organización femenina de apoyo a las viudas del ejército ruso con el oportuno nombre de WORM. —Hizo una pausa y frunció el ceño—: *Widows Of the Russian Military*. El marido de Nadia murió en un accidente en Severomorsk, un día totalmente normal. Ya sé que no debo mezclar la vida privada con la laboral, pero Nadia es mi prima. Su difunto marido era hermano del capitán Iván Liomkin, del *Kursk*.

Sofia Karlsson apagó el estruendoso extractor de humos de la cocina del diminuto apartamento que tenía en el barrio de Södermalm cuando terminó de prepararse unos huevos rancheros. Se saltaba el desayuno con frecuencia, pero las mañanas del fin de semana se tomaba la molestia de prepararse el único desayuno que en realidad le gustaba. El que solía hacerle su madre.

Retiró la sartén de la placa y meneó la cabeza con disgusto al ver lo que chisporroteaba encima de la placa de teflón. En realidad la idea era que quedara una tortilla, pero le pasaba exactamente igual que a su madre antes que a ella, pues también a Sofia le costaba la operación de darle la vuelta: o ponía fuego de más o ponía aceite de menos, o ambas cosas. El resultado era una especie de huevos revueltos con manchas negruzcas.

Esparció por encima una mezcla de sal y chile que había comprado en lata, se preparó una taza de café soluble y se sentó al ordenador delante de la mesita, junto a la ventana del patio interior. Mientras desayunaba fue leyendo el correo que el forense le había enviado aquella mañana. Debía de haber estado trabajando toda la noche.

Sofia echó mano del móvil.

La comisión de homicidios de la policía judicial se componía de siete empleados. Per Carpelan había asumido la jefatura más o menos al mismo tiempo que Sofia llegó, en 1996. Pero Carpelan consideró que ella ya no era apta para mantener la responsabilidad en la Unidad Nacional de Operaciones Especiales. Era una forma de degradación, aunque nadie externo al sistema



policial podría entenderlo. Lo había hecho de un modo muy inteligente. Nadie quería deshacerse de ella, eso lo sabía. Aún la consideraban como uno de los colaboradores más útiles y fiables de la policía.

Carpelan respondió al cuarto tono. Sofia se lo imaginaba en la casa adosada de Sollentuna, andando descalzo y de puntillas para no despertar a la familia, sujetando con el índice las gafas de montura redonda para mantenerlas en la nariz.

—Schiller ha vuelto a llamar esta mañana —dijo Carpelan.

Sofia frunció el ceño. El secretario de Estado no tenía por costumbre inmiscuirse en su trabajo. ¿Por qué se involucraba tanto en aquel asesinato en particular? Existía el riesgo de que el jefe de Sofia se ahogara en toda la mierda entre la autoridad y el ministerio.

—¿Qué dice?

—Quiere un grupo de investigación ajustado para minimizar soplos a los medios. Nada de grupos transversales con miembros de otras secciones. Dirigirás la investigación con un grupo reducido de agentes que te ayudarán con los controles de antecedentes, el tráfico telefónico y demás. Pero solo tú y yo hablaremos del caso en su conjunto, y yo celebraré reuniones regulares con el secretario de Estado. Se puede recurrir a la ayuda externa de individuos expertos en áreas específicas si fuera necesario, pero solo se les proporcionará la información imprescindible, no el cuadro completo.

—De acuerdo, claro —dijo Sofia—. La autopsia no ha mostrado rastro de alcohol, medicamentos o drogas en la víctima; pero sí signos de un grado extremo de estrés en el cuerpo antes del momento de la muerte.

—¿Hicieron algún hallazgo forense *in situ*? —preguntó Carpelan.

—Montones de pisadas, la subasta tuvo mucho público. Vi que los técnicos recuperaban alguna que otra de alrededor del ataúd que parecía interesante, ya veremos. Según parece, el asesino iba bien preparado. Frío y metódico.

—¿Qué sabemos de la situación económica de la víctima? ¿Alguna deuda?

—Callmér parece haber sido un hombre que hacía las cosas bien: buena economía personal pero sin grandes ahorros. Fue funcionario toda su vida, y así nadie se hace rico.

—Desde luego que no.

Carpelan se quedó un rato reflexionando en silencio al otro lado del teléfono.

—¿Tú crees que el asesino tiene una relación personal con la víctima? —dijo al cabo de unos instantes.

—En este caso no estoy segura.

—Todo apunta a un tipo de odio que en cierto modo debe de ser personal.

—Sí, puede. Para que el asesino lo considere personal él y la víctima no tenían por qué conocerse. Pero de lo que sí estoy segura es de que había una intención tras el exceso de violencia.

—Autocontrol, motivación y poder —dijo Carpelan.

—Y buena planificación.

—Así que nada de un loco insensato, ¿no?

Menos mal que el jefe no se inclinaba por la vía del loco. Solo faltaba que cuando hubieran pillado al individuo el tribunal prescribiera un examen para ver si era preciso llevar a cabo un estudio completo de psiquiatría forense.

—Supongo que tu acuerdo con el secretario de Estado implica que no debemos convocar al grupo de perfiles criminales, ¿verdad?

Carpelan soltó una risa cansada y hueca.

Para ninguno de los dos no había nada peor que el trabajo policial consistente en pasarse el tiempo sentado a una mesa con un criminólogo, un experto en conducta y un psicólogo. Por lo que respectaba a Sofia, ella prefería acudir a una adivina. El noventa y nueve por ciento de los perfiles criminales con los que se había encontrado a lo largo de su carrera carecían

por completo de base científica y ninguno había conducido a la resolución de un caso. Pero mientras las huellas y el rastro de ADN no dieran ningún resultado o mientras no tuvieran ninguna otra prueba técnica, como por ejemplo una pistola humeante, todo giraría en torno al móvil y las estrategias del asesino. Para aproximarse a la solución del caso, Sofia necesitaba adentrarse en el cerebro del asesino con la idea de comprender por qué había elegido a la víctima y por qué lo había marcado con una ce invertida y el número nueve.

—Creo que debemos centrarnos por completo en la información sobre la víctima —dijo Carpelan—. Tendrás que revisar a fondo el historial de Callmér en busca de alguna pista por la que empezar.

Había algo en la voz de Carpelan... Algo más tenso de lo normal. Sofia se imaginaba el tipo de presión al que estaría sometido. Volvió a recordar la cifra grabada en la frente de la víctima. El número nueve. ¿Por qué no habían hablado de eso?

—¿Hay algo que no me estés contando?

—Claes Callmér era el jefe de la Dirección General de Migraciones de Suecia, Sofia. Lo han mutilado y le han asignado un número. ¿No comprendes lo que implica?

—Por más que la prensa vespertina haya tratado de afirmar lo contrario durante años, en Suecia no hemos tenido ningún asesino en serie. No como los que se ven en el cine.

—No, pero a lo mejor ahora tenemos uno —dijo Carpelan—. El hecho de que el asesino decidiera numerar a la víctima indica que ha puesto en marcha un juego, que ha pulsado un botón de un reloj de ajedrez que ha empezado a contar, a la espera de la próxima jugada. Tenemos que procurar que ese movimiento sea nuestro. No suyo.

Fueron los hombres con los que había compartido su vida adulta quienes le pusieron el apodo de «Kandinski», por el célebre artista ruso.

Ahora estaba detrás de la barra del Cage Bar, en la plaza de Kornhamnstorg del barrio de Gamla Stan. Levantó la vista de la máquina de cubitos para fijarse en Elias Skagerlind, el hombre que estaba sentado al otro lado de la barra. Elias parecía animado, como un niño contento por alguna sorpresa. Tamborileaba con los dedos grasos en el borde de la barra sin parar de parlotear.

Kandinski no respondía a Elias. Había aprendido a no hablar más de lo necesario. Se había pasado varios años sin pronunciar ni una sola palabra. Su silencio duró tanto que cuando empezó a hablar otra vez fue como si los músculos de las mandíbulas y la lengua hubieran dejado de funcionar, y nunca logró recuperar sus capacidades al cien por cien. Pero no importaba. Cuando hablaba lo hacía con serenidad y lentitud, tal y como le habían enseñado sus maestros. Así era como uno conseguía que la gente sintiera respeto y miedo. Kandinski se centró en aquel sueco del bar y todo lo que lo rodeaba se volvió difuso.

El sudor se le extendía por la frente en forma de diminutas perlas y también en los pliegues de las zonas en las que había dejado de crecerle el pelo. Las negras marcas de sudor debajo del brazo, la camisa beis mal abotonada y sin planchar, y que, a pesar de ser de una talla más de lo normal, no conseguía ocultar la decadencia del cuerpo. Un hombre que había perdido

la dignidad.

«¿Cuánto tiempo te las habrías arreglado en mi mundo? —pensó—. Ni veinticuatro horas.»

Elias Skagerlind alternaba entre ser portero en el Engelen, que estaba al lado del Cage Bar, y trabajar como vigilante de seguridad sustituto en diversas instalaciones de Defensa en Suecia. Al igual que Kandinski, rondaba los cincuenta, vivía solo y había ido dando tumbos de un trabajo a otro desde que se separó diez años atrás. Era oficial en la reserva y, durante su servicio militar, había recibido formación que lo cualificaba para tareas de vigilancia en el ámbito militar. La sed aumentaba cada año.

Elias interpuso una mano entre los dos.

—*This one*. —Señaló los altavoces del techo—. *This one is really good*.

El riff de *Born in the USA* de Bruce Springsteen retumbó en el local. Kandinski asintió. Sin preguntar siquiera sirvió otro whisky Jameson en el vasito que Elias tenía delante y anotó una marca en su cuaderno de notas. Luego plantó una Bass Pale Ale al lado del vaso de whisky, la combinación que Elias llevaba pidiendo toda la noche.

Elias levantó el vaso y apuró el contenido.

—*Togo and kill the yellow man!* —Se rio mientras dejaba el vaso vacío en la barra.

La última vez que Kandinski había oído a alguien gritar la palabra *kill* se desató una de las mayores revueltas vividas en una cárcel soviética. El hombre que la puso en marcha era el mejor amigo de Kandinski. Nunca volvió a verlo después de aquello. El tiempo posterior en la celda de aislamiento había supuesto la prueba más dura hasta entonces. Kandinski no podía ni tumbarse ni sentarse durante el día. Tenía que marchar de un lado a otro a lo largo del borde de la cama en los cuatro metros cuadrados de la celda, con las manos a la espalda, bajo vigilancia permanente, hasta que

sonaba la señal y llegaba por fin la noche. Le dolía el cuerpo cuando se tumbaba, pero con el tiempo llegó a acostumbrarse. Lo más llamativo de la transformación que sufrió en la estrecha celda fue lo rápido que había pasado el tiempo. Al final le parecía que el día no duraba más de una hora.

Aquella noche solo había habido clientes fijos en el bar: la mayoría de ellos trabajaba en tabernas y restaurantes y tenía la tarde libre. Ahora se habían quedado solos.

Elias le preguntó a Kandinski por qué siempre llevaba un pañuelo al cuello incluso estando dentro del local y en pleno agosto, con un calor infernal. Gracias a la confusión con las lenguas, Kandinski no tuvo que esforzarse demasiado al responder, le dijo que era para «proteger su aura» y ahí se agotó la conversación.

«Si te contara la verdad no podrías dormir por las noches. Por mucho alcohol que tomaras.»

Elias dio un buen trago de cerveza, se levantó y señaló los servicios que estaban en el fondo del local. Cuando lo vio alejarse de la barra dando tumbos, Kandinski supo que había llegado la ocasión que esperaba. Elias había dejado la chaqueta de lino gris en el taburete. Abandonarla allí así, con la documentación en el bolsillo interior, era una falta profesional. Probablemente Elias pensaría que allí solo estaban ellos dos y que se conocían. O quizá tenía el criterio fuera de juego. Como fuera, se trató de un error imperdonable.

Kandinski rodeó la barra y metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó lo que quería, volvió a la barra y sirvió otro whisky. Luego sacó una ampolla del bolsillo de los vaqueros, desenroscó el tapón y vació en el vaso un polvo que parecía azúcar.

«La droga de la violación», así la llamaban en las calles de Estocolmo. Pero Kandinski no tenía intención de violar a Elias.

Lo que tenía planeado era algo infinitamente peor.

*Skeppsmyra, mayo de 1945*

Ozols estaba sentado solo en la cubierta de proa con la fotografía en las manos y contemplando los reflejos del sol en el agua. La ropa que le había dado Ahlström le quedaba estrecha e incómoda. Pero en una travesía por las aguas del archipiélago de Estocolmo era preferible a un uniforme alemán.

¿Cómo reaccionaría Rebeka cuando lo viera? Se habían visto regularmente todas aquellas noches de verano en el cuchitril que él tenía en el puerto de Tallin. La madre de Rebeka había perdido la batalla contra la tuberculosis y su padre había perdido la razón. La realidad de la guerra cambiaba las reglas del juego. No era ningún secreto que ella quería que Ozols la ayudara a huir. Rebeka decía que los dioses tenían tres cometidos: dar, preservar y quitar la vida. Era el curso de la naturaleza. No había nada de lo que lamentarse.

Cuando Ozols saltó del pesquero al muelle de Skeppsmyra se volvió hacia Ahlström, que sujetaba un cabo junto a la borda. Le dio las gracias con un gesto de la cabeza.

—Suerte —dijo Ahlström mientras el barco retrocedía y viraba para regresar a Arholma—. Y no vuelvas.

Ozols se encajó el gorro en la cabeza y trató de no levantar la vista sin necesidad mientras seguía el sendero que conducía del estribo del muelle hasta lo que Ahlström había descrito como la colonia estonia. Una de las casetas, que se encontraba a unos cincuenta metros del muelle, estaba pintada



de color amarillo. Allí le había dicho Ahlström que estaría ella.

En la carretera había aparcado un coche negro bien lustrado. Ozols se aseguró de que no había nadie sentado dentro antes de apartarse del sendero y cruzar por el césped el último tramo hasta la casa de ella.

«Rebeka.»

No la había visto desde que los rusos conquistaron su isla en 1943 e incendiaron las casas. Pasaban los meses y él se temía lo peor. Pero de repente la vio allí otra vez, en el puerto, nada menos que un año después, junto a la pasarela y antes de la última travesía del *Triin*.

Él abrió los brazos para acogerla en su seno, pero ella levantó una mano.

—Aquí tienes a tu hijo —dijo, y le alargó una fotografía.

Ozols contempló la imagen de la criatura en brazos de un extraño.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó—. ¿Por qué no está mi hijo contigo?

Rebeka negó con la cabeza.

—Lo he abandonado.

Ozols no podía asimilar aquellas palabras.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué has hecho algo así?

Rebeka miró hacia el *Triin*.

—Lo sabrás todo en cuanto me hayan dado una plaza en el barco.

—Pero si no tienes la documentación y no conoces el idioma... ¡Te descubrirán!

—He aprendido un poco. Lo suficiente para inspirar confianza. Del resto te encargarás tú.

Él volvió a mirar la foto.

—Espera aquí —dijo.

Se apresuró a subir a bordo del barco y llamó a Ahlström. Le dio todo el dinero que tenía y señaló en dirección a Rebeka.

Cuando bajó la pasarela, la sirena anunció que había llegado el momento

de zarpar. La gente trataba de subir pasando a uno y otro lado del cuerpo de Ozols, pero él mantenía abiertos sus fuertes brazos.

—¡Date prisa, Rebeka! —gritó a través del tumulto.

Ella avanzó a paso rápido por el espacio que él le procuraba. Cuando estuvo cara a cara ante él, Ozols notó cómo su cálido aliento le acariciaba las mejillas. Entonces se quitó la pulsera.

—Ya no tengo más dinero —dijo, y guardó la joya en el bolsillo de Rebeka—. Pero si te ves en un apuro, puedes venderla.

Ella asintió.

—El niño está con el padre Cilpa. En el hogar de los jesuitas de Riga.

Ahora, ante aquella puerta de Skeppsmyra, Ozols contempló una última vez la fotografía antes de guardársela en el bolsillo. Cerró los ojos.

Todo lo que hizo a partir de aquel día fue encaminado a poder encontrar y recuperar a su hijo en un futuro.

Le temblaba el cuerpo cuando llamó a la puerta. Le abrió un hombre corpulento vestido de negro. Antes de que Ozols pudiera reaccionar, el hombre le había agarrado con fuerza los brazos y lo había acorralado contra la pared. Un colega, también vestido de negro de pies a cabeza, se acercó y le puso a Ozols unas esposas.

Aquel coche tan bien encerado.

«Ahlström. ¡Te sacaré las tripas con mis propias manos!»

—*Komm mitt*—dijo uno de los policías.

—Sé hablar sueco —dijo Ozols, pero los policías negaron con la cabeza y lo empujaron hacia delante con brusquedad.

Él no había tardado ni una centésima de segundo en reconocerla. En cambio, a ella no le había resultado igual de fácil identificarlo, a juzgar por su reacción. Solo lo había visto con el uniforme de las SS.

—Este hombre asegura que es el padre de tu hijo, ¿es eso cierto? —

preguntó el policía.

Rebeka no respondió. Se miró las manos, que tenía sobre las rodillas.

¿Acaso no comprendía lo que le esperaba al haber llamado la atención del Servicio General de Seguridad?

—Según nuestro informante, sois pareja —continuó—. Además, él sostiene que te llamas Rebeka.

Ella lo miró a los ojos.

—No lo había visto en la vida.

—Pero ¿qué estás diciendo? —gritó Ozols en su lengua materna.

Aunque la comprendía. Ella estaba en Suecia con un nombre falso y no quería arriesgar nada, ni siquiera por él.

El policía hizo una seña a sus colegas. Ellos agarraron a Ozols por los brazos y empezaron a conducirlo de nuevo a la cabaña. Él se resistía.

—Me enviarán a la Unión Soviética. Me condenarán a muerte por haber luchado junto a los alemanes. O, peor aún, ¡me condenarán a vivir el resto de mis días en un campo de trabajo soviético! ¡Hice lo que hice por nuestro país! ¡Por el Báltico! ¡Haré todo lo necesario para que podamos recuperar a nuestro hijo!

Fueron necesarios tres policías bien corpulentos para sujetarlo.

—Puedo demostrar que tengo razón —dijo en sueco—. ¡Pregúntale por la pulsera que le di!

Uno de los policías le pateó con fuerza el estómago. Ozols se quedó sin aire. Tenía las manos y los pies encadenados y no pudo resistirse cuando lo sacaron a rastras de la cabaña.

El mismo policía que lo golpeó lo agarró del flequillo y le echó hacia atrás la cabeza, se inclinó sobre él y le susurró al oído:

—Ya te hemos escuchado bastante, Ozols. Pagarás caro tus pecados, como todos los demás nazis.

Lunes,  
14 de agosto

Max miraba el televisor montado en la pared mientras se preparaba un sándwich. Había puesto el informativo matinal y una novedad destacaba sobre el resto de las noticias, algo que no tenía que ver con las maniobras en el mar del Norte, sino que más bien parecía tratarse de un asesinato de una brutalidad insólita.

Alargó la mano en busca del mando a distancia y subió el volumen.

«Fue ayer, durante la subasta de la granja de Skeppsmyra en la isla de Björkö, en el norte del archipiélago de Estocolmo, cuando se encontró el cadáver de un hombre dentro de un arcón —decía el presentador del informativo—. Según los habitantes del lugar con los que hemos podido hablar, no cabe duda alguna de que se trata de un asesinato.»

«¿Skeppsmyra?», pensó Max. Al otro lado de la bahía desde Arholma. La vieja colonia estonia donde vivía su profesora, Maj-Lis.

¿Sería tal vez una disputa entre vecinos? ¿Quizá unos veraneantes que habían acabado discutiendo durante la última borrachera del verano? Sin embargo, parecía algo más complejo.

Un hombre, aún por identificar, había aparecido mutilado. El informativo mostraba una foto fija muy granulada. La imagen no decía mucho, pero un periodista que se encontraba en el lugar del hallazgo contó que había algo grabado en la frente de la víctima.

El periodista y el cámara trataron de acceder al local de la subasta, pero la policía se lo impidió.

El reportero intentó entonces hablar con una policía en la fangosa explanada que había delante del local. Según el subtítulo de la imagen, se llamaba Sofia Karlsson y trabajaba como investigadora de homicidios en la policía judicial de Estocolmo.

—¿Qué puedes contarnos de la víctima? —preguntó el periodista.

—En estos momentos no dispongo de ninguna información —dijo Sofia.

—¿Es verdad que se trata de lo que llaman un asesinato ritual?

Sofia Karlsson se detuvo y se dirigió a la cámara y al periodista.

—¿Tan poco clara he sido, tío?

Max vio cómo se alejaba tranquila, dominando la situación. Llevaba una chaqueta de piel marrón claro, vaqueros azul pálido a la moda y un par de zapatillas blancas que se le habían manchado de barro.

La misma Sofia Karlsson que se puso en contacto con él cuatro años atrás, cuando encontraron a un agente ruso muerto en el helipuerto del hospital Södersjukhuset, y Pashie luchaba por su vida para vencer aquellas terribles infecciones. Max le prometió que le devolvería la llamada, pero no lo hizo.

Charlie Knutsson, el presidente de Vektor, estuvo en contacto con ella. Él le contó a Max que la habían reubicado después de aquel caso del agente ruso. Los responsables dentro de la policía aludían a métodos ilícitos. Max se preguntó más de una vez si Sofia Karlsson había guardado silencio sobre lo que ocurrió de verdad en aquel helipuerto.

¿Acaso lo protegió?

Ahora había vuelto a aparecer como investigadora de la policía judicial. El hecho de que hubieran acudido tan pronto a un asesinato en Skeppsmýra indicaba que no se trataba de un caso corriente.

Max accedió a la lista de contactos del móvil para ver si aún conservaba el número. Allí estaba: «Sofia Karlsson».

Quería llamarla, se lo debía. Conocía aquella zona como nadie.

La puerta del baño se abrió.

—¿Me has preparado también un sándwich? —le preguntó Pashie en voz alta desde el pasillo.

Max miraba la pantalla y el nombre que se leía en ella. Le había prometido a Pashie que dejaría atrás todo aquello y no quería que los recuerdos aflorasen otra vez a la superficie. No en aquellos momentos. No dado el tipo de reunión a la que se dirigían en ese momento. Se guardó el móvil en el bolsillo y apagó el televisor justo antes de que Pashie apareciera por la esquina.

Sarah y Charlie cruzaron la entrada del hotel de oficinas de la calle Regeringsgatan. Cogieron el ascensor hasta la cuarta planta y entraron en la recepción de lo que parecía el vestíbulo de un centro recreativo juvenil recién reformado. Las paredes y el mostrador de recepción estaban pintados de blanco mate y del techo colgaban lámparas estilo industrial. Los marcos de los cubos de cristal que constituían las salas de reuniones eran de color amarillo fosforescente. Por allí pasaban jóvenes con auriculares, vaqueros rotos y camisas de cuadros, y Sarah pensó que lo único que faltaba era que se movieran por allí en monopatín.

—¿Qué clase de sitio es este? —dijo Charlie.

—Un hotel de oficinas, una incubadora. Un montón de empresas emergentes del tipo «negocio directo con el consumidor» se instalan aquí y...

—Se funden el capital de riesgo.

—Probablemente.

Fuera de uno de los cubos había un hombre que miraba hacia donde se encontraban ellos.

—Allí —dijo Charlie—. Ahí está Robin Molander.

Se dirigieron a un hombre con americana.

—¿Qué es lo que ocurre hoy en el Ministerio de Defensa? —preguntó Charlie—. ¿Por qué no podemos vernos allí? Me cuesta imaginar que haya reuniones más importantes que esta.

Lo miró con una de sus sonrisas insinuantes.



Robin le correspondió.

—Para una reunión de esta naturaleza, a la que se ha invitado a recursos externos, es mejor vernos en el centro.

—Vale. —Charlie echó un vistazo a la sala—. ¿Empezamos?

Se sentaron alrededor de una mesa de reuniones y todos se presentaron. Robin Molander era el segundo del secretario de Estado y quien había convocado la reunión. Dos de los demás participantes eran del Ministerio de Exteriores: Elisabeth Vogel, que pertenecía a la Unidad de Reducción y No Propagación, y Kurt Stenman, que dirigía el trabajo diario en dicha unidad en la Europa del Este y Asia Central. Se lo consideraba una de las personas más influyentes de Exteriores. La cuarta y última persona que había sentada a la mesa era una vieja belleza que atraía las miradas: parecía que acabara de salir de un salón de belleza de Sturegallerian. Se llamaba Anastasia Friedenberga y la Secretaría General del gobierno sueco le había pedido que diera la perspectiva de los Estados bálticos sobre aquel asunto.

Sarah inició la reunión exponiendo la información que Vektor había recibido acerca de las maniobras militares rusas en el mar de Barents. Expresó sus condolencias por los marineros que se encontraban en el fondo del mar de hielo y su frustración al ver que Rusia no aceptaba la ayuda de los países de la OTAN. Luego le cedió la palabra a Charlie, que informó de los planes de una acción de rescate sueca. Cuando hubieron terminado su exposición, abrieron el turno de preguntas.

Fue Stenman, de la Unidad de la Europa del Este, quien tomó la palabra en primer lugar.

—Por nuestra parte ya está hecho. Naturalmente que debemos ofrecer ayuda a los rusos. Pero aún falta abordar la parte financiera. Va a ser un asunto caro y no sé cómo veis vosotros en Defensa lo de cubrir los costes.

—Cuando anteriormente hablamos de este asunto en Vektor comentamos

cómo podría plantearse la financiación —intervino Charlie—. Es posible que parte de la solicitud pueda incluirse en el marco de las ayudas al desarrollo, que forman parte de nuestra disposición más amplia de apoyar el proceso de reformas ruso.

—¿Algo así como la ayuda de emergencia? —preguntó Stenman.

—Exacto —dijo Charlie.

Sarah asintió. No había hablado con Charlie sobre cómo iban a costear aquella acción las finanzas estatales. Aquello habría sido sin duda objeto de las conversaciones preparatorias que Charlie había mantenido con sus amigos dentro del Ministerio de Defensa. Una operación de salvamento no podía resultar en menos dinero para el ya mermado presupuesto de Defensa.

—Desde aquí seguimos la marcha de las maniobras con gran interés y con cierto terror —dijo Elisabeth Vogel, de la Unidad de Reducción y No Propagación—. Hay demasiados indicios de que Rusia está incrementando sus inversiones militares, incluso en nuestra zona más próxima. Los últimos días se ha ido fraguando cierta tensión que hace pensar en la guerra fría. La cercanía de los mayores submarinos de la OTAN y el rechazo por parte de los rusos de su ayuda no es en modo alguno una postura deseable. El hecho es que aún ignoramos qué ha podido provocar el hundimiento del *Kursk*. Estamos profundamente preocupados ante la posibilidad de que se esté fraguando un nuevo conflicto.

—Nosotros hemos advertido señales que apuntan en ese sentido, por desgracia —dijo Anastasia Friedenberga—. Y las tensiones no se limitan a lo que ocurre en el mar de Barents.

Sarah observó a las dos mujeres. ¿Qué era lo que estaban dando a entender? ¿Que se oponían a una acción de rescate sueca? ¿Que era demasiado pronto para tomar una decisión?

—Bueno, ¿y a qué nos conduce eso? —dijo Molander—. ¿A que primero

deberíamos determinar la verdadera causa del hundimiento?

—No hay tiempo para eso —replicó Sarah—. Cada hora que pasa aumenta el riesgo de que esta acción de salvamento se convierta en el saqueo de una tumba.

En cuanto terminó la frase comprendió que había desvelado sus cartas y que ya se le estaba agotando la paciencia.

—En todo caso, en primer lugar debemos acordar esto con la otra parte —dijo Elisabeth Vogel.

«¿La otra parte? —pensó Sarah—. ¿Quería decir que Suecia debía preguntar a Estados Unidos antes de ofrecer ayuda a Rusia? No podía hablar en serio.»

Sarah cerró los ojos cuando comprendió la respuesta. Los secretarios de Estado y los ministros querían mantenerse al margen y dejar que los subordinados alcanzaran una propuesta que no provocara el enfrentamiento con nadie. Entretanto, un grupo de marineros rusos tendrían que administrarse como les viniera en gana las últimas moléculas de aire encerrados en una lata a cien metros de profundidad. Los suecos siempre tenían que dar la nota.

—Robin, las pocas certezas existentes en torno a lo que ha ocasionado el accidente tiene que haber formado parte de las consideraciones en el Ministerio de Defensa, ¿no? —continuó Elisabeth.

Sarah sabía que Charlie se había pasado todo el domingo insistiendo a sus contactos del Ministerio de Defensa. Ahora estaba allí y observaba pasivamente lo que sucedía alrededor de la mesa sin inmutarse. ¿Por qué mantenía un perfil bajo? ¿Sabría algo que ella ignoraba?

—La propuesta de Charlie tiene más de una ventaja presupuestaria —dijo Molander—. Aunque se trate de acudir en ayuda de la marina rusa, se trata en cierto modo de un tipo de acción humanitaria, no militar. Ofrecemos de buen

grado los recursos de Berga, pero quizá deberíamos hacer que la tripulación llevara chalecos salvavidas de color naranja y dejar que actuaran como civiles a través de los servicios de salvamento, ¿no?

Kurt Stenman asintió.

—Lo cierto es que ayer hablamos de esa posibilidad en el Ministerio de Defensa —dijo.

Sarah miró a aquel joven tan sagaz. ¿Habrían llegado a esa conclusión ya antes de la reunión? Puesto que la pregunta era controvertida, la solución civil era mejor. Ni el ministro de Exteriores ni el de Defensa se mancharían las manos.

—¿Y cómo vamos a proceder a los trabajos de salvamento? —preguntó.

—A través del secretario de Estado Torbjörn Lindström —dijo Molander—. Él es el responsable de los preparativos.

—¿Y dónde está Lindström?

—Precisamente hoy está en Berga, una visita planificada desde hace tiempo —dijo Molander—. Se quedó libre ayer por la tarde, después de horas hablando por teléfono sin parar. Abordará la cuestión sobre el terreno directamente con el personal de salvamento sueco.

«Bien —pensó Sarah—. Max va a ir a Berga, que él se encargue de Lindström.» Echó una ojeada a Charlie, que asintió. Quería excusarse e ir a llamar a Max y así poder prepararlo para la reunión con el secretario de Estado.

—Qué bien —dijo—. La ayuda humanitaria y el Ministerio de Defensa colaboran en la mejor armonía.

—A veces es difícil trazar esa frontera —precisó Anastasia—. Entre lo militar y lo humanitario.

Sarah se arrepintió de sus últimas palabras. Debería haberse contentado con finalizar la reunión. Ahora tendría que combatir el impulso de gritar:

«Pero ¿tú quién coño eres, bonita?». Anastasia estaba envuelta en una frialdad..., como si la temperatura descendiera algún grado en cuanto abría la boca. Menuda reina del hielo.

—Ya, bueno, puede que esto no sea tan fácil —dijo Robin—. Puede que no haya nada que esté bien o mal, ¿no?

Charlie miró a Sarah y meneó la cabeza con discreción. Ella se estremeció. «¿Qué es lo que estás haciendo? —pensó Sarah—. ¿Por qué no dices nada?»

Sarah se volvió hacia Anastasia.

—Tenemos un submarino de salvamento de primera categoría. Podemos trasladarlo allí en avión en un par de horas. La operación en sí debería llevar una hora y media una vez que el submarino esté en el sitio. Esto significa que si se lo recomendamos enérgicamente al gobierno podemos conseguir que los marineros rusos se reúnan con sus familias a tiempo para la cena. Suecia y todas esas organizaciones que representamos se llevarán un mérito enorme. Eso es lo correcto. Lo que no está bien es hacer esperar al equipo de Berga mientras los rusos se ahogan.

Todos se la quedaron mirando: la polaca de Vektor, la central de propaganda del Servicio General de Seguridad sueco. Sabía que, dentro de la Administración Pública, no a todo el mundo le satisfacía un laboratorio de ideas de financiación privada. ¿Les estaría dando a sus oponentes medios para que se salieran con la suya? ¿Demasiado ansiosa? ¿Demasiado impulsiva para ser útil de verdad? Intuía que Charlie K. no estaba del todo satisfecho con aquella última iniciativa suya.

—Tienes toda la razón —dijo Kurt Stenman—. Y así lo transmitiré personalmente al secretario de Estado Lindström. Esos marineros tienen que cenar esta noche en su casa, qué demonios.

Charlie puso las manos en la mesa y les sonrió.

—Nosotros estamos en contacto permanente con Vardö —dijo,

refiriéndose a la estación de la OTAN en el norte de Noruega—. Nuestro colaborador Max Anger tiene buena relación con los mandos. Ellos nos convencieron de que participáramos en esta iniciativa. La OTAN no lo interpretará como una provocación, eso os lo puedo asegurar.

Por fin decía algo. Pero ¿era un farol? Sarah no conseguía entender a aquel hombre. Miró las caras en torno a la mesa, tenía la esperanza de que los que dudaban aceptaran lo que Charlie acababa de decir y la manera en que lo había dicho. Nadie era capaz de inspirar tanta confianza al hablar como él.

—Es fácil decirlo cuando, como tú, no se tiene una posición que defender —dijo Anastasia—. Según los servicios de inteligencia nacionales del Báltico los sucesos del mar de Barents son solo una parte de una maniobra mucho mayor. Rusia ha empezado a avanzar otra vez sus posiciones. Moscú quiere proteger los intereses de las minorías rusas y, a la larga, piensa incorporar las regiones bálticas a la Federación Rusa. Hay muchos indicios de que el atentado de Riga hace más o menos una semana fuese una señal de lo que nos espera de ahora en adelante. Unos agentes rusos volaron por los aires el centro comercial Centrs y mataron a una persona. Treinta y cinco resultaron heridas de gravedad. Han enviado agentes a los países escandinavos, tienen particular interés por Åland y Gotland. La violación de vuestras aguas se producirá cada vez con más frecuencia y alcanzará unos niveles nunca vistos. Dime, Charlie: ¿es ese el Estado y el presidente a los que quieres ayudar?

—Vuestra embajada siempre ha hecho lo imposible por exagerar la amenaza rusa, así que nada de lo que estás diciendo sorprende a nadie que te conozca —dijo Charlie.

«¿Que te conozca?» De pronto, Sarah cayó en la cuenta de lo que estaba pasando. Charlie sabía perfectamente quién era aquella mujer tan sorprendente. Se habían visto con anterioridad en alguna que otra partida.

—Quizá debamos preguntarnos por qué el joven presidente ruso rechaza la

ayuda que se le ha ofrecido con esa sangre fría —dijo Anastasia—. La ayuda de quienes ya están allí y que, con todo respeto, tienen embarcaciones más sofisticadas que las de Berga.

—Algo me dice que ya conoces la respuesta a tu pregunta —replicó Charlie.

—Bueno, en realidad es evidente, ¿no? Él no quiere salvarlos.

—¿Y por qué no?

—Tu colega lo dio a entender con esa declaración tan sobrecogedora. Estaban mal preparados. Con una instrucción y un equipamiento mediocres. Tal vez era eso precisamente lo que tenían «planeado» que pasara.

Anastasia echó un vistazo rápido a Sarah.

—¿Quieres decir que el Estado ruso haría algo así contra sí mismo, contra los suyos? —dijo Charlie.

—No es del todo inverosímil. Y, al mismo tiempo, dejaría que el mundo entero creyera que ha sido un submarino norteamericano el que ha causado las explosiones. Tú y yo sabemos que el Estado ruso ha hecho cosas mucho peores contra los suyos. Mientras el objetivo sea el adecuado, todos los medios se justifican.

—¿Por qué? ¿Y por qué ahora?

—Para poder aplicar cambios.

—¿Por qué no dices abiertamente a qué te refieres? —dijo Charlie—. Estás hablando de un *casus belli*.

Anastasia no dijo nada, pero Sarah creyó atisbar una sonrisa en aquella expresión neutral.

—*Casus* ¿qué? —preguntó Elisabeth Vogel.

—*Casus belli* —respondió Sarah—. Un suceso que proporciona los motivos para declarar una guerra.

Kandinski se puso en el pecho la identificación de Elias Skagerlind y ocupó su lugar en la caseta de vigilancia de la base naval de Berga. Admiró la habilidad que había desplegado al cambiar la fotografía y la funda de plástico. Había tenido tiempo de sobra para aprender a dominar aquel arte. Decenas de años de preparativos sin interrupciones, rodeado de hermanos totalmente entregados.

La seguridad en la base naval era estricta pero tenía un punto débil. Los últimos años habían contratado sustitutos de una reserva de cazas de una base aérea para descargar un poco al personal fijo en el anillo de seguridad más exterior. Los sustitutos estaban bajo supervisión pero no con la competencia necesaria para un control concienzudo. Lo único que hacía el Ministerio de Defensa sueco era comprobar con la policía provincial que la persona en cuestión no hubiera aparecido en el registro de delincuentes de Suecia, una comprobación equivalente a la que se hacía con las personas que querían trabajar en una compañía de seguridad. Un control más exhaustivo habría llevado a constatar que hombres como Elias Skagerlind, por fuertes, sensatos y habilidosos que hubieran sido a los veinte años, no eran adecuados para trabajar de guardas de seguridad en una de las instalaciones de Defensa más importantes del país.

El hombre del Ministerio de Defensa cerró la puerta trasera del coche y se encaminó solo hacia la caseta del guarda. Después de decir su nombre, Kandinski salió de la caseta y abrió la puerta del cuartito que en realidad era



un almacén. Lo habían retirado todo y habían limpiado a fondo. El suelo estaba protegido con cartones de los que se usan en la construcción. Tan solo había una silla y una mesa en el centro. Sobre esta última, protegida por un plástico transparente, había un lápiz afilado y un cuchillo.

Kandinski dijo una expresión sueca que había practicado hasta la perfección:

—Control de seguridad.

Con una sonrisa, dio la bienvenida al hombre que había en el cuarto. Torbjörn Lindström, el secretario de Estado del Ministerio de Defensa, cruzó el umbral y Kandinski cerró la puerta.

En la mesa, al lado de Max, había una pila de revistas. *Sköna Hem*, *Damernas Värld* y *Motorsport*. En la sala de espera había otras tres parejas más o menos de la misma edad que él y Pashie. Max miró el reloj. Pronto iría en el coche camino de Berga. Sarah le había enviado un mensaje al móvil diciéndole que el secretario de Estado del Ministerio de Defensa estaría presente en la reunión y que tenía un papel decisivo en la cuestión de la operación de salvamento sueca.

Pashie estaba sentada a su lado en una silla. Tenía las mejillas pálidas y parecía agotada, muy distinta de la mujer que había visto salir del cuarto de baño poco antes. Tenía en una mano la fina cazadora de nailon color perla y el bolso en la otra, y la mirada perdida fija en la sala de espera. Max le cogió la cazadora y le apretó la mano.

—¿Qué tal?

—No muy bien.

—No tenemos por qué hacer esto.

Ella negó con la cabeza.

—Vaya si vamos a hacerlo —dijo ella en voz baja—. Es nuestro turno.

—Me alegro de que hayáis vuelto —dijo el médico, que se presentó como Rutger Axelsson—. El doctor Kruger se ha trasladado a otra consulta, pero aquí tengo vuestros datos.

¿Qué demonios era aquello?, pensó Max. ¿Otro médico?

Pashie le cogió la mano otra vez.

Axelsson estaba sentado ante un pequeño escritorio de altura regulable mirando la pantalla de un ordenador. De pronto se volvió hacia ellos y se puso las manos sobre las rodillas.

—¿Alguna cuestión o comentario?

Max miraba a Pashie, que tragó saliva varias veces. Ninguno decía nada.

—Debéis saber que no estáis solos, todo lo contrario —dijo el médico—. Solo hay un dos por ciento de posibilidades de quedarse embarazada en un coito sin protección. Tan solo una mujer de cada cuatro se queda embarazada haciéndolo sin protección durante un mes entero.

Max sabía que Pashie detestaba que los médicos hablaran así de su problema. Con un tono clínico, despojado y desnudo. Ella siempre lo llamaba «la cultura de la ingeniería sueca» y decía que dominaba la sociedad. ¿Quién querría pensar siquiera en las relaciones sexuales después de haber hablado de ellas de ese modo? Le había contado a Max que, durante la primera visita al especialista en fertilidad se sintió como si estuviera allí sentada totalmente desnuda. El hecho de que el hospital Sophiahemmet les hubiera cambiado el médico en mitad del proceso lo empeoraba todo muchísimo. No había en aquello nada que se pudiera parecer siquiera a una relación personal, a una acogida personalizada. El fracaso del Sophiahemmet era el fracaso del propio Max. La propuesta de acudir allí había sido suya.

—Estamos al corriente de esas estadísticas —afirmó Max—. Ya han pasado seis meses.

—Exacto —dijo el médico, y miró de nuevo la pantalla—. Debéis saber que aproximadamente una de cada cinco parejas de Suecia se enfrenta a un deseo de embarazo insatisfecho. Y aún podemos hacer muchas cosas. Estimulación de la ovulación, inseminación de esperma, fecundación in vitro,

donación de óvulos..., entre otras posibilidades. Psicológicamente puede resultar muy duro, por eso hay una asociación que se llama...

—Sí, también la conocemos —dijo Max.

Lo irritaba aquel médico, su forma de hablar en términos generales, como si quisiera ganar tiempo. Y también lo irritaba el lenguaje que utilizaba. ¿«Un deseo de embarazo insatisfecho»? Como si hubiera alguien al otro lado que atendiera las llamadas y concediera o desestimara las solicitudes. Al menos podría haberse leído su historia clínica antes de la reunión.

«Dinos si somos estériles —pensó—. Podemos asumirlo. Cualquier cosa es mejor que la incertidumbre.»

—Ya deberíamos estar al final de la fase de investigación, ¿no? —dijo Pashie.

—Sí, a ver, decidme, ¿habéis sufrido alguna enfermedad de transmisión sexual?

A pesar de que el médico no miraba a ninguno de los dos, no cabía la menor duda de a quién iba dirigida la pregunta.

—No —respondió Pashie.

—¿Ni clamidia ni gonorrea?

—Pero joder —dijo Max—. ¿No has oído lo que acaba de decir? Todo esto ya lo hemos revisado con el otro médico.

El doctor palideció cuando su mirada se cruzó con la de Max.

—Ya, claro, lo siento. Solo trataba de descartar... Es que aquí tengo información sobre una infección grave...

Pashie le puso a Max la mano en el muslo.

—Hace cuatro años me secuestraron. El secuestrador me metió en un hoyo lleno de agua. Las bacterias y los microorganismos que contenía se introdujeron en el útero, la matriz y los ovarios, lo que provocó una inflamación grave. Nunca he sufrido ninguna enfermedad de transmisión

sexual.

Axelsson se la quedó mirando boquiabierto. Al final tragó saliva.

—Lo siento muchísimo, lamento que haya tenido que contarlo. Eso explica lo que veo en el historial, aunque habría querido que Kruger...

—El doctor Kruger me exploró los ovarios y el útero con ultrasonido vaginal —continuó Pashie—. Y también hemos hecho un análisis radiológico. No hay pólipos ni nódulos. Desde entonces he estado siguiendo un tratamiento hormonal.

—Sí, eso veo —dijo Axelsson—. Tenemos que hacerte otro análisis de sangre, Pasha.

—Pues hagámoslo ahora mismo, así podremos terminar. Y me llamo Pashie, terminado en e.

—Perdón, Pashie, he leído mal. Un análisis de sangre se hace rápido. Le pediré a la enfermera que se encargue ahora mismo. En cuanto a ti —se dirigió a Max sin mirarlo—, veo que hemos hecho una prueba *swim up* con buenos resultados. Pero no tengo tu declaración del estado de salud.

—Aquí la traigo.

Max sacó el documento del bolsillo interior de la americana.

Llamaron a la puerta cuando Axelsson empezó a examinar la declaración. Una enfermera entró en la consulta.

—¿Me acompañas, Pashie?

—Nos vemos ahí fuera —dijo Pashie, y le acarició a Max la mano antes de salir.

Max cerró el puño al mismo tiempo que el doctor Axelsson terminaba de leer el documento que tenía ante sí encima de la mesa.

Miró a Max.

—Una vez más, lo siento muchísimo.

—¿Hemos terminado ya?

—¿Es cierto lo que dice aquí?

—Sí —dijo Max.

—Tenemos que hacerte otro análisis de sangre, según lo que dice aquí...  
Tengo que...

—Cuando volví de Bosnia me recetaron benzodiazepinas, un fármaco llamado Alprazolam —dijo Max—. Si es eso lo que te preocupa.

El doctor Axelsson asintió. Miró otra vez la declaración de Max.

—¿Tu padre nació el mismo día que murió tu abuela? ¿Ella murió en el parto?

—Sí.

El doctor Axelsson apartó la vista de la declaración una última vez.

—¿Y tu abuelo?

—Ahí lo dice —respondió Max—: desconocido.

Sarah Hansen tiró el filtro de café usado a la papelera con demasiado ímpetu y parte de los posos salpicaron fuera del cubo de la basura. No sabía con seguridad qué era lo que más la indignaba: la actitud díscola de Anastasia Friedenberga, que había arruinado la reunión de la mañana, o la sensación de verse fuera cuando comprendió que el giro al final de la reunión se debía a la misteriosa relación de Charlie Knutsson con aquella extraña mujer.

No le gustaba la sensación de que la dejaran fuera de algo, seguramente como consecuencia de todo lo que le había ocurrido en su juventud, pero no tenía intención de pagar un montón de dinero a ningún terapeuta para llegar a esa brillante conclusión. Pensaba que confiaba en Charlie. Durante el catastrófico matrimonio con Lisette, fue en Charlie en quien confió. Le contó las dudas que la embargaban a la hora de tener hijos siendo lesbiana, las cuales se vieron reforzadas cuando se convirtió en una «lesbiana separada, madre soltera y, además, inmigrante». Y pensaba en cómo, sin Charlie, se hubiera hundido cuando le parecía que todo el aparato de creación de opinión de Suecia estaba en su contra.

A ella le importaban un pito Anastasia y sus posibles agendas, contrarias a las de Vektor. Lo que le dolía era que Charlie tuviera secretos para ella. ¿Qué significaba en realidad para él aquella reina de hielo? ¿Y por qué no había oído hablar de ella en la vida?

Puso un nuevo filtro y le dobló el borde para que no rebosara, porque, una vez más, se las había arreglado para comprar el tamaño equivocado. Dejó

correr el grifo después de haber llenado la jarra para la cafetera. Cuando empezó a salir lo bastante fría se llenó un vaso y volvió a su despacho, oyendo el borboteo de la cafetera.

Anastasia era sorprendentemente atractiva. Si era más guapa que Sarah, joder, a pesar de doblarle la edad. Sarah había oído a otras mujeres decir que experimentaban cierto consuelo cuando veían a alguna mujer mayor tan guapa y tan sexi, pero la visión de Anastasia no había surtido ese efecto en ella. Su belleza madura la había indignado aún más. ¿Le gustaría a Charlie aquella víbora? ¿Habían tenido alguna relación? ¿Sería ese el juego al que se estaban dedicando allí dentro?

Se sentó al ordenador y escribió el nombre de aquella mujer en el campo de búsqueda de Netscape. En la reunión había quedado más que claro que había diversas posturas en lo que a la cuestión del *Kursk* se refería, pero no resultó tan evidente cuál era el verdadero papel de Anastasia. ¿Le habría dicho alguien al primer ministro que había que dejar pronunciarse a los países del Báltico, puesto que ellos eran los vecinos más cercanos de Rusia?

Anastasia Friedenberga ocupaba un puesto en la embajada letona y parecía ser una especie de directiva profesional en diversos órganos de colaboración internacional centrados en los países nórdicos y bálticos. Sarah encontró una foto tomada hacía por lo menos veinte años atrás. «Vaya si estaba buena...»

En un artículo de unos días atrás escrito por Peter Tillberg, un viejo compañero de Sarah en el servicio militar, encontró una declaración de Anastasia. Cogió el teléfono y marcó su número de la oficina del diario *Dagens Nyheter*.

—Oye, hoy he conocido a una mujer cuyo historial tengo que comprobar—dijo Sarah cuando Peter respondió—. Hizo una declaración para ese artículo tuyo sobre las maniobras militares rusas en el mar de Barents. Se llama Anastasia Friedenberga. ¿Qué sabes de ella?



—Espera un poco —dijo Peter—. El caso es que me suena también de algo más.

Lo oyó murmurar.

—A ver. Ha aparecido en el periódico un par de veces, el año pasado y este mismo, a finales de mayo.

—¿En qué contexto?

—La cumbre de Washington del año pasado y, ahora en mayo, por la constitución del llamado Grupo de Vilna.

—¿Washington? ¿Estamos hablando de la OTAN?

—Exacto.

En aquella reunión en la capital estadounidense, la República Checa, Hungría y Polonia se incorporaron como miembros de la OTAN tras un procedimiento abreviado.

—¿Y qué pintaba allí Friedenberga? —dijo Sarah.

—Se mostró muy activa por lo que a Letonia se refiere. En aquella cumbre, la OTAN definió las directrices para la incorporación como nuevos miembros de una serie de países, prácticamente toda la Europa del Este, además de los bálticos.

—¿Y el Grupo de Vilna es el lobby que presiona para que esos países se conviertan en miembros de pleno derecho de la OTAN? —dijo Sarah.

—Sí, Anastasia está en el comité directivo del grupo. Una mujer muy emprendedora.

—No tiene a los rusos en muy alta estima, ¿verdad?

Peter soltó una carcajada.

—No. Y Rusia tampoco tiene en muy alta estima el Grupo de Vilna. Los países miembros, y me refiero a los diez, están invitados a la próxima cumbre de la OTAN en Praga, y aparentemente entonces se empezarán a procesar las solicitudes. El presidente Putin ha expresado su profundo desacuerdo.

Un centenar de marineros rusos moribundos no conmovía en absoluto a alguien como Anastasia. Seguro que los comparaba con los miles de letones que, a lo largo de su vida, habían apresado, asesinado y torturado los rusos. Ella nunca apoyaría una iniciativa para ayudar a ciudadanos rusos o para que mejorasen las relaciones entre Occidente y el antiguo poder de ocupación. Quería que su país entrara en la OTAN cuanto antes y desplazar el telón de acero tan al este como fuera posible. Nada más.

El regreso de la guerra fría le venía de perlas.

Kandinski estaba en el almacén apoyado en la mesa cubierta de plástico. Se había puesto unos guantes de látex y estaba desnudo de cintura para arriba. Miró el pliego de papel que tenía delante, donde había dibujado el mismo símbolo una y otra vez mientras Torbjörn Lindström, que estaba atado a la silla que Kandinski tenía detrás, lo miraba con impotencia.

Era un símbolo que había pintado en muchos cuerpos mientras estuvo en la cárcel, un símbolo que todos reconocían. Kandinski dudaba de que el secretario de Estado supiera lo que representaba de verdad.

Oía a su espalda la respiración de Torbjörn Lindström, cada vez más jadeante y desesperada. Casi podía sentir cómo la mirada de Lindström se había quedado clavada en lo que él llevaba pintado en la espalda. Las imágenes que allí había, grabadas en el interior de una cruz octogonal, describían la historia de su país tal como se narraba en los antiguos relatos que el mismísimo Lenin había elogiado. Aquellos símbolos parecían llenar a Lindström de temor y malestar, como si en lo más hondo de su ser comprendiera su significado. Y lo que implicaban para él.

Kandinski miró a los ojos al secretario de Estado. Tenía las mejillas húmedas por el llanto. Los ojos rojizos iban erráticos de la cara de Kandinski hasta lo que tenía en el pecho y la barriga marcado con alfileres y con tinta.

La cinta plateada le atenazaba fuertemente la boca y no era capaz de articular ningún sonido. La gente que se encontraba en esa situación se hacía siempre las mismas preguntas: ¿Por qué? ¿Quién eres?

«Soy *Lietuvens*. El que transforma la vida en sueño eterno. El que ha sido convocado para hacer justicia. Me he reconciliado con mi destino. Ha llegado la hora de que aceptes el tuyo. Has sido elegido por una razón.»

Kandinski levantó el cuchillo con su poderosa mano derecha. Lindström lloraba tanto que le temblaba todo el cuerpo.

Kandinski rodeó despacio la silla y se colocó detrás del secretario de Estado. Con la mano libre, empujó la cabeza de Lindström hacia delante. Luego empezó a grabarle el símbolo en la nuca. La sangre le brotaba de las líneas, se extendía como una lluvia ligera y roja por el pelo fino y corto del cuello y por la espalda.

Cuando hubo terminado, soltó la cabeza y contempló su obra. Un cuchillo funcionaba igual de bien que la tinta y la aguja cuando uno quería marcar a alguien.

La nuca del secretario de Estado lucía la Cruz del Trueno.

Kandinski se colocó de nuevo delante de su víctima y dejó caer el cuchillo en el suelo. Eso pareció surtir un efecto tranquilizador en Torbjörn Lindström, que levantó la vista como preguntando: «¿Y eso era todo? ¿Lo único que querías era grabarme algo en la nuca?».

Kandinski cogió el lápiz de la mesa y dijo en su lengua materna:

—Como hemos sufrido nosotros, así sufrirás tú.

El extraño acento de aquella lengua reactivó el pánico en el cuerpo inmovilizado del político.

Kandinski sostuvo en alto el lápiz con la afilada punta ante el rostro de Lindström.

—¿Qué ves en la punta? —preguntó en inglés.

Lindström negó con la cabeza, gritando detrás de la cinta adhesiva.

—Tienes que fijarte mejor.

Kandinski le acercó tanto el lápiz que casi le rozó la nariz.

—¿Ves la luz del sol?

Agarró a Lindström del pelo y sostuvo el lápiz delante del ojo del secretario de Estado. Este miraba la punta fijamente.

—¿Ves a tu familia? ¿A tus hijos?

Lindström hizo un último esfuerzo por liberar las manos, pero las ataduras que las encadenaban a los barrotes de la silla no cedían.

—Mira bien.

Kandinski dirigió el lápiz hacia el ojo izquierdo de Lindström y dejó que la afilada punta descansara sobre la córnea. Lindström cerró los ojos.

—Que mires, te digo.

Kandinski le abrió a Torbjörn Lindström los párpados con el pulgar y el índice. Luego le fue clavando el lápiz muy despacio de modo que la córnea se resquebrajó, continuó hundiéndolo contra la torpe resistencia del globo ocular, que se dividió y continuó después a través de los borbotones de sangre hasta la sustancia cerebral que había detrás. Con la mano izquierda le sujetaba a Lindström el cuello, mientras que el cuerpo no paraba de dar sacudidas y los gritos amortiguados llenaban el reducido espacio.

En la calma posterior, una oleada de calidez recorrió a Kandinski, como siempre.

Soltó la nuca del secretario de Estado, metió la mano por dentro de la camisa de Lindström y se embadurnó la mano con la sangre que aún manaba del símbolo y la herida del cuchillo que le había hecho en la nuca.

Con la mano ensangrentada se dirigió a la pared y pintó una gran cifra en color rojo.

Ocho.

Pashie cerró la puerta de su despacho en las oficinas de Vektor. Se había despedido de Max en Valhallavägen. Tras la visita a Sophiahemmet no se habían dicho una palabra. Ya hablarían por la noche. Ahora los dos tenían otras cosas en las que pensar.

Se quitó la cazadora, se plantó delante del espejo del perchero y se miró a los ojos.

«A la mierda, Sophiahemmet. A la mierda, doctor Axelsson y a la mierda, esa puta investigación tuya. No os necesito. Ya tengo las respuestas que quería.»

Se quitó los zapatos de tacón, volvió al escritorio y se sentó. Ya era hora de hacer algo de provecho.

Pashie había visto a su prima Nadia y a su marido en casa de unos parientes en Molodizhne la última vez que estuvo allí. De eso hacía ya dos años. Nadia se había casado el año anterior y tenía una hija a la que habían llamado Almaz, que significa «diamante» en ruso. La pequeña le recordó a Pashie a sí misma de niña, con unos colores y unos rasgos que indicaban que había un progenitor tártaro y otro ruso, una mezcla perfecta de Europa y Asia. El padre había muerto ni siquiera un año después de que ella lo conociese. Ahora, con aquel submarino encallado en el fondo del mar, existía un gran riesgo de que el hermano de su marido, el tío de Almaz, corriera el mismo destino junto con los demás. «Mundos destrozados —pensó Pashie—, sin ni siquiera una guerra de por medio.»

Almaz y otros miles de niñas rusas esperaban a unos padres que nunca volverían a casa. Exactamente igual que le había ocurrido a Pashie. Porque el Estado ruso y los objetivos políticos no tomaban en consideración a las personas como ella.

«¿Cuándo cesarán esas tragedias? ¿Cuándo entrarán en razón los hombres?»

Cogió el teléfono para hacer las llamadas que le había pedido Sarah. Había conocido a Denis Zinóviev en la embajada rusa cuando ella enseñaba en la escuela rusa, ya que él tenía allí un hijo escolarizado. Llevaba dos años en la legación rusa. Era de San Petersburgo, guapo, moderno y amante de lo occidental, como tantos otros con el nuevo presidente. Pashie había hablado con él un par de veces, y siempre era igual de agradable y comunicativo. Estaba de acuerdo con ella en que Europa no era nada sin Rusia y también con que Rusia no era nada sin tener buenas relaciones con los países vecinos, y desde luego con Suecia.

Mientras esperaba que le pasaran la llamada trató de ponerse en la situación de Denis y olvidarse de la suya propia.

—Soy Pashie Kovalenko —dijo cuando él respondió—. ¿Tienes un minuto?

—Acabo de quitarme de encima a «Anders, el de la policía de Norrmalm». —Denis cambió al sueco para describir a la visita—. Tengo por lo menos una llamada en espera de Moscú. Pero para ti claro que tengo tiempo. ¿Cómo puedo ayudarte?

Siempre la había halagado así, con la sutileza y la elegancia de un hombre que estaba casado y que sabía que ella tenía pareja, pero que no podía evitar flirtear un poco. Pashie sabía quién era Anders, pertenecía a la unidad policial de la embajada y hacía visitas rutinarias para comprobar que todo lo relativo a la seguridad de la embajada funcionaba como debía. Denis calificaba

aquella organización de paródica. La embajada rusa sabía que lo único que quería la policía sueca era tenerlos vigilados y que en realidad no les preocupaba mucho su seguridad. Pashie se preguntaba si la de hoy no habría sido una visita extraordinaria, teniendo en cuenta lo ocurrido.

—Estamos trabajando en una propuesta de ayuda sueca a la tripulación del *Kursk* —dijo—. Estamos en contacto con la base naval de Berga. Quieren enviar por vía aérea el submarino sueco URF con tripulación incluida y ponerlo a disposición de la marina rusa.

Denis guardaba silencio al otro lado de la línea. Pashie podía oír cómo sonaban otros teléfonos y cómo los empleados se llamaban los unos a los otros.

—De pronto todo el mundo quiere acudir en nuestra ayuda —dijo Denis al fin.

—También son mis compatriotas.

—Lo sé. Lo trataré en la reunión de mediodía. ¿Puedo llamarte un poco más tarde?

—Por supuesto, solo quería que estuvierais al corriente de los planes y que lo supierais directamente por nosotros, no por rumores filtrados por terceros.

—Ya tenemos últimamente bastantes rumores filtrados por terceros, así que te agradezco mucho que hayas llamado. Está bien que tengamos contacto directo. ¿En una cena, tal vez? —Hizo una pausa de unos segundos—. Pashie, estaba de broma. Luego te llamo.



El recuerdo de la cita en el hospital Sophiahemmet aún permanecía en la memoria de Max mientras conducía. La torpeza con la que habían llevado la investigación de su caso. La humillación que había tenido que sufrir Pashie. La mirada de Axelsson cuando le preguntó a Max por los datos de sus parientes más cercanos.

«¿Murió tu abuela en el parto?» Las fechas que habían desvelado ese hecho. Sobre ese particular Axelsson estuvo muy atento.

«¿Qué iba a contestar? —pensó Max—. ¿Que la criatura que la abuela llevaba en su seno sobrevivió milagrosamente y vino al mundo unos segundos después de que esta exhalara su último aliento? ¿Que ella fue espía rusa en contra de su voluntad, que murió tratando de huir al oeste? Asesinada por su propio marido.

Nadie creería una verdad así.

Max habría querido declarar que el hombre a cuyo lado huyó su abuela, Carl Borgenstierna, era su abuelo. Pero no conocía los pormenores con certeza. Solo había visto una vez a aquel hombre que le había dejado todo en herencia poco antes de morir, y no había nada en el aspecto del anciano que encajara con el de Max.

«Nos hemos prometido algo que no es posible, Pashie.»

La promesa consistía en cerrar la puerta de todo el pasado. No volver jamás sobre aquello que había matado a la familia de Max y casi acaba con ellos dos. Pero para que los ayudaran a quedarse embarazados, debían

regresar sobre aquello que los agobiaba.

Abuelo paterno: desconocido.

Cuando abandonó Nynäsvägen y entró en los locales de la cuarta flotilla de combate naval de la base de Berga, trató de centrarse en la inminente reunión. Pensó en el mensaje de móvil que le había enviado Sarah, en el que lo advertía de que el secretario de Estado del ministro de Defensa había cobrado un papel clave en la cuestión de la operación de salvamento. Comprendía que nadie, ni en Suecia ni en los países de la OTAN ni en Rusia, querría considerarla una operación de defensa sueca. Pero aquello era de todos modos el mundo al revés.

Las luces azules de los dos coches de policía fue lo primero que vio Max cuando llegó a Berga. Estaban exactamente delante de la puerta de puesto de guardia. Max estacionó el coche en el aparcamiento de las visitas y se dirigió a la entrada; apretó el puño izquierdo, que había empezado a temblarle. En el asiento trasero de uno de los coches de policía había un hombre sentado con la cabeza gacha. Parecía un chófer. Max se volvió al aparcamiento de las visitas y vio el coche que seguramente conducía el hombre: un Volvo sedán de color azul. «¿Del Ministerio de Defensa?»

—La zona está acordonada —dijo un policía de uniforme que se le acercó caminando despacio—. Tengo que pedirte que abandones el lugar.

El policía era alto y corpulento. Seguramente no procedería de la comisaría más próxima, localizada en Nynäshamn.

—Tengo una cita con la dirección de Berga y con representantes del Ministerio de Defensa —dijo Max.

—Lo siento. Tendrás que irte por donde has venido —replicó el policía.

Al otro lado de la verja se abrió la puerta de una caseta de vigilancia. Por ella salió una joven con una cazadora de cuero marrón. Max la reconoció del informativo de la televisión. Sofia Karlsson, la policía judicial. ¿Qué hacía

allí precisamente ella? ¿No estaba investigando el asesinato ritual?

—¿Es ella la responsable aquí? —dijo Max.

—Es hora de que te...

—¿Sofia? —gritó Max—. ¿Sofia Karlsson?

La mujer se volvió y miró a Max. Se la veía tan serena como en las imágenes de televisión.

—¿Es que no te has enterado de que tienes que marcharte? —dijo el policía, y dio un paso al frente, pero Max hizo caso omiso.

Sofia se dirigió a la verja.

—Yo me encargo —dijo el policía—. Este tipo está a punto de irse.

—Espera —pidió Sofia—. Max Anger, ¿verdad?

Sofia abrió la verja y salió a la explanada.

—No pasa nada, Tom. Danos cinco minutos.

El policía le lanzó a Max una última mirada y luego volvió a la caseta de vigilancia.

Sofia examinó a Max.

—¿Qué haces aquí? —dijo.

—Me han convocado a una reunión.

—¿Sobre qué?

—El submarino URF.

Sofia Karlsson enarcó las cejas.

—No me llamaste —dijo.

—Pensaba hacerlo ahora que te he visto en el informativo.

—¿Qué clase de reunión ibais a celebrar?

Max se puso a la espalda la mano izquierda, aún temblorosa.

—No estoy seguro de que sea una cuestión pertinente para la policía.

—Pues yo sí.

—Tengo que remitirte a las fuerzas armadas —dijo Max.

—Vale. Les diré que has estado aquí. Me alegro de haberte visto por fin en persona.

Sofia se dio media vuelta y echó a andar de nuevo en dirección a la verja.

—¿El que está sentado en vuestro coche es el chófer de Torbjörn Lindström?

Sofia se paró en seco.

—¿Por qué?

—¿Dónde está Lindström?

—¿Por qué preguntas por él?

—Porque tenía que encontrarme con él aquí.

Sofia Karlsson lo miró de pies a cabeza.

—Te voy a citar en la comisaría. Déjale todos los datos de contacto a tu nuevo amigo Tom. —Sofia señaló al policía que los miraba desde la caseta—. Luego te llamo.

—Tengo un asunto muy importante que tratar con Lindström. Hay en juego vidas humanas. ¿Es su coche el que está allí, en el aparcamiento?

—Max Anger —dijo Sofia mirándolo pensativa—, ahora mismo esto es el escenario de un crimen.

—Así que ese es él, ¿no? —dijo Sofia.

Al otro lado del cristal se veía a un hombre corpulento de ralo pelo rubio hundido en una silla.

—El guarda principal de las fuerzas armadas —dijo el colega uniformado—. Lo hemos recogido en casa. Nos ha costado despertarlo y ha tenido que darse una ducha aquí. Suda como un cerdo.

—¿Qué hemos hecho con él hasta ahora?

—Le hemos tomado muestras de ADN y las huellas dactilares. La conversación te la hemos dejado a ti, como querías.

Sofia asintió y se dirigió a la puerta. El hombre que había sentado a la mesa levantó la cabeza para ver quién se acercaba. Se irguió en la silla.

—¿Elias? —dijo Sofia.

—Sí.

—No era la primera vez que debías acudir a vigilar una de nuestras instalaciones de Defensa, ¿verdad?

Elias negó con la cabeza de un modo casi imperceptible.

—Formé parte de las fuerzas especiales durante el servicio militar. Una unidad de élite.

Nada quedaba en aquel hombre del viejo soldado de élite. Sofia lo había visto en muchas ocasiones, en militares, policías y deportistas. Hombres que dejaban que sus ambiciones se transformasen en angustia y los músculos en grasa. Hombres, siempre hombres, que no podían superar el hecho de que la

vida no resultara como ellos habían pensado. Que no podían soportar su oscuridad interior. Que se daban a la bebida o a algo peor.

Recordó a Max Anger, al que había conocido en Berga. Después de cerrar la investigación que había abierto contra él, a veces se lo imaginaba. Max no era como el hombre que estaba allí, sentado al otro lado de la mesa. Mostraba una grata seguridad masculina. Una fuerza que no era solo músculos. Elias Skagerlind era un saco desinflado que apestaba a alcohol, a pesar de la ducha y de todo el café que los colegas de Sofia le habían suministrado.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado? —dijo—. ¿Por qué no estabas en tu puesto?

Elias cerró los ojos.

—No lo sé.

—Podemos proporcionarte ayuda con el alcoholismo, Elias. Es lo menos grave de todo este asunto, como comprenderás.

Él asintió.

—¿Quieres que te traiga un abogado?

—No tengo nada de lo que defenderme, soy culpable —dijo con un suspiro—. Sé que no hay que perder de vista la acreditación personal. Me estaba meando y estaba como una cuba. Joder, nunca me había puesto así antes, nunca había tenido lagunas de memoria, nunca había dormido tanto. Cuando me despertasteis... tardé varios segundos en oír algún sonido. Lo confieso todo y estoy dispuesto a aceptar el castigo. *That others may live...*

—Espera, espera un momento —dijo Sofia.

Elias abrió los ojos.

—¿De qué coño estás hablando?

—Es una divisa de The PJ:s, nuestro equivalente entre los yanquis.

Sofia echó una mirada al cristal de la pared. Solo vio el reflejo del cansancio de su cara. «Mierda —pensó—. ¿Es que no sabe por qué lo hemos detenido? ¿Por dónde empezar?» Tal vez no fuera moralmente defendible ni

legal según el reglamento, pero siempre podía afirmar que ella creía que los otros policías habían hecho su trabajo y habían informado a Elias como era debido.

—Vamos a tomarnos esto con calma y tranquilidad, Elias. Lo primero y principal, cuéntame lo que ocurrió anoche. Dices que perdiste de vista la acreditación. ¿Eso dónde fue?

—En el Cage Bar, en el barrio de Gamla Stan.

—¿Estuviste allí toda la noche?

Elias asintió.

—¿Y cómo llegaste a casa? ¿En autobús, en metro, en taxi?

La barba crujió cuando Elias se pasó la mano por las mejillas.

—No me acuerdo.

—Así que te entraron ganas de orinar y dejaste la acreditación. ¿Dónde estabas sentado?

—En la barra.

—¿Y dónde dejaste exactamente la acreditación?

—En la americana, encima del taburete.

—¿De eso sí te acuerdas? Pero ¿de nada de lo que pasó después?

—Me acuerdo de todo hasta ese momento, a partir de ahí todo es de lo más borroso.

—¿Dónde tienes ahora la americana?

—No sé. En casa, supongo.

¿Qué demonios estaban haciendo? Levantó la vista hacia el cristal, sabía que los polis escuchaban desde el otro lado. Hizo un movimiento en el aire con la mano: «Volved a su casa y traed la americana».

—¿Había mucha gente?

—No, qué va. De ser así me habría llevado la acreditación a los servicios. Por borracho que estuviera.

—Entonces ¿por qué la dejaste allí?

—Porque estaba solo.

—¿Totalmente solo?

—Sí, solo estábamos John, el camarero, y yo.

—Describelo.

—Es guay, no dice gran cosa, no habla sueco y habla mal inglés.

—¿Sabes de dónde es?

—De por ahí del sur, de Europa.

—Tienes que afinar más.

Y entonces fue como si Elias Skagerlind por fin se hubiera despertado de verdad. Tragó saliva.

—¿Qué ha pasado?

—Quiero que describas a John con mucha más precisión —dijo Sofia.

—¿A lo mejor sí me conviene que venga un abogado después de todo?

Sofia estampó un puñetazo en la mesa y Elias dio un respingo.

—No nos hagas perder más tiempo. Cada minuto que pasamos aquí contigo las cosas empeoran. ¿Es italiano, español, holandés? Tengo que encontrarlo.

—Yo diría que es alemán o quizá checo o algo así.

Sofia soltó un suspiro.

—Describelo.

—Rondando los cincuenta, alto, ancho de hombros, en forma. Pelo oscuro y corto. Voz bastante clara.

—Con eso no puedo hacer nada. ¿Alguna característica que lo identifique?

—Una cosa rara es que siempre lleva algo alrededor del cuello. Aunque en el bar se esté a treinta y cinco grados.

—¿Lo has visto muchas veces?

—Sí, el verano pasado iba allí casi todas las noches. Y lo vi cinco o seis



veces.

—¿Y siempre llevaba algo que le tapaba el cuello? ¿Por qué?

—No lo sé. Pero una vez se agachó y entonces le vi algo en el cuello.

Sofia asintió. Un tatuaje, seguramente. Una imagen tribal que quedaría chula en el continente diez años atrás. O el nombre de alguna novia que un día se dio cuenta de que podía aspirar a algo mejor. Elementos turbios de Centroeuropa que andaban de aquí para allá. Eso no descartaba a muchos, pero algo era algo.

—¿De piel clara o morena?

—Tiene la piel blanca. Blanca como la cera. Una vez le gasté una broma al respecto. Le pregunté si era alérgico al sol.

Elias soltó una carcajada, meneó la cabeza ante su propio chiste.

—¿Y qué te respondió?

—Que él vivía solo de noche.

Sofia asintió preguntándose qué habría querido decir. ¿Era solo una buena respuesta o sería verdad? Estocolmo estaba llena de gente que vivía de noche.

—¿Bebes mucho, Elias?

—Sí, por desgracia.

—Tú eres un poco mole, seguro que aguantas bastante alcohol, ¿verdad? ¿Cómo es que bebiste tanto precisamente anoche?

—Eso es lo que no entiendo, no creo que bebiera más de lo habitual.

Sofia asintió. Habría que hacerle un análisis de sangre. Tenía un recuerdo claro de lo ocurrido antes de ir a los servicios, nada de lo que pasó después. Que hubiera dormido tantas horas y que, además, tardara unos segundos en recuperar el oído después de despertarse podía indicar que lo habían drogado. Pero aún no quería desvelárselo.

—¿Ha aparecido la acreditación en alguna parte? —dijo Elias—. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—Vas a tener que quedarte aquí un buen rato, Elias. Te ruego que repases bien cuál es tu relación con ese hombre y todo lo que hayáis hablado hasta este momento.

—Pero... —dijo Elias—. ¿Qué es lo que he hecho, si puede saberse?

—Sospechamos que eres cómplice de asesinato.

Denis Zinóviev oyó a su espalda el rumor de la pesada puerta metálica al cerrarse y entró en el subterráneo. Era uno de los muchos que se habían construido bajo la ciudad de Estocolmo para mantener a raya a gente como Denis y sus compatriotas. Y él no pudo por menos de sonreír ante la idea. Los suecos habían sido pertinaces, ningún otro país de Europa tenía tantos refugios subterráneos. Más de sesenta y cinco mil, con siete millones de plazas. Al parecer Winston Churchill le preguntó a Tage Erlander durante una visita a Estocolmo: «¿En qué guerra tenéis pensado participar, con tantos refugios como habéis construido?».

Este se encontraba en Solna, al norte de Estocolmo. El local pertenecía a un club de tiro y se reservaba los lunes. Los tubos fluorescentes del techo difundían una luz de un blanco cegador por la exigua decoración. Cogió unos cascos protectores en la entrada. Se había convertido en algo así como una tradición verse los lunes después del trabajo para liberar agresividad y tomarse una cerveza. Siempre había alguien que se llevaba una caja de cervezas Baltika y unos cacahuetes. Este lunes, después del día más ajetreado de la vida de Denis, lo necesitaba más que nunca.

El grupo de empleados de la embajada se había reunido en torno a un hombre solitario que estaba delante de una de las cuatro pistas. Se hacía un silencio absoluto cuando el hombre cargaba el arma. Denis podía oír el rumor del sistema de ventilación procedente del techo a través de las protecciones para los oídos de los cascos. El tirador había colocado la diana a la máxima

distancia posible, veinticinco metros. Se había hablado mucho del arma que el hombre tenía en la mano, una novedad de KBP Instrument Design Bureau, de Tula. GSh-18 Alpha protocol. Nueve milímetros, dieciocho cartuchos, semiautomática.

El hombre cerró los dedos alrededor del gatillo. Incluso desde una distancia de tres o cuatro metros, Denis podía sentir la fuerza de la bala al atravesar el aire. El hombre iba disparando sin que la mano le temblara un ápice. Cuando terminó, el tirador se quitó las gafas protectoras y pulsó un botón. El murmullo iba creciendo metro a metro a medida que se acercaba la diana.

Alguien hizo una seña a Denis y el tirador se volvió hacia él. Denis se irguió al verle la mirada. Había oído hablar de aquel hombre, pero no esperaba toparse con él después del trabajo. El sujeto había pertenecido en su juventud al grupo que fundó la unidad móvil de la policía rusa para operaciones especiales en los Juegos Olímpicos de Moscú en 1980. Perteneció a la agrupación de élite durante mucho tiempo y fue el primero en irrumpir en el Ministerio del Interior letón en 1991. Desde mediados de los años noventa había sido el hombre de confianza en San Petersburgo de Putin, al que acompañó a Moscú cuando sustituyó a Yeltsin. Corría el rumor de que fue él quien acuñó el lema de la unidad móvil: «No tenemos piedad, tampoco la pedimos».

Y ahora estaba allí, delante de Denis, escrutándolo.

—Me llamo Papanov —dijo—. Tú debes de ser Denis Zinóviev, ¿verdad?

Sabía que parte del mito en torno a Papanov era que nunca quería que se utilizara su título, salvo cuando llevaba el uniforme, lo que rara vez sucedía.

—Sí —respondió Denis—. Bienvenido a Estocolmo.

—Tú y yo tenemos alguna que otra cosa de la que hablar —dijo Papanov, y pasó por delante de Denis en dirección a la salida.

Antes de darse la vuelta para seguirlo, Denis se fijó en la diana que colgaba allí, ante el grupo de sus colegas. Lo único que se veía era un agujero en medio de la frente del dibujo. Un agujero hecho con dieciocho disparos.

Delante del Cage Bar, en la plaza de Kornhamnstorg, había dos hombres fumando. Miraron con atención a Sofia Karlsson, que se acercaba a la entrada, la saludaron con una seña y le ofrecieron sendas sonrisas, que contenían todo aquello que ella no deseaba. Sofia les devolvió la mirada con aquella sensación que había ido fortaleciéndose en su interior desde la conversación con Elias Skagerlind en la comisaría. «No os interpongáis en mi camino, chicos, ya seáis seductores de salón ebrios o colegas incompetentes de la policía.» Los fumadores se hicieron a un lado de modo que Sofia no tuvo que aminorar el paso cuando abrió la puerta del bar.

Tenían la música puesta a un volumen innecesariamente elevado. En el local solo había dos hombres, unos tíos de pelo largo con cazadora vaquera que estaban sentados con las cabezas muy juntas para poder imponerse al *Free Fallin'* de Tom Petty.

El hombre que había detrás de la barra no pareció alegrarse con su llegada. Ella no era la clase de chica que esperaba ver entrar allí. Le preguntó qué quería.

—¿Este sitio es tuyo?

—Es mi bar en estos momentos. El jefe está ahí dentro.

Señaló una puerta.

—Tranquilo, sé entrar sola —dijo Sofia.

En el cuartito al que accedió hacía calor y olía a cerrado. En un rincón había una cocinita atestada de tazas de café sucias, ceniceros y paquetes

medio vacíos de galletas María. A una mesa minúscula había sentado un hombre mayor con pilas de facturas y pedidos. Levantó la cabeza y la miró con la sorpresa en los ojos enrojecidos tras los cristales de las gafas.

—Soy Sofia Karlsson, de la policía —se presentó.

El hombre dejó las gafas de cerca en la mesa.

—Gracias a Dios —dijo el hombre con media sonrisa—. Temía que dijeras que eras del banco.

Sofia cogió una silla y se sentó frente a él. Le corría el sudor por la columna hasta el final de la espalda.

—¿Es difícil? —preguntó.

Él arrugó la frente.

—¿Llevar un bar así? Sí, es difícil.

—A veces hay que hacer la vista gorda, ¿verdad? Para que las cosas salgan. Para cumplir con todas las fechas de vencimiento de las facturas, ¿no?

Sofia señaló la pila de facturas.

—¿Qué has encontrado? ¿Un pez de plata en la copa de vino? ¿Un poco de maría en el servicio de caballeros?

El hombre se retrepó en la silla. Era delgado, casi escuálido, y parecía pertenecer a esa categoría de gente de Estocolmo que apenas había salido de la ciudad desde que nació, haría como cincuenta años, que carecía de formación pero que no se perdía un partido en el Söderstadion. Hablaba como un verdadero chico del barrio de Söder. Uno que se fumaba tres paquetes de Blend rubio al día y vivía en algún punto de la calle de Hornsgatan.

—Necesito ver la lista de empleados. Porque supongo que tienes todos los papeles y los permisos en orden, ¿verdad?

—A lo mejor acabamos antes si me preguntas lo que quieres saber.

—Estoy buscando a una persona que se hace llamar John. Estaba en la barra anoche.

El dueño asintió, como si supiera de qué le estaba hablando.

—Yo también lo estoy buscando. Llevo todo el día tras él.

—¿Por qué?

—Porque no había mucho dinero que digamos en la caja cuando abrimos esta mañana. Tengo la sensación de que ya ha salido del país.

—¿Por qué piensas que se ha ido?

El hombre se encogió de hombros.

—No creo que volvamos a verlo, vamos.

—¿Cuánto tiempo estuvo trabajando aquí?

—Dos semanas, vino unas cinco o seis veces. Lo del personal ha sido un infierno todo el verano. Con el buen tiempo, ya sabes, todo el mundo quiere largarse del centro, se inventan todo tipo de excusas inteligentes.

—O sea que contratas a gente que no conoces, de la que no sabes nada de nada, ¿no? ¿Dónde vive?

—Dijo que se quedaría poco tiempo, que estaba de paso. Siempre iba con una mochila a la espalda, como si llevara encima todo lo que tenía.

¿Qué querría decir aquello en realidad? ¿Que estaba de paso y venía de algún lugar de Centroeuropa? Estocolmo era una estación final, ¿o es que no lo sabía? Ella se encargaría de que el tal John se quedara el resto de su vida, si resultaba que era culpable de lo que ella había presenciado en Berga.

—Bueno, ¿y dónde vivía? —volvió a preguntar—. ¿En tu casa?

El propietario no pudo reprimir una risita nerviosa.

—Vivía en un albergue. En uno de esos barcos que hay en Söder Mälärstrand.

Sofia se apuntó mentalmente que debía comprobarlo.

—¿Su último trabajo?

—Traía buenas referencias. De Alemania.

—¿Las comprobaste?



El hombre negó con la cabeza.

—Pero ¿estás seguro de que es alemán?

—Lo único que sé con seguridad es que me debe dinero. Y yo siempre termino por recuperar mi dinero, tarde o temprano.

—Eres un tío duro en un mundo no menos duro, ¿a que sí?

El hombre no dijo nada.

—¿Conoces a Elias Skagerlind? —preguntó Sofia.

—¿Ese quién es?

Sofia sacó una foto que le habían hecho en la comisaría. La dejó encima de la mesa. El propietario del local miró la foto y asintió.

—Sí, lo conozco. Es uno de nuestros parroquianos habituales.

—Lo era —dijo Sofia—. Has perdido un cliente. Son tiempos cada vez más difíciles.

—¿No piensas contarme de qué va todo esto?

—¿Tiene John un número de móvil sueco? Lo necesito.

Se lo sabía de memoria. Sofia lo anotó en el cuaderno, pero dudaba mucho de que el sujeto respondiera cuando intentara llamarlo. Seguramente sería el número de un móvil de prepago que estaría en el fondo de la bahía de Saltsjön a aquellas alturas.

—Si lo encuentras me gustaría tener con él unas palabritas —dijo el propietario del bar.

—Trataré de recordarlo. Mientras tanto creo que deberías ponerte en contacto con las autoridades. Como una medida proactiva. Cuéntales cómo has incumplido todas las normas posibles de contratación y de servicio de bebidas alcohólicas. Así puede que se planteen aplicarte un tratamiento más suave. O a lo mejor siguen mi firme recomendación y cierran este antro de una vez para siempre.

Un grupo de turistas japoneses miraba con atención el escaparate de una tienda de la calle Köpmannagatan. Por alguna razón, les interesaba un cuadro de Harald Lindberg que representaba un puente sobre el río de Norrtälje. Un hombre de unos cuarenta años señalaba el letrero que hacía ya más de cuatro años que colgaba de aquella puerta, dijo algo en japonés y se encogió de hombros. *Sorry, we're closed.*

Max giró para entrar en Själagårdsgatan y cruzó la puerta que conducía a la vivienda. Fue subiendo los peldaños desnudos y polvorientos de piedra gris. Aún persistía la sensación de no encajar en aquel lugar, a pesar de que llevaba ya más de dos años viviendo allí. Era como si Pashie y él fueran huéspedes en su propio hogar.

La llave de la vivienda, junto con una carpeta que contenía la información sobre sus bienes, se la dieron hacía cuatro años, cuando una empresa llamada Rigus llamó y les dijo que Carl Borgenstierna había fallecido y lo había designado a él como su único heredero. Lo que había empezado como una caza en pos de alguien cuyo nombre su padre pronunciaba con un odio superlativo acabó con él como heredero de todo lo que dejaba precisamente ese hombre. Todo salvo el escudo familiar, que estaba colgado en el palacio de Riddarhuset.

La herencia le llegó en forma de fundación, la Fundación Mar Báltico, y según las reglas que la regían no podía vender el inmueble. Un inmueble de seiscientos metros cuadrados en el barrio de Gamla Stan. Con un anticuario

en el local de la planta baja. Un universo de preguntas sin respuesta.

Max giró la llave, abrió la puerta y entró.

Le dio al interruptor y encendió la araña de cristal. Pashie y él no utilizaban todas las habitaciones de aquella vivienda inmensa. Los muebles de la salita y los dormitorios que quedaban a la izquierda de la entrada estaban cubiertos de sábanas blancas.

Las paredes del salón estaban recubiertas de un friso de madera tintada. A partir de donde terminaba este se veía un tapizado con un estampado en verde menta, rosa, plata y oro. El techo entre las vigas estaba pintado de gris con lirios color lila: las armas de la familia Borgenstierna.

Adornaban las paredes cuadros con motivos del ayuntamiento y el palacio real de Estocolmo, del palacio de Peterhof, un interior de la sala de ámbar del palacio de Catalina, retratos de ancianos con gesto adusto y de bañistas desnudas. Max fijó la mirada en un edificio junto al banco del río Neva: el palacio de Invierno en San Petersburgo. Le resultaba imposible resistir los sentimientos que aquella pintura despertaba en él. La ciudad en la que casi todo tocó a su fin. El abuelo de Carl Borgenstierna fue cónsul sueco en San Petersburgo mucho antes de la Revolución rusa.

Abrió la pesada puerta de doble hoja que desembocaba en el salón y conducía a la biblioteca. En el centro de la sala había un escritorio inglés de caoba. Alrededor se veían pilas de cajas de mudanza que habían transportado allí después de que Carl Borgenstierna hubiera cancelado el alquiler de los locales de la Fundación Mar Báltico poco antes de morir. Max y Pashie no habían abierto las cajas. La fundación seguía inactiva.

Se quitó la cazadora y la dejó sobre una pila de cajas. Estaban marcadas por fechas y temas, la mayoría de ellas simplemente con la palabra «Fundación». En otras decía: «Beneficiarios, Consejo de Dirección, Wallentin, Själagårdsgatan, Nautica&Antik».

Max puso los pies encima del escritorio. Durante el viaje de vuelta a casa desde Berga llamó a Sarah y le contó qué se había encontrado. Después de hablar con Charlie, Sarah lo llamó de nuevo. Habían congelado la operación. Nadie respondía al teléfono por el momento. Ni en Berga ni en la unidad de Europa del Este y Asia ni en la oficina del ministro de Defensa. Allí pasaba algo rarísimo.

Charlie le había dicho a Sarah que los noruegos habían avanzado posiciones junto con los británicos y que habían iniciado un diálogo con un alto oficial de la marina rusa, un contacto que parecía prometedor. Pero Pashie le había contado su conversación con la embajada rusa en Estocolmo y que había llamado a su prima Nadia. Según esta, los medios estatales rusos estaban difundiendo la noticia de que el *Kursk* o bien había colisionado con un submarino estadounidense o bien había sufrido un ataque. Acusaciones capaces de conducir a una Tercera Guerra Mundial, si es que eran ciertas.

Max sacó el móvil y marcó el número del hombre que lo había llamado antes que nadie a primerísima hora de la mañana del sábado.

—Hola, Max —respondió Hein Espen Hovland.

—Gracias por llamarme enseguida —dijo Max.

—Lo que ha ocurrido es una mierda —dijo el noruego—. Ojalá hubiera sido un terremoto.

—Y nadie sabe aún qué ha podido causar el accidente.

—O no quieren contarlo.

—¿Sigues trabajando en el Ministerio de Defensa noruego? —dijo Max.

—No exactamente.

Aquello podía significar cualquier cosa.

—Oye, ¿podemos hablar sin tapujos?

—Confío en ti, Max. Y lo sabes. Y sé que tú en mí.

—Parece que los rusos quieren culpar a los estadounidenses —dijo Max.

—Nada nuevo bajo el sol.

—Pero... eso no puede ser verdad...

Hein Espen suspiró.

—Allí arriba hay bastantes submarinos. No solo yanquis. También británicos.

—A mí me cuesta creer que se trate de una colisión, teniendo en cuenta el equipamiento tan avanzado del que disponen los submarinos. Y no se produciría ningún ataque armado sin el visto bueno político. Ni Estados Unidos ni Inglaterra lo darían, ¿no?

—A pesar de lo avanzado del equipamiento, puede haber situaciones en las que se aproximen tanto que se vean obligados a lanzar un torpedo incluso sin permiso —dijo Hein Espen—. Para evitar una catástrofe mayor. Como una colisión frontal, por ejemplo.

Max sacó papel y lápiz y escribió: «¿Legítima defensa?».

—Rebuscado, pero posible. Si fue una colisión lo que se produjo, debería haber más de un submarino en el fondo del mar de Barents.

—Si fue una colisión tan potente que hundió al mismísimo *Kursk*, ya podemos imaginarnos lo que le ocurrió al otro submarino.

—Habrá quedado como una lata de refresco pisoteada —dijo Max.

—¿Qué se nos escapa?

Max recordó lo que Sarah le había contado sobre su reunión con Charlie, cómo la conversación había dado un giro extraño a causa del escepticismo de uno de los participantes, una mujer llamada Anastasia Friedenberga. Los rumores sobre una nueva agresividad rusa parecían haber logrado que todo el mundo se sintiera inseguro y que todo se volviera incierto.

—Si las potencias occidentales no quieren salvar a los tripulantes del submarino porque es una buena causa por sí sola, ¿por qué iban a querer sumergirse hasta el *Kursk*?

—A saber —dijo Hein Espen.

—¿Será que no quieren encontrar nada, sino más bien ocultar algo? ¿Huellas de algún suceso que no debería haberse producido?

—Desde luego —asintió Hein Espen—, puede que haya esferas en las que ese sea el razonamiento.

—Seguiremos en contacto —dijo Max—. Si te enteras de algo que no pueda leer en los periódicos te agradecería que me llamas.

Cuando Pashie llegó a casa, Max salió a la puerta a recibirla. Le dio un beso en la mejilla y le cogió la mano cuando se sentaron en la cocina. Solo allí, en el dormitorio que había en el piso de arriba y en el cuarto contiguo, que habían acondicionado como sala de estar, se sentía de verdad en casa.

La cocina contaba con una zona de trabajo con espacio suficiente para preparar grandes cenas, pero tan solo tenía una mesita pequeña en el centro y tres sillas. Pashie estaba sentada a un lado y Max al otro. Habían hablado a fondo sobre la visita al Sophiahemmet y luego guardaron silencio. No había nada más que añadir en estos momentos. La enfermera les había dicho que recibirían los resultados de los análisis de sangre al cabo de un par de días. «Seguid intentándolo mientras tanto. Aprovechad la ovulación que hemos provocado.»

Max le contó lo sucedido en Berga.

—¿Qué crees que puede haber ocurrido? —preguntó Pashie.

—Tengo la sensación de que se trata de algo grave. Y de que está relacionado con el secretario de Estado.

—¿Por qué? —dijo Pashie.

—Porque allí estaba la misma policía que salió en el informativo de la tele relacionada con el llamado «asesinato ritual» —dijo Max.

—Entonces hay un asesinato, ¿no?

Max extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—Sí, puede. Pero hay algo más. La policía a la que vi en Berga es la misma que anduvo queriendo hablar conmigo hace cuatro años.

—¿Y eso qué implica?

—Me llamarán para interrogarme. Imagínate si sacan a relucir lo que ocurrió entonces.

Pashie lo miró.

—No podrán hacerlo cuando tienen dos asesinatos que investigar, digo yo.

Max meneó la cabeza.

—No sé.

—Llámalos, es mejor que seas tú quien toma la iniciativa.

Hace cuatro años, Max decidió no llamar a la policía y actuar solo. Ahora la situación era otra y sabía que Pashie tenía razón. Siempre era mejor tomar la iniciativa.

Papanov sacó dos tazas y las llenó de café hirviendo. Denis estaba detrás de él en medio de la sala y notó el aroma amargo del filtro de café que había estado en la cafetera más tiempo de lo recomendable. Observó una antigua moneda de cincuenta öre que había encima de la resistencia de la cafetera. Los suecos tomaban café así, en todas partes y en grandes cantidades.

Papanov se movía por la habitación como si ya hubiera estado allí antes. Muchas veces. Como si la hubiera hecho suya.

Se volvió hacia Denis y señaló con la cabeza la mesita de la cocina.

—Hace nueve años nuestro país se vino abajo. Ahora por fin estamos de nuevo en el buen camino. Durante los años transcurridos hemos perdido mucho territorio y mucha influencia, algo de lo que seguramente eres consciente.

Denis tomó un sorbo de café.

—Las potencias occidentales no se lo pensaron dos veces —continuó Papanov—. Vieron su oportunidad y adelantaron sus posiciones. Trazaron las fronteras como si no pudiéramos hacer otra cosa que quedarnos quietos y ver lo que hacían. Nuestras estructuras se vieron afectadas y muchos rusos han acabado mal. El presidente Putin está resuelto a restablecer el honor y la justicia con eficacia y estabilidad.

—Yo estoy tan convencido como usted de que él es el hombre adecuado para guiar al país en este período —dijo Denis.

—Bien —dijo Papanov—. Sé que es así. No dudo de tus convicciones.



«¿Pero...?» Denis sentía que entre ellos se imponía un gran interrogante. ¿Adónde querría ir a parar Papanov con su razonamiento? Denis dejó que la pausa terminara y aguardó su turno para hablar. Porque aunque Papanov estuviera en silencio tomando café no le parecía el momento adecuado para decir nada.

—Tenemos que ayudar a nuestro presidente —continuó Papanov—. La catástrofe del mar de Barents es lo peor que podía haber ocurrido. Es una crisis que marcará su presidencia por muchos años, quizá durante todo su mandato.

—Me hago cargo. ¿Qué podemos hacer desde aquí?

—Estocolmo siempre ha sido un lugar central para nosotros. Desde aquí nos ocupamos de toda la región del Báltico. Además de anexionarse territorios y de privar de sus derechos a nuestros compatriotas, las potencias occidentales han promovido contra nosotros, por lo general con el Estado sueco como agente impulsor, una guerra propagandística en la que se nos pintaba como el único malo de todos los conflictos europeos. Pero las personas que hay en el seno de nuestras estructuras se dejan influir, salen del marco establecido y siguen un camino propio. Y eso nunca es bueno.

Denis tomó otro sorbo de café. ¿Estaría Papanov refiriéndose a él? ¿Sería él quien había abandonado el marco establecido?

—Tú tienes amigos en la sociedad sueca, Denis. Eso está bien. Todo hombre necesita amigos. Uno de ellos trabaja en una organización que forma parte de la guerra propagandística contra Rusia. Una organización llamada Vektor.

¿Pashie? Denis tragó rápidamente. Aquella belleza de rizos oscuros procedente del mar Negro. Había estado pensando en ella más de lo debido. Entre todas las dudas que ella expresaba había una verdadera patriota. Tenía opiniones muy marcadas. Sobre la igualdad y los derechos humanos, asuntos

sobre los que tanto ella como Denis opinaban lo mismo, y en los que a la nueva Rusia aún le quedaba un camino por recorrer. Pero ella jamás haría nada que perjudicara a su patria.

¿Sabría Papanov que Pashie lo había llamado hoy?

—Es verdad que conozco a una de las colaboradoras de Vektor —dijo Denis—. Pashie Kovalenko. Una rusa. Hoy mismo se ha puesto en contacto conmigo para contarme que Vektor está tratando de organizar un equipo de ayuda para los marineros naufragados del *Kursk*. ¿Quieres que interrumpa el contacto con ella?

—No, en absoluto —repuso Papanov—. Al contrario.

Denis lo observó y trató de interpretar lo que quería decir, pero el hombre que tenía delante era difícil de calar. Cuando Papanov tomó un trago de café, Denis vio que tenía en el dedo un sello de plata. La superficie negra tenía un grabado con el águila rusa, pero con un detalle diferente. En lugar del águila bifronte, que simbolizaba cómo el Estado ruso miraba tanto al este como al oeste para defender la verdadera fe cristiana, la ortodoxa, el águila que Papanov llevaba en el dedo solo tenía una cabeza. Que miraba hacia el este.

—El asunto del *Kursk* tendrá que seguir su curso. Además, sabemos que la policía sueca está buscando en estos momentos a una persona. Supongo que la investigadora a cargo le pedirá ayuda a Vektor en su búsqueda. Las competencias específicas que necesita para la investigación se encuentran en el laboratorio de ideas de Valhallavägen, y sus caminos se han cruzado con anterioridad. Queremos hacer un seguimiento de su investigación, así que utiliza a tu contacto en Vektor. En cuanto te enteres de algo interesante relacionado con este asunto, quiero saberlo en el acto. ¿Nos entendemos, Denis Zinóviev?

Se encontraron en una pequeña sala de reuniones del edificio de la policía judicial en Kungsholmen. Era última hora de la tarde, pero en la comisión de homicidios había plena actividad.

Sofia Karlsson, que guardaba silencio sentada enfrente de Max, bebió agua. Dejó el vaso encima de la mesa al lado de una carpeta donde suponía que habría documentos relacionados con la investigación.

Max habría querido ir a verla por iniciativa propia hacía cuatro años, pero cambió de idea. Por consideración hacia Pashie, que pesó más que otros motivos. ¿Quién cuidaría de ella en el estado en que se encontraba si él desaparecía?

Los días se convirtieron en semanas y luego en meses y empezó a creer que nunca irían a por él. No sacarían nada si llevaban a Max a juicio. Cuando vio a Sofia Karlsson en Berga, se preguntó si finalmente no habría llegado ese momento.

—¿Por qué no vinisteis a por mí? —preguntó Max.

Sofia movió la cabeza sin apartar la vista de él.

—No había nadie que impulsara la línea de la justicia —dijo en voz baja—. Ocurre raramente, pero puede suceder.

Guardaron silencio. Había mucho más que decir sobre lo ocurrido cuatro años atrás, pero Max intuía que la investigación en curso tenía a Sofia bajo una fuerte presión.

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó Max.

—¿Para qué querías ver esta mañana a Torbjörn Lindström en la base naval de Berga?

—¿Está muerto?

—No soy yo quien debe responder a tus preguntas ahora.

Al resplandor del fluorescente del techo se le veía en la cara un vello finísimo de color rubio. Los ojos inyectados en sangre, cansados. El pelo castaño claro recogido en una coleta y unas marcas rojas en el cuello, se habría frotado con las manos.

—Estamos trabajando en la organización de una acción de salvamento sueca para la tripulación del *Kursk* —dijo.

Sofia enarcó las cejas finas y oscuras.

—¿Estáis? ¿Quiénes?

—Vektor, mi empleador.

—¿Quién más hay detrás de esa iniciativa?

—Tratamos de que se sumen quienes tienen poder de decisión, entre ellos, Torbjörn Lindström. Apenas hay tiempo y ahora mismo estamos perdiendo unos minutos preciosos. Tengo que saber qué le ha ocurrido. —Max tomó un sorbo de agua—. ¿Han matado a Lindström? —preguntó de nuevo.

—¿Por qué iba alguien a querer matarlo? —preguntó Sofia.

—Ni idea.

Max recordaba su aspecto en el informativo de la mañana. El hecho de tener a los medios de comunicación pisándole los talones de aquel modo debía de convertir su trabajo en un infierno. Seguramente que la agobiarían con más intensidad en el momento en que se enteraran de lo que le había ocurrido al secretario de Estado del ministro de Defensa. Max comprendió por la seriedad de Sofia que habían asesinado a Lindström. Dos asesinatos, un director general y un secretario de Estado, en el transcurso de un par de días.

—¿Crees que lo que le ha ocurrido a Lindström guarda relación con lo que los informativos llamaron «asesinato ritual»? —preguntó Max.

—Ya estamos otra vez. —Sofia sonrió—. No eres tú quien hace las preguntas aquí. Más bien debes tratar de responder a las mías. ¿Por qué querría alguien matar a Lindström?

—Si queremos llegar a alguna parte debes mostrarme todo lo que tienes.

Max señaló la carpeta que había sobre la mesa.

Sofia negó con la cabeza.

—Desde luego tengo más que suficiente sobre ti. Te criaste en lo más lejano del archipiélago, donde fuiste escolarizado en casa, tu padre murió cuando tenías trece años, tu madre algo más de una década después. Después del colegio te alistaste en la unidad de submarinistas, te formaste en la infantería de marina y luego como buzo de combate, ascendiste más tarde a oficial, has participado en combates en Bosnia a pesar de que en realidad no deberías haber estado allí. Entre tus antiguos colegas del ejército se dice que sufres de dependencia de los ansiolíticos. Dejaste la carrera militar para trabajar con cuestiones de política de seguridad en un despacho de la calle Valhallavägen, pero todo el mundo sabe que te subes por las paredes. Vives en pareja con una rusa a la que secuestraron en San Petersburgo en 1996. Durante la investigación sobre la muerte en Estocolmo de un sospechoso de ser agente ruso apareció tu nombre en la investigación. ¿Quieres que siga?

Max no se inmutó.

—No conozco a Torbjörn Lindström y no sé por qué iba nadie a querer matarlo. Pero si está muerto, es una muy mala noticia.

—¿Vektor o tú habéis recibido alguna amenaza? —preguntó Sofia.

Max trataba de entender por qué le preguntaba aquello.

—No.

—¿Se te ocurre alguna organización que pueda estar en contra de lo que

estáis haciendo vosotros y Torbjörn?

Max se sobresaltó al oír la palabra «organización». ¿Se estaría refiriendo a Ivánovich? La escisión de la central de inteligencia rusa, el GRU. El águila vigilante que había vuelto la cabeza apartándola de Occidente. Los que secuestraron a Pashie cuatro años atrás. ¿Habrían llegado a Suecia? ¿Era eso lo que Sofia Karlsson quería decir?

—No tengo ni idea de qué organización podría estar en contra de una acción sueca de salvamento en el mar de Barents —dijo.

Sofia asintió con el ceño fruncido. No pareció extrañarle su respuesta. Cogió la carpeta, empujó la silla y se puso de pie.

—Puede que sea pura coincidencia —dijo— el que, de entre todas las personas posibles, hayas aparecido hoy en Berga precisamente tú, y que el asesinato del que nos alertaron el viernes pasado tuviera lugar en el remoto pueblecillo en el que te criaste. Pero si vuelves a ocultar información relacionada con una investigación en la que esté trabajando yo ten por seguro que no pienso protegerte.

Pashie ya se había acostado cuando Max volvió al piso. Las últimas palabras de Sofia Karlsson seguían resonándole en la cabeza. Los dos escenarios que estaba investigando tenían algún tipo de conexión con él. ¿Sería mera casualidad?

Max se sentó en el borde de la cama. Empezó a acariciarle el hombro a Pashie al mismo tiempo que el pensamiento se le iba a Arholma.

Todas las mañanas salía corriendo de la casa de Österhamn, por la bifurcación de Hagas, dejaba atrás el molino y la iglesia y bajaba otra vez la pendiente, por delante de la casa de Bröd-Ante y hasta el estrecho de Kasholm, al otro lado de la isla y hasta la granja de Båkberg. Maj-Lis cruzaba a remo la bahía de Björkö sin importarle el tiempo que hiciera. Hasta el último curso en el que impartió clases a Max no se compró un motor fueraborda. Ella vivía en Stärbsnäs, que se encontraba justo al lado de Skeppsmyra, donde habían encontrado mutilado y asesinado al jefe de la Dirección General de Migraciones de Suecia.

Max no conseguía tranquilizarse y se levantó de la cama.

En Stärbsnäs se había establecido una colonia estonia con apoyo del Estado sueco y de la Fundación Mar Báltico, la cual ahora se encontraba en manos de Max. Encendió la lámpara del viejo escritorio de la biblioteca, se sentó allí y contempló una vez más las pilas de cajas de cartón que había en el suelo, a su alrededor.

Proporcionar viviendas a los estonios era parte de la ayuda a los refugiados

que cruzaban el Báltico. La mayoría de ellos eran como Maj-Lis, sueco-estonios que vivían en las costas occidental y septentrional, y en islas como Ösel, Stora Rågö y Runö. Les habían permitido asentarse en la tierra en la que habían desembarcado como migrantes, la que más les recordaba su propio hogar, donde se encontraban cerca de mar abierto.

Maj-Lis llamaba a su tierra «Aiboland». Allí vivían familias de ascendencia sueca desde la Edad Media. Desde muy pequeña había decidido que quería ser profesora. Pero cuando no contaba más de diecinueve años cambió su vida y huyó cruzando el mar en circunstancias espantosas y con consecuencias catastróficas.

Max no había hablado con ella desde que se fue al servicio militar. Hoy debía de rondar los setenta. No se la imaginaba dejando Stärsbnäs, cerca del mar y del panteón familiar de Rumshamn. Allí ya no vivía mucha gente. Desde los últimos años de Arholma la colonia empezó a disolverse y solo quedaban Maj-Lis y alguna persona más.

Si seguía viviendo allí, quizá hubiera visto algo raro durante los días previos a la subasta de la finca. ¿Y si ella sabía algo? No era el tipo de persona que llamaría a la policía por iniciativa propia. En aquellas tierras cada cual se ocupaba de lo suyo, sobre todo con sus antecedentes. Pero si había visto algo se lo confiaría a Max. Y él podría pasarle esa información a Sofia Karlsson.

¿Estaría bien llamar a Maj-Lis a aquella hora? ¿Después de tantos años?

Más vale tarde que nunca.

El teléfono daba el tono de llamada, pero no respondió nadie.



*Campo de internamiento de Rinkaby,  
Kristianstad, noviembre de 1945*

—¿Cuánto hace que simpatiza usted con el nazismo? —preguntó el policía.

—Pero si ya he contado mil veces cómo eran las cosas.

Ozols puso las palmas hacia arriba en un gesto de resignación. El hombre de negro que había al otro lado de la mesita plegable estaba sentado con la espalda apoyada en la pared de cemento. La habitación se parecía a las demás. Un cuartucho sin ventanas que habían transformado en sala de interrogatorios, con un foco halógeno que colgaba del techo y que cegaba a Ozols en cuanto levantaba la cabeza.

—Pero usted luchó por los alemanes, ¿verdad?

—Nadie más quería darnos armas. Ni los británicos ni los yanquis. ¡Ni siquiera ustedes!

—Así que ¿por eso se unió a las SS? ¿Para conseguir armas?

—Tenía dieciocho años. Si la gente tiene que sucumbir, es mejor morir con un arma en la mano que caer ante un tirano o congelarse en Siberia.

—Puede irse.

Parte de la tensión de los hombros cedió cuando Ozols pudo salir del cuchitril. Sus compañeros estaban desnudos contra la pared del cuarto de baño, con una toalla alrededor de la cintura. Eran unos cuerpos jóvenes y

fuertes, muy entrenados. El trabajo era duro. El peor era el que hacían en el campo en los meses de calor ardiente del verano con aquel sádico latifundista de las afueras de Kristianstad. Le seguían el que hacían en la turbera y en la calera de Gotland. Ahora estaban trabajando en el bosque y eso no era tan duro.

Medio año en cautiverio sueco había curado sus heridas de guerra. No les estaba permitido afeitarse desde que el sargento Tiruma se pegó en el cuerpo una cuchilla con pegamento y luego se cortó las venas después de enterarse de que su mujer y sus hijos estaban vivos en Alemania. Ahora sí que parecían prisioneros de guerra, con las cabezas rapadas y aquellas barbas tan frondosas. Pero no prisioneros de una era civilizada, sino de la Edad Media. Allí estaba otra vez el barbero. Su misión era afeitarles todo el pelo para evitar la propagación de los piojos. Ozols era el único que había dejado que le afeitara también la cara; los demás se negaban a que el barbero les quitase la barba cuando no los dejaban afeitarse solos. Pero eso iba a cambiar.

«Somos hombres fuertes. Aún no hemos perdido la batalla.»

«¿Cuánto tiempo se prolongará esta situación?», pensaba Ozols. Los esporádicos interrogatorios que les hacían aquellos policías de Estocolmo vestidos de negro. Las discusiones en las galerías sobre el poder de la capital. «Están sellando nuestro destino, pero nadie nos informa de ello. ¿Por qué nos retienen como prisioneros de guerra, y durante más tiempo que a los demás?»

La guerra había terminado. Pronto haría tres meses de la rendición de Japón. El Führer estaba muerto. Pero Stalin era fuerte. Él era la raíz de todo mal y las potencias occidentales temían la Tercera Guerra Mundial, que podía estallar en cualquier momento. Los suecos temían al ruso. Desde el gobierno hasta el jefe del campo y «los de negro».

Las preguntas que le hacían a Ozols eran siempre las mismas. ¿Cómo pudisteis uniros a los nazis? Pero ellos no querían asimilar las respuestas: que

con los alemanes se podía razonar, mientras que los bolcheviques mataban a todo aquel que se encontraban a su paso. Los alemanes eran la alternativa menos mala. Nada era peor que el terror rojo.

En el tablón de anuncios de la pared se veía una de las láminas que habían enviado por mensajero desde la embajada soviética en Estocolmo.

«¡Ciudadanos! Vuestra patria os da la bienvenida con trabajo garantizado para todos. Unos representantes de la embajada patria visitarán Rinkaby el 24 de noviembre.»

Ya, claro. Trabajo para todos. Para el resto de nuestras vidas. En Siberia.

Ozols arrancó el cartel y lo arrugó hasta convertirlo en una bola. La carta que habían escrito la censuraron los hombres del servicio secreto del C-byrån. Y ahora, esto. Propaganda soviética. No era muy buena señal. Desde que había llegado a Rinkaby, sus compatriotas se habían organizado a su alrededor. Ozols había actuado como mediador en varios enfrentamientos internos y se convirtió en el líder de los letones. Ahora había llegado el momento de que tomara la iniciativa.

«Los suecos ya se han decidido. Tenemos que organizar nuestra resistencia.»

Arrojó la bola de papel a un cubo de basura. Treinta mil estonios, cinco mil letones, pero solo un puñado de lituanos. No habían tenido tiempo de huir cuando los rusos los rodearon. El número de alemanes era desconocido, pero nadie se preocupaba de ellos. El partido comunista sueco quería expulsarlos a todos, entregarlos como un presente a sus camaradas, que regían el Báltico desde Moscú. Civiles o soldados, tanto daba. Ningún otro país había entregado prisioneros del Báltico a la Unión Soviética. Pero no se podía confiar en los suecos ni en el gobierno socialdemócrata.

Se quitó la ropa de preso enfurecido. En las duchas el vapor había formado una bruma tan espesa que los hombres apenas se veían unos a otros.

—Acercaos a mí —dijo en voz alta—. Solo disponemos de unos minutos.

Los demás se apresuraron porque sabían que el jefe del campo no les permitía hablar en su lengua. Eran un total de catorce hombres, la mayoría de ellos pertenecientes a un batallón acorazado de Curlandia que se había visto obligado a capitular. Todos tenían relatos horribles que contar sobre la huida por el Báltico, pero ninguno era peor que el de Normunds. Era endeble y frágil, de cuerpo y alma, después de lo que le habían hecho pasar. Procedía de la misma región que Ozols, donde un gran número de muchachos se había alistado con los alemanes. Normunds fue el único superviviente de un barco de refugiados que había tiroteado un buque de guerra ruso. Él estaba tumbado debajo de una joven a la que alcanzaron en el pecho. Los guardacostas suecos encontraron el barco y lo remolcaron hasta Gotland. Los soldados suecos vomitaron cuando subieron a bordo. Todavía chorreaba la sangre desde la borda al agua, a pesar de que llevaban varios días surcando el mar. Bajo los cadáveres yacía Normunds, de tan solo diecisiete años.

Ozols posó la mano en el hombro de Normunds cuando los hombres se juntaron a su alrededor.

—Esta mañana hemos tenido que clavar en la tierra más estacas —dijo uno de los hombres—. ¡Nos mandan construir otra cerca de alambre de espino alrededor de nuestra propia prisión!

—He visto que han doblado el número de vigilantes. Todos los nuevos llevan armas automáticas y perros.

—¿Qué es lo que está pasando? ¿Estarán pensando de verdad entregarnos a la Unión Soviética?

—Hermanos —dijo Ozols—. Hoy vais a afeitaros la barba.

—Pero si hemos jurado protestar contra...

—Se acabó el tiempo de las protestas. Ahora nos preparamos para el combate.

Los hombres guardaron silencio a su alrededor.

—Estamos orgullosos de nuestro pueblo y nuestro país, no nos entregaremos al combate como bárbaros.

Los demás asintieron.

—Pero ¿qué planeas, Ozols? Por todas partes vemos alambre de espino y cercas.

—Este país está dividido entre la gente y los políticos. Ahí fuera, más allá del cercado, hay personas normales que se han puesto de nuestro lado. Periodistas y fotógrafos. Si los suecos entran en el campo para cogernos, nos quedaremos desnudos como estamos ahora, quemaremos nuestra ropa y nos ataremos con alambre de espino. Las imágenes se difundirán por todo el mundo. Y Estocolmo no podrá vivir con ello.

—¿Y si eso no es suficiente?

—Entonces haremos una huelga de hambre —dijo Ozols—. Según los términos de la paz, no pueden entregar ni a los enfermos ni a los desnutridos.

—Eso quizá nos dará algo de tiempo. ¿Qué hacemos si, pese a todo, nos entregan a Vania?

—Si llegamos al final del camino no habrá elección —dijo Ozols—. Arriba ese ánimo, hermanos. Nadie se mata por aterrizar sobre la mierda, ¿no?

Los hombres se echaron a reír.

—Eso es verdad, pero a lo mejor te asfixias... —dijo Normunds.

Ozols lo abrazó.

—Créeme, Normunds. No nos cogerán vivos, eso te lo prometo. Pero debemos estar vigilantes en todo momento. Los suecos harán con astucia lo que no quieren hacer con violencia.

Martes,  
15 de agosto

Sofia se frotó los ojos ante la puerta de Per Carpelan. Se había pasado despierta la mayor parte de la noche. Cuando lograba dar una cabezada la despertaba un sueño en el que una mano pintaba con sangre el número ocho en la pared. Jamás olvidaría el lápiz que Torbjörn Lindström tenía clavado en el ojo.

Entró en el despacho de su jefe y cerró la puerta. Él levantó la vista del suplemento cultural de *The Sunday Times* y le indicó dónde sentarse. Llegaba puntual, como siempre. Acababan de dar las seis y media de la mañana.

—¿Estás poniéndote al día? —dijo Sofia señalando el suplemento que Carpelan había dejado sobre la mesa.

Él frunció las cejas.

—Vamos a ir de puente a Londres este fin de semana, la idea es salir el jueves. Jessica quiere que vayamos toda la familia a ver un musical. Estaba pensando en *El rey león*, ¿cómo lo ves?

—*Hakuna matata* —dijo Sofia con el pulgar hacia arriba.

Carpelan le sonrió.

—¿Has dormido bien?

—Como la Bella Durmiente.

Carpelan dejó ver que entendía que estaba mintiendo.

—¿Y qué ha logrado procesar el subconsciente de la Bella Durmiente durante la noche?

—No mucho —respondió.

—Ya, más o menos lo mismo puedo decir yo.

—Pero sí tengo una pregunta. ¿Por qué tratamos este caso como parte de un posible asesinato en serie antes de que recibiéramos la llamada de Berga? Si no te conociera tan bien habría sospechado que tú o Tomas Schiller sabíais algo que no me dijisteis.

Carpelan negó despacio con la cabeza.

—Hemos de sopesar esa alternativa. La cifra nos llamó la atención. Y ahora ya han matado a dos altos cargos públicos. Por si fuera poco, uno de los asesinatos se perpetró en unas instalaciones de Defensa, lo que hace que esto sea más grande que los delitos en sí. Es un ataque a Suecia.

—Entiendo —dijo Sofia—. ¿Seguiremos llevando la investigación?

—Sí, aún será así por un tiempo, pero no sé adónde llevará todo esto al final. Por eso quería verte ahora, a primera hora de la mañana, antes de que un puñado de locos de toda laya irrumpa aquí y las cosas se disparen. Seguramente también llegarán los de la Säpo, el Servicio General de Seguridad. Y nuestros hermanos y hermanas del ejército. Cuento con que este será uno de los días de trabajo más largos en mucho tiempo.

—Te has olvidado de los Ministerios de Defensa y Exteriores —dijo Sofia. Carpelan asintió. «Ellos también...»

—He visto cosas espantosas, pero es obvio que este cerdo quiere infundir terror en sus víctimas. Y quiere que ese miedo se difunda.

—Pues puede decirse que lo está consiguiendo.

Sofia se arregló la coleta, que le caía sobre la nuca.

—La marca en la nuca. La sangre en las paredes. El número. El lápiz.

—Quiere contarnos algo —dijo Carpelan—. Solo que no entendemos el qué.

—Tengo la sensación de que, llegado el momento, se encargará de que lo entendamos. La cuestión es cuántos más van a tener que morir hasta



entonces.

Carpelan se subió las gafas hasta la base de la nariz.

—¿Y el tipo al que hemos cogido, Elias Skagerlind?

—Estoy bastante segura de que el análisis de orina y de sangre dirá que lo drogaron. Estamos buscando al camarero que trabajó allí la noche del domingo.

—¿Tenemos su nombre?

Sofia negó con la cabeza.

—Los del Cage Bar, del barrio de Gamla Stan, han sido un pelín descuidados. Las autoridades les cerrarán el local. Sabemos que Elias y el propietario del bar lo llamaban John, pero algo me dice que ese no es el nombre que le pusieron al bautizarlo.

—¿John? —dijo Carpelan—. ¿Como John Doe? ¿Qué es eso, una broma o qué? ¿Tenemos la descripción?

—Estamos tratando de conseguir un retrato robot. Hemos difundido la descripción que tenemos entre los distintos cuerpos policiales. Por el momento buscamos a un tipo que ha trabajado de forma ilegal en un bar de Estocolmo y que puede haber robado un documento de identidad. Es posible que sea originario de Centroeuropa y que tenga en la nuca un tatuaje que no quiere alear. Hay mucha gente así en Estocolmo.

—Dame los datos a fin de que ordene la máxima prioridad para este asunto —dijo Carpelan.

Sofia se inclinó hacia delante.

—Ronda los cincuenta años, musculoso, entre uno ochenta y cinco y uno noventa de estatura. Blanco, quizá alemán, habla inglés a trompicones con los clientes del bar. Según el propietario llevaba siempre a la espalda una mochila negra, como si tuviera allí todas sus pertenencias.

—¿Un vagabundo europeo con pañuelo al cuello y una mochila a la

espalda? ¿El señor John? —Carpelan suspiró—. Que el caso tenga la máxima prioridad para Schiller no es de extrañar. Él y Lindström eran amigos y excompañeros de estudios, y jugaban juntos al bandy sala. Hasta ahora he podido librarme de la presión política. Creo que disponemos de esta semana para trabajar con tranquilidad.

—Hoy es martes. Así que cuatro días laborables, ¿no? ¿Qué pasará cuando acabe la semana?

—Eso no lo sé. Pero sí soy consciente de que Schiller hablaba del fin de semana. El sábado, el jefe del regimiento de Karlskrona inaugurará la cacería anual del ciervo que ofrece a un grupo de invitados selectos. Militares y Servicio General de Seguridad, políticos en boga. Cundirán los rumores. El domingo se inaugura en los jardines de Kungsträdgården el festival Mir 2000. Es un nuevo inicio para las relaciones culturales sueco-rusas, y los periodistas aprovecharán para sonsacarle al primer ministro y a los demás cómo están en realidad las relaciones con Rusia. Por abreviar: para el fin de semana debemos tener más que ahora.

Sofia asintió.

Carpelan levantó la carpeta que tenía sobre las rodillas.

—Ya circulan muchas teorías y especulaciones. Tenemos que atenernos al trabajo de investigación y no dejarnos influir por posibles motivos o presiones políticas. Seguir trabajando con todo lo que no se pueda descartar, pero buscar hechos concretos.

—Por supuesto —dijo Sofia.

No podía ni imaginarse las discusiones en las que habría participado Carpelan aquella noche. Era su cometido resistir la presión política para que ella pudiera dedicarse al trabajo policial.

—Empezaremos con los datos que tenemos. Dos altos cargos del Estado. Los procedimientos guardan muchas similitudes. Eso indica que estamos ante

el mismo autor de los hechos. ¿Has revisado la vida privada y el currículum profesional de Claes Callmér?

—Callmér era tan conservador como Thatcher. Rusófobo declarado. Partidario de la OTAN. En relación con la primera guerra del Golfo y desde su destino en Teherán fue más activo de lo que aprobaba el Ministerio de Exteriores. Como jefe de la Dirección General de Migraciones fue el responsable de que denegaran muchas solicitudes, así que no le faltarán enemigos. Trabajaba demasiado y ganaba demasiado poco para adquirir malas costumbres o dedicarse al consumo de artículos de lujo que llamen la atención. Ningún escándalo, salvo una relación extramatrimonial, una aventura que acabó hace varios años. Lógicamente haremos un seguimiento, pero no hay nada fuera de lo común. Por último, sus subordinados le tenían muchísimo aprecio.

Carpelan asintió.

—O sea que Callmér había tenido una larga carrera en el Ministerio de Exteriores antes de que lo nombraran jefe de la Dirección General de Migraciones, ¿no? ¿Será Exteriores la conexión entre él y Lindström?

—Le he pedido a Seve, de la unidad de análisis, que lo compruebe. Nunca trabajaron en los mismos asuntos y Lindström era casi veinte años más joven que Callmér.

Carpelan sacó un documento de la carpeta y lo dejó en la mesa delante de Sofia.

—Las han estado enviando por ahí esta noche.

Eran dibujos de la esvástica grabada en la nuca de Torbjörn Lindström.

—No podemos decirlo con seguridad, pero los expertos la llaman la Cruz del Trueno, una variante de la esvástica que utilizan algunos grupos neonazis. Las unidades de búsqueda e información han comunicado que los grupos neonazis han aumentado su estado de alerta y su voluntad de lucha. En

particular en la periferia de la región de Estocolmo, tanto en Norrtälje como en Södertälje.

Sofia era muy consciente de que en esas áreas florecía el nacionalismo extremista sueco. Todos temían que los grupos neonazis hubieran conseguido armas de almacenes que el ejército ya no vigilaba. Volvió a mirar el símbolo. Podría ser, desde luego que sí.

—Entre los que figuran en la lista de los destinatarios que han recibido esto, ¿qué se dice? —preguntó.

—Si nos atenemos solo a los hechos y no a las especulaciones, podemos constatar que Claes Callmér era de ascendencia judía y una persona muy conocida en los círculos hebreos de Estocolmo. La Dirección General de Migraciones denegó recientemente la entrada al país a un líder de la organización nacional turca Bozkurtlar, con muchos amigos entre los círculos nazis suecos. Además, hay símbolos sospechosos, como el hecho de que el arca que subastaron tuviera el número catorce.

«Catorce, ¿como en 14 Rising?», pensó Sofia. Era uno de los grupos que la policía mantenía bajo vigilancia, con base en las afueras de Norrtälje. Sofia había estado en contacto con ellos en un par de ocasiones. Catorce, por las catorce palabras: «Debemos garantizar la existencia de nuestro pueblo y un futuro para nuestros hijos blancos».

Bozkurtlar era una organización turca de extrema derecha más conocida por el nombre de «Los Lobos Grises».

—¿Y Lindström? —dijo.

—Casado con una judía. Se convirtió al judaísmo antes de casarse.

—¿Quieres decir que una de las pistas se basa en la teoría del ZOG? —dijo Sofia—. ¿Que unos grupos neonazis de Suecia han decidido eliminar a los judíos con poder dentro del Estado sueco porque consideran que en realidad son ellos los que dirigen el país, y que los elegidos del pueblo que están en el

gobierno son sus marionetas?

—Exacto. —Carpelan asintió—. Conoces bien a los neonazis.

ZOG era la sigla en inglés de «Gobierno de Ocupación Sionista» y simbolizaba una teoría de la conspiración muy extendida entre los círculos neonazis.

—La cruz del trueno se ha utilizado en muchas culturas diferentes a lo largo de la historia —dijo Sofia—. ¿Qué sabemos del otro símbolo, la C invertida?

—Nada —respondió Carpelan—. Pero no podemos permitirnos el lujo de centrarnos solo en una línea de investigación, por desgracia.

Carpelan sacó otro documento de la carpeta.

—¿La reunión en Berga? —continuó—. ¿Qué opinas de las especulaciones sobre que el asesinato de Lindström está relacionado de alguna forma con el *Kursk*?

—¿Estamos en un terreno puramente teórico? —dijo Sofia.

—Puede que sí, puede que no. Pero tienes que saber lo siguiente: en primer lugar, llegó una queja por la vía habitual a través de la unidad de la embajada de la policía del distrito de Norrmalm. En la legación rusa aseguraban que estaban sufriendo amenazas serias. Al parecer, algún gracioso anduvo por allí anoche y escribió la palabra «Asesinos» con un espray en una parte de la fachada. En la carta a la unidad diplomática de la policía, la legación rusa solicitaba vigilancia permanente con un furgón delante del edificio. Nadie en el seno de la policía se lo tomó en serio. Sabíamos que solo era un primer paso. Luego el jefe de la Säpo, el Servicio General de Seguridad. Han registrado que alguien ha llegado a Suecia procedente de Rusia, un auténtico peso pesado con un séquito de muchachos que serían el sueño de cualquier suegra. Según la propia embajada, ellos han reforzado su seguridad, puesto que nosotros hicimos caso omiso de sus deseos de contar con un furgón

permanente.

Carpelan hizo una pausa y se permitió una sonrisa. Los dos sabían que lo del furgón permanente era lo que se llamaba puro teatro, una especie de cortina de humo en la que los rusos eran campeones mundiales; en este caso, con el objetivo de tener una motivación para el traslado de personal a Estocolmo. Seguramente los refuerzos rusos habrían aterrizado antes de enviar la solicitud de refuerzos a la policía sueca.

—El peso pesado se llama Papanov. Oficialmente, es el emisario del presidente Putin, responsable de las minorías rusas y garante de los intereses nacionales fuera de las fronteras del reino. En la Säpo se preguntan cuál será en realidad su misión. Según fuentes fidedignas de los servicios secretos letones, han detectado en el Báltico y en Suecia un nuevo tipo de agresividad contra lo ruso. Han recomendado a la Säpo que aumente el estado de alerta. No podemos obviar el hecho de que esta afluencia de agentes especialmente entrenados, porque todo el mundo está de acuerdo en que eso es lo que son, coincide con los asesinatos de Callmér y Lindström, dos altos funcionarios suecos, el uno conocido por ser crítico con Rusia y el otro involucrado en una acción de salvamento del *Kursk*.

«Primero dicen que están amenazados —pensó Sofia—. Luego traen aquí a sus agentes. Al mismo tiempo, el *Kursk* se hunde hasta las profundidades del mar de Barents.»

—Si hacemos caso omiso de los símbolos de los cadáveres hay otros más fáciles de entender —dijo—. Un nueve, luego un ocho. Para mí es lo más concreto que tenemos por el momento.

Carpelan asintió.

—Sigamos en contacto. Y sigue guardándote la información también en lo sucesivo. Nos veremos aquí todas las mañanas a la misma hora.

—A los nazis me los conozco mucho mejor que a los agentes rusos. Si

quieres que consiga algo con la pista rusa necesitaré ayuda externa.

Carpelan asintió.

—Me han dicho que has visto a Max Anger.

—Ya me engañó una vez —dijo Sofia—. No sé si puedo confiar en él ahora.

—Por lo que recuerdo de aquella investigación, Max tiene unas capacidades extraordinarias, justo las que necesitamos. Haz todo lo necesario, Sofia. Tenemos que resolver esto antes de que el asesino haya conseguido completar un número de teléfono.

—¿Max está en camino? —preguntó Sarah al tiempo que encendía los televisores de la sala de reuniones.

Pashie se había despertado en mitad de la noche y había mirado el reloj que había junto a la cama. Eran las tres y media, y aún estaba encendida la luz de la biblioteca. Max se había pasado toda la noche despierto desde que llegó a casa después de ver a la policía. Pashie se volvió a dormir. Cuando bajó la escalera vio la nota en la mesa de la cocina.

«Salgo temprano para Roslagen. Te llamo desde allí.»

Pashie se retorció en la silla. Dirigió la vista a Charlie para evitar la dura mirada de Sarah.

—Será mejor que empecemos sin él —dijo—. Ayer estuvo en la comisaría hasta tarde. Y esta mañana se fue muy temprano, quizá para ayudar a la policía con algo. Creemos que Lindström está muerto.

Sarah miró por la ventana hacia la calle Valhallavägen y negó con la cabeza. Charlie parecía haber visto un fantasma.

—No puede ser verdad —afirmó.

—Si esto es así, este plan no tiene sentido —dijo Sarah, aún sin mirar a los otros dos.

Por un instante, ninguno de los tres logró articular palabra.

—¿Y sabes a dónde ha ido Max? —preguntó Charlie al final.

—Creo que a su pueblo —dijo Pashie.

—¿El asesinato de Callmér? —dijo Sarah—. O sea que la policía ve una



conexión entre el asesinato de Skeppsmýra y lo que ocurrió en Berga, ¿no?

Pashie se encogió de hombros.

—No lo sé. Iba a llamarme más tarde.

—Pues tendremos que esperar y ver qué sucede, sencillamente —dijo Sarah—. Nos veremos aquí esta tarde cuando Max haya vuelto. ¿Hemos sabido algo más de cómo van los intentos de rescate rusos?

—Allí arriba acaba de estallar una tormenta —respondió Pashie—. Las condiciones dificultan los intentos de rescate. Las fuertes corrientes y el ángulo del *Kursk* con respecto al fondo marino hacen que las naves de salvamento aún no hayan logrado engancharlo.

Sarah suspiró.

—De acuerdo, ¿algo más?

—Sí, tenemos otra cosa —dijo Pashie—. Nos llegan informes de los rusos de que el equipo de sonar que localizó al *Kursk* indica que no se mueve como si hubiera solo un submarino, sino dos.

Max dejó la carretera de Skeppsmyra y continuó por la vía que conducía al asentamiento estonio de Stärbsnäs. El coche iba dando tumbos por el carril y el alto césped del surco central le cosquilleaba los bajos. La modesta casa de Maj-Lis era en un principio una cabaña de pesca que ella había ido reformando. Hasta entonces había vivido según la costumbre en su país, con retrete y sauna. La sauna la conservaba en lo que ella llamaba «el enmallado», un trecho de playa que compartía con otros cuatro propietarios que también habían conseguido su vivienda de la Fundación Mar Báltico.

Max se despertó sentado al escritorio, rodeado de archivadores y documentos. Había intentado llamar a Maj-Lis otra vez, pero ella seguía sin responder.

Salió del coche y miró al muelle, al que pertenecía a Maj-Lis. Recordaba la sensación de estar allí sentado en el lecho de piedras con las piernas colgando y una caña en la mano. Todos los días, hiciera el tiempo que hiciese y con independencia de que la sauna estuviera encendida o no, Maj-Lis bajaba los peldaños que había al final del embarcadero y se daba un baño rápido. A veces se plantaba en el fondo y achicaba agua de la barca que siempre estaba amarrada en el muelle. Maj-Lis se sentía segura y a salvo en el agua. Solía decir que cada vez que se sumergía junto al embarcadero estaba más cerca de las dos personas a las que más había querido y que el mar le había arrebatado.

Max se aproximó a la entrada de la casa. A diferencia de la mayoría de las otras que había en la zona, en la de Maj-Lis no había tejadillo, sino que solo

estaba formada por un par de peldaños que llegaban hasta la altura de la puerta. A la derecha había un banco muy usado. La pintura amarilla y blanca se había descascarillado aquí y allá. La puerta era ligera y estaba vieja, y parecía que los vientos la hubieran azotado durante muchos años.

Max llamó a la puerta y esperó. No oyó respuesta ni tampoco pasos en el interior, levantó la vista y sonrió al ver el letrero pintado a mano: EL BUEN AMIGO SIEMPRE ES BIENVENIDO. Debajo del cartel colgaba la llave, como siempre. La cogió, abrió la puerta y entró en la cocina. En la hornilla de leña había un par de cacerolas limpias. En un rincón del sofá había un par de números del diario *Norrtelje Tidning*. Max comprobó las fechas. Eran del siete y del ocho de agosto, de hacía seis días. En la otra esquina había una rinconera con copas y platos. Uno de los estantes se le antojaba un tanto vacío. Max se preguntó qué sería lo que faltaba. Hasta que cayó en la cuenta. Tres fotografías pequeñas y enmarcadas. Una de Taniel y Anton, el hijo y el marido de Maj-Lis; otra de ella cuando era una niña, sentada en una hamaca con su mejor amiga, y una de Max, que él le había dado mucho tiempo atrás. Maj-Lis retiraba a veces las fotos cuando recibía visita, para así no tener que hablar de ellas.

Max miró el reloj. Eran las nueve y cuarto. ¿Dónde estaría Maj-Lis? Revisó la salita de estar y entró en el dormitorio. Allí solo había una cama, una mesilla de noche y un cuadro con una imagen de Jesús encima del cabecero.

Max observó la imagen de Jesús. Un cuadro bastante oscuro, en blanco y negro, cuya única zona luminosa era la cara y el cuello del Salvador. El cuello se veía tenso por el sufrimiento y el rostro estaba marcado por el dolor. Aquella imagen aún conseguía provocarle cierto disgusto.

¿Habría salido Maj-Lis a dar un buen paseo con algún conocido? ¿Quizá una visita a la tumba en Rumshamn?

Volvió a salir y ya estaba a punto de dirigirse al coche cuando cayó en la cuenta de que se tardaba menos en ir a pie acortando por el bosque que conduciendo por aquellas carreterillas llenas de curvas. Dejó el coche allí y siguió el sendero hacia el cementerio. Al cabo de tan solo unos minutos atisbó Rumshamn. El viejo cementerio del cólera estaba rodeado de piedras. El sol brillaba sobre las cruces, de un blanco mate. Las elevaciones, tan altas como una persona, daban la impresión de que los enterradores no se hubieran querido molestar en cavar tumbas de verdad, sino que hubieran enterrado a los muertos directamente a ras de tierra. Abrió la verja de hierro que daba acceso al cementerio y entró.

Las primeras tumbas eran de 1834. El grupo más grande de cruces pertenecía al práctico mayor del puerto y a su familia, que habían muerto de difteria. Aparte de ellos había marineros muertos, la mayoría de cólera. Y luego estaban las excepciones. Aquellos que no habían muerto de epidemias, sino por las olas del mar. Max se acercó a la tumba. 28 DE SEPTIEMBRE DE 1944. ANTON Y TANIEL TOOM. Se puso en cuclillas. Nada de flores. Desde el calvero del bosque se veía el mar. Al este se encontraba Arholma. Nadie había ido allí hoy.

Pero se veían pisadas precisamente alrededor de aquella tumba. Y de distintos tamaños.

—¿Max? —oyó que gritaba un hombre—. ¿Otra vez tú, Max?

Max se puso de pie y se volvió hacia el hombre. Era Tore, el viejo sueco-estonio que cuidaba el cementerio.

—Sí, soy yo —dijo Max—. ¿Qué quieres decir con lo de «otra vez»?

—¿No fuiste tú el que estuvo aquí la semana pasada con Maj-Lis?

—Hace unos quince años que no vengo aquí.

—Ah, pues se te parecía. Igual de alto y corpulento. Pero como llovía a cántaros...

—¿Qué día fue eso?

—El jueves.

—¿Estás totalmente seguro?

—Sí, ¿por qué?

Max repasó lo que había visto. Los periódicos en el banco de la cocina, las fotografías ausentes y las huellas en la tierra.

—¿Por qué creíste que era yo?

—Maj-Lis está siempre muy sola. Alguna vez de tarde en tarde se ve con una amiga, pero a menudo está totalmente sola, como sabes. Y el hombre parecía estar llevándola. No son muchos los que van por este camino.

—¿Volvieron juntos a casa? —dijo Max.

—Sí, el hombre la rodeaba con sus brazos, por eso pensé que eras tú.

Lo que Tore le estaba contando no encajaba. Maj-Lis vivía sola y nunca le había gustado el contacto físico. Ni siquiera cuando Max era pequeño podía abrazarla.

Llamaron a la puerta. Pashie pudo bajar los pies de la mesa, pero no había alcanzado a levantarse cuando la puerta se abrió y dio paso a Sarah.

—¿Se puede? —preguntó.

Pashie le respondió con un gesto y se dejó caer de nuevo en la silla. Se había figurado que o bien Sarah o bien Charlie pasarían por allí después de la reunión matinal, para intercambiar unas palabras en privado. Tenía esperanzas de que acudiría Charlie. Su compañera era capaz de ver todo lo que le pasaba por dentro.

Sarah se sentó en el borde de la mesa, con los pies colgando sobre el suelo, más cerca de la cuenta, para que ella se sintiera cómoda. Pashie aspiró aquel aroma tan singular de Sarah, formado por un exceso de perfume, espray para el pelo, humo de tabaco y un poco de sudor. Era demasiado temprano para el último rasgo, un claro indicio de que estaba estresada.

—¿No te apetece contarme qué está pasando?

—¿A qué te refieres? —dijo Pashie.

—Lo sabes perfectamente.

Pashie contempló la calle de Valhallavägen y escuchó el rumor de los coches que pasaban.

—¿Cómo están las cosas ahora entre vosotros dos?

—Sarah, por favor.

—Me encantaría fingir que vuestra vida privada no tiene nada que ver conmigo, pero tú y yo sabemos que eso no funciona así. Aquí somos una

familia.

«Familia.» Pashie tuvo que tragar saliva. En condiciones normales, no conseguía ocultarle a Sarah sus sentimientos.

—Tenemos nuestros problemillas, ya sabes.

Sarah se estiró un poco y suspiró.

—Comprendo —dijo.

—¿Qué ocurre con un hombre cuando se entera de que puede que nunca vaya a haber más de lo que hay? —preguntó Pashie con un gesto de impotencia.

—No sé si soy la amiga más adecuada para dar una respuesta sensata a esa pregunta —dijo Sarah—. Los tíos que conozco, me refiero a los que no son homosexuales, se pueden dividir en dos categorías. Una, por lo general de hombres algo mayores, dice que lo que más lamentan en la vida es no haber pasado más tiempo con los niños cuando eran pequeños, o no haber tenido más hijos. La otra categoría vive la vida como si se compusiera de dos tiempos, igual que un partido de fútbol. Durante el primer tiempo corren todo lo que pueden detrás de la mujer a la que quieren, hasta que la consiguen y la dejan preñada. En la segunda parte corren todo lo que pueden para alejarse de casa, de las mujeres a las que perseguían y de los hijos que contribuyeron a traer al mundo. Se dedican a jugar al golf, a cazar y a trabajar como locos, y llegan tarde a casa apestando a alcohol para después salir a pasear al perro.

Pashie estalló en lo que parecía una mezcla de risa y llanto. Ni ella misma lo sabía.

—Gracias, Sarah. Después de todo, creo que eres la amiga ideal para este tipo de conversación.

—Tú tienes todo lo que un hombre puede desear. Y añadiré que también ciertas mujeres.

—Venga ya.

—¿Sabes lo que pienso? Podéis vivir una vida maravillosa sin tener hijos.  
Sarah se bajó de la mesa de un salto y le dio un abrazo.

—Seguramente las cosas no son tan tremendas como las ves ahora. Si lo que quieres es tener niños, hay muchas soluciones. Yo tengo dos hijos y nunca he permitido que un hombre ni siquiera me toque.

Pashie no pudo por menos de soltar una carcajada en medio del llanto.

—Calla, joder.

—¿Fuisteis al médico ayer?

Pashie asintió.

—¿Y qué dice ahora?

—Tenemos uno nuevo. Es un poco lioso todo, pero estamos terminando una fase de investigación. Todavía no lo sabemos seguro. Y por la impresión que me llevé ayer, no sé si quiero.

—Vosotros sois dos luchadores. Os conozco bien y sé que encontraréis una solución al problema. Sea el que sea.



Max se acercó a la hilera de buzones y abrió la tapa del de Lis. Estaba lleno de diarios apretujados. Los sacó y miró las fechas. El último era de ayer. Seguramente el cartero no habría llegado aún con el de hoy. A juzgar por los periódicos, Maj-Lis llevaba fuera desde el jueves. Desde que Tore vio cómo la arrastraban lejos del panteón familiar. Cómo la arrastraba lejos un hombre que, visto a distancia, se parecía a él.

Bajó hasta el enmallado.

«Mierda. Piensa un poco. ¿Qué ha pasado aquí?»

»Hay algo que no encaja.

»El bote.»

El muelle nunca había estado tan desierto. Se acercó hasta allí. Los desgastados cabos grises seguían en las argollas de hierro mientras que los extremos se veían hundidos en el agua.

Max se inclinó y sacó uno de los cabos. Estaba intacto, no había señales de que lo hubiera arrancado el viento o de que lo hubieran cortado. El bote no tenía ningún atractivo para los ladrones. Maj-Lis o alguna otra persona debía de haber soltado el cabo y haberlo dejado en el agua. ¿Quién hace algo así? ¿Alguien que tiene prisa? ¿Alguien que no ha pensado volver a atracar allí? Soltó el cabo y cogió agua con el hueco de la mano y se humedeció con ella la cara y el flequillo.

Miró hacia la bahía, en dirección a Arholma, la isla donde él había crecido. Había pasado allí un par de semanas con Pashie cuando todo lo sucedido en

San Petersburgo quedó atrás. Pasaron unos días estupendos. De dolor y de curación. En un primer momento, la vida apacible de la isla les ayudó a sanar y a reconciliarse con el pasado, en la medida de lo posible. Pero después, las limitaciones de la isla se dejaron sentir: los rumores, las sospechas y los inadaptados que trampeaban para conseguir ayudas estatales, cosas y personas que le recordaban todo aquello que quería dejar atrás.

Aun así había algo allí, una fuerza de atracción, un amor que nunca desaparecía. El amor a las piedras y a los bosques, al agua y a la luz, a los recuerdos que solo conocía la familia. Unos recuerdos que ahora vivían dentro de él.

¿Sería capaz Maj-Lis de cruzar a remo la bahía? Era dura y fuerte como una yegua vieja, solía decir ella misma, pero Max dudaba de que pudiera aguantar toda la travesía. Sobre todo si lo había hecho con lluvia y mal tiempo.

En el embarcadero vecino había un barco de aluminio con un viejo motor de dos tiempos. Max sabía cómo arrancar un bote así, con o sin la llave. Bajó, soltó amarras y retrocedió para salir a la bahía.

No sabía adónde ir. Pero sabía que debía encontrarla.

El sol estaba cada vez más alto en el cielo. Max había recorrido la costa oeste de Arholma en los dos sentidos buscando el bote. Se detuvo en el viejo muelle junto al monte de Båkberget, donde Maj-Lis atracaba cuando iba a dar clase. El barco no se veía por ninguna parte, y apenas había nadie en la isla.

Se dirigió a Norra, echó un vistazo por el camino a la tienda del pueblo y a la pista de baile, y se detuvo en el viejo muelle de hormigón del ejército en Skvallerhamn.

Esperaba ver a alguno de los lugareños de más edad que aún se dedicaban a echar las redes mientras continuaba hacia el oeste en dirección a Ovanskär y Demban. Maj-Lis tenía amigos entre los habitantes de la isla y quizá alguno de ellos supiera algo. Quizá existiera una explicación lógica, después de todo. Quizá el bote estuviera estropeado y lo estaban reparando en tierra.

La pequeña embarcación de aluminio se mecía pausadamente cuando las grandes olas procedentes de Åland entraban en Arholma. Era como si viajara en una lata de sardinas que se hubiera caído por la borda en mar abierto. No podía alejarse más de la costa, y viró entre Ovanskär y Arholma con rumbo hacia Österhamn. Allí había un par de veleros que esperaban que el viento mejorara para poder cruzar el mar hasta Åland. Ya eran cerca de las doce. Aún le quedaba tiempo suficiente antes de que oscureciera, pero ¿cómo andaba de gasolina? Miró el depósito. Empezaba a escasear, pero seguro que tendría suficiente para rodear la bahía y volver.

Se internó por entre las islas más pequeñas del interior de Arholma.

Navegaba despacio, pero por ninguna parte vio el bote que buscaba. Y ya solo le quedaba un lugar. Un rincón al que el viento solía empujar las embarcaciones que perdían el control. Cuando el implacable viento del norte lo arrastra todo a mar abierto lejos de Arholma. «Havssvalget: la garganta del mar.»

Max puso rumbo sur. Dejó atrás las islas de Viberön y Krokholmen y se acercaba a Havssvalget y a Idö, cuando divisó lo que temía.

Contra una roca en una pequeña cala que había entre dos grietas se veía lo que parecía un pequeño bote de madera golpeándose contra la piedra.

Max aminoró la marcha, paró el motor y se deslizó despacio hacia el bote encallado. Lo agarró y lo ató a su barco. No había duda de que era el que buscaba. No estaban ni los remos ni el ancla. Solo se veía el achicador chapoteando en la popa.

Entonces vio la cuerda del ancla. La habían amarrado al banco.

Subió a bordo del bote y tanteó la cuerda. Aunque estaba a tan solo unos metros de la playa, había mucha profundidad. Miró el agua pero no se veía el fondo. El ancla parecía estar totalmente encallada. Tiró más fuerte y finalmente notó que se soltaba.

Pero lo que apareció en la superficie del agua no era un ancla.

La cuerda estaba atada alrededor de los pies de una persona.

«Maj-Lis.»

Las lágrimas le quemaban los ojos cuando agarró el cuerpo desnudo de Maj-Lis. Tenía el pelo cano pegado a la cara embotada por el agua. Los ojos fijos miraban sin ver.

A Max se le revolvió el estómago al ver en la frente un corte ondulado.

En el pecho presentaba más marcas. El cuerpo llevaba mucho tiempo en el agua, pero no había duda de que el asesino le había grabado aquello en la piel.

Eran un uno y un cero.

—Los cadáveres están numerados, ¿verdad, Sofia?

Max estaba sentado en el banco de la cocina de la cabaña de Maj-Lis con el teléfono en la mano.

—En los informativos se han referido al homicidio de Skeppsmyra como «asesinato ritual» y han dicho que en el cadáver de la víctima había algo grabado. ¿Verdad que la marca de la frente era una cifra? ¿Y que en el cadáver de Torbjörn Lindström también había un número? Por eso acudiste al otro escenario, al de Berga, ¿no?

—Me gustaría mucho saber por qué me haces esas preguntas —dijo Sofia.

—Porque ya tenemos otro.

Al otro lado se hizo el silencio.

—Una mujer mayor —continuó Max—. Con el número diez grabado en el pecho.

—¿Dónde estás exactamente? —dijo Sofia—. Dame la dirección.

—Puedo enviarte las coordenadas. Está en el fondo del agua, en las inmediaciones de la isla de Idö.

—¿Y tú dónde estás?

—En su casa.

—¿La conocías? —dijo Sofia.

Aguardó la respuesta de Max. Al ver que él no contestaba, continuó.

—Quédate donde estás. Y no toques nada. Salimos enseguida.

Max colgó. Levantó la vista hacia la rinconera donde las fotografías

brillaban por su ausencia. ¿Las habría guardado ella o se las habría llevado alguien? Se dirigió al dormitorio: sabía que allí había un listón suelto en el suelo, debajo de la cama. En una ocasión vio a Maj-Lis esconder las fotografías en ese lugar. Se arrodilló, alargó el brazo por debajo de la cama y logró levantar el listón.

Allí dentro no había ninguna foto, pero al tantear con la mano descubrió otra cosa. Algo que no había visto hasta entonces.

Lo sostuvo en el aire.

Era una esclava de plata. Había un trocito de papel enganchado en uno de los eslabones. Lo cogió y se lo guardó en el bolsillo, y luego se concentró en aquel objeto reluciente.

En medio de la cadena había una plaquita de plata con un símbolo conocido en el mundo entero.

Max pasó el pulgar por la inscripción que se leía en la plaquita.

Dos rayos.

La abreviatura de «Escuadras de Protección». Pronunció el nombre en alemán para sus adentros: *Shutzstaffel*.

Quienes habían servido en esa organización no eran solo alemanes, sino hombres procedentes de muchos rincones de Europa.

Aquella organización era más conocida por su denominación de combate: «Waffen-SS».

Max estaba sentado al final del muelle. Se guardó el cuaderno de notas en el bolsillo de la americana. Había apuntado lo sucedido desde que llegó a Björkö, con indicaciones horarias y posiciones geográficas exactas, así como un breve resumen de lo que sabía sobre Maj-Lis.

¿Dos asesinatos tan próximos entre sí, tan cercanos en el tiempo, y en Björkö? ¿Por qué querría alguien matar a Maj-Lis Toom? Deslizó la mano por los anchos tablones del muelle y notó las astillas que le cosquilleaban la palma de la mano. Unas astillas que se le clavaban en las plantas de los pies cuando era pequeño y tenía la piel más blanda. Miraba fijamente los viejos cabos grisáceos que había atados a las argollas del muelle. El bote seguía en la bahía, meciéndose y golpeándose contra las rocas, aunque anclado a cuatro metros de profundidad por el cadáver de Maj-Lis. Max se imaginó cómo el barco de la policía de Singö iba ya camino de Arholma y Havssvalget. Cómo izarían su cadáver y lo meterían en un saco de plástico negro. Cómo lo enviarían luego al instituto anatómico forense para la autopsia. La causa de la muerte era más que obvia. Alguien había desatado su furia contra ella. La habían apuñalado. ¿Se centrarían quizá los expertos en medicina forense en hallar algo que relacionara su muerte con las de los otros casos? El jefe de la Dirección General de Migraciones, al que habían encontrado muerto en la subasta. El secretario de Estado Torbjörn Lindström. ¿Habría más?

Pero ¿qué tenían en común Maj-Lis Toom y aquellos hombres?

Mientras estaba sentado en el muelle y dejaba vagar el pensamiento



recordó aquella vieja y triste canción, la que, según Pashie, era la melodía más bonita del mundo. Aquí la oyó por primera vez. Y fue Maj-Lis quien se la cantó.

*Aija, zuzu.*

Una sensación de ingravidez le creció en el pecho. Maj-Lis Toom era uno de los puntos luminosos de su infancia. Y había muerto sin que él hubiera tenido la oportunidad de darle las gracias por todo lo que hizo por él.

Quien hubiera arrojado a Maj-Lis al mar debería pagar por ello.

Max tenía que encontrar a aquel que la había tratado tan mal.

Un Volvo frenó delante de la casita amarilla y enseguida salió de él Sofia Karlsson. Echó una rápida ojeada a su alrededor: a aquel lugar que, en un abrir y cerrar de ojos, había pasado de ser un lugar ideal para un romántico al escenario de un crimen.

Sofia llevaba los mismos vaqueros y cazadora que la última vez que se vieron, pero se había cambiado de camiseta y ahora llevaba una en la que se leía MIAMI sobre una palmera amarilla. Y había sustituido las Stan Smith por unas gruesas botas de senderismo.

Max le salió al encuentro. Ella le hizo un gesto con una expresión que aunaba seriedad y compasión.

—¿Estás bien? —dijo.

Max se encogió de hombros.

—¿Qué has visto en el agua?

Max le contó que, según le habían dicho, un hombre había llevado a Maj-Lis por el bosque, y que eso había despertado sus sospechas. Y cómo luego estuvo buscándola hasta que encontró el bote junto a las rocas. Cómo el asesino le había acuchillado el corazón, y luego le había grabado un símbolo ondulado en la frente y un número en el abdomen.

—El número diez. ¿Y eso qué significa?

—No lo sabemos. —Sofia se volvió hacia la casa—. ¿Qué has encontrado ahí dentro?

Max sentía el peso de la esclava de plata en el bolsillo. La apretó en el puño.

—En su dormitorio he encontrado esto.

Sofia frunció el ceño mientras cogía la esclava. La sostuvo entre el índice y el pulgar, sacó una bolsa de papel del bolsillo de la cazadora y la metió dentro.

—¿Por qué has venido? —dijo.

—Por lo que dijiste antes de marcharte, lo de la extraña coincidencia. Que yo apareciera en Berga y que el primer asesinato se produjera aquí. Estuve llamando a Maj-Lis para saber si había visto algo. Cualquier cosa que no le diría a la policía pero que sí podría contarme a mí. Al ver que no respondía, decidí venir.

—¿Qué significaba ella para ti?

—Bastante.

—Tendremos que poner por escrito esto y todo lo que sabes sobre ella.

—Ya lo he hecho.

Max le entregó las dos páginas del cuaderno y Sofia las leyó por encima.

—Hay en la zona una organización neonazi que, por alguna razón, se ha vuelto más activa últimamente —dijo—. Vamos a ir a hacerles una visita cuando terminemos aquí.

—Maj-Lis Toom no tenía nada que ver con los nazis —replicó Max.

—Ya, bueno. Esta esclava indica lo contrario. No sabemos nada de ella. Vamos a necesitar más información sobre su vida de la que hay aquí. —Sofia señaló las hojas manuscritas.

Max asintió.

—Tengo que irme al trabajo.

Empezó a caminar hacia el coche.

—Según ciertas especulaciones, las otras dos víctimas tenían algún tipo de conexión con Rusia —afirmó Sofia—. Dicen que puede que se produzca un aumento de la presencia de agentes en el país.

Max se giró. Sofia seguía en el mismo lugar.

—¿Qué has dicho?

—Trabaja conmigo en esta investigación. Puedo incorporarte como consultor externo. El jefe de la policía judicial me ha dado el visto bueno. El gobierno y el secretario de Estado del Ministerio de Justicia nos están metiendo prisa.

Max negó con la cabeza.

—He prometido no volver a meterme nunca más en nada de eso.

—Las cosas no han cambiado tanto —dijo Sofia—. Te estoy dando la oportunidad de repararlas.

Lo disimulaba bien, pero Max comprendió que lo estaba amenazando. Alguien en el seno de la policía podría querer de pronto hacer justicia por los delitos cometidos cuatro años atrás. Quizá lo más inteligente fuera no actuar solo en esta ocasión.

—De acuerdo —dijo Max—. Ahondaré un poco en la historia de Maj-Lis. Cuando tenga algo para ti te avisaré.

A Charlie le habían dado la mesa que siempre pedía, la que tenía la mejor vista de la corriente del Strömmen y el Palacio Real. La carta forrada de piel del restaurante Operakällaren le pesaba en las manos. Pero los recuerdos le pesaban más aún. El mundo era demasiado pequeño y la vida demasiado corta para esconder la cabeza en la arena. No todo se podía arreglar. Nada mejoraba por el simple hecho de esperar.

Que ella apareciera allí ayer, nada más y nada menos que «ella»...

En cuanto la vio supo que, por lo que a él se refería, la reunión había terminado. La situación era grave. Era una mierda que las cosas siempre fueran tan lejos antes de que uno hubiera resuelto hacer lo correcto.

«Debería haberlo hecho hace mucho tiempo.»

Desde luego, a ella no le ponía ninguna pega. Tampoco en aquella ocasión, al contrario. Más bien era demasiado buena. Y eso lo asustó. Y también lo hacía ahora. Los buenos ratos eran como una embriaguez que creaba adicción; los malos, como visitas breves al infierno. Durante un tiempo Charlie creyó que ella era la mujer ideal, la que llevaba tiempo esperando y añorando. Sabía que en la vida de ella había habido un gran amor, un hombre que había desaparecido de un modo que la dejó herida. Y él siempre se preguntó si sería el recuerdo de aquel otro hombre lo que hacía que a ella le costara vincularse a él. ¿A lo mejor simplemente necesitaba más tiempo que los demás? ¿Había sido sensato por su parte poner fin a la relación o se fue simplemente por cobardía?

La vio acercarse, a lo lejos, desde la entrada. Iba, como siempre, impecablemente vestida, una mujer que sabía cómo ir a la moda y en consonancia con su edad. No eran muchas las que lo conseguían. Ella no trataba de ocultar el paso de los años, como otras mujeres de su edad, y también hombres, por cierto. Recurrir a trucos como teñirse, una elevación de pecho, hacerse un *lifting* o una reducción no se le pasaría por la cabeza. Era demasiado orgullosa y estaba demasiado segura de sí misma. Eso la hacía más hermosa que las que sí lo intentaban. Era de naturaleza totalmente distinta a la de esas damas de cabello gris con el pelo a lo *garçon* que aparecían en sus conferencias y formaban un mar de algodones frente a él. En el lugar del que ella venía había un ideal de belleza vital también para las mujeres de cierta edad. Un ideal que ella no había abandonado.

Al verla ahora le pareció más hermosa que quince años atrás. Él, en cambio, se sentía más pesado y más cansado que nunca.

—Hola, Charlie —dijo Anastasia Friedenberga cuando llegó a la mesa.

Charlie se puso de pie, le cogió la mano y le besó las mejillas.

—Por lo menos has elegido la mesa cuidadosamente —dijo Anastasia mientras se sentaba—. Desde aquí veo el lugar donde quedamos la última vez.

Charlie se giró. ¿Cómo había podido ser tan irreflexivo? El Grand Hôtel. Se veía incluso la ventana desde la cual estuvieron contemplando el palacio y las iglesias de Gamla Stan, mientras él le rodeaba la cintura con los brazos.

Diez segundos solamente y ya estaba en una posición de inferioridad.

—Solo lo mejor es lo bastante bueno para ti —dijo.

—No has cambiado —replicó Anastasia—. Me pregunto cómo lo consigues. ¿Me has ocultado algún otro secreto?

«¿Algún otro secreto?» Al parecer, Anastasia había decidido saltarse los preliminares también en esta ocasión.

—Mi único secreto últimamente es mi zumo de manzana —dijo—. Lo hago yo mismo en la isla de Värmdö.

—¿Podré probarlo?

Charlie sonrió.

—Estás deslumbrante, como siempre.

—Compórtate, Charlie. Ya no somos tan jóvenes.

—¿Vino?

Charlie se había adelantado y había pedido una botella de Chassagne-Montrachet, *premier cru*, 1982. Giró la botella para enseñarle la etiqueta y que así pudiera ver que se acordaba.

Ella asintió.

—Me sorprendió tu llamada. A veces una tiene que esperar mucho tiempo.

—Y yo me alegro de que dijeras que sí.

—Pero no sé muy bien que es lo que quieres de mí.

—Pronto será mi cumpleaños...

Charlie se atrevió a esbozar una sonrisa.

Anastasia se echó a reír. Tomó un trago de vino blanco.

—Dime: ¿qué te han preparado tus soldados de Vektor?

Charlie sonrió aún más. La energía de Anastasia, ese nervio... era el mismo de siempre. «Soldados», ¡vaya manera de expresarlo!

—Una sorpresa en mi casa, pero los he descubierto de casualidad. Prométeme que no vas a decir nada.

—Se me da bien guardarte los secretos. Ya lo sabes.

Charlie tomó otro trago y el Montrachet le supo de pronto algo amargo. En la relación con Anastasia siempre había un pero. «Mis secretos están a salvo contigo mientras haga lo que tú mandes», pensó.

—¿Cuántos cumpleaños, par o impar? —dijo Anastasia—. Tengo que saber cuál debe ser la magnificencia del regalo.

Charlie asintió despacio.

—¿Setenta? —dijo Anastasia.

—Chist, no tan alto.

Charlie tomó un trago de vino.

—Bah, esas jóvenes camareras tan monas no tienen ya el menor interés en tu persona.

Al parecer, Anastasia no estaba lista para enterrar el hacha de guerra todavía. Charlie trataba de mantener una expresión neutra.

—Y tampoco las universitarias, supongo. ¿O tal vez la experiencia y los contactos te confieren incluso más encanto y autoridad?

Charlie miró hacia el personal del restaurante. Tuvo que contener un deseo creciente de pedir la cuenta. Aquello había sido un error. Logró finalmente atraer la atención de un camarero y luego volvió a mirarla a ella.

—El tiempo pasa para todos nosotros. Con alguna excepción.

Alzó la copa para hacer otro brindis, pero Anastasia no le correspondió.

—¿Qué es lo que quieres, Charlie?

Él volvió a dejar la copa en la mesa sin beber de ella.

—No quiero que nuestro... asunto sea un estorbo para algo bueno.

Anastasia hizo una mueca.

—¿Por qué quieres salvar a esos hombres? ¿Te has vuelto un blando con los años? ¿De verdad sufres por ellos? ¿Por esas pobres mujeres tuyas, que ya no podrán servirles *borscht* los fines de semana?

«Madre mía», pensó Charlie. Aquel almuerzo iba a pasar a la historia.

—Dijiste que habíais recibido información del Servicio General de Seguridad —dijo—. Algo relacionado con la explosión del Centrs. ¿Qué sabéis al respecto?

—¿De qué Servicio General de Seguridad estamos hablando? ¿Y con cuál hablo yo?

—¡Por Dios, éramos jóvenes!

—Creo que tú no has cambiado nada, Charlie.

—¡Yo sí que creo que eres tú la que no ha cambiado nada!

—Ya sabes lo que quiero. Lo único que siempre he querido. Hemos sufrido y hemos esperado más que suficiente. Tenemos que iniciar con Occidente una colaboración tan estrecha que nuestra independencia sea indiscutible y para siempre. Para que Rusia se lleve no solo sus submarinos y sus carros de combate.

—¿Y la muerte de esos marineros favorece tu causa?

—¿Podemos dejar de hablar de un puñado de marineros rusos? No soy tonta, Charlie. Sé que tienes en la agenda algo muy distinto. Por ahora podemos darnos por satisfechos diciendo que haces esto exclusivamente para destacar personalmente y para que Vektor brille como un bastión de la justicia y los derechos humanos en la región del Báltico.

—¿Han decidido ya?

Charlie levantó la vista hacia el camarero, que estaba listo para tomarles nota. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Anastasia sonrió triunfal.

—Yo quiero un Chateaubriand. Y poco hecho, que se vea la sangre.



Sofia Karlsson dejó que Tom Haraldsson y los demás que iban de uniforme cruzaran los barracones de hojalata y la sala donde se reunían los miembros del polígono industrial de Görla mientras ella, la responsable de la investigación previa, raspaba el texto que había debajo del teléfono de la cancela.

«A cada cual lo suyo.» Una traducción de la frase alemana que podía leerse a la entrada del campo de concentración de Buchenwald. Menudos imbéciles.

Sofia había realizado bastantes registros domiciliarios en casas de integrantes de grupos de extrema derecha para no sorprenderse. No precisaba más formación sobre la perversidad de su estilo decorativo. Cuando llegó con sus colegas al polígono industrial, los aguardaba un comité de bienvenida de nada menos que cinco personas. Como de costumbre se pusieron a protestar. Pero cuando el líder, Sebastian Öberg, acabó en el asiento trasero de uno de los coches patrulla, el grupo cedió a su pesar.

Tom salió y se dirigió a donde estaba Sofia tras revisar las instalaciones.

—¿Habéis encontrado algo?

—Alcohol y tabaco que no han entrado en el país por la vía normal. Además de una serie de folletos y documentos que ellos defenderán invocando la libertad de expresión. También hemos encontrado una vieja Luger de funcionalidad dudosa escondida detrás de los paneles del techo. Seguramente será del líder, el que está en el coche.

Sofia asintió.

—Buen trabajo. ¿Y los símbolos? ¿Se los habéis enseñado?

—Sí —dijo Tom—. La ce invertida y el símbolo ondulado no les resultaban familiares. Pero sobre la cruz del trueno que encontramos en Lindström han hecho algún comentario.

—¿Qué han dicho?

—Que eso no se hace con la esvástica. Según ellos, es como blasfemar. No sé si no estarían de broma...

Sofia ahogó un suspiro. Los significados de la ce invertida que hallaron en el cuello de Callmér y el símbolo ondulado que había en el cadáver de Maj-Lis eran por el momento un misterio.

Seguramente el *Expressen* o el *Aftonbladet* no tardarían en sacar titulares sensacionalistas que relacionaran los asesinatos con conspiraciones diversas. Sin duda con neonazis, aunque solo uno de los símbolos podía relacionarse con el nazismo, puesto que era un tema que hacía vender muchos ejemplares. Y Sofia conocía también a su jefe. Sabía que Carpelan necesitaba demostrar que actuaba y que conseguía resultados, aunque luego se viera que eran erróneos.

—Nos llevamos a Sebastian de paseo a Estocolmo —dijo.

Dejó a Tom junto a la verja y se dirigió al coche en cuyo asiento trasero estaba el jefe del grupo. Abrió la puerta y se sentó a su lado.

Sebastian tenía la cabeza rapada. Llevaba un par de botas de caña alta y color negro, pantalones de chándal negros y una camisa negra con bolsillos dobles en la pechera. En el bolsillo que tenía en el lado del corazón se leía en blanco el texto: BROOKLYN 77, NO RIGHT, NO WRONG. Un regalo de alguna alma gemela del otro lado del Atlántico. De las comisuras de los labios le subían hacia los pómulos unas cicatrices que formaban lo que llamaban «*Chelsea smile*», una marca que los aficionados radicales del club inglés les hacían a

los hinchas rivales.

—*Heil Hitler* —dijo Sofia.

Sebastian no respondió: se quedó mirando en silencio por la ventanilla.

Sofia le miró los pantalones. Adidas, con listas blancas. Demasiado relajado.

—¿No son esos los pantalones que suelen llevar los negros que juegan al baloncesto? —preguntó.

Sebastian seguía sin decir nada. No se inmutaba.

—¿Tan horrible soy que no puedes ni mirarme? —dijo Sofia—. Mujer blanca. Siempre me dicen que tengo buen tipo. Claro que a lo mejor a ti te gustan los chicos, ¿no? No pasa nada, claro, después de todo estamos en el año 2000, una nueva era.

—Supongo que piensas llevarme a alguna comisaría. ¿Me puedes decir por qué no nos vamos ya?

—Te lo diré cuando me mires a la cara.

Sebastian volvió despacio la cabeza hacia ella.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—Lo siento, encanto, no pienso declararme, comprendo que te sientas decepcionada. Sé que preferirías ponerte a cuatro patas y dejar que nos lo montáramos contigo. Para que te follaran de verdad. Hombres de verdad.

Sofia cerró los puños. Ahora no podía perder el control.

Sacó la pulsera que le había dado Max en Skeppsmýra.

—Bonita esclava, ¿no?

—¿Cuánto quieres por ella? —dijo Sebastian.

—No está en venta. Quiero que me hables de ella.

—Te doy veinticinco mil. Ahora mismo.

Sofia meneó la cabeza.

—¿De dónde saca veinticinco mil la chusma como tú?

—Soy muy diligente.

—No lo dudo. Seguro que cobras el paro, y las ayudas a los hijos y a la vivienda. Pero veinticinco mil es mucho dinero. ¿Has estado en Björkö recientemente?

—¿Qué cojones iba a hacer yo allí?

Sofia observó aquella cara llena de cicatrices. ¿Tendría aquel hombre «de verdad» la inteligencia y la sangre fría necesarias para llevar a cabo el tipo de asesinato que ella estaba investigando?

—¿Qué me dices de la esclava? ¿Es de tus amigos?

—No, esa es auténtica. Es antigua. Original.

—¿Qué más puedes contarme?

—Una verdadera rareza. Vale mucho dinero, si uno sabe acudir a la clientela adecuada.

Hizo una pausa y la miró con una gran sonrisa.

—Esa esclava ha pertenecido a un legionario de las SS. Por la forma que tiene, yo diría que del Báltico, probablemente Letonia.

—¿Una tercera víctima? —dijo Sarah—. ¿Y era tu profesora durante la infancia?

Estaban en la sala de reuniones de Vektor. Los últimos rayos del sol de la tarde entraban por las ventanas. Max les había contado todo lo que había visto en Skeppsmýra.

—Lo siento muchísimo, Max —dijo Charlie.

Max asintió, ahora no podía dar rienda suelta a sus sentimientos.

—La policía me ha pedido que les eche una mano como consultor externo —dijo—. Se ve que este caso reviste la máxima prioridad. El gobierno está involucrado y el secretario de Estado del ministro de Justicia está implicado en persona. Voy a tener que dejar lo del *Kursk*. Tengo pendientes algunos días de vacaciones.

Sarah asintió.

—Todo lo que pueda ocurrir con el asunto del *Kursk* podemos solventarlo nosotros. Y no tienes que gastar los días de vacaciones. Claro que puedes ayudar a la policía en un caso tan importante, ya que te lo han pedido.

Pashie evitaba mirar a Max a los ojos.

—¿Qué dice la policía? —preguntó Charlie.

—Antes de ir a Skeppsmýra estuve en una reunión en la comisaría y me preguntaron si hay alguna amenaza contra nosotros.

—¿Por qué iba a haberla?

—Porque me presenté en Berga y el primer asesinato tuvo lugar en la zona

donde me crié. Pero creo que es pura coincidencia. No puedo imaginarme ninguna conexión entre Maj-Lis y los otros dos. Y si existe tal vínculo, desde luego, no tiene nada que ver conmigo o con nosotros.

Charlie se inclinó hacia delante.

—Así que es una pura casualidad, ¿no?

Max no sabía qué responder. Se encogió de hombros.

—De acuerdo, ¿seguimos con lo nuestro? —dijo Sarah—. ¿Quién quiere empezar?

—Pues yo, por ejemplo —respondió Pashie.

Seguía sin mirarlo a la cara.

Estaba serena, pero Max intuía las preguntas y la preocupación que albergaba en su interior. La preocupación por el hecho de que el mal que les afectó a los dos en su día hubiera vuelto a sus vidas. Allí, en Suecia.

—Los rusos han dicho esta mañana que las acciones de salvamento se ven dificultadas por la falta de visibilidad. Pero tenemos un presidente que, según parece, es capaz de hablar, a pesar de todo. Desde su residencia de vacaciones, en el sur de Rusia, ha comunicado que la situación es crítica pero que su país tiene todo lo necesario para llevar a cabo la acción de salvamento por sí solo. Poco después de las declaraciones del presidente, a decir verdad, hace tan solo un par de minutos, Klebánov, el viceministro de Estado, ha informado de que ya no hay signos de vida procedentes del submarino.

—Podríamos haberlos rescatado ayer.

—Sí, o el sábado —dijo Max—. La explosión se produjo hace cuatro días. Nadie puede sobrevivir durante tanto tiempo en esas condiciones. Si fue una explosión, como parece indicarlo todo, el salvamento debe acudir de inmediato.

—Un triple asesinato en Estocolmo y un presidente ruso que no quiere salvar a sus propios marinos —afirmó Sarah—. ¿Y cuándo iban a venir el

primer ministro, el ministro de Exteriores y el embajador ruso a inaugurar el proyecto Mir 2000 con un gran baile en los jardines de Kungsträdgården?

—No pensaba que nadie hubiera pasado por alto el reloj con la cuenta atrás que hay en la plaza —dijo Max. Echó una ojeada a su reloj de pulsera—. Cuatro días, dieciocho horas y diez minutos.

—¿Cuándo acabará esta maldición de agosto, Pashie? —preguntó Sarah.

—¿Qué tipo de explicación quieres oír?

—Dame la que te creas tú.

—Según el astrólogo más destacado del país, el caos continuará hasta mediados de septiembre a causa de las posiciones de Saturno y Urano.

Charlie suspiró.

—¿Podríamos dejar a un lado las supersticiones y centrarnos en actividades concretas en las que saquemos provecho de nuestra experiencia y hagamos que quienes nos apoyan económicamente y nuestros clientes estén satisfechos con nosotros?

—Por supuesto —dijo Max—. Los financieros. Es en ellos en quienes tenemos que pensar ahora.

Charlie lo miró irritado y Sarah carraspeó discretamente.

—De acuerdo, ¿qué podemos hacer dada la situación? —preguntó.

—Podríamos centrar nuestra atención en los familiares —dijo Max.

Charlie cambió de posición en la silla.

—Sí, quizá —afirmó—. Todavía podemos enviar un submarino URF para que saque los cadáveres.

Sarah asintió.

—Sí, desde luego. A esos hombres hay que subirlos, aunque estén muertos.

—Y recurrirán a los tribunales —dijo Max—. Largos procesos, molestos y costosos. Hay una organización que lucha por los derechos de las viudas. Ahora necesitarán ayuda. Pashie ya está en contacto con ellas. Y eso, Charlie,

nos dará una buena imagen muy valiosa.

Max sintió la calidez que embargaba a Pashie. Aquello era algo que ella misma habría querido proponer. Pero era mejor si la sugerencia venía de él.

En la mirada de Charlie ya no brillaba la ira. Asintió.

—De acuerdo —dijo Sarah—. Tú y yo tratamos una vez más de infundir vida mañana en lo de Berga, Charlie. Y Pashie, tú sigues con la recaudación para las viudas y los procesos legales.

Todos se levantaron para irse. Mientras cruzaban la sala del consejo camino de la salida, Charlie paró a Max.

—¿Quién te llamó el sábado por la mañana y te contó lo de las alteraciones sismológicas?

—Hein Espen, un amigo noruego. Exbuzo de combate.

Charlie asintió.

—¿Exbuzo, dices? ¿Y a qué se dedica ahora?

—Pues la verdad es que no conseguí enterarme. Pero se lo sonsacaré la próxima vez que hable con él.

—De acuerdo. No me importaría tener sus datos de contacto.

—Te los mando ahora mismo.



Max pasó el dedo por la fina capa de polvo que cubría los estantes y los lomos de los libros de la biblioteca de Carl Borgenstierna.

Sofia Karlsson le había pedido dos cosas. Más información sobre la vida de Maj-Lis y ayuda con asuntos relativos a Rusia que podrían estar relacionados con los asesinatos.

Claes Callmér, Torbjörn Lindström y Maj-Lis Toom. ¿Qué podían tener los tres en común? Pensó en la extraña puesta en escena, los símbolos y el número diez que habían grabado en el cadáver de Maj-Lis. En las evasivas de Sofia cuando le preguntó si las marcas de las otras dos víctimas también eran números. En la pulsera de las SS. ¿Tendría aquello algo que ver con la Segunda Guerra Mundial? Un conflicto que había terminado hacía cincuenta años. Por aquel entonces Torbjörn Lindström ni siquiera había nacido. Pero medio siglo no bastaba para curar ciertas heridas. Max lo sabía mejor que nadie.

Sofia había dicho que las pistas parecían conducir a Rusia. Maj-Lis huyó de los rusos durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Encontraría información ahí?

Max se detuvo en un estante con el rótulo «Política sueca, 1940-1950». Cogió un libro titulado *En la estela del terror rojo* y se quedó un rato hojeándolo. Uno de los capítulos trataba de cómo encarcelaban las autoridades suecas a los amigos de Moscú, a los que internaban en los mismos campos que a los prisioneros extranjeros. Fue a mirar el índice de

fuentes al final del libro y vio una nota sobre un ensayo titulado *Campos de concentración en Suecia*, que también se encontraba en la estantería.

Leyó en las páginas introductorias que los primeros campos de concentración se abrieron en Suecia en 1940, en Långmora y Smedsbo, localidades de la región de Dalarna. En aquellas instalaciones se encerraba a la gente no por lo que hubieran hecho, sino por lo que eran: comunistas, sindicalistas, socialdemócratas radicales, desertores alemanes y los llamados «amigos de Inglaterra». Los obligaban a trabajos forzados bajo la vigilancia de guardias armados. Los gobiernos socialdemócratas poseían información secreta sobre los campos. Un secretario de Estado participó activamente en su creación y su configuración. Luego se convirtió en el jefe de los catorce campos del país y, con el tiempo, el líder de toda Suecia: Tage Erlander.

Max cerró el libro. Vio otro titulado *Aquellos a quienes cuidamos* y el siguiente en la fila era *La entrega de alemanes y bálticos en 1945 y 1946*. Se puso los libros bajo el brazo. Con el rabillo del ojo vio otro volumen que llamó su atención: *La gran traición sueca*.

Max hojeó los libros en el escritorio de Borgenstierna y se vio transportado atrás en el tiempo. *Aquellos a quienes cuidamos* se componía de anotaciones de un diario de una mujer llamada Anna Isaksson que trabajó como auxiliar de enfermería en el hospital militar de Örebro el otoño de 1945. El libro contenía sus historias y las de los internos de la región del Báltico. El líder de los bálticos no tenía más de veintidós años pero era «corpulento y estaba lleno de cicatrices para su edad», según lo describía Anna. Dibujó un retrato sombrío del internamiento en Suecia y temía lo que les iba a ocurrir cuando los entregaran a los rusos. La auxiliar de enfermería Anna mostraba empatía por los bálticos que caían bajo su cuidado tras varias semanas de huelga de hambre. Escribió en el prólogo que el jefe le dejó sus notas antes de que lo metieran en un autobús rumbo a Trelleborg.

Anna había hecho de santa Lucía la mañana en que a los pacientes del hospital militar les permitieron moverse con libertad por primera vez sin estar rodeados por un montón de enfermeros ni de «los de negro» con sus perros iracundos. «Los de negro» eran policías que enviaban desde Estocolmo cuando las autoridades consideraban que los vigilantes locales y el personal hospitalario habían trabado amistad con los internos.

Los bálticos se sentaban en las bancadas de la iglesia con las caras inexpresivas y los cuerpos demacrados. La extremaunción antes de que los sacrificaran en nombre de la paz. «Vanka», «Vania» o «tío Vania» eran variantes del apodo que les daban a los rusos bolcheviques y comunistas. Todos parecían estar de acuerdo en que preferían caer en manos de Velu mate, la diosa del reino de la muerte según las creencias populares bálticas, que en los campos de trabajo rusos, donde el castigo no acababa hasta que el cuerpo sucumbía.

Max sacó documentos del archivo de la Fundación Mar Báltico y los comparó con los datos hallados en los diarios. Maj-Lis Toom llegó a Suecia el 29 de septiembre de 1944, después de una travesía por el Báltico en un barco de contrabando llamado *Triin*. Max observó la foto del barco. Todos los que habían ido a bordo del *Triin* se habían visto obligados a mostrar sus documentos al suplente del capitán del puerto de Tallin. Pero la época durante la que se realizó la última travesía del *Triin*, antes de que el poder soviético hubiera dispuesto un cordón impenetrable alrededor de la región del Báltico, fue caótica, y los mandos perdieron el control. Los refugiados, en su desesperación, se arrojaban al agua, alcanzaban a nado el barco y se colgaban de cabos mediante los cuales trepaban a bordo. Nadie sabía con seguridad quiénes habían llegado a su destino y quiénes habían caído por la borda.

Los refugiados estaban en unas condiciones pésimas a su llegada a Österhamn, en Arholma, después de tres días en alta mar al vaivén de fuertes

vientos. La embarcación se vio empujada muy al norte por las tormentas y pasó el golfo de Gävle antes de que los vientos amainaran y el barco de contrabando pudiera virar al sur rumbo a su destino. Habían perdido un día y una noche por culpa del mal tiempo.

Pero Maj-Lis perdió más que eso. El protocolo de la recepción de refugiados de Arholma había tomado nota de que Maj-Lis era una joven que durante la travesía pasó «de la histeria a un estado catatónico» después de haber perdido a su hijo y a su marido en el trayecto. Le administraron cuidados especiales en un campo provisional a las afueras de Norrtälje. Trataron de conseguir información sobre Anton y Taniel, pero no averiguaron nada. Nadie tenía noticias de su hijo y su marido, que habían caído por la borda. Maj-Lis no tenía parientes en Suecia. Dio el nombre de su amiga de la infancia, pero no había información sobre ella. Si esta había llegado a Suecia, lo había hecho por otra vía.

Un mensaje de móvil interrumpió a Max. Alargó el brazo en busca del teléfono y abrió el mensaje. De un remitente desconocido.

«Una vez más, siento lo de ayer. Tenemos que vernos y revisar el resultado de tu análisis de sangre. ¿Podrías venir tú solo el jueves a las 9.10 de la mañana? Saludos, el doctor Axelsson.»

—Max, ¿quieres algo? —preguntó Pashie desde la cocina.

Respondió rápido al mensaje con un «Ok» y se volvió luego hacia la puerta abierta.

—No, gracias, luego comeré cualquier cosa.

Pasaban las horas. En el libro *La gran traición sueca* encontró una fotografía del *Triin*. Al ver la vela del barco, dio un respingo. Se notaba las palmas sudorosas. Se miró la mano izquierda y vio cómo empezaba a temblarle otra vez.

Pashie entró en la biblioteca y se paró delante de la mesa. Llevaba la bata

roja.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó.

—Estoy repasando documentos relacionados con Maj-Lis. Su huida cruzando el Báltico. La policía me pidió que averiguara más cosas sobre su pasado.

Pashie asintió. Detuvo la mirada en la mano de Max. Él la puso en la rodilla.

—¿Vas a subir ya? —preguntó Pashie.

—Dentro de un rato. Tengo que darme una ducha y desconectar de todo esto.

—Me parece una buena idea —dijo Pashie—. Te veo arriba.

Cuando ella subió la escalera, Max comparó la foto del *Triin* con la que había en el archivo de la Fundación Mar Báltico. Era el mismo barco, pero había algo diferente.

En la foto del libro *La gran traición sueca* ostentaba un símbolo en la vela que representaba un barco vikingo con una esvástica.

«Maj-Lis Toom no tenía nada que ver con los nazis.» Eso fue lo que él había dicho.

Sofia le había hablado de neonazis, pero era una falsa pista.

El símbolo pertenecía a una organización de la década de 1940 que se dedicaba a evacuar de Tallin a los suecos de Estonia. Una organización que se instituyó por un acuerdo entre el gobierno sueco y la Alemania nazi. Con la aprobación del mismísimo Heinrich Himmler.

Se llamaba la Guardia Odal.

Max sacó el móvil. Empezó a oír los tonos de llamada. «Responde, Sofia.»

Cuando oyó la voz del contestador soltó una maldición.

Los niños estaban en el cine con Carmen, la señora de la limpieza de Sarah, cuyo ámbito de responsabilidad se había ampliado dos tardes a la semana. Björn, el hijo mayor, era un fanático del cine. Nada lo hacía tan feliz como acudir a una sala a ver una película con una caja de cartón llena de palomitas en el regazo.

Aquella primavera Björn volvió un día del colegio y le preguntó qué era exactamente un laboratorio de ideas. El profesor les había mandado la tarea de describir en qué trabajaban sus padres. Sarah hizo una comparación con la Edad Media, que acababan de estudiar en la asignatura de Historia; en aquella época, las personas que querían trabajar ideando mejoras para la sociedad se retiraban a los conventos. En la actualidad se trabajaba con grupos de presión o con laboratorios de ideas, le dijo.

—Entonces eres algo así como una monja, ¿no? —respondió Björn.

«Pues sí, igual sí», pensó Sarah. Solo que nadie me había dicho que la jefatura de un laboratorio de ideas estuviera ligada a una vida de celibato.

Sonrió ante el recuerdo, al pensar en sí misma y en lo listo que era su hijo. Hasta los adultos tienen que poder evadirse soñando a veces. Cuando sus colegas se despedían hasta el día siguiente, a ella nada le apetecía más que sacar un añejado de cinco años del cajón del escritorio y encenderlo. Que el cubano no midiera más de 178 X 47 milímetros no importaba nada, tenía el tamaño justo. Sabía lo que Charlie, el administrador del inmueble y todos los demás pesados opinaban al respecto. Y lo que dijeran sobre el tema las

autoridades sanitarias de Suecia se la traía completamente al paio. Todo eso contribuía a que el cigarro le supiera mejor aún.

Estaba sentada en el vano de la ventana, que tenía entreabierta. El mundo alrededor de la calle Valhallavägen iba entrando en la noche. Padres que bajaban de los autobuses y los coches, con sus hijos de la mano, madres jóvenes que empujaban cochecitos seguidas de niños mayores. Equipaciones de fútbol, bolsas de la compra. Ponían rumbo con el coche al último aparcamiento libre jugándose el tipo. Viejos que recorrían despacio el camino a casa procedentes del centro comercial de Fältöversten. También estaban los que se quedaban sentados en los bancos de los parques con una bolsa de plástico entre las piernas y una botella abierta en la mano.

En la Varsovia de su infancia, Sarah vivía de lo que encontraba en las calles. En realidad no era tan diferente. Salvo en un aspecto, y ese era el que marcaba toda la diferencia. «La libertad.» La libertad de hacer lo que quería. La libertad de poder elegir los propios errores.

La libertad de acostarse con chicas y fumar cigarros sin que ningún imbécil se lo impidiera, aquello era lo más importante en la vida. Así de sencillo.

El desarrollo inesperado de los últimos días había dejado su huella, tanto en la cabeza como en la espalda. Como si no bastara con lo del *Kursk* y con la muerte repentina de Torbjörn Lindström, Lisette la había llamado. Quería ver a los niños. Sarah se acurrucó un poco más, pensaba en la conversación con Pashie, una charla entre dos mujeres. Distintas, pero a pesar de todo iguales en muchos sentidos. Le costaba olvidar la expresión tristona de la mirada de Pashie. No resultaba fácil intimar con ella. Tal vez hubiera un montón de razones para ello. No era preciso ser iguales para ser amigas. No había que ser iguales, desde luego, para ser pareja. Pashie y Max eran la prueba viviente de ello. ¿Serían capaces de superar la vida normal y corriente del sueco medio? ¿Ser marido y mujer? ¿Ser padre y madre? El tiempo lo

diría. Ahora tenían problemas, eso estaba claro. ¿Estaría Max otra vez a punto de caer en algo que lo iba a engullir por completo?

«Agosto —pensó—. ¿Qué tiene el mes de agosto?»

Cogió el móvil y volvió a leer el mensaje de Lisette. Quería que se vieran en el centro, almorzar juntos toda la familia.

«¿Qué puedo perder?», pensó, y envió la respuesta. Se verían en el centro de Tyresö, cerca del colegio de los niños. Apartó el móvil, dio una calada y volvió otra vez la mirada al mundo exterior.

La luz de color verde que había en el teléfono de la mesa empezó a parpadear. Después del horario de oficina, los teléfonos de Vektor no sonaban. ¿Quién la llamaría a aquellas horas?

—He probado en casa primero —dijo Charlie—, pero no había nadie, así que sigues ahí, ¿no?

—Disfruto de algo de tiempo de calidad a solas.

Sarah apagó el puro en el pesado cenicero de cristal que le había regalado Max.

—¿Ha pasado algo?

—El Pentágono ha hecho público un comunicado —dijo Charlie—. Uno de los dos submarinos estadounidenses que espiaban al *Kursk* tarda en establecer contacto radiofónico con el cuartel general del Ministerio de Defensa estadounidense.

Sarah cerró los ojos. Recordaba lo que había dicho Pashie antes de que terminara la reunión de la mañana. «Nos llegan informes de los rusos de que el equipo de sonar que localizó al *Kursk* indica que no se mueve como si hubiera solo un submarino, sino dos.»

—¿Qué crees que implica eso? —preguntó.

—No sé, pero me inquieta que no paren de crecer las especulaciones sobre que la causa del hundimiento ha sido una colisión.



—*Casus belli* —dijo Sarah—. Qué palabras tan altisonantes usáis tú y tus amigos.

Esperaba que Charlie se abriera un poco cuando le soltó lo de «tus amigos». No podía dejar de pensar en lo reservado que era en cuanto a sus relaciones personales. Sobre todo, en todo lo relacionado con Anastasia Friedenberga.

Charlie se echó a reír.

—Hay una cosa que me gustaría comentar contigo —continuó—. No me pareció que fuera el momento adecuado durante la reunión, pero lo del Centrs, que sé que estuvisteis mirando hará una semana... ¿Qué fue lo que pasó en realidad? ¿Me he perdido algo?

Sarah sintió crecer la irritación. Charlie había cambiado de tema de conversación.

—¿El centro comercial de Riga? —dijo—. Fue una explosión. En plena hora punta.

—¿Murió alguien?

—Sí, creo que hubo algún muerto y muchos heridos, sobre todo rusos. En esa parte de la ciudad casi todos los habitantes lo son. Entre los heridos había una noruega, seguramente por eso la noticia ha tenido aquí tanto eco.

—¿Hay algún detenido por el atentado?

—No. Las partes implicadas en el conflicto se acusan mutuamente. Por parte de Moscú, lo de siempre. Nacionalistas extremistas que quieren hacer daño a la población rusa. En la prensa letona afirman lo contrario, que es Rusia la que está detrás de la explosión para demostrar que la población rusa está en peligro y tener motivos para avanzar sus posiciones. Supongo que eso era lo que quería decir la mujer de la reunión, ¿no?

—¿Anastasia? —dijo Charlie—. Sí, puede ser.

—Dime: ¿quién es en realidad?

Charlie volvió a guardar silencio.

—Es una larga historia —dijo luego—. Ya te la contaré otro día.

Charlie no quería hablar del tema, estaba claro. Notó un punto de tristeza en la voz, lo cual no era frecuente.

—¿Va todo bien? —preguntó Sarah.

—Debemos documentarnos a fondo sobre lo ocurrido en Riga —respondió Charlie—. Tenemos que saber más. ¿Qué tipo de explosión fue? ¿Qué hipótesis maneja la policía? ¿Tienen algún sospechoso principal?

Sarah negaba con la cabeza. Charlie no había aceptado su invitación a contarle qué era lo que parecía apesadumbrarlo en el plano personal. Era evidente que no quería hablar de Anastasia. Al menos, no en estos momentos.

—De acuerdo —dijo—. Voy a ver qué puedo averiguar.

—¿Qué tienen?

Sofia señaló con la cabeza la pila de periódicos que se alzaba entre ellos encima de la mesa. En la mirada de Carpelan veía que también para él había sido un día muy largo. Y aún no había terminado.

—Lo mismo que nosotros, salvo una cosa. Y algo más. —Carpelan hizo una mueca, entre la resignación y el enfado—. Sé que no lees la prensa vespertina, pero yo no me puedo permitir ese lujo.

—Una de las muchas razones por las que no quiero tu puesto.

—Lástima, porque puede que pronto se quede libre. Ganarías cuatro mil más al mes.

—¿Con o sin los impuestos?

Carpelan se echó a reír.

Incluso en el peor de los líos imaginables había que sacar fuerzas para reír, como le había enseñado su padre. De lo contrario era imposible sobrevivir. «Cuando estás hasta el cuello de mierda, no puedes hacer otra cosa que cantar.»

—¿Me haces un resumen?

—Todo el mundo sabe ya que han asesinado a Torbjörn Lindström, el secretario de Estado del ministro de Defensa. Un asesino en serie con un móvil político anda suelto por Estocolmo. La policía no sabe qué hacer. Joder, Sofia, no puede haber una situación peor.

—Lo que no tienen es el dato de nuestra tercera víctima, Maj-Lis Toom,

¿verdad?

—No, todavía no. Tenemos que llegar al fondo con su ahogamiento.

—¿Querías hacer un chiste o qué? —preguntó Sofia.

Carpelan sonrió cansado al darse cuenta de lo que había dicho y suspiró.

—Pues no.

Cambió de posición en la silla y se inclinó sobre la mesa.

—Maj-Lis era el número diez. Callmér, el nueve. Lindström era el número ocho. ¿A ti qué te parece?

—Tardaremos en confirmarlo, pero creo que llevaba algún tiempo en el agua. Y que ella fue la primera víctima.

—O sea que a la primera víctima la marcaron con el número diez, ¿no? —dijo Carpelan.

Sofia asintió.

—Tenemos que pensar de un modo distinto al habitual. Si Maj-Lis se hubiera interpuesto en el camino de alguien por casualidad, no la habrían apartado de ese modo.

Carpelan respiró hondo.

—O sea, nos las vemos con alguien que sigue cierto orden. Y el asesinato de Maj-Lis forma parte de ello.

—El hecho es que empezar precisamente por ella forma parte del relato que quiere contarnos —dijo Sofia.

—¿Y cuántos capítulos tiene?

—Va contando hacia atrás desde diez —respondió Sofia—. Está repartiendo el mensaje de modo que tendremos la imagen completa cuando haya terminado.

Carpelan negó con la cabeza.

—Así que dependiendo de si piensa parar en el uno o en el cero, nos quedan siete u ocho almas que salvar, ¿no? Y no tenemos ni idea de quién

será el siguiente, ¿verdad? ¿Cómo vamos a proteger a la gente si ni siquiera sabemos quiénes son las víctimas?

—Estamos ante el dilema del terrorismo —dijo Sofia.

Carpelan se encajó las gafas en la nariz.

—Mientras no entendamos su lógica será como buscar una aguja en un pajar. Tenemos que entender su lógica.

—¿Crees que esto tendrá algo que ver con Rusia? —dijo Sofia—. Tú mismo apuntaste una cosa en ese sentido al decir que a Torbjörn Lindström lo mataron en Berga, donde iba a debatir sobre la catástrofe del *Kursk*. Callmér tenía tras de sí una larga carrera en la que había destacado como crítico de la Unión Soviética y de Rusia. Maj-Lis Toom fue en su día una refugiada que huyó de la Unión Soviética.

—Yo no creo nada, lo único que sé es que este caso es de mayor envergadura que ningún otro de los que hemos tenido. Si fracasamos en la caza de este asesino, los dos perderemos el trabajo.

—Max Anger ha accedido a ayudarnos en la investigación.

Carpelan hizo un gesto de aprobación.

—Bien. Pero más vale que no se lo comuniquemos al Servicio General de Seguridad ni a Schiller. Al menos por el momento.

—Eso es problema tuyo. Yo pienso hacer todo lo necesario para resolver el caso.

Se oyó una risa al otro lado de la puerta. No todos se habían ido a casa.

—¿Qué tal *El rey león*? —dijo Sofia.

—¿Te haces una idea de lo caras que son esas entradas? ¿Qué creen los teatros londinenses que gana un simple policía en Suecia?

—Ya, es un crimen. —Sofia se puso de pie—. Voy a echar un vistazo al retrato robot, a ver si lo reconoce nuestro invitado, Öberg, el líder de 14 Rising.

—Bien, encárgate de que lo manden con una alerta a todo el país. Tenemos que averiguar si el señor John es el asesino o solo un colgado que revendió la documentación. Pero, Sofia...

Ella se paró en el umbral.

—Seguramente Öberg, ese cabeza rapada, solo sea culpable de un delito de tenencia de armas, como mucho. No sé si conseguiré que el fiscal lo detenga por esa pistola vieja, pero lo intentaré y así al menos podremos retenerlo un tiempo. Puede darnos buena prensa, teniendo en cuenta las especulaciones de los periódicos, ¿no?

Mientras la prensa siguiera especulando, ellos no tendrían que dar cuenta de lo que hacían. Ella asintió.

Al salir del despacho de Carpelan, vio que tenía una llamada perdida de Max Anger.

Pashie entró en el baño y cerró la puerta. Max acababa de salir de la ducha y estaba de espaldas a ella, con una toalla alrededor de la cintura. Después de horas ante el escritorio, sus hombros y su cuello se veían tan duros y rígidos como los azulejos de la ducha.

Max se volvió hacia ella, que tenía las manos a la espalda, aún agarradas al picaporte.

—¿Qué pasa? —dijo Max.

—Sé lo que has hecho por mí en la reunión de hoy.

Max le puso las manos en las caderas y la atrajo hacia sí.

—Es la prioridad más lógica ahora, centrarse en los familiares. Además, soy yo quien te tiene que dar las gracias.

—¿Ah, sí? —Pashie jugueteó con los dedos en el vello del ombligo y fue subiendo hacia el pecho—. Anoche no llegaste a subir al dormitorio.

Las manos fueron bajando otra vez. Agarró el nudo de la toalla.

—En estos momentos me da igual todo lo demás —dijo.

Pashie le besó el cuello y Max metió las manos por debajo de la bata roja y negra.

Los dos se sobresaltaron al oír el teléfono. De no haber sido por la vibración, habrían podido obviar la llamada. Pero los temblores del móvil provocaban un ruido estentóreo contra el borde alicatado de la bañera.

—¿Quién llamará a estas horas? —preguntó Pashie.

—Déjalo. Ya devolveré la llamada después.

Pashie alargó el brazo en busca del teléfono y miró la pantalla resplandeciente.

—¿Quién es Sofia Karlsson?

—La policía de la que te hablé.

—¿Una policía?

—Corta la llamada.

—Mierda.

Pashie se colocó la bata. Respiró hondo y negó con la cabeza. Le dio el teléfono y se volvió hacia la puerta.

—Mañana es la última oportunidad este mes. Como se te presente algún impedimento, te vas a enterar.



La madera de pino sin tratar que lucía la cabaña por todas partes le recordaba a Kandinski el lugar que trataba de dejar fuera de su memoria. Se imaginaba la tela negra y rojo vino de los hábitos que se arrastraban por el suelo y levantaban nubes de polvo al volver a caer. Los cuerpos desnudos, pálidos y fofos de aquellos hombres santos. El humo que les subía de los hombros. Sus manos grandes, sudorosas. El ruido del agua al chisporrotear sobre el calentador ardiente. Aquellas palabras en latín.

*De cetero me non peccaturum. Amen.*

Los gritos procedentes de la sauna en el sótano del hogar infantil volvían a resonarle en la cabeza. Eran sus propios gritos, de la época en que tenía la voz clara y débil, de la época en que la garganta aún se le hinchaba de tristeza y los ojos se le llenaban de lágrimas. Se tapó los oídos con las manos y respiró hondo un par de veces. El odio le ardía íntegro en el cuerpo.

«Solo reclamando mi venganza podré acallar las voces.»

Contempló los objetos que había esparcido por la amplia mesa de comedor del pabellón de caza. Cada uno de ellos elegido para desempeñar un papel determinado en el plan que había ido forjándose en los últimos cuatro años, el plan con el que haría justicia. Sacó la lista que llevaba en una funda de plástico y repasó una vez más los nombres. Tres de ellos estaban tachados con rotulador. Con cada nombre se acercaba un poco más a su meta. Con cada nombre se elevaban las apuestas y los riesgos. Leyó para sus adentros el siguiente nombre de la lista.

«Wass.»

Estaba seguro de que la policía había dado con su rastro en el bar de Gamla Stan y que habrían distribuido una descripción suya. Había llegado la hora de cambiar de aspecto. Se quedó un rato mirando la pesada maleta metálica que había en el rincón.

«Aún no habéis descubierto aquello que provocará una oleada de conmoción no solo por toda Suecia, sino por el mundo entero.»

Sacó el recipiente de plástico hermético y a prueba de golpes de la mochila, retiró la tapa y extrajo despacio aquel objeto húmedo y cuidadosamente envuelto. Retiró la toalla. El aroma químico algo cáustico le golpeó en la nariz, y no pudo contener una sonrisa.

Pronunció en ruso y en voz alta las palabras que había aprendido de niño: «Extiende la mano, camarada. Un pionero acudirá siempre en tu salvación». Con un paño seco y limpio retiró la solución de color claro y aplicó un poco de crema grasa. Cuando hubo terminado, lo guardó todo de nuevo en el recipiente y cerró la tapa.

Sacó las fotografías que se había llevado de la casa de Skeppsmyra. La primera era una vieja foto de la madre patria, en la que se veía a la mujer de joven sentada en una hamaca al lado de su amiga de la infancia. La otra era de su hijo, Taniel, y de Anton, su marido. La tercera representaba a un niño solo, era más reciente que las otras dos, tomada en algún lugar de Roslagen.

Pensar en todo lo que se le había negado hizo que volviera a hervirle la rabia por dentro.

La segunda foto era falsa.

La tercera era una burla.

Las tres debían destruirse.

Con el bidón de gasolina en la mano, se dirigió al cuarto de baño. Allí cogió las tijeras y la maquinilla de afeitar, se cortó el pelo y se afeitó las

cejas. Se embadurnó con la crema marrón y se probó dos pelucas rubias distintas.

Se desnudó y dejó la ropa en la bañera junto con las fotografías. Lo roció todo con gasolina y dejó caer una cerilla encendida.

Contempló su transformación en el espejo del baño. Había dado un paso más para alejarse de la calle y de la casa.

«De miserable a salvador.»

Puso la mano derecha sobre la marca octogonal que tenía grabada con tinta en el pecho derecho. «La luz y el calor, tú que siempre nos proteges a los abandonados.» Alrededor del ombligo se enroscaba la serpiente negra «que nos guía desde la cuna hasta la tumba, vincula todo lo vivo con todo lo que está muerto». Se pasó la mano por la mejilla y la barbilla y siguió bajando por el cuello, que lucía un tatuaje de una corona de flechas apuntando hacia abajo, el símbolo de su propia resurrección.

Apretó el cuello, pero lo soltó cuando sintió que el vértigo era demasiado intenso. Posó la mano sobre la esvástica que le adornaba el pecho.

«He jurado venganza.»

Las llamas subían de la bañera y él sentía el calor en la piel. Escondió la cara entre las manos y cerró los ojos.

«Ojo por ojo, diente por diente.»

Sofia Karlsson echó a andar despacio desde el coche hacia la casita de la colonia de la calle Zinken. Había escuchado el mensaje de Max y trató de devolverle la llamada. Al no localizarlo, pidió a un par de colegas suyos que comprobaran los datos de la Guardia Odal que le había dado Max. Luego puso enseguida rumbo a Zinken. Había prometido pasarse por la tarde, pero al final llegó mucho después de lo que tenía previsto.

Detestaba decepcionarlo.

La puerta de la cabaña estaba cerrada con llave. Miró por la cortina blanca bordada. Sí, en efecto, allí estaba, tal y como le había dicho. Siempre dejaba encendida la lamparita de la mesa de la cocina cuando sabía que ella iba a aparecer.

Sofia abrió la chirriante puerta del taller y encendió la luz. Se quedó helada por un segundo al ver todo aquello de lo que su padre era incapaz de deshacerse. Los guantes de trabajo, las podadoras y las palas que había en la mesa de trabajo. El juego de los cubos, la bocha, los saltadores. El triciclo, la casa de muñecas, el hula hoop, el balón de fútbol. Las diminutas botas de goma. Desde la última vez que ella había estado allí, se habían sumado más objetos. Una estación de bomberos de plástico en la que se leía «Fisher Price». Un tren de madera de Brio. Cosas que alguno de los vecinos de la colonia les habían regalado, porque sus hijos o sus nietos ya no las usaban, para que les sirvieran a los nietos que él aún esperaba tener.

«Papá, tenemos que seguir adelante.»

Descolgó el llavero que estaba en un clavo, detrás del mango de una pala. Apagó la luz y volvió a la cabaña. Abrió la puerta y entró.

Los ronquidos de su padre eran como una ola que iba y venía. Se acercó a mirarlo allí tumbado, vestido con el mono azul y la gruesa chaqueta de leñador a cuadros rojos. Tenía la boca entreabierta y la cabeza apoyada en un cojincillo cuadrado de color rojo. La barbilla recta y saliente le colgaba hacia el pecho, donde tenía el crucigrama del *Dagens Nyheter*. El lápiz se le había caído al suelo, un lápiz de trabajo que era demasiado grande y grueso para los minúsculos cuadrados del crucigrama, para sus dedos rechonchos, para su mente agotada. El pequeño reproductor de CD estaba puesto a un volumen tan bajo que casi no se oía. Su padre siempre le daba a «Repeat», para que la música siguiera sonando toda la noche. Esta noche era *Song and Dance Man*, de Gene Kelly.

Lo tapó con la manta y le apartó un mechón que le había caído sobre los ojos. Escuchó el ritmo sereno de la respiración.

«Tú me esperas, papá. Puede que siempre lo hagas, ¿no?»

Lo besó en la frente y salió de la cabaña.

Cuando emergió a la noche silenciosa volvió a oír el ruido. Regular e incansable, no como el compás de la música ni como el ritmo tranquilo de la respiración de su padre.

Era el reloj de la partida de ajedrez, que le resonaba en la cabeza y que había puesto en marcha el asesino. A ella le correspondía realizar el siguiente movimiento.

*Hospital militar de Örebro,  
diciembre de 1945*

El pulso de Normunds había bajado a treinta y siete pulsaciones por minuto. Cuando llegaron, lo condujeron a una sala separada donde le administraron medicamentos porque, exactamente igual que los demás, tampoco él había interrumpido la huelga de hambre. Ozols había conseguido que el mensaje llegara a todos los hermanos de cada uno de los campos de internamiento de Suecia y ya llevaban una semana en huelga de hambre. Nadie había roto la promesa que se hicieron.

Los médicos que los visitaron en la finca les prometieron que no entregarían a ninguno de ellos. La jefa de enfermeras Wass les había dicho que una nueva comisión llegaría de Estocolmo para entrevistarlos una vez más. Pero ¿para qué iban a hablar con otra delegación de Estocolmo?

El sacerdote letón que los había visitado antes de su traslado le había contado la verdad. El gobierno sueco había recibido una solicitud de entrega ya el 2 de junio, durante las primeras semanas de Ozols en el campo, hacía ya más de seis meses. Habían respondido a Moscú casi enseguida que aceptarían su petición. Pero el gobierno había celebrado además una conferencia de prensa a puerta cerrada y le había pedido al gabinete de prensa que guardara silencio. En el mes de noviembre se filtró a la prensa local y hasta entonces no había publicado la información el periódico de Estocolmo. Debatir el tema

con una posible nueva comisión era absurdo, estaban atados de pies y manos por la decisión del gobierno. Si los prisioneros no podían demostrar que no habían llegado a Suecia por el Báltico, no había posibilidad alguna de darles asilo ni de dejarlos en libertad. Ahora eran ciudadanos soviéticos. Y la Unión Soviética era una de las potencias vencedoras.

Políticos y periodistas. Gentes unidas por el engaño.

Su destino estaba sellado.

Ozols informó a sus hermanos de que todo lo que el personal médico del hospital hiciera bajo la dirección de Wass iba encaminado a infundirles falsas esperanzas y a tratar de quebrantar su alianza. Por las noches les contarían mentiras diciéndoles que algún camarada había interrumpido la huelga y estaba en ese momento hartándose de comida casera. Cualquier cosa para hundirlos.

Los últimos días no habían podido pensar más que en comida. Todos los demás sentimientos, como el amor, la añoranza y la ira fueron desapareciendo a medida que la carne se les derretía en el cuerpo. Cuando llegaba el vértigo, Ozols lamía un trozo de sal para apaciguar el cuerpo. Al cabo de un par de días, los jugos gástricos dejarían de fluir, siempre y cuando no probara un solo bocado. La muerte por inanición no era dura. Consistía simplemente en aguantar.

Cuando se desmayaban les daban inyecciones con medicamentos para el corazón. Se habían entrenado para mantenerse despiertos por las noches, lo que exigía un esfuerzo mental tremendo. Si se dormían en el hospital corrían el riesgo de que los alimentaran a la fuerza. Si empezaban a comer otra vez, morirían, pues entonces los declararían sanos y los liberarían en cuanto hubieran recuperado las fuerzas. Si pese a todo no moría allí, en Suecia, se decía Ozols, lo que estaba sufriendo ahora era una buena preparación para lo que le esperaba en Siberia.

Dos hombres lo tumbaron en una camilla con ruedas y lo condujeron hasta un cuarto. Una auxiliar de enfermería apareció de pronto. Era guapa y joven, llevaba un abrigo caro sobre los hombros. Se lo quitó, se sentó en un taburete a los pies de la cama y empezó a desatarle a Ozols las botas.

—No —dijo este.

Ella hizo caso omiso de sus palabras y continuó. Cuando empezó a lavarle los pies, rompió a llorar.

—No —repitió Ozols, y se apoyó en los codos para verla mejor.

La enfermera lo miró a los ojos.

—Dos hermanos letones de otro campo se quitaron la vida al llegar aquí —dijo—. De eso hace dos días. No habíamos retirado todos los objetos punzantes de los armarios y los cajones. Un hombre se clavó un cuchillo en el corazón. El otro se rajó el estómago. Es terrible.

Ozols cerró los ojos y el mareo se apoderó de él. Al menos tres de sus hermanos se habían quitado la vida.

—¿Quién eres? —dijo Ozols—. ¿Cómo es que hablas letón?

—Soy refugiada, como tú. Nací en la isla de Snikera, cerca de Riga. Hui con mis padres pronto hará dos años. Puedes llamarme Anna, pero ese es un nombre que he adoptado en Suecia. Nadie de la región del Báltico puede trabajar aquí, si la jefa de enfermeras Wass se enterara...

—¿De Snikera? —preguntó Ozols.

Se hundió otra vez en la cama y oyó su propia voz, apenas un susurro. Viajó hacia atrás en el tiempo, hasta los días en el puerto de Tallin. El último viaje con el *Triin*. La traición de los contrabandistas de Arholma. La cita en Skeppsmýra, que fue el principio del fin. Rebeka, que también se había criado en Snikera. El hijo al que nunca había conocido.

—Yo conocí a una persona que era de esa isla —dijo—. Una mujer de tu edad.



Anna lo miró. Tenía los ojos castaños más bonitos que Ozols había visto jamás. ¿Estaría muerto y sería ella un ángel? La joven le acarició la frente.

—Chist —dijo—. Trata de descansar. Eres el líder de nuestros hermanos. Te necesitamos.

Por primera vez en mucho tiempo, Ozols dejó de sentir hambre. Anna le acariciaba la frente y las mejillas. Ningún mal podía sobrevenirle mientras ella siguiera allí.

Anna le cantó en voz baja una canción de su patria. Él se permitió caer en el sueño. Las palabras y la melodía lo condujeron a las arboledas de su infancia y al arrullo de los manantiales del bosque Pokaini.

*Aija zuzu laca berni, aija zuzu.*

Miércoles,  
16 de agosto

—Como exmilitar has aprendido a saber cuándo presentar batalla —dijo Sarah.

Max levantó la vista del pan integral con paté y pepinillos en vinagre. Estaban sentados en la terraza de la pastelería Valhalla, en una mesa para dos. La terraza estaba tan llena como siempre que brillaba el sol. En la mesa de al lado había un grupo de madres. Sus carritos formaban una columna que ejercía de protección de la gran avenida.

—Hemos perdido la batalla del *Kursk*. Comprendo que lo ocurrido a Maj-Lis es terrible, que te afecta y tienes que ayudar a la policía. Pero Pashie te necesita en estos momentos y esa batalla no está zanjada aún. Tienes que estar a su lado.

Max asintió. Antes de poder pensárselo, se oyó decir:

—A Pashie no le gusta ir al médico. Ha acudido a un chamán.

—Pues ve tú también, si eso es lo que ella quiere. Ve con ella a yoga o apuntaos juntos a uno de esos cursos de psicoprofilaxis. Si es lo que ella necesita, ¡tienes que hacerlo!

—¿Eso fue lo que hicisteis vosotras? ¿Fuisteis juntas a aprender a respirar?

—¿Lisette y yo? —dijo Sarah—. Nos dedicamos a hojear juntas un catálogo en Copenhague. Un catálogo de esperma. Fumamos, nos emborrachamos y nos acostamos. Luego yo tuve que llevar en mi seno a esos mocosos durante «nueve meses». Dos veces. Lo peor que me ha pasado en la vida. ¡Y también lo mejor que he hecho!

Las mamás de la mesa de al lado estaban en completo silencio y lanzaban miradas a su mesa. Sarah se dio cuenta de que se había pasado un poco, pero se encogió de hombros. Empezó a rebuscar en el bolso.

—Sé que para mí la única forma de seguir adelante es tratar de encontrar un modo de perdonar a Lisette. Sé que es así. —Levantó la vista del bolso, con un brillo nuevo en la mirada—. Pero ¿quién demonios consigue una cosa así? ¿Tú eres capaz? ¿De perdonar y seguir adelante?

Max dejó vagar el pensamiento unos instantes antes de responder.

—Hay cosas que solo los dioses pueden perdonar. Yo soy un ser humano normal y corriente.

Sarah asintió.

—De todos modos, he consentido en permitirle que nos vea a mí y a los niños. Durante un almuerzo en un restaurante.

Sarah puso un artículo de periódico impreso encima de la mesa. Era de *The Baltic Report*, un diario digital que publicaba noticias sobre la región del Báltico.

—Durante aquella reunión tan patética, la pantera de Anastasia Friedenberga sacó a relucir la explosión del Centrs. Dijo que era un ejemplo de los métodos rusos actuales, que seguían siendo los mismos de siempre. Una señal de que la guerra fría había vuelto.

—Puede que tenga algo de razón —dijo Max.

—Pero si llevamos casi diez años de apertura y de acercamiento entre Rusia y Occidente... ¿Por qué iban a cambiar de estrategia así, de repente, aislarse y empezar otra vez con esa mierda?

—Tienen un nuevo presidente. Ya sabes, el que nos escribió una carta hace cuatro años.

Sarah asintió. Ninguno de ellos olvidaría nunca aquella carta que impuso a Vektor la prohibición de viajar a Rusia bajo pena de multa. Una prohibición

que seguía vigente. Uno de los hombres que habían firmado aquel documento era Vladímir Putin, el jefe del Comité de Relaciones Exteriores y Cuestiones Internacionales de la oficina del alcalde. El joven desconocido que el pasado día de Año Nuevo apareció al lado de Yeltsin y causó sensación al comunicar que él asumiría el gobierno del país más grande del mundo. Y ahora llevaba cien días como presidente de Rusia.

—He tratado de informarme sobre Centrs todo lo que he podido. Quizá tú puedas seguir por tu cuenta, ¿no? Anastasia Friedenberga piensa que el atentado lo cometieron agentes rusos y Charlie quiere que averigüemos más sobre lo ocurrido.

—¿Quién es en realidad Anastasia? —dijo Max.

Sarah se apartó un mechón de la frente.

—Es una buena pregunta. Tiene algún tipo de relación personal con Charlie, pero él no quiere hablar del tema de ninguna de las maneras. Ella trabaja en la embajada letona. Y aún más interesante es el hecho de que forma parte de la jefatura del grupo de Vilna que promueve activamente la incorporación inmediata a la OTAN de un numeroso grupo de países de la Europa del Este, entre ellos los países bálticos. Siempre habla de sus fuentes de seguridad.

Max suponía que estas debían de ser la organización que operaba bajo la sigla DISS (Defence Intelligence and Security Services, «Servicios de Seguridad y de Inteligencia de Defensa»), que pertenecía al Ministerio de Defensa letón. De todas las nuevas organizaciones de seguridad de los antiguos Estados soviéticos, aquella era la más denostada por parte de los rusos. La constituía un grupo reducido de expertos en seguridad que iban al trabajo a diario con el mismo nivel patológico de motivación que tenían los servicios secretos israelíes del Mossad durante la guerra de los Seis Días. Culpaban a los rusos de todo. Y viceversa.

—¿Por qué llegasteis a hablar de Centrs en la reunión? —dijo Max.

—Anastasia preguntó si de verdad queríamos apoyar a un régimen que comete atrocidades contra su propio pueblo y que, según sus fuentes, muestra un nuevo tipo de agresividad contra sus países vecinos. Suecia es uno de ellos, según dijo.

—¿Y adujo el atentado del Centrs como ejemplo de esta forma de agresividad? ¿Por qué iba a estar Rusia tras un atentado con bomba que afectó principalmente a ciudadanos rusos?

—Porque así tendría una razón para avanzar sus posiciones y recuperar territorio perdido. No es algo impensable. Todo coincide con la presencia aquí, en Estocolmo, por tiempo indefinido de un pez gordo responsable de los intereses de las minorías rusas. Creo que Charlie teme que se esté cociendo algo bajo el radar mientras todos centran su atención en una porción del mar del Norte y se preguntan qué les pasará a esos cien marineros rusos que hay en las profundidades.

Los rusos eran célebres por haber usado ese tipo de métodos en numerosas ocasiones a lo largo de la historia. Innegablemente, era una estrategia muy refinada, pero no impensable viniendo de un antiguo agente del KGB, convertido ahora en presidente.

—¿Quieres decir que aprovechan que las miradas de todo el mundo se dirigen hacia otro lugar? ¿Y que, además, tienen las simpatías del mundo entero?

—Algo así —dijo Sarah.

—Vale. Añadiré el Centrs a la lista de cosas que revisar.

—¿Qué tienes en el resto de la lista para hoy?

Max apuró el último sorbo de café.

—Símbolos —dijo—. Trabajo policial.

—De acuerdo, saldré a primera hora de la tarde para organizar el gran día

de mañana.

—¿El septuagésimo cumpleaños de Charlie? ¿Y cuál es el plan?

—Iremos a darle una sorpresa en su casa de Värmdö. Ya he preparado la comida y la bebida. Solo cosas que le gusten.

—Lo que menos le agrada es que alguien celebre que cumple setenta años.

—Sí, ya lo sé, pero no podemos hacer otra cosa, ¿no? Setenta años es una edad, ¡por Dios! A la mierda los problemas amorosos y las crisis internacionales. ¡Nos hace falta una fiesta!

Max se echó a reír.

—Tienes razón.

Pashie y Malin Marklund estaban sentadas en el banco tapizado de piel color coñac de una cafetería de la calle Götgatsbacken, no lejos de la escuela de Södermalm, donde trabajaba Malin.

—Ola es estupendo, lo creo de verdad, y ha sido un grandísimo apoyo durante los peores años —dijo Malin—. Pero a veces no puedo evitar que se me vaya la mirada.

Pashie observó a las personas que tenían delante.

—¿Hacia quién? —preguntó—. ¿El de la barba?

Malin localizó al chico de gorro naranja, gabardina verde, vaqueros con los bajos doblados y barba.

—No, a mí nunca me ha gustado la barba. No entiendo por qué los hombres tienen que llevar un montón de pelos en la cara.

—Bueno, la barba puede quedar muy bien. Y ser muy sexy.

—¿Cómo la lleva Max?

Pashie sonrió.

—Él no se la deja.

Malin bebió un poco de limonada.

—¿Así que a veces tienes fantasías con un tío con barba? ¿Ese, por ejemplo?

Ella señaló la tienda Press-Stopp que compartía el espacio con la cafetería.

—Tiene buena pinta.

Un hombre de traje gris oscuro miraba revistas de fotografía. Tenía un



maletín de piel color burdeos entre los pies, zapatos negros relucientes y bien lustrados.

—Sofisticado, le interesa el arte, seguro que ha viajado mucho —dijo Pashie—. ¿Es el tipo que te gusta?

—No lo sé. En casa a veces nos pasamos hablando de biología e investigación. Quiero a Ola, pero de vez en cuando sueño con enamorarme perdidamente como una loca, ya sabes, perder el control. Ya sé que no está bien pensar así. No me lo tendrás en cuenta, ¿verdad?

—Claro que no —dijo Pashie.

El móvil que había encima de la mesa vibró. Malin miró la pantalla.

—Dime que tiene barba —dijo.

—Dios mío... Tengo que responder.

Pashie cogió el teléfono.

—Hola, Denis —respondió en ruso.

Se puso de pie y miró a Malin como excusándose.

—Siento no haber llamado hasta ahora —dijo Denis—. Cuando telefoneaste me di cuenta de lo importante que era, pero no he tenido un minuto libre desde entonces.

—Estos deben de ser días duros en la embajada.

—Ni te lo imaginas.

—¿Qué dijeron en la reunión? ¿Les hablaste de nuestra iniciativa?

—Sí, claro.

—¿Y...? ¿Cómo la acogieron?

—¿Sabes qué, Pashie? Tengo reuniones todo el día. ¿Qué me dices de una cena esta noche? Así podré explicártelo mejor. Tengo una mesa en Gondolen a las ocho y media. ¿Nos vemos allí?

Pashie no sabía qué decir. ¿La estaba invitando a salir o era una reunión de trabajo pura y dura? Supuso que era ella misma quien debía decidir eso.

Malin la miró con una sonrisita en los labios. Se pasó la mano por la barbilla. «Barba.»

Pashie le dijo «anda ya» con un gesto de la mano y se dio la vuelta. Clavó la mirada en el joven elegante que seguía enfrente de las revistas. Pensó en Max, en sus intentos de anoche en el cuarto de baño. En la llamada de la policía que lo estropeó todo. En lo que ella le dijo a Max cuando salió apresuradamente del cuarto de baño. Esta noche era la última oportunidad de oro del mes.

—Lo siento —dijo—. Esta noche tengo otro compromiso.

—Qué lástima. Tenía muchas ganas de quedar contigo.

Bueno, ya no cabía duda. Pashie se sintió halagada y cabreada a un tiempo. «Menuda jeta.» La acción de salvamento estaba prácticamente descartada. Los marineros estarían ya muertos casi con toda seguridad. Y, aun así, Denis, el de la embajada sueca, quería invitarla a salir. Ya podía coger la dichosa información y metérsela donde le cupiera.

—Lo siento, otra vez será.

De fondo oyó que alguien empezaba a hablar con Denis.

—Sí, cuando tengas tiempo de que nos veamos —dijo—. Llámame esta noche si cambian tus planes.

Y, dicho esto, colgó el teléfono. Pashie negó con la cabeza. Se guardó el teléfono en el bolsillo y se sentó otra vez al lado de Malin.

—¿Malas noticias? —preguntó la amiga.

—Creo que acaban de tirarme los tejos.

—¿Sofia? Hola, qué tal —se oyó en español—. Soy Thornéus. ¿Cómo te va?

Sofia contuvo un bostezo. No llevaba en la cama más de tres horas. Como de costumbre cuando se veía envuelta en una gran investigación, dormía con un sueño superficial y, si algo lo interrumpía, se despabilaba por completo. Había leído un informe sobre la Guardia Odal aquella misma madrugada al llegar. Había sido una interesante lección de historia, pero le costaba ver qué relación tenía con lo que estaba ocurriendo.

—Muy bien —respondió ella sin convicción—. ¿Y tú? ¿Tienes algo que pueda interesarme?

—Sí, por fin hemos conseguido resultados en el laboratorio.

Sofia sacó el cuaderno. Llevaba un par de días esperando aquello.

—¿Qué tenemos?

—Lo primero que conseguimos fueron las pisadas, como sabes. Del número cuarenta y cuatro. Pero la huella no encajaba con ninguno de los fabricantes que tenemos en la base de datos.

Todos los zapatos del mismo fabricante, el mismo modelo y el mismo número eran idénticos cuando salían de la fábrica. Con el uso se producían marcas de desgaste y señales que eran únicas para cada usuario. De ahí que, desde el punto de vista forense, resultaran valiosas. La ausencia de ninguna coincidencia de la suela era algo de lo más inusual.

—No es propio de ti rendirte tan fácilmente —dijo Sofia.

—No, es que estos zapatos no son suecos. Puede que ni siquiera sean de este planeta.

—Así que un extraterrestre —dijo Sofia—. Vaya lata.

—Pero creo que podemos pasar por alto los zapatos. Hemos encontrado otra cosa de mucho más valor. Huellas dactilares y ADN.

Sofia se sorprendió.

—¿Estás de broma? ¿No habías dicho que nos enfrentábamos a un asesino muy cuidadoso?

—Eso es. Lo ha sido. Pero todos los delincuentes cometen errores, ya lo sabes. En este caso nos ha llevado tiempo detectarlos. Hemos aislado dos huellas dactilares. Una estaba en el escámo de la embarcación. La otra en una parte del arcón de la subasta. Estaban lejos de ser completas. De hecho, están entre las huellas más difíciles que hemos procesado aquí.

—¿Y las conclusiones? —preguntó Sofia.

—Está claro que se trata del mismo asesino —dijo Thornéus—. Pero no hemos encontrado ninguna coincidencia en nuestras bases de datos.

Sofia asintió mientras anotaba. Era lo que se temía. El asesino no era alguien conocido por la policía.

—¿Y el ADN?

—Encontramos una minúscula gota de sangre que no pertenece a la víctima de Berga debajo del plástico de la mesa del almacén donde encontraron el cadáver de Lindström. La hemos analizado, pero con el mismo resultado: no hay coincidencias. Todavía no podemos confirmar que pertenezca a la misma persona que las huellas dactilares. Sin embargo, lógicamente hemos descartado a las personas cuyas muestras habéis enviado, Elias Skagerlind y Sebastian Öberg.

Sofia colocó la taza, pulsó el botón y la cafetera empezó a hacer ruido. «¿De verdad habremos tenido tanta suerte?» En Berga estaba todo cubierto

de cartón, habían forrado la mesa de plástico y habían limpiado la habitación. Aun así, los técnicos habían encontrado un rastro.

Aunque hubiera cometido errores, todo indicaba que el homicida estaba bien preparado y había matado con anterioridad. ¿Un asesino a sueldo? Pero no había muchos. A medida que el café humeante iba cayendo en la taza, Sofia fue pensando aquello que en realidad no quería: los asesinos a sueldo trabajaban casi sin excepción por encargo de los Estados.

—A lo mejor te va bien ahorrarte tanto ir y venir en tren durante un tiempo, ¿no, Robin? —dijo Sarah señalando el castillo de Edsberg, que tenían a la espalda.

Ella y Charlie habían llamado al Ministerio de Defensa y habían tratado de entrar en contacto con Robin Molander. Finalmente los informaron de que el jefe de servicio estaba de baja por enfermedad y se encontraba en Edsviken, en Sollentuna. Y allí estaba, con un par de rebanadas de pan de molde en las manos, que iba desmigando y arrojando a los gansos del Canadá que se agolpaban en la orilla con la mirada puesta en la gran bahía que tenían delante.

—Lo que le ocurrió a Torbjörn fue terrible —dijo Charlie.

Robin Molander dejó escapar un suspiro.

—No consigo olvidarlo. Le doy vueltas y más vueltas. ¿Y si lo mataron por la reunión que íbamos a celebrar? ¿Te puedes imaginar siquiera el infierno que están pasando su mujer y sus hijos?

Charlie negó con la cabeza.

Molander lanzó lejos al agua las últimas migajas con un fuerte movimiento del brazo, como un jugador de béisbol. Luego se volvió hacia Sarah y Charlie.

—¿De qué queríais hablar conmigo?

—Hemos sabido que habéis suspendido los planes de enviar el submarino URF al mar de Barents, ¿es cierto? —dijo Sarah.

Molander asintió y echó a andar hacia el viejo puente de los barcos de vapor, en la orilla este de la bahía. Sarah y Charlie lo siguieron.

—Hemos estado hablando de intentar bajar allí de todos modos —dijo Charlie—. Para al menos recuperar los cadáveres. Al igual que con Torbjörn Lindström, también en ese caso hay familias que están sufriendo y que necesitan ayuda para interponer procedimientos judiciales por daños y perjuicios contra el Estado ruso, para poder afrontar luego su vida. Familias que necesitarán una tumba a la que acudir.

Sarah cogió a Robin por el brazo.

—Sabes que los intentos rusos de llevar al *Kursk* a dique seco serán infructuosos. Su equipamiento es demasiado antiguo y se encuentra en muy mal estado. No lo conseguirán sin ayuda.

Molander se detuvo y miró hacia el parque. Una clase de parvulario se había reunido allí. Tres educadores infantiles se afanaban cuanto podían en conseguir que un grupo de niños de tres años con chalecos de color amarillo chillón se reunieran alrededor de una manta de picnic.

—Ya sé que es horrible decir esto, pero de alguna manera, por curioso que parezca, su muerte llegó en el momento oportuno —dijo Molander.

—¿Oportuno? ¿Qué quieres decir? —preguntó Sarah.

—Acabó de un modo muy eficaz con nuestra iniciativa. Y nos libró tal vez de algo peor, que nos habría expuesto a críticas aún más duras dentro de nuestras propias filas.

—Tomasteis una iniciativa encaminada a salvar vidas —dijo Charlie—. ¿De dónde provienen las críticas?

—Nuestro más alto mando... —Molander guardó silencio—. No debería contaros esto.

Continuó caminando por el sendero de grava que rodeaba la orilla.

Charlie alargó una mano y se la puso despacio en el brazo.

—Hace mucho que nos conocemos. Sabes que puedes confiar en nosotros.  
Molander se zafó de la mano de Charlie.

—Nadie quiere tener ya nada que ver con esto. Nos retiramos. Del todo.

—Sabes que hemos invertido no solo nuestros contactos y nuestro tiempo, sino también muchos sentimientos —dijo Charlie—. ¿Qué os han dicho? Creo que nos merecemos saber qué está pasando.

Molander se pasó la mano por la nuca.

—Parece que la afirmación de los rusos de que el hundimiento del *Kursk* se debió a una colisión entre dos submarinos no es totalmente infundada.

Charlie miró a Sarah: parecía no saber qué decir.

—Hemos oído informes de que equipos de sonar rusos registraron no solo un submarino en el fondo del mar, sino dos —dijo Sarah—. Además, el Pentágono envió información de que uno de los submarinos estadounidenses *USS Toledo* y *USS Memphis* informó con retraso al cuartel general estadounidense.

Molander asintió.

—Un sonar ruso registró un submarino en el fondo del mar antes de que este se alejara muy despacio —dijo—. Radioaficionados independientes oyeron un submarino que pedía permiso para atracar en la base naval de Tromsø, al norte de Noruega, en una operación de emergencia. La embajada noruega ha comunicado a las autoridades rusas que se trata de reparaciones de envergadura. Hemos visto imágenes de Tromsø procedentes de un satélite ruso que muestran un submarino con desperfectos graves en el casco. Hemos confirmado la identidad del submarino. No hay duda de que se trata del *USS Memphis*.



Pashie lanzó el bolso a un rincón de la oficina con demasiada violencia y se sobresaltó con el ruido. ¿Qué se habría roto? ¿El móvil? Pues mejor así.

El flirteo desvergonzado de Denis la había indignado y no terminaba de pasársele la irritación. La catástrofe del *Kursk* amenazaba con abocar al mundo a una nueva guerra. Max se estaba viendo envuelto en una investigación de asesinato. Y, en medio de aquello, ¿qué quería su contacto de la embajada rusa? ¿Llevarse a la cama? «Claro que sí, voy para allá. Cogeré las cánulas y las jeringuillas y te daré mi cuerpo edematoso. Porque quiero la información que tienes. Como una auténtica espía soviética.»

Se llevó la mano a la frente. ¿Habría exagerado? ¿A lo mejor Denis no era tan poco honorable? ¿Igual solo era que resultaba más adecuado mantener aquella conversación durante una cena que por teléfono?

Como fuera, ella quería hacer su trabajo. En la reunión de ayer, Max le dio la oportunidad de centrarse en aquellas mujeres que seguramente a aquellas alturas serían ya viudas, una vida en la que tratarían de sobrevivir con un subsidio estatal que ni siquiera bastaba para comprar comida para sus hijos. Pashie había oído aquellas historias infinidad de veces, los intentos tortuosos de conocer a otro hombre, algo que la mayoría de ellas veía como la única salida. Hombres que quizá las quisieran a ellas, pero no a sus hijos, lo que hacía que las relaciones fueran a menudo destructivas. Aun así, esa no era la peor posibilidad. Muchas habían decidido sencillamente perderse: bien en el infierno dulce y sudoroso del vodka, bien cogiendo el arma reglamentaria de

su difunto marido y poniéndosela en la cabeza una noche mientras los niños dormían profundamente. ¿Y qué pasaría con aquellos niños? Las antiguas prisiones soviéticas estaban atestadas de ellos, niños que habían crecido a base de pegamento y con el cuerpo lleno de tatuajes que se hacían unos a otros con navajas y tinta recalentada.

En cierto modo, ella era uno de esos niños. Su madre había tenido que hacerse cargo de ella totalmente sola después de que el KGB se llevara un día a su padre, que nunca volvió. De niña siempre se preguntó qué querrían los servicios secretos de su país de un simple pescador. Nunca les dijeron de qué lo acusaban. Pero todos sabían que eso no importaba nada. Si te buscaban eras culpable y lo mejor que podías hacer era confesarlo enseguida.

Pasó una mano por la mesa y tiró todos los papeles que había allí al suelo. Pisando el lío de documentos que ella misma había formado, sacó la agenda y fue pasando las páginas hasta que encontró a la persona a la que quería llamar. Greta Hammar, el lobby femenino de Estocolmo.

—Soy Pashie Kovalenko, de Vektor. Supongo que te has enterado de lo que le ha pasado al submarino atómico *Kursk*, ¿no?

Greta soltó una tosecilla.

—Sí, es terrible.

—Ciento diez marineros rusos dejan a sus familias sumidas en el dolor y sin la menor posibilidad de sobrevivir con la compensación que les otorgue el ejército.

—Leí lo de que se los oía golpear el casco, que durante las primeras veinticuatro horas aún respiraban en el fondo del mar. Pobres desgraciados. ¿Han muerto ya todos?

—No está confirmado, pero eso es lo que nos tememos. A lo largo del día vamos a recaudar doscientas cincuenta mil coronas para ayudar a las viudas a demandar al Estado ruso. Sabemos lo que va a ocurrirles a ellas y a sus hijos

si no reciben ayuda. No podemos quedarnos de brazos cruzados viendo cómo pasa. Son mujeres como tú y como yo, Greta.

—¿Cuánto quieres que aporte yo?

—Cualquier cantidad a partir de diez mil. Y que llames a otras tres organizaciones de tu red y las animes a que hagan lo mismo. Tenemos que dejarlo cerrado antes de volver a casa esta noche.

—Estoy contigo. No lo dudes.

—Gracias, Greta.

—No, somos nosotras quienes tenemos que darte las gracias —dijo Greta—  
—. No dejes nunca de ser como eres, Pashie.

Max se guardó en el maletín las fotocopias que había hecho y los libros que había sacado prestados de la biblioteca municipal de Estocolmo. La visita había dado más frutos de los esperados. Se dirigió al metro para ir a Kungsholmen. Se metió la mano en el bolsillo de la cazadora para sacar la tarjeta de transporte, pero notó que en el fondo había otra cosa. Era la nota que estaba enganchada en uno de los eslabones de la esclava de las SS que había encontrado en casa de Maj-Lis Toom. Pasó las yemas de los dedos sobre el frágil papel reseco. Parecía un recibo antiguo o un papel con una dirección. Escrito en alfabeto latino, pero en una lengua que él no entendía. Lo que había al pie de la nota parecían firmas y nombres: «Raimonds Cilpa. Rebeka Meija».

El papel había palidecido con el paso del tiempo. En el encabezado parecían haber escrito una dirección.

¿Por qué se encontraba ese papel debajo de la cama de Maj-Lis, junto con la esclava?

Su muerte no había trascendido aún a los medios y tal vez nunca lo hiciera. No era una persona poderosa de la sociedad sueca. La muerte de Maj-Lis no era interesante.

Cuando salió de la estación de metro de Rådhuset cogió el teléfono y llamó a Sarah.

—¿Qué tal ha ido la reactivación del asunto de Berga? —preguntó.

—Como una mierda —dijo Sarah—. Suecia se retira de la cuestión del

*Kursk*. Acabo de oír rumores de que el director de la CIA, George Tenet, ha interrumpido una reunión en Bulgaria para dirigirse a Moscú. A saber qué demonios va a pasar aquí.

Max negó con la cabeza.

—¿Qué dice Charlie?

—Después de la reunión con Molander, hemos puesto fin al estado de alerta de la jefatura. Charlie estará en el jardín de su casa con un humor de perros, decepcionado por no haber podido mostrar su valentía, como el matador de *Ferdinando el Toro*, más o menos. He averiguado que la embarcación que lleva a los británicos y los noruegos hasta el *Kursk* desde Aberdeen pasando por Trondheim se llama *Seaway Eagle*. La naviera es Straume Shipping. ¿Sabes algo de ellos?

—¿Cómo, Straume Shipping? —dijo Max.

—Sí, eso me han dicho.

—Quizá una casualidad, pero Hein Espen es de un pueblo de Vestlandet que se llama Straume.

—¿Así que podría tratarse de su nuevo negocio?

—Deja que lo compruebe.

—De acuerdo, ¿vendrás luego?

—Ahora voy a la policía, he revisado la sala uno de la Biblioteca Municipal y he llamado a varios departamentos universitarios. Creo que he avanzado un poco con los símbolos.

—Pues Pashie está llevando a cabo una hazaña. Ya ha conseguido recaudar más de quinientas mil coronas para WORM en un solo día. Si Vektor consigue algo en relación con la catástrofe del submarino será gracias a ella.

Max se sorprendió sonriendo mientras abría la puerta de la comisaría. No

podía ser casualidad. Cogió otra vez el teléfono, marcó el número y enseguida saltó el contestador:

«Hola, soy Hein Espen. Por favor, deja un mensaje después de la señal. *Hi, this is Hein Espen, please leave a message after the beep*».

Menos mal que la terapia o un buen asesoramiento había dado resultado al fin. Quienes lo conocían comprendían a la perfección que Hein Espen, que había sido el mejor submarinista de la armada submarina noruega, no hubiera podido volver a su puesto de trabajo después de la baja. Era igual de evidente que no sería capaz de cambiar del todo de oficio. Su sitio estaba debajo del agua.

Max comprendía por fin por qué Hein Espen había sido el primero en llamarlo cuando se produjo la catástrofe y por qué no quiso decirle dónde se encontraba. Seguramente, la marina noruega lo habría contratado como empresario independiente en cuanto el *Kursk* alcanzó el fondo marino.

Max decidió enviarle un mensaje de texto: «¡Straume Shipping! ¿A quién crees que vas a engañar? Suerte. Y llama cuando puedas. Max».

Alguien carraspeó y Max levantó la vista y allí estaba Sofia, delante de él.

—Buenas tardes —saludó Max, y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Tardes? —dijo Sofia, y echó un vistazo al reloj que había en la pared, detrás del vigilante—. La mayoría de la gente diría «noches».

Sofia habló con el guarda de seguridad, quien le dio una tarjeta de visitante a Max que este se prendió en el pecho. Ya en el ascensor, camino del espacio abierto que constituían las oficinas de la unidad de homicidios de la policía judicial, Sofia le hizo un gesto de agradecimiento.

—He estado comprobando lo de la Guardia Odal que me comentaste por teléfono. Gracias por la clase de historia de Suecia. ¿Qué más has encontrado?

—Una publicación llamada *Sign Systems Journal*, que edita el

Departamento de Semiótica de la Universidad de Tartu, en Estonia. He concertado una reunión telefónica esta noche con la catedrática. Creo que podrá serte de ayuda con esos símbolos.

—De acuerdo, bien. ¿Algo más? —dijo Sofia.

—Esto. Estaba debajo de la esclava de las SS, en casa de Maj-Lis.

Sofia cogió la nota con cara de extrañeza.

—¿Me estabas ocultando pruebas?

—No era mi intención. La nota estaba enganchada en la pulsera. Me la guardé en el bolsillo y se me olvidó. En la esquina superior derecha hay una dirección que ya apenas se distingue. La primera letra de la segunda línea de la dirección se ha borrado, pero yo apostaría todo lo que tengo a que ponía Riga, a que la nota es de una dirección de allí.

Sofia asintió.

—Tenemos información de que, con toda probabilidad, la pulsera perteneció a un legionario letón que luchó con los nazis en la Segunda Guerra Mundial. ¿Y ahora ese papel con una dirección de Riga? Los dos objetos proceden de la casa de una anciana. Puede que no tenga importancia, Max, y desde luego, no soy ninguna experta, pero ¿no te parece que en lo relacionado con Maj-Lis Toom aparece todo el rato el país equivocado? Ella era una sueca de Estonia, ¿no?

—Los legionarios actuaron en toda la región del Báltico. Los letones se consideraban los más leales. Se encargaron del puerto de Tallin, a través del cual huyeron Maj-Lis y su familia. Y yo diría que fueron legionarios letones los que dirigieron *in situ* la actividad de la Guardia Odal. Insobornables, entregados.

—¿A quiénes permitieron huir? —preguntó Sofia.

—Quienes podían demostrar al menos un veinticinco por ciento de sangre sueca recibían una tarjeta de miembro de la Guardia Odal, que se exigía para

poder abandonar la Estonia ocupada.

—¿Y por qué precisamente descendientes de suecos?

—El gobierno sueco tenía una estrecha relación con los alemanes y alcanzaban todo tipo de acuerdos. Además, los nazis miraban con buenos ojos a los suecos, a los que consideraban un pueblo ario racialmente puro. El intercambio que habían acordado era que los descendientes de suecos podrían huir a cambio de bebidas alcohólicas suecas para los soldados alemanes.

Miró a Sofia, que negaba con la cabeza.

—La actividad de la Guardia Odal en Tallin se ha descrito como una búsqueda desesperada en pos de la menor gota de sangre sueca.



Pashie estaba sentada a la mesa de la cocina con una taza de café en la mano. Aún no lo había probado. Pensaba en todo lo que había sacrificado, en todas las directrices que le habían dado. Ganar peso. Un entrenamiento riguroso, regular pero no demasiado duro: no debía ni agotarse ni estresar demasiado el cuerpo. Cuatrocientos miligramos de ácido fólico al día. Las hormonas habían detenido la producción hormonal propia. Pashie detestaba notar el olor a sudor, esos avisos del climaterio que aceleraban la llegada del período de transición cuanto más lo intentaban. Ese humor que apartaba a Max de ella y que la hacía preguntarse quién era en realidad.

Por la tarde, antes de salir de Vektor, recibió los resultados preliminares de las últimas pruebas. Tal y como ella temía, el enfriamiento y las infecciones graves que había sufrido dañaron el útero. Las lesiones se agravaron con la sobredosificación de antiinflamatorios no esteroideos que le administraron en San Petersburgo. Pero habría podido ser peor. Según el doctor Axelsson, ahora era, en términos médicos, subfétil. Su capacidad se había visto reducida, pero no era infértil.

¿Qué más podía haber hecho ella? Había ido a un chamán. Había concertado sesiones con curanderos y acupuntores, había tomado suplementos alimenticios de un médico chino, lo había intentado con tratamientos ayurvédicos y homeopáticos, con distintas dietas y medicinas naturales. Su tiempo libre y sus ahorros iban destinados a una sola cosa: la inversión vital que los dos compartían.

«No tienes más que venir.»

Pashie miró el reloj una vez más. Pensó otra vez en su guerra de posiciones de anoche. Primero, el discreto merodeo alrededor de Max en el despacho, mientras él estaba sumido en sus libros. Luego lo que ocurrió en el cuarto de baño. Max no había podido malinterpretar su mensaje. Anoche era el momento ideal. Hoy ya estaban fuera del tiempo reglamentario y, así, el tiempo desaparecía volando. Eran las ocho menos cinco y Max no había dado señales de vida.

«¿Dónde demonios estás, Max?»

Pashie creía saber la respuesta a su pregunta, creía saber qué era lo que lo retenía. Se habían hecho promesas y aquella no era la primera vez que Pashie sentía que estas contradecían lo que los dos deseaban hacer con sus vidas. Ella le había prometido no interponerse en su camino. Él le había hecho a ella la misma promesa. Al mismo tiempo, habían acordado tachar el pasado y empezar de cero.

«Nos hemos prometido algo imposible.»

Miró el teléfono y vio que había recibido un mensaje de texto. Lo abrió preparándose para leer una de las excusas de Max. Pero el mensaje no era de él.

«¿No has cambiado de idea? Sigo teniendo la mesa. A las 20.30 en el Gondolen.»

Se plantó delante del espejo del recibidor. Envió un breve mensaje a Max preguntándole cuándo llegaría a casa. Luego se miró al espejo y observó su mirada. Sabía que no tenía ningún sentido esperar.

Volvió al mensaje recibido.

«OK», escribió con el pulgar en las diminutas teclas del aparato.

Descolgó el abrigo del perchero, agarró el picaporte de la puerta y salió a la calle.

—¿Tenemos que entrar ahí? —preguntó Max.

Habían recorrido un pasillo, dejando atrás una serie de mesas ocupadas por colaboradores de la unidad central y nacional de homicidios de la policía sueca. Sofia no había presentado a Max a ninguno de los que los miraron al pasar. Después de unos diez metros, Sofia se detuvo, acercó su pase a un lector y empujó la puerta que daba a una sala de reuniones. En la mesa había un par de carpetas con documentos, un portátil y un teléfono fijo.

—Aquí reservamos las oficinas por horas —dijo Sofia—. Como en los hoteles cutres del centro.

Max pasó por delante de ella y entró en la sala, retiró una silla y se sentó. Se volvió hacia Sofia, que acababa de quitarse la chaqueta de cuero. Cuando se irguió para colgarla, la barriga y el ombligo quedaron al descubierto. Al ver la mirada de Max, se metió la camiseta por dentro del pantalón.

Él le dio el número de teléfono de la universidad estonia.

—La catedrática se llama Marju Bohl.

—De acuerdo, voy a llamarla —dijo Sofia al tiempo que se sentaba.

Empujó el altavoz del teléfono hasta el centro de la mesa.

—Aquí Marju Bohl, dígame.

—Hola, soy Sofia Karlsson, de la policía de Estocolmo, habíamos quedado en hablar. —Sofia hablaba un inglés correcto con acento estadounidense—. Tengo entendido que eres una de las principales especialistas en símbolos de toda Europa y necesitaría que me ayudaras en la investigación que ahora

tenemos entre manos. ¿Tienes acceso a un ordenador y a una dirección de correo electrónico que funcione?

—Sí —contestó Marju Bohl—. ¿Por?

—Si no te importa, me gustaría enviarte unas fotos sobre las que quisiera que me hablaras. Pero debo advertirte de que son imágenes muy duras.

Marju Bohl le dio su dirección de correo y Sofia le envió las imágenes.

—¿Las has recibido? —preguntó Sofia al cabo de unos instantes.

—Estoy abriéndolas —respondió Marju.

Enseguida la oyó contener la respiración.

—Apenas hemos conseguido encontrar información sobre esos símbolos —dijo Sofia.

—Son poco corrientes —continuó Marju al cabo de un silencio—. Quizá podáis encontrar las respuestas en un libro titulado *Los emblemas en Escandinavia y el Báltico*. Ahí se pueden observar similitudes y diferencias entre los símbolos de diversas culturas. Sé que tienen un ejemplar en la Universidad de Estocolmo.

—De acuerdo, gracias, mandaré a algún colega para que lo traiga —dijo Sofia—. ¿Qué puedes decirme de las imágenes que te he enviado?

—No son fáciles de interpretar. Sobre todo teniendo en cuenta lo terrible de las circunstancias. Pero yo tengo clarísimo a qué grupo pertenecen. Se trata de símbolos de origen religioso, pero no creo que aquí los hayan usado con este propósito, sino que es más correcto calificarlos de nacionalistas. Son muy poco corrientes y muy antiguos.

—¿Los habías visto dibujados en un cuerpo humano con anterioridad?

—He oído decir que se han usado como tatuajes. Estamos ante símbolos antiguos que son en cierto modo un batiburrillo de las antiguas religiones de los países de la costa oriental del Báltico y ciertas zonas de lo que hoy es Polonia y Bielorrusia. Proceden con total seguridad o de Romuvan o de

Dievturin. En otras palabras, se trata de diversas manifestaciones de paganismo báltico.

—¿Tienen fieles hoy en día esas religiones antiguas?

—A diferencia de otros países de Europa, el antiguo paganismo no se ha extinguido en esta parte del mundo. Aún hay seguidores activos sobre todo en Letonia y Lituania. Pero también hay practicantes en otras partes del mundo con grandes grupos de inmigrantes, incluido Estados Unidos.

—¿Qué caracteriza a estas congregaciones?

—La nostalgia y el amor a la naturaleza. La fe en fuerzas mágicas y misteriosas de los bosques y el agua y los elementos naturales, el sol, el viento, la tierra.

Sofia anotó algo más en el cuaderno.

—¿Qué podrías decirnos de las marcas que hay en los cadáveres? —dijo.

—En la primera fotografía que he descargado tenemos una *ugunskrusts*, la cruz de fuego o cruz del rayo, en la vértebra cervical. Representa al principal dios cósmico de la antigua mitología: Perkons, el dios del trueno, el herrero de los dioses, que cabalga sobre la bóveda celeste y hace llorar al sol con sus golpes. Además, combate al diablo y a otros seres malignos. Su símbolo, la cruz del rayo, es la esvástica, y esto data de mucho tiempo atrás, mucho antes de que Adolf Hitler la eligiera como símbolo. Antes de la Segunda Guerra Mundial la esvástica era popular en la república letona. En esa cultura no se la asociaba con el nazismo.

Marju guardó silencio. Los dos la oían teclear algo en el ordenador.

—Pero hay algo que resulta llamativo.

—¿El qué? —dijo Sofia.

—Esta variante de la esvástica debe de ser difícilísima de grabar en la piel humana. Indica un grado extraordinario de concentración y de entrega.

—Vale, ¿y el otro símbolo? —dijo Sofia.

—El hombre tiene lo que parece una ce invertida debajo del bocado de Adán. Es un signo que muchos hombres llevaban en la ropa y en la empuñadura de la espada, desde la Edad del Hierro, y que servía para proteger a los guerreros y a los huérfanos. Es el signo de Meness, el dios de la Luna. Meness y Saule, la diosa del Sol, eran marido y mujer. Pero, según el mito, Meness se enamoró de Ausrine, una manifestación humana de la estrella de la mañana. Por su infidelidad, Perkons castigó a Meness partiéndolo en dos.

Sofia lanzó a Max una mirada muy expresiva. Por fin tenían algo que parecía conducir a algún sitio. Exactamente igual que el viejo dios del trueno, el asesino había partido en dos el cuerpo de Claes Callmér. Y le había plantado en el bocado de Adán una ce invertida. Al igual que Meness, el dios de la Luna, él también había sido infiel a su mujer.

—¿Y el tercero? —dijo Sofia.

—El signo arqueado que presenta la mujer es el símbolo de Mara. Ella es la madre tierra, la progenitora de todas las cosas, por encima de toda materia y de todos los elementos. Está estrechamente vinculada con el nacimiento de los hijos, se dice que los niños llegan al mundo cruzando las puertas de Mara. Es la protectora de las mujeres, sobre todo de las madres y sus hijos. Además, se la relaciona generalmente con el mar.

—En resumidas cuentas, todos son símbolos de dioses de la región del Báltico, ¿no? —dijo Sofia.

—Sí, desde luego, sin la menor duda —respondió Marju.

—¿Se han utilizado esos símbolos en contextos políticos en la época moderna?

—No que yo sepa, aunque sí hay otros símbolos pertenecientes a las mismas creencias populares que sí se han usado con fines políticos. El símbolo de la estrella de la mañana, de ocho puntas, se ha convertido en el

propio del Tercer Despertar Nacional de Letonia. Una variante es la llamada cruz de Lietuvenis. Se ha convertido en un tatuaje con mucha aceptación entre ciertos jóvenes de Letonia. Lietuvenis es lo más parecido que hay al diablo de la fe cristiana. Un demonio que tortura a hombres y animales por las noches, paralizándolos durante el sueño.

—¿Qué es el Tercer Despertar Nacional? —dijo Sofia.

—Un movimiento nacionalista romántico que creció con mucha fuerza entre la población letona después de la Revolución Cantada, que condujo a la declaración de independencia de la Unión Soviética en 1991. Tiene sus variantes extremistas.

—También a este lado del Báltico tenemos movimientos radicales —dijo Sofia—. ¿Sabes si se ha grabado antes este tipo de símbolos en cadáveres?

—No, es la primera vez que tengo noticia de esto. Me parece muy peculiar, puesto que la mitología báltica, al igual que las comunidades religiosas paganas, es muy pacífica y carece de los seres malvados que existen en casi todas las demás religiones.

—¿Y en qué contexto habías oído hablar del uso de esos símbolos como tatuajes? —dijo Sofia.

—Pues ha sido hace muy poco, la verdad. Por eso me ha sorprendido ver las imágenes que me has enviado.

Sofia levantó la vista de sus notas con el ceño fruncido. Max rodeó la mesa y se acuclilló a su lado.

—¿Hace muy poco? —dijo Sofia—. ¿Cuándo exactamente?

—La semana pasada. Me informaron de ello dos hombres del DISS que vinieron a verme a la universidad.

Sofia miró a Max y negó con la cabeza.

—¿Sabes de qué habla? —dijo moviendo solo los labios.

Max asintió. Lo entendía. Le indicó con un gesto que siguiera indagando.

—¿Fue a propósito de otra investigación? —preguntó.

—Sí, así es. No venían muy animados, pero es lógico, teniendo en cuenta lo que pasó en el centro comercial Centrs.

—¿A qué te refieres? —dijo Sofia.

—Hola, soy Max Anger, colega de Sofia. —Max se inclinó sobre el hombro de la policía—. ¿Sabes cómo se llama el agente que te preguntó por estos símbolos?

—Su nombre era Ludmars Kaldenis. Voy a ver si tengo su número por aquí.

—Gracias, pero ya tenemos el número del DISS —dijo Max.

Después de darle las gracias a la profesora y de concluir la conversación, Sofia lo miró atónita.

—Empezamos a conseguir una línea de investigación —dijo Max.

—¿A qué han venido esas preguntas?

—Hace poco más de una semana estalló una bomba en un centro comercial de Riga llamado Centrs. La policía letona lo considera un ataque terrorista dirigido contra la población rusa. Hay opiniones encontradas sobre quiénes están detrás del atentado, si un grupo de letones ultranacionalistas o los propios rusos.

—¿Y tú crees que puede haber una conexión entre el atentado en un centro comercial de Riga y los asesinatos que estamos investigando?

—Lo que creo es que debemos averiguar si la hay.



Cuando Pashie salió del ascensor la recibió un hombre vestido de blanco y negro que se hizo cargo de su abrigo. Nunca había estado allí antes, solo había pasado por delante y se había maravillado al ver aquel restaurante allá arriba, varios metros por encima del suelo. A través de las ventanas panorámicas vio Estocolmo iluminada por el resplandor rosáceo del atardecer. Vivían en una ciudad preciosa. Sobre todo en una noche de finales de verano como aquella.

El hombre la condujo hasta la mesa que estaba reservada a nombre de Zinóviev. Una mesa al lado de una ventana que daba a las aguas del Saltsjön y a la isla de Djurgården. Al otro lado del agua aún seguían funcionando las coloridas atracciones llenas de luz del parque de Gröna Lund.

Denis levantó la vista cuando ella se acercó. Llevaba, como de costumbre, un elegante traje de chaqueta. Se quitó las gafas de cerca y apartó un folio que tenía delante. Luego se puso de pie, le cogió la mano y le besó las mejillas tres veces.

—Pashie —dijo—. Me alegro muchísimo de que hayamos podido vernos. Es un alivio no tener que cenar solo en la embajada.

Pashie se sentó frente a él.

—¿Resulta solitario trabajar para la patria?

—A veces —respondió Denis—. ¿Tú no la echas de menos?

—¿La soledad?

Denis sonrió.

—No, la patria, la patria rusa.

Pashie miró por la ventana las grandes embarcaciones que descansaban como un collar de perlas a lo largo del muelle de Stadsgården y el descomunal barco que había en el centro de la bocana. La verdad era que sí. Poder hablar con personas que la comprendieran en su lengua... Pero no era un tema del que quisiera hablar ahora.

—¿Qué tal van las cosas por la embajada? —preguntó.

—El recién ganado orgullo ruso cayó en picado con el *Kursk* el sábado por la mañana.

—¿Por qué han tardado tanto tiempo en llegar hasta el submarino? ¿Y por qué se retrasan tanto las autoridades en reconocer la catástrofe?

—Precisamente por eso.

—¿Por el orgullo? —Pashie suspiró—. Disfrutamos de una oportunidad durante las primeras veinticuatro horas. Teníamos de nuestro lado las simpatías de todo el mundo, además de la oportunidad de salvar a los hombres que había allí dentro y que se estaban asfixiando en una cápsula de latón. Podíamos haberlos rescatado y reunido con sus familias. Y eso habría convertido la catástrofe en un triunfo de Putin. ¿Por qué no lo hicimos?

Denis asintió.

—Tenía la esperanza de poder pedir el primer plato antes de que me atacaras. Estaba equivocado. —Llamó a un camarero—. Pero me gusta que hables en primera persona del plural, que hables de «nosotros» y no de «vosotros».

Pashie apartó la mirada. Se dio cuenta de que había crispado los dedos y había puesto las manos sobre las rodillas, tal y como solía hacer durante conversaciones como aquella.

—Puedo recomendarte una *toast Skagen* de primero y un filete *Wallenbergare* de segundo. ¿De beber? —dijo Denis—. Podemos tomar un

poco de vino, ¿verdad?

Pashie se imaginó el armario abierto del baño, los frascos de la farmacia con sus recomendaciones y advertencias. Notó un pinchazo en la piel del estómago. Otra inyección a primera hora de la mañana. La muerte de aquellos marineros no era culpa de Denis. Después de todo, él trabajaba en la embajada rusa en Estocolmo. *Don't shoot the piano player.*

—Sí, podemos tomar vino.

—¿Te importa que lo elija yo?

Pashie asintió.

—Perdona, no era mi intención...

Denis no dejó que terminara de disculparse. El camarero se acercó y llenó las copas.

—Hoy he tenido que ir de compras, tenía el frigorífico vacío, ni un trozo de pan para desayunar. En el pequeño supermercado que hay junto a la embajada nos conocen de vista a los que trabajamos allí. Hoy no me han atendido en la pescadería. El dependiente me ignoró por completo y solo se ocupó de los demás clientes, incluso de los que habían llegado después de mí. Al final protesté. ¿Sabes lo que me replicó?

—Me lo imagino —dijo Pashie—. ¿Algo relacionado con el mar de Barents?

Denis asintió.

—De pronto somos los malos otra vez. Yo creía que eso ya era agua pasada. —Alzó la copa—. A tu salud, Pashie Kovalenko.

Pashie tomó un trago, que se le extendió por el estómago como un manto húmedo y calmante. Los dolores de tripa que había sentido a lo largo del día empezaron a remitir. Dio otro trago antes de dejar la copa sobre la mesa. Denis la observaba. Pashie sintió la energía de su mirada. Para poder controlarla, dijo:

—Tu mujer..., no recuerdo su nombre, pero coincidimos en una ocasión. Me la presentaste en el colegio ruso, ¿no?

—Julia —dijo Denis—. Está en Moscú. No le gusta estar lejos de allí mucho tiempo. Moscovita de nacimiento, ya sabes. Solo hay una ciudad que valga.

Pashie sonrió.

—Pues comprendo que a veces te sientas solo.

—Pero no esta noche. Gracias a ti. Deberías hacerlo más a menudo.

—¿Cenar contigo?

Él se echó a reír y mostró el destello blanco de los dientes. Habría ido a que se los blanquearan. Uno de los caninos superiores era de oro.

—Me refería a hablarles a los niños de la escuela rusa. Eduard todavía se acuerda.

Pashie había dado una charla sobre la convención infantil de las Naciones Unidas para los niños mayores del colegio. Formaba parte de la fase de ampliación del proyecto Mir 2000. Eduard era el hijo de Denis y Julia, que lo habían tenido muy jóvenes. Pashie tuvo que hacer un esfuerzo para conseguir que el tema resultara entretenido y comprensible para los niños. Les fue encomendando tareas distintas. Eligió uno de los temas de la convención, y los niños debían ilustrarlo ante el resto del grupo de la forma que cada uno quisiera, mediante un baile, una canción, un dibujo... Las creaciones de los pequeños la conmovieron en lo más hondo. Para ellos no había barreras, nada que frenara la alegría, la bondad. Ellos, aquellos niños rusos, eran la esperanza.

—Tengo entendido que habéis puesto pegatas a la seguridad, ¿es cierto? —dijo Pashie—. Ahora trabajas con la seguridad en la embajada, ¿no?

—Desde el año pasado. Sí, tenemos motivos para ocuparnos de nuestra propia seguridad. Y no solo de la nuestra, sino de la de todos los intereses

rusos.

—¿Y cuáles son estos? —preguntó Pashie.

Tomó un trago de vino. Denis se dio cuenta de que tenía la copa casi vacía y le sirvió más.

—Son muchos, Pashie. Ya lo sabes.

—¿Tienes alguna información que dar me a propósito del asunto por el que te llamé?

—Supongo que el tema está zanjado, ¿no?

Pashie trataba de averiguar qué sabía Denis y qué no sabía. Hablaba un sueco perfecto. Seguía las noticias en los medios y tenía buenas relaciones con las instituciones del país. Naturalmente, sabía que el hombre más próximo al ministro de Defensa había muerto asesinado y que sus intentos de enviar un equipo de apoyo sueco habían fracasado.

—Suecia todavía puede ayudar. Y sigue habiendo la voluntad para ello. Con vuestro apoyo podríamos volver a infundir vida a esta cuestión. Un rescate rápido de los cadáveres y una compensación justa a los familiares minimizarían el menoscabo ante la opinión internacional.

—Ya, claro, la opinión internacional. Pero no es eso lo que más nos preocupa.

—He puesto en marcha una colecta, Denis. A lo largo del día de hoy he recaudado más de medio millón de coronas que irán a parar a una organización por los derechos de las mujeres, que demandará a la armada rusa por daños y perjuicios. Es posible que tú y yo acabemos en bandos distintos. Y he pensado que era lo correcto que lo supieras por mí.

—¿Sabéis en Vektor quién mató a Torbjörn Lindström? —dijo Denis.

Un par de gotas de la copa de Pashie salpicaron la mesa. ¿Por qué le preguntaba Denis aquello?

—No, y la policía tampoco, según parece.

Pashie quiso apartar enseguida la imagen que se le vino a la cabeza, la de Max sentado en alguna parte hablando con Sofia Karlsson, la policía que llevaba la investigación de asesinato.

—Pronto será oficial, pero en honor a tu actitud abierta y sincera había pensado contártelo esta noche. Rusia aceptará la ayuda que le ha ofrecido la OTAN. Un equipo de salvamento de Noruega, con submarinistas noruegos y británicos, y un buque de salvamento van ya camino de la zona.

Denis lanzó una de las sonrisas más grandes y autocomplacientes que Pashie le había visto.

Ella bajó la copa.

¿Así que al final habían decidido aceptar la ayuda de las potencias occidentales? ¿Por qué ahora? ¿Por qué no lo habían hecho enseguida?

Sintió una mezcla de frustración enorme y alivio inmenso ante la noticia. Quizá el retraso lo provocase que habían tenido que retirar algunos torpedos y otro material que no querían que la OTAN pudiera ver de cerca.

Denis pasó la mano por encima de la mesa y cogió la de Pashie.

—A lo mejor no somos tan malas personas después de todo, ¿verdad? —dijo.

Le soltó la mano y alzó la copa otra vez.

—Salud, por las sorpresas que nos aguardan.

Pashie volvió a contemplar aquellas vistas maravillosas. Se fijó en el gran crucero de lujo que estaba atracado totalmente inmóvil en medio del Saltsjön, al parecer por completo indiferente a las leves olas de la superficie sobre las que cabeceaban los transbordadores en su eterno ir y venir entre Gamla Stan y Djurgården. *Seas of the World*, tan grande como una ciudad dentro de otra ciudad.

—Bueno, y aparte del Mir 2000 y de recaudar dinero para demandar a nuestro Estado, ¿a qué otra cosa os dedicáis en Vektor? —dijo Denis.

Pashie no podía dejar de pensar en el hecho de que le hubiera preguntado por el asesinato de Lindström. ¿No podría utilizar aquella cena para sonsacarle algo más a Denis? Era un hombre muy perspicaz, pero con una actitud muy benévola hacia ella. Pashie cerró el puño de la mano que él le había cogido. Quizá más benévola de lo normal.

Volvió a pensar en lo que Max le había contado acerca de la investigación, sobre cómo habían extremado la alerta en la embajada, sobre los rumores de un incremento de la actividad de agentes rusos en la zona del Báltico y sobre aquella misión específica que Charlie le había encomendado a Sarah y a Max para que la examinaran con más atención.

Decidió probar suerte.

—Nos han pedido que investiguemos las circunstancias que rodearon el atentado de la semana pasada en el centro comercial Centrs de Riga. ¿Sabes algo de eso?

—La pasada, no, la anterior —respondió él.

A Denis le cambió la cara. Pashie no estaba segura de adónde quería que los llevara aquella pregunta, pero se percató de que había conseguido desplazar las posiciones en la conversación. Ahora el sorprendido era Denis.

—Un grupo de nacionalistas extremistas letones, nazis, podríamos decir, porque eso es lo que son, detonaron una carga explosiva en plena hora punta, en una zona donde había un montón de madres rusas haciendo la compra para sus hogares. Unos hogares en los que cada vez hay más dificultades, puesto que el régimen letón va hurtando más y más derechos civiles a la población rusa, que, por lo demás, es mayoritaria en el país.

—¿Sabes si hay sospechosos? —dijo Pashie.

Denis apuró la copa.

—En los países bálticos están cambiando a quienes ostentan el poder. Están eliminando a los altos cargos de ascendencia rusa y sustituyéndolos por

estonios, letones o lituanos. Entre otros ámbitos, en el penitenciario. En algunas de esas prisiones se encuentran varios de los hombres más peligrosos del mundo, que han pasado la mayor parte de su vida entre rejas, que solo conocen las leyes de la calle y las que rigen la vida de los internos. Los nuevos vigilantes de la cárcel los dejan salir, pero no porque se hayan enmendado y se hayan convertido en ciudadanos íntegros que en la calle vayan a hacer milagros con esas vidas torcidas que han pasado encerrados, sino porque son «estonios, letones y lituanos». Muchos de ellos tienen la venganza como el único motor de su vida. Una venganza que dirigen contra los rusos. No será ninguna sorpresa cuando se demuestre que los culpables del atentado en el Centrs acababan de salir de una de esas prisiones.

—Tenemos que poder perdonar si queremos avanzar, Denis. Y eso vale para todos.

—Hay cosas que ninguno de nosotros puede perdonar. Ni siquiera las mujeres con un corazón como el tuyo.

El camarero retiró los primeros platos y puso en la mesa otra botella de vino. Tinto, esta vez.

—Me alegra que investiguéis bien lo de Centrs —dijo Denis—. Es un ejemplo perfecto de lo que tienen que pasar nuestros compatriotas. Está bien que colaboremos para hacer justicia a nuestros hermanos rusos y para llevar a los culpables ante los tribunales.

Alzó la copa y Pashie acercó la suya para brindar.



—Mira esto —dijo Max, y le pasó a Sofia una foto en blanco y negro.

Habían llamado al DISS de Riga. Un ayudante les comunicó que Kaldenis no estaría disponible hasta el viernes por la mañana, y les reservó una cita para entonces. Sofia le pidió a un colega que recopilase lo que había sobre el atentado en el Centrs. Mientras esperaban, siguieron leyendo acerca de la huida de estonios, letones y lituanos por el Báltico y revisaron documentos sobre lo que les esperaba a varios de ellos cuando llegaron a su destino. El internamiento.

La foto que Max le había dado a Sofia era de 1946 y mostraba a un hombre rubio desnudo al que arrastraban dos policías suecos con abrigos negros. Los pies del hombre recorrían la tierra húmeda y los dedos iban dejando leves marcas en el fango y en la grava. «Los de negro» y el hombre desnudo estaban rodeados de una veintena de hombres uniformados, armados con bayonetas. Todos tenían la mirada fija en el hombre al que arrastraban por la explanada en dirección al autobús que aguardaba para llevarlo a Trelleborg y, de ahí, al buque soviético *Beloostrov*.

—No tenía ni idea de todo esto —dijo Sofia.

—No es un tema que precisamente estudiemos a fondo en el colegio —respondió Max.

—Pero ¿cómo demonios pudimos llegar a hacer algo semejante?

—Por presiones de la Unión Soviética; además, la opinión pública en Suecia estaba dividida. Encontré un artículo del periódico *Ny Dag* que

describía el recibimiento de aquellos hombres como si se tratara de la exportación de un puñado de fascistas de camisa marrón procedentes de la región del Báltico. El predecesor del Partido de la Izquierda no se contentó con los que habían luchado con los alemanes. Querían expulsar a los treinta y siete mil refugiados de la región del Báltico.

—Pero ¿por qué?

—Porque eran ciudadanos soviéticos y la URSS fue una de las naciones vencedoras en la Segunda Guerra Mundial. Habían liberado a Europa del nazismo y todos los refugiados del Báltico debían restituirse a la Unión Soviética según las condiciones de capitulación alemanas.

—¿A cuántos entregaron?

—A ciento cuarenta y seis. Los que estaban retenidos en los campos de internamiento de Suecia consideraban que su país ya no existía. Se pasaron semanas en huelga de hambre.

Sofia se estremeció.

—¿No hemos pedido perdón a los bálticos? —preguntó.

—Sí, claro, hace tan solo unos años, en una recepción real en el palacio de Estocolmo. La entonces ministra de Asuntos Exteriores Margaretha af Ugglas dijo que la entrega de ciudadanos de los países bálticos había sido un error.

Max le alargó un artículo sobre la disculpa ante los bálticos. El periodista señalaba que algunos países, entre otros, Estados Unidos y Gran Bretaña, nunca reconocieron la anexión de los Estados bálticos por parte de la Unión Soviética. Pero Suecia sí lo hizo y mantuvo esa línea durante mucho tiempo. Durante la visita del ministro de Exteriores Sten Andersson a Tallin le preguntaron hasta en cuatro ocasiones si Estonia era un país ocupado. Él siempre respondió que formaba parte de la Unión Soviética. Corría el año 1989, no hace más de once años.

Sofia negó con la cabeza.

—¿Tienes hambre? —dijo.

Max llevaba dos días sin apenas comer.

—Pues sí —respondió, y miró el móvil.

Se había hecho tardísimo. «¿A qué hora llegas?», decía el mensaje de Pashie.

—La cocina del hotel que hay al otro lado de la calle deja de aceptar pedidos dentro de quince minutos —dijo Sofia—. ¿Qué te parece?

Max pensó en Pashie, en la escena de anoche en el cuarto de baño, en cómo el timbre del teléfono estropeó el momento y lo que ella le dijo: «Mañana es la última oportunidad este mes. Como se te presente algún impedimento, te vas a enterar». Al parecer siempre se presentaba algún impedimento. El examen de fertilidad, el chamán, la investigación de asesinato, la catástrofe del *Kursk*, la ayuda a las viudas. Tantos palos en las ruedas no los dejaban avanzar en la vida cotidiana.

—De acuerdo —dijo Max—. Vamos a comer.

—Tendría que ir a lavarme un poco la cara —dijo Sofia cuando entraron en el restaurante del hotel.

—Igual que yo —convino Max.

—Lo siento, estamos reformando los servicios de esta planta —dijo el camarero—. Pero nuestros clientes pueden utilizar los de la sala de reuniones. En recepción os indicarán dónde se encuentran.

Max se encogió de hombros y se rio, antes de dirigirse a recepción con Sofia pisándole los talones.

—A lo mejor tenemos que coger una habitación —dijo Sofia cuando les dieron la llave del ascensor.

Max le sonrió.

De vuelta en el restaurante, el mismo camarero los condujo hasta la mesa. Después de pedir, Sofia empezó a tamborilear nerviosa sobre el móvil.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Max.

—Se me han quitado las ganas de hacer pis.

Luego levantó la vista del teléfono.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? —dijo Max.

—Estoy bien. Tengo hambre.

Sofia dejó el móvil.

—¿Qué hace todos los días en una oficina un tío como tú? Y, además, con una tarjeta de visita donde pone «Analista».

—¿No te parece que encaje en la descripción? —preguntó Max.

—Los analistas son tipos muy flacos que no quieren dejar de ir al colegio. Que se pegan a las paredes cuando los tíos como tú pasan por delante de ellos por el pasillo en el instituto.

—No deberías tener tantos prejuicios. No es bueno para tu trabajo.

—Ya, pero bueno... ¿Por qué? ¿Por qué Rusia y Vektor?

—Creía que conocías mi historia.

—Vale, pero cuéntame: ¿piensas que tiene sentido? ¿Algún día lograremos vivir en paz y tranquilidad con nuestro poderoso vecino del este?

—Desde que cayó el muro hemos tratado de introducir nuestro sistema social en Rusia. Occidente ganó la guerra fría. Las condiciones de la paz las firmó un presidente ruso que estaba borracho y sin blanca, y que intentaba impedir que el país se rompiera en mil pedazos.

—¿Le ofrecimos un trato leonino?

—Buena pregunta. La pregunta que Rusia se hace hoy es la misma que se hacen China y África y otras partes del mundo: ¿le importa a Occidente que seamos diferentes? Que tengamos otra cultura, una historia totalmente

distinta. Si no aceptamos todas las condiciones de Occidente y todos sus órganos, el Banco Mundial, la ONU, la UE, la OTAN..., ¿querrá vivir en paz con nosotros?

—¿Y cuál es tu opinión?

—Creo que lo que hacemos Vektor y yo tiene sentido.

—¿Para mantener la paz?

Max asintió.

—Nada es peor que la guerra.

Sofia levantó la vista y miró hacia el gran vestíbulo. Bajó la voz.

—No puedo librarme de la sensación de que... En cuanto me relajo un poco, como cuando nos reíamos en el mostrador de recepción o cuando llego a casa, es como si oyera el tictac de un reloj en la cabeza. Mi jefe dice que el asesino pone en marcha un reloj de ajedrez después de cada víctima. Que si no hacemos nosotros la próxima jugada, actuará de nuevo y volverá a poner en marcha el dichoso tictac.

—¿Hay alguien en casa que te ayude a dejar a un lado el trabajo cuando estás allí?

—Lo hubo, pero ya no. No se me daba muy bien. Y sinceramente, cuando uno está inmerso en un caso como este, que haya alguien es todavía peor.

Max asintió.

—Tengo a mi padre —dijo Sofia—. Compartimos un amor particular por la vieja música estadounidense, sobre todo las bandas sonoras. Encontramos grabaciones antiguas y nos las pasamos.

Sonrió con nostalgia.

—¿Era músico?

—No, qué va. Era profesor de artes y oficios. La música era cosa de mi madre.

—¿Era? —dijo Max.

Sofia dio un hondo suspiro.

—Murió. Era investigadora interdisciplinaria sobre música y docencia. La música como la medicina del futuro. Publicaba sus artículos en la revista *Forskning&Framsteg*, entre otras. —Sofia sonrió al recordarla—. No se parecían en nada. Ella era una hippy redomada, pero la adorábamos.

—¿Qué pasó? —preguntó Max.

Sofia tomó un trago de agua helada. Los cubitos tintinearón cuando volvió a dejar el vaso en la mesa.

—Se cruzó con una pandilla de cabezas rapadas una noche, yo tenía quince años. No pretendían matarla, solo querían acosarla un poco. Pero estaban borrachos y se les fue de las manos. Fue a parar al agua y la absorbió uno de los canales de trasvase de Slussen. Nunca encontraron el cadáver.

—Joder —dijo Max—. Lo siento muchísimo, no debería haber...

—No, no tienes que disculparte. Ahora ya sabes lo que ya conocen todos mis colegas. Por qué me dedico a esto. Por qué me expongo a esta mierda todos los días. Me empollé toda la información que había sobre la extrema derecha, como si así fuera a encontrar una explicación lógica a lo que le ocurrió a mi madre. Curré como una mula en la academia de policía, trabajé una temporada en las fuerzas especiales, me dieron un buen trabajo en el centro de Estocolmo, en la policía judicial. Hay poca gente en Suecia que sepa más que yo sobre los neonazis. ¿Crees que eso me ha acercado lo más mínimo a la resolución del misterio de lo que le ocurrió a mi madre? ¿O que ha logrado que de alguna manera me reconciliara con su destino?

Max negó con la cabeza. Buena parte de lo que Sofia le estaba contando le recordaba a sí mismo y a su vida.

—¿Por qué se ensañaron con tu madre? —preguntó.

—Porque la casualidad quiso que se encontrara donde no debía cuando no debía. Porque la casualidad quiso que naciera en México y tuviera la piel algo

más oscura que ellos. Pero seguramente fue sobre todo porque se habían pimplado a gollete un par de litros de aguardiente Brännvin Special en el muelle flotante justo antes de que mi madre pasara por allí.

Max volvió a sentir ese leve vértigo. Sofia era otra víctima de aquella violencia sin sentido. De mentes perturbadas que por alguna ideología estúpida se habían dejado arrastrar a la locura.

—Le encantaba la música de las películas norteamericanas —dijo Sofia—. Y preparaba para desayunar los huevos más ricos del mundo. Así es como la recuerdo.

Max se inclinó hacia ella.

—Vamos a atrapar a ese cerdo —afirmó—. Y apagaremos el reloj de ajedrez que te hace tictac en la cabeza.

«Wass.»

Estaba tumbado delante de Kandinski sobre un lecho de ramojos de abeto. Tenía las manos y los pies fuertemente atados. La cinta adhesiva plateada en la que tenía enrollada la cabeza le cubría la boca, pero no los ojos. Kandinski quería que no pestañeara y que no emitiera el menor sonido, pero sí que pudiera ver.

Había tenido que soportar el lamento atenuado y penoso del hombre mientras le grababa a cuchillo los dos soles en la frente y la cifra en el pecho. Sus pataleos y movimientos de reptil a uno y otro lado habían dificultado la tarea de formar círculos perfectos y los trazos ondulados de los rayos del sol que partían de su centro. Tuvo que emplearse a fondo para que se vieran bien después de lo que le esperaba ahora a aquel hombre. Quería estar seguro de que las marcas se verían en las piernas una vez separadas del cuerpo la piel y la carne. Había cubierto el suelo de ramas de abedul y hojas de helecho.

«Así gastamos la abundancia. La vuestra igual que la nuestra.»

Las miradas del mundo entero no tardarían en dirigirse a donde él quería. La verdad que él estaba contando al mundo era un relato que el mundo no quería oír, expresado en una lengua que todos hablaban. La única lengua que lo había llamado por su nombre. La de la violencia.

El hombre que yacía allí vio cómo el bidón que Kandinski tenía en la mano se elevaba hacia el techo, y empezó a temblar con mucha agitación. Se retorció, trataba en vano de liberarse las muñecas. En ese instante no existía



nada más que el terror. El miedo a morir, el desesperado instinto de supervivencia del ser humano. No había nada que dirigiera el pensamiento a familiares y amigos, a lo colectivo, a la patria. La actitud del hombre se centraba solamente en librarse de la muerte. Exactamente igual que un animal que hubiera caído en el cepo de un cazador.

Kandinski hizo caso omiso de la última mirada suplicante de Wass y arrojó una cerilla, que le aterrizó exactamente en el pecho. Al oír el ruido de la gasolina al prender, cruzó el umbral y salió de la casa.

Ya fuera, vertió el resto de la gasolina sobre la rueda de bicicleta que él había convertido en una corona de ramas muertas y que había colgado de la verja. Prendió fuego a la corona, dio impulso a la rueda para que el fuego girase con un movimiento firme, al mismo tiempo que las llamas que salían por las ventanas de la casa.

Antes de sentarse en el coche echó una última ojeada a su obra. El fuego de la rueda giraba en el poste de la verja e iluminaba el letrero con el apellido de la familia junto al buzón.

Para Kandinski, el cuerpo ardiendo que había dejado allí dentro no era ni hombre ni padre ni hijo. No era más que otro paso en el camino. Un número.

*Örebro, diciembre de 1945*

Una santa vestida de blanco se acercó a su cama. Llevaba una corona de velas encendidas en la cabeza y la seguía una procesión de muchachas vestidas del mismo color.

Pesaba cuarenta y cinco kilos y no podía ni siquiera caminar. Él, Ozols, que tenía las espaldas tan anchas como las de Hércules y que nunca había perdido una pelea en los bares del barrio portuario de Tallin.

De no haber sido Anna la que estaba allí, habría deseado estar muerto y que lo que estaba ocurriendo ante sus ojos fuese una obra de teatro de la posteridad.

«Santa Lucía. Eres un milagro.»

Ella se las había arreglado para que ambos pudieran pasar tiempo a solas. Ya habían estado juntos como hombre y mujer. A pesar de lo débil que se encontraba, había sido algo desesperado, embriagador, animal. Cuando Ozols tomó la decisión de abandonar la huelga de hambre después de veinte días, la nueva chispa vital surgió por el contacto con Anna, que fue quien lo convenció. Ya habían muerto bastantes de sus hermanos. Él tenía que seguir viviendo para continuar con la lucha. El fuego que Anna había prendido en su interior y la convicción de su rol como líder de la resistencia lo movían a seguir adelante, pasara lo que pasase.

A su pesar, animó a sus hermanos a que dieran a los suecos una última

oportunidad. Pero la comisión médica resultó ser inútil, tal como él se temía. En los preparativos los fueron alimentando con sumo cuidado, primero con alimentos líquidos y, después, cuando empezaron a estar más fuertes, con golosinas y buena comida. No había ya otro giro posible que dar a su relato. Eran cerdos a los que alimentaban para la matanza.

De cara a la galería, Ozols se mantenía animado, pero sabía que había cambiado, no solo físicamente. Algo había desaparecido en su interior y lo había sustituido una nueva vocación, las promesas hechas a aquellos hermanos que habían perdido la vida.

«Lucharé hasta que exhale el último aliento, por Estia, la unión de los países bálticos. Para alcanzar mi objetivo, tengo que recuperar mi fortaleza.»

El traslado debía producirse el mes de enero. El *Beloostrov* estaba esperándolos en Trelleborg. Las últimas semanas, los suecos habían mostrado mayor preocupación por su salud. Para evitar que ninguno de los hombres enfermos se desorientara y se perdiera habían levantado una nueva cerca de alambre de espino alrededor del hospital. Habían instalado alarmas en las ventanas. Parecían preocupados por que murieran más internos. Seguramente le habrían prometido a Stalin un número determinado de almas.

Teniendo en cuenta el tiempo que llevaban sabiendo que se produciría la entrega, los planes debían de estar perfectamente trazados. Ozols se preguntaba cómo se desarrollaría el último acto. Su última batalla en territorio sueco. Contra los alemanes, los suecos habían arremetido de un modo brutal y habían actuado llenos de odio, entregando a hombres con los brazos y las piernas fracturadas, desquiciados, con las venas abiertas. Cuando la policía no era suficiente, recurrían a los bomberos para que les enchufaran las mangueras.

«¿Qué nos van a hacer? Los rusos tienen bombas atómicas. Los suecos están muertos de miedo. Nadie es tan malvado ni tan peligroso como quienes

están asustados.»

Todos sus hermanos se habían preparado. Rompieron vasos y se guardaron fragmentos de vidrio allí donde nadie pudiera encontrarlos. Se agenciaron tapas de las latas de conservas.

Durante las largas horas que pasó perdiendo y recuperando la conciencia se imaginó el lugar al que se dirigiría si Vania le concedía un solo día de libertad en Riga, antes de que el transporte continuara su marcha rumbo a la tierra de los osos polares.

En el sueño veía a aquel hombre con el bulto en el regazo, tal y como Rebeka se lo había contado. Era joven, vestido con un hábito largo, negro y granate y con un solideo negro en la coronilla. El representante del cristianismo. Ozols nunca había rezado a Jesucristo. Sobre la puerta del orfanato de los jesuitas en Riga estaban grabadas las siguientes palabras: «El corazón se volvió ardiente en mi interior. Mientras yo soñaba, ardía el fuego».

Ozols casi se asfixiaba solo de imaginarlo.

Se representaba la escena una y otra vez. Y no abrigaba la menor esperanza de que dejara de torturarlo un solo día.

Pensaba mucho en ella, en Rebeka. Teniendo en cuenta lo que sus compatriotas estaban pasando allí, en los campos de Suecia, sus actos parecían aún más despreciables. Ninguna traición era mayor que la suya. Abandonar a su propia carne y su propia sangre. Darle la espalda a él en Skeppsmýra, enviándolo a una muerte larga y dolorosa. Traicionar a su país.

Y por todo ello lo pagaría con su vida.

La venganza era el único consuelo que le quedaba.

«Lo único que significaba algo para ti en la vida, Rebeka, no podías llevártelo. Algo de lo que nunca podrás huir.»

Después de haberle secado las lágrimas de las mejillas a Anna, que no

había podido evitar el llanto al oír su historia, Ozols comprendió que el odio que había crecido en su interior echaba raíces también en ella.

Juntos prepararon un escrito que debía enviarse al gobierno sueco. Ozols fue dictándoselo a Anna, que lo fue traduciendo y escribiendo en sueco. Comenzaba con las palabras: «Acuso a Suecia».

No era un último grito de socorro. Era una advertencia de lo que un día iba a ocurrir.

Jueves,  
17 de agosto

Cuando Denis abrió la puerta de su despacho en la embajada aquella mañana notó un pinchazo en la nuca. Reconoció una sensación como si lo estuvieran siguiendo, la había notado un par de veces los últimos días.

Papanov estaba sentado en su sillón, detrás de su escritorio.

—¿Qué tal fue la cena de anoche? —preguntó.

El poder central ruso seguía teniendo ojos y oídos por todas partes. Denis era el número tres de la embajada en Estocolmo y no pertenecía a la élite de confianza que quedaba excluida de ese tipo de afectuosa atención. Si se le ocurría protestar, Papanov argumentaría que Denis y todos los que trabajaban en Estocolmo precisaban de protección adicional por el momento y que en realidad se trataba de su seguridad personal. ¿Y quién podía determinar si era protección o desconfianza? Denis nunca había aprendido a diferenciarlas.

—Exquisita, gracias —respondió—. Recomiendo el arenque casero en escabeche agridulce y el filete Wallenbergare.

Papanov apenas sonrió.

Mierda, ninguna reacción. Denis se había inventado el primer plato para saber si quien los había espiado se encontraba en el comedor o si simplemente lo había seguido hasta el restaurante. Pensó que podía constituir una distinción decisiva entre desvelo y recelo. Pero Papanov no mostró reacción alguna, como de costumbre.

—¿Se alegró ella al saber que habíamos recibido ayuda por parte de los ingleses y los noruegos? —dijo Papanov.

Durante la cena con Pashie, Denis no logró dejar de pensar en las sorprendentes instrucciones de Papanov, que le provocaron sentimientos encontrados. Por un lado, estaba firmemente resuelto a servir a su país. Por otro, albergaba por Pashie unos sentimientos que se resistían a desaparecer. Sintió su mano suave entre las suyas. Denis ignoraba adónde pretendía que le condujeran esos sentimientos, pero bajo ningún concepto quería que a ella le ocurriera nada malo.

—Sí, diría que sí —respondió Denis—. Es una mujer con el corazón en su sitio.

Papanov enarcó las cejas y cambió de postura en la silla.

—¿Sabes lo que dicen del corazón de las mujeres en Kamchatka?

Denis miró asombrado al hombre que ocupaba su sillón. ¿Cuántos años tendría? Se diría que había vivido más de una vida y visto más mundos que solo este. Denis no podía imaginarse qué pensaban del corazón femenino sus hermanos de la región más remota de Rusia, así que negó con la cabeza.

—Que cuando se les enfría, lo sacan y lo ponen en un armario térmico.

Denis no entendía nada. Era como si le hablara en otro idioma.

—Pashie me contó que van a recaudar dinero para las viudas —dijo.

Papanov hizo una mueca burlona. «¿Y qué más?»

—También dijo que en Vektor han estado hablando sobre el atentado en el Centrs y que iban a investigarlo un poco más.

Por fin una reacción. Papanov aguzó la mirada.

—Bien —dijo—. Eso está bien. Así quizá puedan resultarnos de utilidad.

—¿Y cómo, si puede saberse?

Papanov se levantó y se acercó a Denis. Le puso la mano en el hombro. Denis sintió que se encogía un par de centímetros bajo el peso de aquella mano. El águila del sello que Papanov llevaba en el dedo parecía mirarlo como si hubiera atisbado una presa.



—Mantenla cerca de ti, Denis Zinóviev. Y sigue al corriente de lo que haga Vektor. Pronto volveré a preguntarte sobre ello.

—¿Sigues teniendo una maleta preparada en algún rincón de la casa? — preguntó Anastasia.

Charlie Knutsson volvió la cabeza hacia el lado de la cama que ocupaba ella. Su repentina aparición la noche anterior había sido como una escena sacada de un sueño. Siempre recordaría la imagen de cómo de pronto estaba allí, sin más, al resplandor rojo de las luces traseras del taxi, cuyas ruedas patinaron en la grava antes de poner rumbo a la ciudad. Se plantó allí, como siempre, con esa seguridad natural. Como si fuera obvio que un día regresaría.

El tiempo no cura las heridas, solía decir ella. Solo las acciones de los hombres lo conseguían. Y eran estas las que definían el carácter de una persona.

El hecho de que ella se hubiera presentado allí constituía un giro radical respecto a su último encuentro. Jamás pensó que Anastasia quisiera volver a compartir la cama con él. Que el acto amoroso, a la edad que tenían, pudiera ser tan intenso, tan vertiginoso y tan animal como cuando eran jóvenes era algo que no se habría atrevido a creer. Si lo que ella quería presentándose allí de repente era curar alguna herida, lo ignoraba. Pero era innegable que la noche había surtido en él un efecto reparador.

La luz anaranjada de la mañana la bañaba a través de las delicadas cortinas blancas. Naturalmente, estaba cambiada, pero las células y los procesos mágicos responsables de la belleza de una mujer no habían dejado de actuar

en beneficio de Anastasia Friedenberga, eso era evidente. Los colores no eran los mismos, la voz resonaba con un todo diferente, la piel tenía otra tersura, pero la suavidad, las líneas y el aroma que exhalaba todo su ser eran más deliciosos en la realidad que en sus recuerdos.

—Bueno, puede que ya haya terminado de viajar para siempre —dijo—. ¿No podemos quedarnos aquí y ahora? ¿Tú y yo?

Ella se acurrucó a su lado y le puso la mano en el pecho.

—¿Así que esto te gusta? Ya te dije que necesitaba saber cuántos cumplías para decidir la categoría de mi regalo.

—No me hables del cumpleaños.

—Cumplir setenta no es tan malo como crees. Pregúntame, conozco el tema.

—Nadie puede creer que hayas cumplido los setenta.

Ella le puso un dedo en el labio inferior y emitió un chasquido.

—¿Y no ha sido siempre así? Siempre hay quien cree en mí, ¿no?

Charlie negó con la cabeza. Habían sido muchas las ocasiones en las que él no había sido lo bastante fuerte para creer en ella. Tal vez fue esa incredulidad lo que acabó con su relación tan pronto y tan de mala manera.

—¿Y tú? —dijo Charlie—. ¿Vas a volver a la región del Báltico cuando envejecas? ¿O piensas quedarte aquí?

Anastasia jugueteó enrollando los dedos en el vello de su pecho. Él notó las uñas afiladas que le habían rasgado la espalda hacía tan solo unas horas.

—No sé si sigue existiendo alguno de esos países que tanto amé. Ha pasado demasiado tiempo.

Charlie sonrió.

—Tú no has depuesto las armas, Tassenka. A mí no me engañas tan fácilmente.

Detuvo el jugueteo de la mano en el pecho. Se le ensombreció la cara.

—Se me había olvidado que tú me llamabas así. No son muchas las personas que lo hayan hecho a lo largo de mi vida.

—Me lo contaste, me contaste que así te llamaban de niña —dijo Charlie—. Que tu amiga te llamaba así. ¿Lograste localizarla y retomar el contacto?

Ella se incorporó y se sentó en la cama. Desvió la mirada por la ventana hacia el jardín.

—Nunca volvimos a vernos —dijo Anastasia.

Charlie le acarició la espalda y la atrajo delicadamente hacia sí.

—Puede que no sea demasiado tarde para otro reencuentro lleno de cariño, ¿no?

Charlie sonreía, pero Anastasia no le correspondió. Se tumbó y apoyó la cabeza en su pecho.

—Las cosas no salen siempre como uno se las plantea, Charlie.

—El hecho de que vinieras aquí es una prueba de que te equivocas. Esto es exactamente como me lo había imaginado.

—Las costumbres inveteradas no son fáciles de cambiar —dijo—. He visto la maleta en el armario, no habías cerrado bien la puerta. ¿Cuándo te vas?

—Pronto —respondió Charlie, y le contó sus planes.

—¿Quieres decir que vas allá arriba, al infierno?

Charlie sabía que sus secretos estaban a salvo con Anastasia. Ella se lo había recordado durante el almuerzo en el restaurante Operakällaren.

—No estaré fuera mucho tiempo —dijo.

—Pero ¿por qué? ¿Qué crees que puedes conseguir?

Charlie le acarició la mejilla sin responder.

—¿Sabes tus colegas lo que estás a punto de hacer?

—No, se quedarán decepcionados, pero no se sorprenderán cuando comprendan que he decidido partir. No puede decirse que haya mantenido en secreto mi falta de entusiasmo con respecto a la idea de cumplir setenta.

—Los setenta no están tan mal como crees. Aún tienes fuerzas suficientes  
—dijo Anastasia, y volvió a tumbarse encima de él.

Kandinski había detenido el coche en una parada de autobús de Ingarö, a las afueras de Estocolmo. Cuando terminó la conversación, bajó la visera del interior del coche y quitó la placa que cubría el espejo. Se pasó un dedo por las cejas afeitadas, examinó cómo estaba fijada la peluca y la crema de color moreno que le cubría el tatuaje del cuello.

Al verse en el espejo, sonrió. Ahora era otra persona.

Cuando le dieron la nueva información, no se sintió irritado en absoluto. Al contrario, enseguida se figuró cuál era el nuevo plan. Eso lo llenó de una fuerza y una satisfacción mayores. Ahora iba a abordar la siguiente fase del plan. El terror se difundiría a unos niveles totalmente nuevos.

El uniforme que necesitaba se hallaba a buen recaudo en la cabaña que había utilizado como base de operaciones. No tenía que dar un gran rodeo para recogerlo. Estaba deseando enfundarse en aquel material resistente de lana gris, de corte austero y con aquellos emblemas y marcas que indicaban rango, aptitud y experiencia. Era una sensación estimulante. No le quedaba más remedio que continuar, infatigable, sin descanso, antes de que los policías le dieran alcance.

Sacó el atlas de los países nórdicos que llevaba en la guantera, lo abrió por la página que buscaba y calculó la distancia.

En coche tardaría nueve horas y media en llegar a Trondheim.

No tenía ni un minuto que perder.

El doctor Rutger Axelsson soltó el tensiómetro que le había puesto a Max en el brazo izquierdo.

Este se frotó el bíceps con la mano.

—Tienes la tensión alta. ¿Ha sido siempre así? —dijo Axelsson mientras tecleaba.

—La verdad es que no me tomo la tensión con regularidad.

—De acuerdo. —El médico escribió algo más y se volvió—: Tenemos que hablar de lo de las benzodiacepinas.

—Llevo sin tomarlas más de un año. No puedes haber encontrado ningún rastro en la sangre.

—Es verdad, no había nada —dijo Axelsson—. ¿Cómo te ha afectado?

—¿A qué te refieres?

—¿Has notado alguna diferencia en tu comportamiento al dejar de tomarlas?

Max se bajó la manga de la camisa.

—No.

—¿Y tus amigos? ¿La gente más próxima? ¿Dirían lo mismo si les preguntara?

Max cambió de postura en la silla. Aquel médico pelirrojo le había desagradado desde el primer momento, con esos aires de superioridad y esas patillas peludas tan ridículas. Era un insensible y un insustancial, y siempre hablaba de lo que no tocaba.

—Los dos sabemos por qué estoy aquí —dijo Max—. ¿Qué demonios tiene eso que ver con las benzodicepinas?

—¿Agresividad, frialdad, trazos de suspicacia y maldad?

«¿Frialdad, maldad?», pensó Max. Pashie había llegado anoche a casa más tarde que él. El olor del aliento mientras dormían desvelaba que había bebido. Por la mañana, la besó en la frente y salió despacio de la cama para no despertarla.

—¿Eso te lo ha dicho Pashie?

El doctor negó con la cabeza.

—Cuando estáis aquí los dos habláis abiertamente. Lo que tú y yo comentemos a solas está sujeto a la confidencialidad entre médico y paciente. Yo no hablo sobre lo que otra persona haya podido decir de ti. Lo que me interesa es saber por qué te prescribieron ese medicamento la primera vez. El Alprazolam es bastante fuerte.

—¿Y qué has encontrado en las pruebas para que ahora estemos hablando de esto? —dijo Max—. ¿Quieres saber qué experiencias traumáticas he vivido? ¿Le servirá a Pashie para quedarse embarazada?

—Querrás decir si os servirá a los dos para quedaros embarazados. —El doctor volvió a mirarlo con ese aire de autocomplacencia y reconvención—. No, no servirá —continuó—. Y no soy psiquiatra, no me interesan tus experiencias traumáticas. En el análisis de sangre hemos encontrado una anomalía de la que tenemos que hablar.

Max sintió una sacudida en el pecho.

—¿Una anomalía?

—Tienes una predisposición genética. Y es algo que puede haberse detectado con anterioridad. De hecho, debería haber sido así, teniendo en cuenta tus antecedentes de soldado de élite, a los que someten a exámenes rigurosos. Y eso me hace preguntarme si el médico que te recetó el



Alprazolam lo hizo porque ciertos síntomas discretos y tempranos te conducían a un estado de inquietud y angustia y, por tanto, a la necesidad de tomar benzodiacepinas.

—¿Quieres decir que el médico de Norrtälje me habría recetado el medicamento sin informarme de que sufría esa propensión?

Max apoyó la mano derecha sobre la izquierda, que había empezado a temblarle.

—Sería una conducta muy extraña en un médico. Pero hay muchos detalles en tu pasado y en tu certificado médico que quedan fuera de lo normal.

—Bueno, atengámonos al presente —dijo Max.

—De acuerdo. Tienes la tensión alta, lo cual puede ser un síntoma. ¿Has notado algo distinto últimamente? ¿Inquietud creciente o ansiedad?

La mano izquierda había dejado de temblarle y se limpió el sudor en el pantalón.

—En la declaración del estado de salud que nos entregaste decías que tu padre había muerto prematuramente —continuó el médico—. ¿Puedo preguntarte si se quitó la vida?

—No, no se quitó la vida.

—¿Te habló alguna vez de alguna enfermedad?

De nuevo sintió el vértigo.

—Mi padre murió en un accidente de tráfico. Puesto que no había sospecha de delito de ningún tipo, no le hicieron la autopsia.

—Una lástima desde el punto de vista médico, porque así habríamos podido saberlo con certeza —dijo Axelsson—. Muchos se decantan por ocultar los síntomas con alcohol o ansiolíticos. Hasta que la cosa llega demasiado lejos y al final deciden poner fin a su vida antes de que la enfermedad se desarrolle plenamente.

—Mi padre no se quitó la vida, Axelsson. ¿Puedes metértelo en la cabeza

tú solo o quieres que te ayude yo?

El médico abrió los ojos de par en par y Max levantó la mano como disculpándose.

—¿Tu padre y tú teníais el mismo médico?

Max tuvo que hacer memoria. El médico de Norrtälje, el que le recetó las benzodiazepinas por primera vez, era el mismo al que iba su padre, sí. Cuando Max acudió a él hace un lustro, le faltaba un año para jubilarse.

Max asintió.

—¿Qué predisposición genética tengo, si puede saberse?

—Se llama «demencia frontotemporal». Es una mutación con prevalencia variable, es decir, no todo el mundo desarrolla la enfermedad, pero puede transmitirse a la siguiente generación. Si llegaras a padecerla, debes saber que algunos de los principales dirigentes de nuestra historia sufrían demencia: Roosevelt, Kekkonen, Stalin. No tiene por qué significar el fin.

El sudor y el mareo desaparecieron. La respiración sonaba ligera, con breves suspiros.

—¿Y si llego a desarrollar la dolencia?

—Las células nerviosas se debilitan, por lo general en el lóbulo frontal, posiblemente también en los temporales. A diferencia del Alzheimer, ni la memoria ni la capacidad de aprendizaje se ven afectadas. Pero cambia la personalidad: la concentración, la capacidad de discernimiento, el control de los impulsos. Puedes sufrir ataques de ira repentinos y notar embotamiento. La capacidad de sentir empatía se pierde gradualmente. Al final del proceso, la cara puede experimentar rigidez y puedes perder el habla.

—¿Cuándo suele notarse el progreso de la enfermedad?

—Suele aparecer en la madurez y es difícil detectarla porque a menudo se la confunde con la depresión.

—Tengo que reflexionar sobre todo esto.

Max se agarró a la silla al levantarse.

—No tengo ninguna obligación de informar a Pashie de que tienes esa predisposición genética, pero sí te recomiendo que se lo digas, puesto que queréis tener hijos.

Max se volvió en el umbral.

—Lo haré.

Max fue desde el hospital Sophiahemmet a Vektor por la calle Valhallavägen. Iba pensando en la conversación que había mantenido con el doctor Axelsson.

Su abuela era rusa y la casaron contra su voluntad. Fue una mujer que vivió una doble vida con Carl Borgenstierna y con su marido, un espía ruso apodado El Ganso, un hombre que a su vez lo compartía todo en la vida con Stalin, sin excluir a las mujeres. Un dirigente archiconocido cuyo intelecto, en su día brillante, se malogró por una demencia que lo convirtió en alguien carente de empatía que siempre sospechaba de todas las personas que tenía a su alrededor. Esto llevó a una sociedad construida sobre el terror mediante delaciones, purgas y genocidios.

Revivió mentalmente la escena en el hangar de San Petersburgo en la que salvó a Pashie del calabozo de El Ganso. Las palabras del anciano, justo antes de que Max apretara el gatillo, volvieron a resonar en su interior:

«Reconozco ese fulgor en tus ojos. La fuerza se saltó una generación».

La declaración del estado de salud. El campo que tanto le había costado rellenar.

Abuelo: desconocido.

Al pasar por el Real Conservatorio Superior de Música le retumbaban las sienes con cada paso sobre el asfalto.

«Ahora no puedes perder el tiempo con esos pensamientos.»

Se detuvo y sacó el móvil del bolsillo. Pashie no lo había llamado. A lo

mejor seguía durmiendo. Le mandó un mensaje con el móvil: «¿Nos vemos en la oficina?».

No pasaron ni un par de segundos cuando recibió la respuesta: «Hoy me quedo en casa. Nos vemos en el coche antes de ir a casa de Charlie».

Max se sentó delante del portátil que tenía en Vektor y trató de olvidarse de sus cavilaciones. En la bandeja de entrada había un mensaje reenviado por Sofia Karlsson que provenía de uno de sus colaboradores de la unidad internacional de la policía judicial. El centro comercial de Centrs se encontraba en la parte medieval de Riga. Después de que Letonia se hubiese separado de la Unión Soviética en 1991, lo habían renovado y era el centro comercial más famoso de la ciudad. Acogía una serie de restaurantes y bares y un moderno centro de entrenamiento. Debajo del edificio de cinco plantas había un supermercado, y fuera, una oficina de correos. Y fue allí, entre los paquetes, donde estallaron las bombas, con un intervalo breve de tiempo, justo después de las cinco de la tarde, cuando el supermercado estaba lleno de clientes. Las imágenes de la policía mostraban la envergadura de los daños. Las paredes y las estanterías, llenas de alimentos, se habían venido abajo y cubrían el suelo, y el fuego había convertido el mobiliario en un amasijo negro y calcinado. Max vio cómo la gente, con la cara cubierta de sangre y la desesperación en la mirada, llevaba a rastras a los heridos con quemaduras, cortes y fracturas en brazos y piernas. Según la policía letona, podía ser obra de delincuentes locales que peleaban por dominar el territorio, pero también había indicios de un posible móvil político. El atentado era uno más de la serie de asaltos que se habían producido en los Estados bálticos después de la liberación de la Unión Soviética. Los periódicos letones escribían que aquel era el peor suceso acontecido en el país desde 1991. Una persona había

fallecido y otras treinta y tres habían resultado heridas, muchas de ellas de gravedad. Calificaron el suceso de ataque terrorista, pero aún no habían podido identificar qué grupo podía encontrarse detrás del atentado. Todas las preguntas sobre grupos ultranacionalistas o sobre una posible implicación rusa recibían la misma respuesta: «Sin comentarios».

Según la profesora Marju Bohl, del Departamento de Semiótica de la Universidad de Tartu, Ludmars Kaldenis, del DISS, la había llamado para indagar sobre un hombre que llevaba tatuajes de símbolos de antiguos dioses bálticos. Estos se parecían a los encontrados en las víctimas de un asesinato en Suecia. Elias Skagerlind había declarado que el hombre del Cage Bar siempre llevaba un pañuelo alrededor del cuello. ¿Cabía la posibilidad de que fuera uno de esos tatuajes? ¿Podía tratarse del mismo hombre al que la policía buscaba en Riga, y que ahora se encontraba en Suecia?

Sarah había elegido el Mare-Monte Il Forno, el italiano que acababan de abrir en el centro de Tyresö. Había recogido pronto a los niños y procuró estar allí antes de que llegara Lisette. Ella sería quien tendría que acercarse a saludarlos, no al contrario. Los niños almorzaban temprano y en el restaurante no había más clientes. Estaban sentados en un banco tapizado de piel, los tres comiendo *grissini*. Entre mordisco y mordisco Sarah miraba a los niños, bien a Björn bien a Lisa, con el temor de haber cometido el mayor error de sus vidas hasta el momento. ¿Qué huella dejaría aquello en sus tiernos cerebros? Un divorcio no tenía por qué ser la catástrofe decisiva en la que muchos lo convertían. Lo importante era cómo encarasen los adultos la separación y, por supuesto, la responsabilidad compartida de los hijos. Por ahora, Lisette y ella habían llevado el asunto de un modo catastrófico. En todo caso por la noche, cuando estuviera celebrando con amigos y colegas el septuagésimo cumpleaños de Charlie Knutsson, podría consolarse pensando que al menos había intentado ser una persona adulta buena y comprensiva, que había conseguido que su bondad interior aceptara los deseos de Lisette. Que había tratado de perdonar y pasar página. Por los niños. Y ahora quedaba por ver cómo se comportaría Lisette Hansen. Si es que aparecía.

Oyó la campanilla a sus espaldas y se giró rauda hacia la puerta para ver quién venía, igual que había hecho las otras dos ocasiones en que había oído aquel sonido. En esta ocasión sí que era ella. Lisette había cambiado el traje del trabajo por un mono color caqui. Llevaba botas altas de color marrón y

pulseras de piel en las muñecas. Cargaba unas bolsas de tela con unos pavos reales bordados. Se había dejado el pelo más largo y lo llevaba recogido en una cola de caballo. Tenía la cara y los brazos más bronceados, del mismo color que la tierra que ahora llamaba su hogar.

Todo aquello que antes le parecía tan incomprensible se le antojó ahora evidente. Notó en el estómago una punzada como la de un cuchillo afilado. Ahí estaban los sentimientos, pese a todo, pese a todos los años transcurridos.

Lisette se les acercó sonriente.

—Mamá, ¿es ella? —preguntó Lisa.

Sarah asintió y le cogió la mano.

—Sí, es ella. Es Lisette.

Björn, que estaba más cerca del pasillo, se bajó del asiento y se le acercó. Sarah notó que algo empezaba a burbujearle por dentro. Tuvo que apartar la vista cuando Björn le rodeó a Lisette la cintura para abrazarla.

Sarah estaba sentada en el banco al lado de Lisette. Los niños se encontraban al otro lado de la mesa. Habían picoteado un poco la lasaña. Lisette les habló de su vida en África. Luego les pidió que le contaran cómo les iba en el colegio.

Se oyó un tono de llamada y Lisette sacó el móvil del bolsillo. Le echó una rápida ojeada y luego lo dejó en la mesa, boca abajo. Le sonrió a Sarah como disculpándose.

¿Sería él? —pensó Sarah—. ¿El tío con el que estaba? ¿O sería alguna amistad de Estocolmo? ¿Alguna antigua amistad común? ¿Otra mujer? Se dio cuenta de que ahora apenas sabía nada de Lisette y la invadió una sensación tan inesperada como contradictoria: «Ya no tengo derecho a hacer ese tipo de preguntas». Aun así, nada deseaba más que darle la vuelta al móvil y revisar



sus contactos y las últimas llamadas.

Miró el reloj.

—Los niños tienen que estar de vuelta en el colegio dentro de quince minutos —anunció.

—Ya —dijo Lisette. Se volvió hacia los pequeños—. Pues nada, a abrir los regalos.

La bolsa de tela de Lisa contenía un vestido con estampado de lunas y olas que, al parecer, se llamaba «tonos de azul». Lisa lo sostuvo en el aire y, para asombro de Sarah, parecía ser exactamente de su talla. En la bolsa había otro regalo. Lisa metió el bracito hasta el fondo y sacó un tambor artesanal pintado de amarillo y marrón.

—Lo han hecho las niñas de las afueras de Windhoek. Utilizan corcho y papel de periódico que encuentran en la calle, lo mojan y lo presan y le dan esa forma. Luego lo pintan. No son mucho mayores que tú, Lisa.

Lisa sonrió con expresión soñadora. «Windhoek.» Sarah pensó que debía de sonarle igual que Nangijala, el mundo fantástico de Astrid Lindgren. Lisa tocó el tambor cuidadosamente, como si estuviera hecho del cristal más delicado. Golpeó la piel tensada con las yemas de los dedos. Se rio al oír el ruido.

Björn sacó un chaleco y una pajarita a juego de color negro, blanco y gris, que alternaba cuadros y rayas. Tanto el chaleco como la pajarita tenían un tallo con una flor de pétalos color verde y cereza. Björn se puso enseguida la pajarita, se bajó del asiento de un salto y empezó a caminar con la mano delante del cuerpo como si sostuviera un bastón invisible.

—Soy un anciano... —dijo con voz temblorosa de abuelo, y Lisa se echó a reír, como siempre que su hermano se hacía el gracioso.

Lisette miró a Sarah sonriendo. Ella respiró hondo y volvió a echar un vistazo al reloj.

—En la bolsa hay algo más —dijo Lisette.

Björn volvió a la mesa y rebuscó en el fondo. Sacó una máscara africana de color blanco, con los ojos amarillos, la nariz azul y la boca roja. Le colgaban alrededor unos hilos ensortijados que parecían serpentinas de todos los colores del arcoíris. El pequeño la miró admirado y luego levantó la vista hacia Lisette.

—Para que te la pongas cuando bailes la danza de la lluvia —dijo Lisette.

—¿Quieres decir cuando baile para ganarme el pan? —preguntó Björn.

Se puso la máscara y empezó a bailar delante de las tres.

Sarah no pudo contener la risa. «Mi Einstein particular.» Lisette volvió a mirarla con cautela. ¿Cuánto tiempo podrían seguir de esa manera, sin decirse nada? Quizá fuera así como se comportaba la gente por el bien de los niños. Mantenía la boca cerrada sin correr riesgos. Sin hablar no había peligro de herirse mutuamente. A pesar de que ninguna de las dos se había movido desde que Lisette se sentó, a Sarah le parecía que estaba cada vez más cerca. Creía sentir sus vibraciones, que a su vez habían activado otras en su persona. Si no daba por finalizado el encuentro en breve, se quedarían allí sentadas hasta que terminara el colegio. ¿Y qué pasaría entonces?

—Voy a pedir la cuenta —anunció Sarah, y trató de llamar la atención del camarero.

—Marchaos —dijo Lisette—. Ya me encargo de la cuenta.

—No, pago yo, tú solo has bebido agua.

—Por favor, es que quiero pagar.

Sarah comprendió que se había equivocado. En esta ocasión no decidía quien más dinero tenía.

—Gracias —dijo—. Les has traído a los niños unas cosas preciosas.

Lisette apartó la vista de los niños y la miró.

—Gracias por permitir que os volviera a ver.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

—Vuelvo dentro de dos semanas. Me gustaría veros otra vez antes de irme.

Sarah señaló el reloj y Lisette se puso de pie. Ayudó a los niños a guardar los regalos en las bolsas de tela.

—Mamá, ¿me puedo llevar esto al colegio para enseñárselo a mis amigos?

—dijo Björn.

Sarah asintió.

—Venga, tenemos que irnos.

Se volvió hacia Lisette una última vez.

—Gracias, de verdad.

—No hay de qué. Y Sarah, te lo pensarás, ¿verdad? Y si puedo veros, me llamas.

Björn y Lisa la miraron sonrientes. Sarah suspiró.

—El sábado hay una recepción familiar en el Centro de Turismo de Estocolmo —dijo—. Es una exposición con las cosas que han hecho los niños en relación con el Mir 2000, un nuevo proyecto por la colaboración entre...

—¿A qué hora es? —la interrumpió Lisette—. Iré encantada.

—¿Está Sofia?

Per Carpelan levantó la vista. Seve, de la unidad de análisis, estaba en el umbral.

Había algo en su expresión que le hizo sentir a Carpelan que su fin de semana familiar en Londres corría peligro. Ya tenía compradas las entradas para *El rey león* y reservado el taxi que los llevaría al aeropuerto de Arlanda.

—No, no está —respondió—. ¿Por qué?

—Me parece que agradecerás enterarte de esto enseguida.

Seve entró en el despacho y cerró la puerta.

—Tenemos una coincidencia, localizada a través de la unidad internacional.

—¿Huellas dactilares y ADN?

El hombre asintió.

—Cuéntame —dijo Carpelan.

—Nuestro objetivo tiene también una orden internacional de busca y captura. Bajo sospecha de haber asesinado a varios políticos de todo el mundo. Según el DISS, la fuerza antiterrorista de Letonia, fue visto por última vez en el centro comercial de Centrs. Poco antes de la explosión.

«Mierda», pensó Carpelan. Tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse tranquilo y sereno.

—Continúa.

—Se llama Goga Golubkin y es ciudadano ruso.

—¿Y quién es en realidad?

Fue como si lo oyera por la manera en que su colega tomaba aliento antes de responder. «Ahora es cuando se llevan el caso.» Se lo quitan a su unidad y lo trasladan a quienes siempre querían llevarse el mérito y los presupuestos. Si salía de la ciudad por un viaje de vacaciones con la familia, no conservaría el trabajo cuando volviera.

—Es un agente de lo que se conoce como la unidad móvil de operaciones especiales.

Cuando Carpelan volvió a estar solo en el despacho comprendió que su peor pesadilla se había cumplido. No había razón para seguir adelante con ninguna otra cosa, ni en el trabajo ni en la vida privada. Así que era la línea rusa, pese a todo, el peor escenario imaginable en esta terrible investigación de asesinato. Un agente ruso que mataba a políticos suecos de peso y al que buscaban en otros países por asesinatos similares. Había conseguido que su colega le prometiera que la cosa quedaría entre ellos por el momento. Cogió el móvil y llamó a Sofia. Si aquello se difundía entre la policía, el ejército, la prensa... «Por Dios.»

Era una idea aterradora.

En la escalera del metro a Max le vibró el teléfono en el bolsillo. Miró la pantalla y vio que era Sofia Karlsson quien lo llamaba.

—Tenemos una coincidencia —dijo.

—¿El autor es un delincuente conocido?

Sofia Karlsson respiró aceleradamente.

—Max, lo que voy a decirte debe quedar entre nosotros, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

—Buscamos a un agente ruso llamado Goga Golubkin. Hemos encontrado sus huellas y su ADN en la escena del crimen.

Alguien le dio un empujón a Max por detrás. Se había parado de repente en un peldaño. Una corriente de viajeros estresados pasaba a toda prisa a ambos lados.

—Max, ¿sigues ahí?

—No puede ser eso que dices.

—Tenemos una coincidencia de prácticamente el cien por cien. Solo lo sabe un círculo muy reducido. En realidad, no puedo decir ni una palabra al respecto.

—Ese hombre...

Max miró alrededor para comprobar si alguien lo estaba observando, pero todo el mundo corría en dirección a los autobuses que salían de Slussen.

—Ese hombre nunca actuaría de ese modo, Sofia. Nunca veríais la menor huella, no dejaría tras de sí ni una sola señal que interpretar, mucho menos

toda una obra de arte.

—A Goga Golubkin lo vieron en el centro comercial de Centrs en Riga —dijo Sofia despacio.

Los autobuses resoplaban antes de partir. El olor a tabaco lo inundaba todo, tanto el aroma dulzón del humo de los cigarrillos como el viciado de las colillas en los charcos. Las habitaciones en las que había estado su padre siempre olían a tabaco, el olor permanecía en la ropa que hubiera llevado y en los sillones en los que se hubiera sentado. Permaneció allí durante varios años después de su muerte.

Max cruzó la calle, pasó al muelle de Stadsgården y a la ladera que subía al aparcamiento del puente de Skeppsbron, donde tenía aparcado el coche. Aún tenía el teléfono pegado a la oreja, pero lo único que oía era la respiración silenciosa y expectante de Sofia. La gente salía caminando de los grandes transbordadores procedentes de Finlandia, arrastrando maletas que parecían chuchos exánimes. El ruido de las ruedecillas en el asfalto le recordaba a una tormenta alejándose.

Su padre no había muerto ni por el tabaco ni suicidándose. El coche que se estrelló en la montaña a toda velocidad cuando Max solo tenía trece años no dejó de funcionar solo. Un mecánico había alterado los frenos. Todo fue obra de un agente ruso. Y ahora volvían a perseguir a otro.

—Tengo que entrar en una reunión —dijo Sofia—. Luego hablamos.

—Diles a tus colegas que si un agente ruso hubiera querido matarlos, los habría envenenado sin que nadie se hubiera percatado de ello. Habrían tenido una muerte dolorosa sin tener ni idea de cuándo los envenenaron. No habrían dejado ningún rastro. Y nunca habríais dado con él.

Pashie estaba apoyada en el coche cuando Max se acercó. Ella lo observaba y él se preguntó en qué medida ella se estaría figurando el torrente de pensamientos y sentimientos que lo embargaban en aquel momento.

—No he querido despertarte esta mañana —dijo Max.

Ella asintió y dirigió la mirada hacia una gaviota que se había sentado en uno de los noráis del muelle. Sobre el espejear del agua de fondo formaba una postal perfecta.

—Siento haber llegado tarde anoche —dijo Max.

—No me apetecía nada quedarme sentada esperando a un marido que nunca vuelve a casa —replicó Pashie.

—Lo entiendo.

—Todo iba tan bien, Max. Habías empezado a entrenar otra vez con Feliz y los demás del club. Y te estaban ayudando a sacar lo que llevas dentro.

«¿Lo que llevo dentro?» Max le había dicho al doctor Axelsson que se lo contaría todo a Pashie. Pero este era un mal momento.

—Esos asesinatos te tienen totalmente absorbido, ¿a que sí?

Pashie lo miró con esos ojos que se metían en todos los secretos rincones de su ser.

—Lo siento, pero tengo que ayudar a la policía a resolver esto.

Pashie volvió la cara.

—Ya tengo respuesta del médico.

Max asintió.



—¿Qué dice?

—Son las infecciones y el tratamiento de Rusia. No soy infértil por completo en sentido clínico, algo es algo, pero la probabilidad de que me quede embarazada no es muy alta. Por eso los días próximos a la ovulación tienen particular importancia.

Max le puso la mano en el brazo que ella tenía sobre el vientre.

—¿Te duele?

—Hoy un poco más. Puede ser por el vino que bebí ayer. Pero no sé si voy a seguir aguantando el tratamiento, siento todo el cuerpo como un globo lleno de agua.

Max la abrazó.

Pashie murmuró algo con la boca pegada a su pecho:

—Lo que me hizo aquel cerdo es algo que recordaré todos los días de mi vida. Tendremos que vivir con ello toda la vida.

—No podemos retroceder, solo avanzar.

Pashie apartó a Max.

—Lo único que me consuela mínimamente cuando me vienen esos pensamientos es que tú lo mataras.

—Pashie...

—Es la verdad. Y supongo que eso lo dice todo de hasta qué punto me marcó.

Un grupo de personas se acercó a pie en dirección al coche que había al lado del de Max, que cogió de la mano a Pashie y le abrió la puerta. Luego se sentó al volante.

—Sigo enfadada contigo —dijo Pashie, y se pasó la mano por los ojos.

Max asintió.

—Ya me he enterado de que ayer conseguiste algo extraordinario con la colecta para WORM. Lo está comentando todo el mundo.

—El ejército tiene que pagar, qué demonios.

Max arrancó el coche y empezó a salir marcha atrás.

«Si ese gen se activa de verdad y la enfermedad se desarrolla, ¿me daré cuenta de ello? —pensó Max—. ¿Acaso nota sus cambios de personalidad alguien que padece demencia? ¿O pasará igual que con la presión sanguínea, que no nos damos cuenta de nada hasta que algo estalla?»

Giró por Stadsgården y se dirigió a Värmdö. Fueron en silencio todo el trayecto, hasta que llegaron al acceso a la casa de Charlie.

—No me has preguntado dónde estuve anoche.

Max le lanzó una mirada. Ni se había parado a pensarlo.

Aparcó el coche en la subida. Puso el freno de mano y se volvió hacia Pashie.

Ella lo detuvo antes de que tuviera tiempo de decir nada:

—Sarah ya está aquí.

Pashie abrió la puerta y salió del coche.

Sarah estaba ante la puerta gris claro de Charlie con una gran cesta de picnic en la mano.

—Muy bien, ¿todo el mundo listo? Cuando abra la puerta, le cantamos.

Llamó al timbre. Desde el interior de la casa no se oyó ni una mosca cuando el sonido se apagó. Probó otra vez. Con el mismo resultado.

—Sujétala —le dijo a Max, al tiempo que le entregaba la cesta.

Rodeó la casa y se dirigió a la parte trasera, que estaba en una pendiente que bajaba hacia el canal Strömman. Max y Pashie la siguieron. No se veía a Charlie entre los manzanos, las grosellas silvestres y las frambuesas. Se encaminó al cobertizo. Charlie siempre dejaba una llave allí dentro bajo una maceta que había en un rincón. Nadie parecía moverse tras las ventanas. Sarah no tardó en volver. Metió la llave en la cerradura y la abrió.

En el vestíbulo había una nota encima de la alfombra. Instrucciones para la señora de la limpieza. Decía que volvería la semana que viene. ¿Se había ido? ¿Sin avisarles?

—Joder, Charlie —dijo Sarah.

Max frunció el ceño. ¿No notaban cierto olor? O no estaban solos o allí había habido otra persona hacía muy poco. Se quedó totalmente inmóvil en el vestíbulo, prestando atención a cualquier sonido, mientras Sarah y Pashie miraban en la cocina y en el salón. Creyó oír un leve zumbido en la primera planta.

Max dejó la cesta en el suelo y echó a correr escaleras arriba hacia el

dormitorio de Charlie. Aspiró hondo e intuyó el perfume de una mujer. Pero también había algo más. En el nicho de la ventana que daba al jardín había un ramo de flores en un jarrón. Se acercó y leyó la tarjeta: «Felicidades en este gran día. Tuya, Tassenka».

La cama estaba sin hacer. No, no solo estaba sin hacer, sino que había dos edredones y cuatro almohadones.

«¿Charlie? —pensó Max sonriendo para sus adentros—. ¿Es que tienes novia?»

Charlie K. parecía tener cosas más entretenidas a las que dedicarse que hacer un picnic con sus colegas. Tal vez había sido ridículo por su parte dar por hecho que no tenía planes para el día de su septuagésimo cumpleaños. O que no habría otros amigos y parientes que tuvieran algún plan para entonces. Max estaba a punto de bajar con los demás cuando pasó por delante del armario de Charlie. En el interior se oía un zumbido.

Abrió la puerta. En el suelo, dentro del armario, había un fax con un nuevo mensaje dentro. Max se agachó y ojeó el aparato. El cable de conexión conducía al interior del armario. Max lo siguió hasta que desapareció bajo una pared. Puso la mano contra esta y empujó un poco. La pared cedió y se abrió. Una puerta secreta.

Detrás de ella había un despacho con una mesa, un archivador y un armario.

Max entró. En la mesa había unos documentos pulcramente apilados. Sobre noruegos, ingleses y estadounidenses. Todo parecía relacionado con las maniobras militares del mar de Barents.

Recordó lo que Charlie le había pedido. Los datos de contacto de Hein Espen, que Max le facilitó.

Max se volvió y vio a Sarah y a Pashie agachadas en el armario. Al llegar a la puerta secreta, Sarah lo miró.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó.

—Un despacho secreto —dijo Max.

—No sé si estaremos contraviniendo alguna norma, pero me siento como cuando entré en el cuarto secreto de los Borgenstierna y vi todas aquellas fotografías de...

—¿Mi abuela? —dijo Max.

—Bueno, tú conoces esa sensación de pasar de creer que conoces a una persona a pensar que no tienes ni idea de quién es realmente, ¿verdad? Es como si se abriera un agujero en mitad del suelo.

—Ahí hay un jarrón con flores —dijo Max—. Con una nota de una tal Tsenka.

—¿Tsenka? —preguntó Pashie—. ¿Una rusa?

Max solo conocía a una Tsenka, pero no podía tratarse de la misma persona.

Sarah meneó la cabeza.

—Aquí hay cosas que no encajan —dijo.

Aquel cuarto y lo que había en la mesa podía implicar que Charlie trabajaba para otros. Si tenía algún tipo de conexión con los servicios de inteligencia de un poder extranjero, ¿qué implicaría aquello para Vektor?

¿Qué habían dicho los rusos? Que Vektor era una rama encubierta de unos servicios de inteligencia occidentales, ¿no?

Lo primero que Sofia Karlsson vio al entrar en el despacho de Carpelan fue una maletita beis con ruedas al lado del escritorio.

—¿Habrán butacas vacías mañana noche en la función de *El rey león*? —preguntó Sofia.

—Solo una —respondió Carpelan—. Elisabeth se ha ido sola con los niños. Ni siquiera me dio la oportunidad de desearles buen viaje.

—Lo siento —dijo Sofia—. Sé las ganas que teniais de hacer esta escapada.

—No es el momento de irse de fin de semana. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Es lo que tiene ser jefe de policía. En fin, ¿qué reunión es esa a la que quieres que acuda?

Carpelan hizo una mueca que Sofia no supo interpretar.

—Vamos a encontrarnos con el secretario de Estado Schiller.

—¿Está aquí? —dijo Sofia.

—Sí, nos está esperando.

Carpelan señaló el pasillo de las salas de reuniones. Sofia le dijo que esperase con un gesto.

—Antes tengo que decirte una cosa. Hay una pista que puede conducir en una dirección diferente, que no es la rusa. Max y yo hemos avanzado bastante con los símbolos. Y él se muestra muy escéptico con la idea de que el asesino sea un agente ruso.

Carpelan se mostró extrañado.

—Tenemos una coincidencia de huellas y muestras de ADN que pertenecen a un agente ruso. Si tienes dudas, por el momento debes guardártelas para ti.

«¿Por el momento?» ¿Qué implicaba aquello? Carpelan casi parecía nervioso, lo cual era algo insólito. ¿Acaso compartía las dudas que Max y ella abrigaban, aunque no le era posible reconocerlo? ¿A qué clase de presión estarían sometidos él y Tomas Schiller? ¿Y de qué altura procedía dicha presión?

El secretario de Estado Schiller alargó la mano en busca del termo con grifo que había en la mesa cuando ellos entraron en el despacho.

—Bienvenidos —dijo.

Mientras se servía el café en la taza, la manga de su traje ligeramente ajustado se le subió un poco. Llevaba una corbata estrecha de color azul marino, atada con un doble nudo Windsor.

Sofia notó la vibración del móvil en el bolsillo derecho del vaquero. Schiller le clavó aquella fría mirada azul claro desde detrás de las gafas redondas y ella comprendió que no era oportuno cogerlo.

Se sentó y apartó la vista de la papelería, que estaba atestada de filtros de café usados, bolsitas de tabaco de chupar y pieles de naranja.

—Así que hemos lanzado una solicitud internacional, ¿verdad? —preguntó Schiller.

—Sí —dijo Carpelan—. Un colaborador nos informó esta mañana de que las huellas y el rastro de ADN encajaba con un tal Goga Golubkin, un ciudadano ruso buscado internacionalmente y cuyo nombre ha aparecido en una investigación en Letonia. Según los letones, Golubkin es un agente ruso que pertenece a la unidad móvil de operaciones especiales.

Schiller se retocó la raya al lado que se había hecho en el pelo rubio.

—Entonces ¿se trata de una amenaza para la seguridad de Suecia? —dijo.

Carpelan negó con la cabeza.

—Es demasiado pronto para decirlo. Puede tratarse de lo que llaman un lobo solitario. Un agente que actúa por su cuenta. Hemos optado por no transmitir la información a otras instancias.

—Bien hecho —dijo Schiller—. Aprecio vuestra precaución. Yo puedo encargarme de informar al Servicio General de Seguridad y al ejército cuando lo consideremos necesario, si es que llega el caso.

Sofia se removió en la silla y señaló al secretario de Estado.

—Una coincidencia de ese tipo es una pista decisiva para orientar el resto de la investigación y seguramente responde a parte de las preguntas que se plantean, pero también suscita muchas cuestiones nuevas.

—¿Por ejemplo? —dijo Schiller.

—El hecho de que el sospechoso sea un agente entrenado explica que haya logrado escabullirse y hacerse invisible, que consiguiera falsificar la documentación de Elias Skagerlind y entrar en el puesto de vigilancia de una de nuestras instalaciones de Defensa.

La mirada escrutadora de Carpelan le recordó lo que su jefe le había dicho antes de la reunión, que se guardara para sí las dudas. Así que decidió convertirlas en preguntas.

—La cuestión es cómo encaja todo eso con la información que hemos conseguido hasta ahora durante la investigación. Los procedimientos, la elección de las víctimas, los posibles móviles y ciertos detalles contradictorios hallados en los escenarios.

—Repasémoslos uno a uno —dijo Schiller—. Empecemos por los procedimientos.

—Hemos hablado del carácter ritual de esos asesinatos. Las cifras y los símbolos. Eso no encaja con el proceder de un agente estatal.

Schiller frunció unas cejas perfectas.



—¿Adónde quieres llegar? —dijo.

El móvil volvió a sonarle en el bolsillo. Sofia lo cogió. Dos llamadas perdidas. No era Max, sino el técnico criminalista Benjamin Thornéus. Y también le había enviado un mensaje.

«Sofia, llámame en cuanto puedas.»

Carpelan le lanzó una mirada furiosa y Sofia dejó el móvil en el muslo. Carraspeó un poco.

—A que se puede matar de un modo mucho más rápido y sencillo. Y dejar menos rastros.

—A menos que uno quiera despistar al investigador del asesinato —dijo Schiller.

Sofia lo miró y se contuvo.

—No es la primera vez que una persona con formación militar recurre a ciertos métodos para despistar a la policía —continuó Schiller—. No sucede entre los servicios secretos de Occidente, pero en ciertos lugares...

—Pero eso es demasiado elaborado —dijo Carpelan—. ¿No te parece?

Schiller no respondió, pero sí lanzó una mirada furibunda a Sofia.

—De acuerdo —dijo—. Supongamos que el tal Goga hace cosas para desconcertarnos. Pero ¿por qué esas escenificaciones? Es como si tratara de representar un cuento. ¿Es eso lo que debe provocar el desconcierto?

—¿O qué? —preguntó Schiller.

—¿O será que deja los rastros de huellas dactilares y de ADN para confundirnos? ¿Cómo es posible organizar una escena del crimen tan cuidadosamente y, aun así, dejar rastros?

—Tenemos una coincidencia de casi el cien por cien —dijo Schiller—. Es ese hombre, no te empeñes en lo contrario.

Carpelan miraba preocupado a Sofia y a Schiller.

El móvil que la agente tenía en el muslo empezó a vibrar otra vez. Lanzó

una rápida ojeada a la pantalla: Benjamin Thornéus. Las letras iluminadas parecían gritarle. ¿Qué podía ser tan importante para que llamara varias veces y mandara diversos mensajes?

Carpelan carraspeó un poco.

—¿Tenéis en el Ministerio de Defensa algo que pueda arrojar un poco más de luz?

—¿Será todo lo que vemos? —preguntó Schiller.

—¿Qué quieres decir? —dijo Sofia.

—¿Será lo que vemos desconcertante de forma consciente?

Los dos hombres se miraron, como si comprendieran adónde podía conducir la pregunta. Sofia se dio cuenta de que era la única que no lo entendía. O quizá su jefe estuviera simplemente jugando con Schiller.

—En este caso hemos tenido la línea de investigación rusa como una más de las varias posibles —dijo Carpelan.

«Sí, ¿y por qué ha sido así?», pensó Sofia. Buscó la mirada de Carpelan para tratar de averiguar qué estaba haciendo, pero él se limitaba a observar al secretario de Estado.

—No tengo que subrayar la necesidad de que sigamos manteniendo este asunto bajo el más absoluto de los secretos —dijo Schiller—. Recibimos información de un incremento en la agresividad por parte de Rusia y de la llegada de cierta persona en un estadio muy temprano de la investigación.

Sofia supuso que se refería al enviado especial de Moscú, a Papanov, del que ella y Carpelan habían hablado al principio de la investigación. El aumento de las medidas de seguridad que había solicitado la embajada rusa a través de la unidad en la policía de Norrmalm. Pero no podía por menos de preguntarse cuándo habría recibido exactamente Schiller esa información. ¿Mucho antes? Desechó enseguida esos pensamientos para volver a tomar la iniciativa en la conversación.

—Cuando profundizamos en las trayectorias de Callmér y de Lindström para encontrar una base común del móvil no encontramos nada que reforzara la pista rusa —dijo—. Por eso hemos trabajado con varias líneas de investigación paralelas.

—A lo mejor deberíais cavar más hondo, ¿no crees? —dijo Schiller.

Sofía sintió que lo único que quería era levantarse y marcharse de allí. ¿Qué tal le sentaría a aquel pijo gilipollas pasar un par de años en la policía? No había hecho otra cosa que humillarla durante la reunión.

—Naturalmente, eso haremos —dijo Carpelan—. Ahora que tenemos la coincidencia del ADN podemos dejar de lado las otras líneas.

Otro temblor del móvil obligó a Sofía a bajar la vista. De nuevo un mensaje de Thornéus:

«Tienes que llamarme. Malas noticias».

¿Qué habría pasado?

—Desde la perspectiva del gobierno, es de importancia capital averiguar si de verdad se trata de un integrante de las fuerzas especiales rusas —dijo Schiller—. Todo lo demás es secundario. Tenemos que saber si nos enfrentamos a un lobo solitario o a una organización para poder decidir si es una amenaza contra unos pocos o contra todos nosotros.

Después, en la cama, Max oyó la respiración pausada de Pashie. Encendió la lamparita que había junto al cabecero. Hacía unos instantes se había mostrado apasionada, ahora dormía profundamente. Le recordó que aún estaba enfadada, pero la determinación de hacer un intento antes de que terminara el período más propicio del mes pesó más.

Él había tratado de llamar a Charlie antes de irse a la cama, pero el presidente del consejo tenía el teléfono apagado. Desde el cuarto de baño le mandó a Charlie un mensaje en el que le pedía que lo llamara. De vuelta en el dormitorio se sentó en los pies de la cama con una mano en la cadera de Pashie, mientras esperaba la respuesta.

¿Por qué tenía un despacho oculto detrás del armario? ¿Por qué desaparecía el día del septuagésimo cumpleaños sin comunicárselo a sus colaboradores más próximos?

Ahora le resultaría del todo imposible relajarse. Fue a la planta baja y llamó al club de boxeo.

—Sí, me queda un rato todavía —dijo Feliz—. ¿Quieres que hagamos una sesión?

—Estoy allí en quince minutos.

Feliz miró a Max con suspicacia cuando abrió la puerta del club de boxeo Narva, en Frejgatan. Era una cabeza más bajo que Max, pero había sido

campeón juvenil en Puerto Rico y era fuerte y musculoso, duro como una piedra, así que sus peleas de entrenamiento solían acabar en empate.

—Parece que llevaras un par de noches sin dormir.

—No me digas —replicó Max.

—Si no duermes, no debes entrenar, ya lo sabes.

—¿Nos peleamos aquí mismo o en el ring?

Feliz respondió con una sonrisa amable y cálida.

—De acuerdo, así que con esas venimos, ¿no? Pues ponte los guantes, voy a hacer que vuelvas a tener los pies en la tierra.

Al cabo de cuarenta minutos cada uno estaba sentado en su rincón del ring. Le dolía cada palmo del cuerpo después de los incontables golpes de Feliz. Si hubiera habido un juez, habría levantado el brazo del boxeador puertorriqueño. Lo que Max tenía en su contra en forma de rapidez y técnica lo compensaba con más alcance, más masa muscular y más tozudez. El sudor formaba charcos ante los pies de los dos púgiles.

—Eres más duro que el pedernal, vikingo.

Max se echó a reír.

—¿Un último asalto?

Feliz negó con la cabeza.

—Un asalto más y uno de los dos acabará mal de verdad. Dime: ¿con qué me estoy peleando esta tarde?

—¿Es que no conociste a ningún submarinista sueco en San Juan?

Feliz soltó una risotada.

—Con el submarinista me las he visto aquí muchas veces. Ahora me parecía que estaba peleando con un demonio. ¿Qué diablos te pasa?

Max recordó la conversación con Sofia Karlsson y el profesor de la Universidad de Tartu. El demonio. Lietuven, así se llamaba. El demonio que torturaba a hombres y a animales por las noches. Que los paralizaba mientras

dormían.

Pensó en ese gen de su línea paterna que debilitaba las neuronas en el lóbulo frontal.

—No quieres saberlo, Feliz.

—De acuerdo, como quieras. —Feliz se puso de pie con esfuerzo, cruzó el ring y le estrechó la mano—. Cuídate. Nos vemos pronto.

Feliz apagó las luces del viejo local de boxeo cuando Max abrió la puerta y salió a la oscuridad de la calle Frejgatan. Tenía los brazos hechos polvo: la puerta casi le resultó demasiado pesada al abrirla. Respiró hondo y recorrió la calle Norrtullgatan a paso lento, con las piernas cargadas de ácido láctico. Cruzó el patio de las viviendas con servicios especiales de Frejgatan hasta llegar a Surbrunnsgtan y llegó al gran patio rodeado de las vallas de construcción de las obras de reforma que allí estaban realizando.

Oyó a su espalda unos pasos rápidos, pero después del duro entrenamiento con Feliz se sentía lento y no pudo percibir más que una sombra negra antes de que el golpe con un objeto grande y pesado lo derribase.

Durante un instante no percibió nada. Tenía la mejilla y la boca ensangrentadas y llenas de arenilla. Unas figuras negras bailaban a su alrededor. Se dio cuenta de que rebotaba contra el suelo de las patadas que recibía en el cuerpo. Y entonces sintió el dolor y empezó a toser.

Logró ponerse boca arriba. De cara al cielo. Las estrellas eran tan intensas y brillantes como solo pueden serlo en el mes de agosto. Le costaba tomar aire.

Apoyó las palmas en el suelo y se impulsó hacia arriba; luego creyó intuir la sombra de varias espaldas que se alejaban. Percibió el chirriar de los frenos de un coche que se detuvo a su lado, tan cerca que creyó que podría alargar la mano y tocarlo. Pero volvió a caer al suelo.

Se abrió la puerta del coche y se oyeron voces agitadas.

Y todo se esfumó a su alrededor.

Sofia aún podía sentir la mirada de Schiller cuando se sentó en una de las minúsculas cabinas que utilizaban para llamar por teléfono con algo de intimidad.

—Estoy en Ingarö —dijo Thornéus—. Los bomberos llegaron primero. Acudieron a una llamada de emergencia de una cabaña de veraneo que se había incendiado y dejaron que terminara de arder. Luego avisaron a la policía. Primero trataron de localizarte a ti y luego a uno de tus colegas, quien dijo que estabas ocupada pero que seguro que querrías que me ocupara yo. En cuanto llegué traté de llamarte, porque pensé que querrías ser la primera en saberlo.

—Joder, no me digas que tenemos otro.

Sofia había albergado en su interior una desagradable sensación desde el mismo instante en el que había visto las llamadas perdidas.

—Tenemos un cadáver completamente quemado. Lo sumergieron en gasolina antes de prenderle fuego.

—Por Dios... —dijo Sofia—. ¿Se han encontrado las mismas marcas?

—Sí. La piel está quemada, pero se distingue en la frente el número siete grabado al lado de algo que parece un sol. En el pecho hay símbolos parecidos. Para asegurarse, por si no descubríamos las marcas del cuerpo, el agresor ha colgado en la verja una rueda de bicicleta ardiendo que representa un sol. Al lado de la verja hay un buzón adornado con un siete. No creo que tengamos que esperar al análisis técnico para constatar que nuestro hombre



ha vuelto a actuar.

—¿Cómo se llama la víctima, lo sabes?

—No lo han identificado todavía. El apellido del buzón es Wass.

*Örebro, enero de 1946*

Ozols se despertó cuando las puertas se abrieron de golpe. Un pastor alemán enorme entró corriendo. Los ladridos eran tan fuertes que retumbaban en toda la sala del hospital. Antes de que comprendiera lo que estaba ocurriendo, la sala se inundó de policías vestidos de negro que se colocaron junto a cada cama en grupos de tres.

Él se incorporó tranquilamente y miró a uno de ellos a los ojos.

«Así que ya es la hora. Al valle de las sombras de la muerte. No siento ningún temor.»

A su alrededor «los de negro» iban agarrando a sus hermanos de los brazos y las piernas y los sacaban de allí a rastras. Ozols bajó de la cama y se puso de pie. Aún sentía las piernas inestables, pero había recuperado parte de la fuerza.

—¿Me guiais? —les dijo.

A pesar de que no entendían su lengua, comprendieron lo que quería decir y se pusieron en marcha hacia la salida del hospital de campaña de Örebro, con Ozols en el centro, rodeado de un muro humano de seis hombres. Puesto que, a diferencia de los demás, Ozols no oponía resistencia, lo dejaron caminar libremente mientras conservaba íntegra la dignidad.

En el patio vio alineados a los médicos, los mismos que habían prometido que no los entregarían. A su lado estaba la enfermera Wass, que había

ejecutado todas las órdenes procedentes del poder en Estocolmo. Ozols escupió al suelo al pasar ante ellos.

La última de la fila era Anna. Tenía la cara desencajada en una mueca que Ozols sabía que no olvidaría jamás. No era la única que lloraba, pero sus lágrimas parecían socavarla por dentro. Él le hizo un gesto.

«Sé fuerte. Volveremos a vernos.»

Uno de los jefes de «los de negro» los contó antes de que los metieran en los autobuses. Ozols advirtió que se le notaba que algo no iba bien. Miró a su alrededor, contó para sus adentros y repitió los nombres de sus hermanos. Siguió la mirada escrutadora del policía.

Al otro lado de la alambrada de espino se encontraba el cementerio provisional que los suecos habían dispuesto para ellos. Aquellas cruces delgadas, blancas y torcidas marcaban los lugares donde habían recibido el descanso eterno algunos de sus hermanos, los que habían caído durante la huelga de hambre.

Un sonido pertinaz surgía del jardín vallado. Había dos de «los de negro» en torno a un trozo de madera que se encontraba en el suelo. Uno de ellos apartó la madera, el otro alargó un brazo y sacó a Normunds del pozo excavado. Su cuerpo temblaba sin cesar. Parecía más un animal que una persona.

Ozols pensó en el terrible trauma que había vivido Normunds durante la huida a Suecia. Y la promesa que le había hecho después de que los otros se dispersaran.

Normunds le dijo que no pensaba ir con él a Rusia. Que había oído historias de lo que les ocurría a los hombres que no eran lo bastante fuertes para superar la vida en los campos de trabajo, aquellos a los que llamaban «perdidos», que deambulaban por ahí durante el día en el invierno ártico, vestidos solamente con la ropa interior después de que sus cuerpos hubieran

perdido la sensibilidad, que merodeaban por los bidones de basura buscando ratas o cabezas de pescado que chupar. Normunds se negaba a convertirse en uno de ellos.

Al ver a Normunds colgando de los fuertes brazos de los policías suecos, Ozols comprendió que ya era uno de ellos. Allí, en Suecia. Por el trato que les daban en los campos suecos.

Los policías arrastraron a Normunds hacia los autobuses que aguardaban. Él deslizó algo que llevaba sujeto en el interior de la manga de la camisa. Un reflejo alcanzó a Ozols cuando los rayos del sol invernal incidieron en el fragmento afilado y reluciente de un espejo roto.

El policía que había detrás de Normunds advirtió el objeto, le agarró la muñeca y lo obligó a soltar el cristal.

Ozols aprovechó que los policías que lo rodeaban miraban hacia donde se encontraba Normunds. Echó a correr alejándose del autobús y se apresuró hacia su compatriota. Arrolló al policía que tenía el fragmento de cristal en la mano y lo derribó. El otro policía soltó a Normunds para coger la porra, pero no alcanzó a sacarla antes de que Ozols también lo derribara.

Ozols le puso a Normunds la mano en la mejilla y lo miró a los ojos. A Normunds le temblaba todo el cuerpo, cerró los ojos y asintió.

«Adelante, hazlo.»

Con la mano libre, Ozols acercó el fragmento de cristal a la carótida de Normunds y en el preciso instante en que un policía lo agarraba, lo introdujo en el cuello de Normunds hasta que la sangre empezó a brotar y coloreó de rojo la nieve que cubría el suelo.

Viernes,  
18 de agosto

El humo blanco ascendía serpenteando desde un montón de cenizas grises, elevándose hacia el cielo del amanecer. Sofia había recorrido lo que quedaba de la base de cemento y lo que había sido la cabaña de veraneo de una familia, pero que ahora se había convertido en algo muy distinto. El escenario de un crimen, así lo llamaban sus colegas, que iban y venían de un lado a otro entre el edificio, los coches de policía y la tienda blanca que habían montado los técnicos. Ella estaba junto a la verja, en el camino, y observaba el conjunto a distancia. A ella no le parecía el escenario de un crimen, sino un crematorio prehistórico.

Carpelan salió de un coche y empezó a caminar hacia ella. De la parte trasera del mismo vehículo salió Tomas Schiller, el secretario de Estado del Ministerio de Justicia.

—¿Cómo estás? —saludó Carpelan cuando llegó a su lado.

—Yo bien —dijo Sofia—. La familia Wass está peor.

—¿Qué demonios se supone que es esto?

Carpelan señalaba la rueda de la bicicleta que estaba colgada del único poste de la verja que quedaba en pie.

—Es una rueda de bicicleta. De veintiséis pulgadas, diría yo.

Carpelan sintió un escalofrío en la tibia mañana de agosto.

—Pero ¿de qué va esto? —dijo—. Por lo que sé, este era un tío normal y corriente, ¿no? Ningún alto cargo estatal ni nada parecido.

—¿Podemos partir de la base de que no es el Estado ruso el que está detrás

de todo esto? Aunque solo sea entre nosotros. No tengo ningún interés en seguir perdiendo un tiempo valiosísimo.

Carpelan miró un instante a su espalda. Schiller estaba hablando con Thornéus, el técnico criminalista.

—Se ve que los técnicos también han encontrado aquí huellas dactilares y rastros de ADN —afirmó.

—¿Goga Golubkin? —dijo Sofia negando con la cabeza—. ¿Por qué iba a meterse en esto un agente ruso?

Carpelan se le acercó un poco más.

—Vale —susurró—. ¿Qué habéis averiguado Max y tú?

—Localizamos a una catedrática de Semiótica de Tartu, en Estonia. Nos facilitó una serie de aclaraciones sobre estos símbolos. —Señaló la rueda de bicicleta—. Este es el mismo que hemos encontrado en el cadáver. Creo que se trata de un símbolo de la mitología báltica. Un dios del Sol o algo parecido.

—¿Un dios del Sol? —dijo Carpelan—. ¿Y por qué habrá concitado la familia Wall sus iras?

—Eso no lo sé.

Carpelan volvió a mirar hacia los demás hombres.

—No creo que dispongamos de mucho tiempo. ¿Qué es lo que sabes en realidad? ¿Qué te impulsó a llamar a una catedrática de Estonia?

—Seguimos la pista de los símbolos. La Universidad de Tartu tiene un departamento puntero en simbología.

—¿Por qué no llamasteis a una universidad de Estados Unidos o de Inglaterra?

—En casa de Maj-Lis Toom encontramos una vieja esclava nazi que, con toda probabilidad, perteneció a un legionario letón, es decir, un letón que se adhirió a los nazis voluntariamente.

—Ya sé lo que es un legionario, Sofia.

—La pulsera nos condujo a una organización semisecreta de la Segunda Guerra Mundial que en Suecia recibió el nombre de Guardia Odal, una colaboración entre el gobierno sueco y la Alemania nazi. Maj-Lis Toom huyó a Suecia desde Estonia. A los descendientes de suecos los trasladó clandestinamente la Guardia Odal, mientras que a los demás les prohibieron abandonar el territorio. A muchos los hicieron prisioneros, a otros los ejecutaron.

—¿Podemos trasportarnos a la época actual?

Carpelan se retorció de impaciencia, alternando la mirada entre ella y los colegas que se encontraban a unos metros.

—Por parte de Suecia, la organización la dirigía el C-byrå.

Sofia señaló a Tomas Schiller.

—¿El C-byrå? —dijo Carpelan—. Pero ¿cómo demonios conectas eso con esto? —Señaló la casa carbonizada.

—La catedrática de Estonia nos dijo que han empezado a usarse los viejos símbolos bálticos, entre otros ámbitos, en lo que se llama el Tercer Despertar Nacional, es decir, entre nacionalistas extremos.

Schiller y Thornéus se les acercaban y Carpelan se volvió para recibirlos. Pero le lanzó a Sofia una última mirada.

—De acuerdo —dijo—. Max Anger y tú podéis seguir por donde estabais indagando e informadme en cuanto consigáis algo.

Teniendo en cuenta el ritmo de los últimos días y lo poco que había dormido, le pareció que había transcurrido una eternidad desde que Max y ella llamaron a la Universidad de Tartu. Había algo extraño en el comportamiento de su jefe, en el juego que se veía obligado a llevar a cabo con el secretario de Estado. ¿Cuánto tiempo llevaba notando que había algo extraño en aquello? ¿Desde el principio?



«El C-byrå. El predecesor de la Säpo.»

Sofia no comprendía la envergadura del juego que se estaba desarrollando en los despachos en los que se desenvolvía Carpelan. Pero comprendía que no era la única que creía que algo extraño estaba pasando en los pasillos del poder.

Charlie Knutsson abrió los ojos. Las sábanas de la cama del hotel Radisson Blu Royal Garden eran suaves y agradables. Estaba tan cansado cuando llegó, a pesar de que no era demasiado tarde, que se durmió en la cama viendo la CNN.

El sol de la mañana entraba por las finas cortinas de color blanco del hotel. Alargó el brazo en busca del teléfono que tenía en la mesilla de noche. Por Dios, treinta y seis llamadas perdidas. Veintidós mensajes. Los fue pasando para verlos. Salvo algunas excepciones, todos eran felicitaciones de cumpleaños. Cuatro mensajes de Sarah. Leyó el último.

«Charlie, estamos preocupados por si te ha ocurrido algo. ¿Podrías llamarme o llamar al despacho lo antes posible?»

¿A qué se debía aquel grado de preocupación creciente? Le había dicho a Sarah que no quería celebraciones en su cumpleaños.

Pensó en los sucesos de la última semana. El contacto de Londres. La zozobra por la magnitud de las maniobras rusas. La señal de estrés que habían detectado.

El domingo hizo lo que le habían pedido. Dirigió la iniciativa y tomó el control de las actuaciones del Ministerio de Defensa, antes de que se le presentara la oportunidad a otro. Al final no hubo ninguna operación sueca, por suerte. Era de capital importancia que ninguna fuerza de salvamento sueca bajara al fondo marino y viera los daños del *Kursk*.

Pondrían en riesgo un peliagudo acuerdo entre los presidentes Clinton y

Putin.

¿Lo habría descubierto Sarah?

«Era por nuestro bien —pensó Charlie—. Por aquello que todos perseguimos. Siento no haberte podido involucrar en ello.»

Lo mejor era que se mantuviera apartado de Sarah y Max un tiempo. Hasta que todo hubiera pasado.

Apartó las cortinas y contempló la hermosa vista del río Nidelven y de Trondheim. Aquí todo le parecía más tranquilo. Nada de huir de un asesino que los amenazaba, nada de histerias por parte de la prensa. Ninguna amante que ponía impedimentos a sus planes se le metía en la cama. «Tal vez haya que tomarse en serio lo de la edad —pensó—. Tal vez no sea bueno para el corazón de un hombre viejo relacionarse con gente como Anastasia Friedenberga.» Sonrió ante los recuerdos que le venían a la cabeza. Sintió cómo el pene se le llenaba de sangre y se endurecía.

Vio su reflejo en el gran espejo que había sobre el escritorio, en su *superior room*. «Oficialmente, ya eres un hombre mayor, *Charlie boy*.» Que había entrado en la tercera y última fase. Tendría que procurar darle buen uso.

La reunión con la persona de contacto sería en el vestíbulo dentro de una hora. Tenía el tiempo justo de ducharse y desayunar. Y luego, se vestiría para unos días en alta mar.

Quizá no era justo con Sarah, pero Charlie no quería correr ningún riesgo. Seguro que, con el tiempo, podría conseguir que aceptara que se hubiera tomado ciertas libertades precisamente ese día.

Solo se cumplían setenta una vez en la vida.

Kandinski se había visto obligado a detenerse y descansar cuando cruzó Åre y la frontera noruega. La cabaña de Ingarö se habría carbonizado hasta los cimientos, seguro. Y con las llamas habría dejado la vida terrenal otro ciudadano sueco.

El siguiente de la lista era aquel hombre mayor que ahora mismo se tomaba un caro desayuno en su habitación de hotel. Kandinski volvió a sentir cómo el calor le llenaba el cuerpo. Aquello era lo más delicioso de su venganza, que nadie la veía venir.

No cabía la menor duda de la culpa con la que cargaban, solo que no eran conscientes de ella. Y las personas así no podían defenderse ni advertir a nadie. No podían recibir ayuda.

Kandinski repasó las instrucciones precisas que le habían dado por teléfono: «Aparca el coche. Deja todas las cosas dentro. Alguien se encargará del coche y de todo lo demás».

La pesada maleta que había en el maletero no debía quedar nunca sin vigilancia, ese era el plan. Kandinski era responsable de vigilarla de vez en cuando, de que el tictac del mecanismo de relojería funcionara como esperaban. Las nuevas instrucciones para lo que iba a suceder allí, en aquel lugar, eran una excepción. Pero Kandinski no albergaba ninguna duda. Sabía que el hombre que lo había llamado nunca hacía nada apresurado o irreflexivo. La maleta seguiría estando en buenas manos.

El mismo hombre que le había facilitado las nuevas instrucciones había

llamado anticipadamente al *Seaway Eagle* presentándose como el capitán primero Sharov, del alto mando de la Flota del Norte en la base naval de Severomorsk. A Kandinski no le supondría ningún problema subir a bordo y culminar su siguiente obra.

«El número seis.»

Bajó la visera del coche y se observó otra vez en el espejito. Se ajustó el cuello del uniforme y la gorra. Una vez satisfecho con lo que veía, abrió la puerta y salió del vehículo.

Desde el umbral del piso superior de la casa familiar de Arholma, Max veía a Josephine Anger sentada en el borde de la cama, de espaldas a él, mirando a ninguna parte frente a la puerta de madera oscura del armario que tenía delante. Llevaba el camisón celeste y blanco, y parecía frotarse las manos. Se volvió y miró hacia la puerta. Estaba totalmente serena. Aún no tenía el rostro estragado, era antes de las arrugas, las ojeras, antes del alcohol y el cáncer. Antes de que se hubiera iniciado la búsqueda en pos de la verdad. Tenía la misma edad que Pashie. Hermosa, relajada, dispuesta a afrontar un día sin preocupaciones.

—Algunos de los mayores líderes de nuestra historia han sufrido demencia. Roosevelt, Kekkonen, Stalin —dijo Josephine Anger—. Eso no tiene por qué significar el fin.

Max abrió los ojos. Tenía la espalda completamente helada. Estaba tumbado sobre una superficie dura y rugosa. Le habían puesto algo blando bajo la cabeza.

La luz fría de los tubos de neón que tenía encima le ardía como lava caliente en las retinas. ¿Estaría en una mesa de operaciones? Se estremeció y trató de incorporarse, pero sintió como si le quemara el estómago y tuvo que volver a tumbarse. El dolor se le extendió por todo el cuerpo. Donde más lo acusaba era en el pecho y en algún punto de la cara. Luego notó el dolor

pulsante de la frente. ¿Con qué lo habrían golpeado? ¿Con una barra de hierro?

Volvió la cabeza para tratar de forjarse una idea de dónde se encontraba. Pero entonces apareció el mareo, más acusado que el que había sentido últimamente. Tuvo que quedarse totalmente inmóvil, con los ojos cerrados.

Una voz le hablaba. Max no era capaz de entender lo que decía. Solo eran sonidos extraños. El hombre volvió a decir algo y Max cayó en la cuenta de la lengua en la que hablaba. Ruso.

Notó el roce de una mano y abrió los ojos. Un joven con una cazadora negra de piel y el pelo rubio cortado a cepillo lo agarró por debajo de los brazos y le ayudó a levantarse. Max hizo una mueca. Se agarró las rodillas con las manos para mantenerse derecho; los pies le colgaban en el aire. Se dio cuenta de que estaba sentado en una mesa.

Otro hombre con una cazadora similar pero con el pelo más oscuro se le acercó con una taza de un líquido humeante. Max cogió la taza y le pusieron una manta sobre los hombros.

—Dejadnos —dijo la voz.

Los dos jóvenes dejaron la sala. Max los siguió con la mirada y vio que las paredes eran de cemento. El techo era de piedra rugosa. Estaba en un cuarto subterráneo en el interior de una montaña. No se veía a la persona que hablaba. El sujeto se encontraba en algún punto al que no llegaba la luz.

—Hablas ruso —dijo Max.

—Igual que tú, Max Anger —replicó el hombre.

—¿Dónde estoy?

—En Solna.

A diez minutos en coche del club de boxeo. Trató de recrear las imágenes borrosas de lo que había ocurrido desde que se despidió de Feliz. Alguien lo había derribado y lo había pateado. Luego, el ruido chillón de los frenos de

un coche.

—Me has salvado.

—Necesitabas que alguien lo hiciera —dijo el hombre.

—¿Quiénes eran?

—Iban enmascarados. No hemos tenido oportunidad de averiguarlo.

El hombre salió de las sombras. Un buen corte de pelo. Ropa elegante algo suelta que escondía un físico muy bien entrenado.

—Me llamo Papanov —dijo el hombre.

Max se llevó la mano a la frente y se tocó la hinchazón. ¿Dónde había oído ese nombre antes?

—¿Qué hora es? —dijo.

—Por la mañana, muy temprano. Te han examinado las lesiones. Has estado durmiendo. Debes ir a un médico para que te vea.

—Vale, gracias por ayudarme. ¿Puedo irme ya?

Aparte del sabor a sangre y a ácido, Max notaba un tercer regusto en la boca. ¿Qué le habrían dado? Tomó un trago del contenido humeante de la taza. Té ruso. *Chai*.

Papanov se sentó en la mesa, al lado de Max.

—Tenemos alguna que otra cosa de la que hablar.

—Antes quizá deberías contarme por qué nos encontramos en una caverna de Solna. En un refugio subterráneo sueco.

—Estás en contacto con la policía sueca. Con una tal Sofia Karlsson, de homicidios de la policía judicial.

Max no respondió.

—Ha estado reunida con sus superiores, que, a su vez, lanzaron una convocatoria extraordinaria a representantes de las distintas unidades policiales y también a militares de los servicios de inteligencia suecos. Y tú sabes de qué están hablando, ¿verdad?



—¿Por qué iba yo a saber tal cosa?

—Vamos, Max. Te hemos salvado la vida. Y después de esta conversación, te dejaremos ir. Podrías mostrar algo de respeto y de gratitud, ¿no?

Max pensó que debería sentirse agredido, pero no era así. Estaba tranquilo. Papanov no era amenazador. Pero quizá aquella calma dependía solamente del agotamiento.

—De acuerdo, creo que están hablando de ti —dijo Max.

—Pues yo no —repuso Papanov—. Me parece que están hablando de uno de mis colaboradores. Un hombre llamado Goga Golubkin.

—No lo conozco —dijo Max.

—No, y nunca lo conocerás. Tampoco Sofia Karlsson.

—No subestimes a la policía. Pesa sobre él una orden internacional de busca y captura y ya hay una en Suecia. Todos los coches de policía del país llevan un retrato robot suyo.

—Pensar que él o que cualquier otro ruso está detrás de los asesinatos que se están cometiendo en Suecia es tan ingenuo como la idea de que estemos detrás del atentado de Riga, donde salieron perjudicados nuestros hermanos y hermanas. Es un insulto.

¿El atentado de Riga? ¿El del Centrs? Max no reveló lo que estaba pensando. Esperaba que la conversación con el DISS aclarase a qué se refería Papanov.

—Tú te has forjado una idea del asunto —dijo—. La justicia sueca se ha propuesto hacer lo mismo.

Papanov se abrió un poco la americana y sacó un sobre del bolsillo interior.

—¿Has visto el retrato robot?

Max negó con la cabeza. Papanov le dio un folio con un dibujo. El hombre

del retrato tenía el pelo algo largo, la nariz aguileña y barba de tres días.

En una casilla debajo del retrato se leía que no hablaba sueco, que tenía un acento muy marcado en inglés, que medía metro ochenta, lucía el pelo corto, rizado y castaño oscuro, solía llevar un pañuelo o cualquier otra cosa que le cubriese el cuello. Y que calzaba un 44.

—¿Qué análisis haces tú, Max?

Este lo miró. No le gustaba cómo se dirigía a él Papanov, como si fueran viejos conocidos. Miró otra vez el papel. No tanto el retrato en sí, que era bastante anodino. El texto, en cambio, decía mucho más.

—Hay muchos datos que encajan —dijo Max—. Como que un tipo como Goga no hable sueco.

Papanov asintió.

Max no tuvo que enumerar el resto de los datos que no encajaban. La barba corta, el pelo rizado y lo que se suponía que eran tatuajes en el cuello.

Papanov sacó otra fotografía.

—Este es Goga Golubkin.

Goga tenía el pelo rubio, mucho más corto, era compacto como un carro de combate, con los rasgos definidos y la mirada de acero.

—Número de pie, cuarenta —dijo Papanov—. Cabría esperar que la Interpol y la policía sueca hubieran reparado al menos en esa diferencia.

—Por lo que al pie se refiere es fácil equivocarse en uno o dos números. La policía tiene su ADN y sus huellas dactilares. Eso basta para enviarlo a la cárcel una buena temporada.

Papanov volvió las hojas. En el reverso había otra imagen.

—Esta es la misma persona, después de la explosión del Centrs. No es fácil reconocerlo, pero esa capa rosa de ahí, la que se ve al lado de ese congelador carcomido, es su barriga después de que la piel quedara arrancada. Lo que cuelga son los intestinos. Eso negro que se ve ahí es su cara carbonizada.

Max tragó saliva.

—Quieres que le lleve esta foto a Sofia Karlsson. ¿Es eso? ¿Queréis quedar libres de sospecha?

—Sé que se está hablando mucho en los periódicos sobre la nueva Rusia y la supuesta amenaza que representamos. —Papanov retiró la fotografía—. Pero todo eso nos da igual. Podéis temernos si queréis. Para mí se trata de otra cosa.

—¿De qué?

—No vas a dejar este asunto hasta que el asesino esté entre rejas, ¿verdad? Tienes tus razones. Al mismo tiempo, sabes que la policía sueca está dando palos de ciego.

«¿Mis razones?», pensó Max. ¿Acaso Papanov conocía la existencia de Maj-Lis? ¿Sabría dónde se encontraba Charlie? ¿Y si estaba en peligro? Decidió no entrar en aquello que era importante para él. Podía muy bien tratarse de una trampa.

—¿Por qué no crees que la policía conseguirá resolverlo? —dijo.

—Rusia y Letonia no son los únicos países en los que la policía está dirigida políticamente.

—No puedes comparar Suecia con Rusia o Letonia.

—Trabaja con nosotros, Max. Podemos ofrecerte recursos. Podemos encontrar al cerdo que le hizo esto a mi compañero y a la mujer que fue tu profesora. Cuando lo hagamos, suplicaré de rodillas poder cumplir cadena perpetua en una prisión sueca.

Max miró a Papanov a los ojos. Hablaba en serio.

—Gracias otra vez —dijo—. Prefiero trabajar solo. Pero estoy convencido de que volveremos a vernos y de que me tendréis vigilado.

Papanov sonrió.

—Sí —replicó—. Parece que necesitas protección.

Max hizo una mueca cuando se deslizó para bajarse de la mesa al suelo. Llevaba el chándal que se había puesto después del entrenamiento de boxeo la noche anterior. La sudadera estaba llena de sangre. Rebuscó en los bolsillos sus pertenencias. Encontró el reloj, las llaves y el móvil. No le faltaba nada. Pero en uno de los bolsillos había una cajita cuadrada.

—He metido ahí tu medicina —dijo Papanov—. Ya te hemos administrado una dosis. Espero que sea la correcta.

Ese era el sabor que tenía en la boca, pensó Max. Le hizo un gesto de agradecimiento a Papanov y se dirigió a la salida. Estaba a punto de empujar la puerta cuando el ruso dijo:

—En el interior de la caja encontrarás un número de teléfono donde podrás localizarme siempre.

Los viajeros matutinos del tren procedente de Märsta trataban de no mirar a Max. Se había subido en la estación de Solna, que estaba a un breve paseo de Ballongberget. Poco después de que el tren arrancara, entraron en un túnel, y Max se vio reflejado en la negrura de la ventanilla. Tenía el pelo lleno de sangre reseca, una especie de gelatina se lo mantenía de punta. Debajo del ojo derecho presentaba un buen moretón. Se le había hinchado la mejilla. Y tenía una rozadura en la barbilla.

El dolor aumentaba con los tirones y las sacudidas del tren. No se atrevía a pensar en el aspecto que tendría el cuerpo bajo la ropa. Le dolían sobre todo el pecho y una de las costillas. Era mejor no sentarse. Si lo hacía, no tendría fuerzas para volver a levantarse.

Llevaba la cajita en uno de los bolsillos. La sacó y leyó «Alprazolam». El sabor metálico le resultaba familiar. Al igual que la sensación de relajación del cuerpo. Faltaban dos pastillas en el blíster. Era el doble de la dosis diaria recomendada. No tenía ningunas ganas de sentir con toda su fuerza la conmoción traumática y el dolor un día entero más. Cogió otra de aquellas pastillas azules de forma convexa y se la tragó. Enseguida eliminó la acidez y una nueva oleada de calor y adormecimiento se le extendió por el cuerpo. Levantó la mirada y vio a un hombre que no le quitaba el ojo de encima. El hombre se volvió hacia la ventana y el sol que iba subiendo por Karlberg.

Max recorrió como si estuviera adormecido la Estación Central, haciendo caso omiso de todas las miradas y los murmullos. La gente se apartaba en

cuanto lo veía acercarse. Nadie trató de impedirle que se colara en el metro, en la línea roja. Cuando entró en el vagón se apoyó en la barandilla y consiguió dormirse antes de que el vagón frenase y la gente tratara de pasar a su lado sin acercarse demasiado.

Se bajó en Karlaplan. Cogió la primera salida que encontró y fue a parar a la parte de la calle Valhallavägen que no le interesaba. Llegó a Banérgatan y, desde la iglesia de Gustav Adolf, vio un cartel: «La embajada de Letonia presenta al mundialmente famoso Coro Nacional Letón en un concierto matinal, el viernes 18 de agosto».

Levantó la vista hacia el parque, que se llamaba igual que la iglesia. Las puertas estaban abiertas. En el interior del templo se oía el coro.

Sentía oleadas de dolor en las sienes y le ardían las costillas. Delante de la iglesia había un soporte con los programas. Cogió uno, volvió la hoja y vio el nombre que figuraba en la primera de las obras que interpretaría el coro. Notó que se le aceleraba el pulso.

Max le dio la vuelta a la hoja. Allí figuraban los nombres de los organizadores. Los apellidos de los hombres terminaban en «s»; los de las mujeres, en «a». Encontró el que buscaba: «Anastasia Friedenberga». La mujer que parecía tener una relación especial con Charlie Knutsson.

El florero en la ventana de la casa de Värmdö.

«Tasenska.»

Max había estado pensando en lo inusual del nombre. Había oído hablar de una persona a la que llamaban Tasenska, pero era un salto demasiado grande en sus razonamientos. No pudo relacionarla y pensar que se trataba de la misma mujer.

La fotografía que faltaba en la casa de Maj-Lis. Una imagen de ella y de su amiga de la infancia, las dos juntas en una hamaca.

A esa amiga la llamaban así, Tasenska.

Y Tassenka era el diminutivo ruso del nombre de Anastasia.

Recordó el monótono tintineo de una cajita de música que había en casa de los Marklund. Pashie preguntó si había oído esa música antes. Le dijo que para ella era la melodía más hermosa del mundo. Él respondió que sí, en casa de Maj-Lis Toom. Se la había enseñado su amiga.

*Aija, zuzu.* La iban a interpretar allí. Aunque, según el programa, todas las piezas eran letonas.

«Pero ese no es el país correcto. Maj-Lis huyó de Estonia.»

Sofia Karlsson se lo dijo al principio y le pareció una afirmación inane. Max la obvió como un simple error que achacó a que Sofia Karlsson no sabía mucho sobre los países vecinos del Este. Ahora parecía más bien que entonces había hablado su intuición, sus palabras habían sido de lo más relevante.

Había algo en la investigación de la muerte de Maj-Lis Toom que no encajaba. Siempre salía a relucir el país equivocado.

¿Letonia?

¿Maj-Lis y Anastasia?

Se volvió, abandonó el paso lento y empezó a correr con moderación. Apretó las mandíbulas. Cada paso era como una cuchillada.

Las luces estaban apagadas y la alarma del despacho, activada. Max la desconectó y entró arrastrándose en la oficina que compartía con Pashie, se quitó la ropa sucia y ensangrentada, sacó ropa limpia que guardaba allí y se dirigió al cuarto de baño.

Se miró en el espejo totalmente iluminado. Tenía el cuerpo entero cubierto de manchas negras, azules y moradas, alternándose como si fuera mármol italiano. Tocó con la mano la hinchazón de la mejilla, lo que le envió un

proyectil de dolor por toda la nuca.

Se metió en la ducha y dejó que el agua helada lo enjuagara y lo despertara del todo.

Papanov había hablado con él como si fuera un viejo amigo. Le proporcionó el medicamento. El suyo. ¿Cómo podía saber qué clase de benzodiacepinas solía tomar? ¿Estaría al corriente de su predisposición genética?

«Algunos de los hombres más poderosos de la historia tenían la misma predisposición.»

Era como el juego del gato y el ratón. Y él no era el gato.

De vuelta en su despacho, Max leyó los lomos de los archivadores que había en la estantería. Se detuvo ante uno en el que se leía «1996», lo abrió y lo hojeó hasta el final. Allí estaba la carta que habían enviado a Vektor desde el despacho del alcalde de San Petersburgo, en la que se los informaba de que eran culpables de acciones de espionaje ilegales y que se les imponía la prohibición de viajar a la Federación Rusa. Firmado por el jefe del Comité de Relaciones Exteriores de San Petersburgo, Vladímir Vladímirovich Putin. Junto al nombre del nuevo presidente se encontraba otro al que no habían prestado tanta atención en su día, pero que ahora suscitaba idénticas preguntas. El jefe de la unidad móvil para operaciones especiales de la ciudad en el seno de la policía.

«Mijaíl Papanov.»

La unidad móvil de San Petersburgo había reforzado recientemente su celeberrimo estatus después de haber realizado una *zachitska*, una operación de limpieza en Aldi, un pueblo de Grozni, la capital de Chechenia. Al menos sesenta civiles habían muerto masacrados y seis mujeres habían sido víctimas de una violación brutal. Al comprobarse que las autoridades rusas eran incapaces de identificar y castigar a los responsables, el suceso suscitó el



interés del Tribunal Europeo de Estrasburgo, que sopesó la idea de juzgar el caso según la Convención Europea de los Derechos Humanos.

Max cogió el auricular del teléfono de sobremesa y llamó a casa. Cerró los ojos al oír la voz de Pashie.

—Me han agredido —dijo—. Y creo que tú también puedes estar en peligro.

—¿Qué dices? Pero ¿estás bien?

—Sí, pero lo saben todo sobre nosotros, dónde vivimos... Puede que te persigan a ti también. ¿Puedes ir a algún sitio donde estés segura?

—Pero tengo que verte antes. Voy al despacho.

—No, no vengas aquí. No me voy a quedar.

—Max, pareces...

—Ya hablaremos más tarde. ¿Puedes refugiarte en algún sitio?

—Sí, puedo ir a casa de Malin y Ola.

—Bien, pues haz eso. Luego te llamo.

Cuando Max volvió a la iglesia de Gustav Adolf una mujer le salió al encuentro. Parecía preocupada, pero no tan asustada como las personas con las que se había ido cruzando camino de la oficina.

—El concierto no tardará en terminar —dijo.

Él le estrechó la mano.

—No pasa nada, solo quería escuchar unos minutos.

Max se sentó en la última bancada de la iglesia. Una alfombra de color rojo claro cubría el pasillo central. Al fondo estaba el coro letón. Delante de la primera fila había unas mesas de madera con vasos llenos de agua. Los componentes del coro entonaban dulces melodías en un espectro de voces que, con los vasos, creaban una imagen sonora que no se parecía a nada de lo

que Max hubiera oído antes en su vida.

Se quedó sentado inmóvil y se dejó envolver por la música. En su maltrecha cabeza comenzó a unir las piezas del rompecabezas. Ahora, por fin, empezaban a encajar en su sitio.

Maj-Lis Toom. La vieja pulsera nazi. El centro comercial Centrs. Los símbolos de los dioses bálticos. Los rusos buscaban al mismo hombre que la policía sueca. Un hombre que marcaba a sus víctimas con símbolos de dioses y cifras.

La música cesó y Max se puso de pie. Salió sigilosamente del banco, se dirigió a la pared y se acercó despacio al altar. Entre quienes parecían formar parte de los organizadores, Max vio a una mujer conocida. Estaba flanqueada por dos hombres corpulentos de traje oscuro y con auriculares en los oídos. Vigilantes del Servicio General de Seguridad, la Säpo. La mujer no era otra que la mismísima ministra de Justicia, una mujer de origen letón. Los hombres la escoltaron hacia el exterior de la iglesia al mismo tiempo que Max se acercaba. Había leído recientemente algo sobre ella en el periódico. ¿No era candidata a un alto cargo en la ONU?

La mujer a la que buscaba estaba entregando un ramo de flores al director y a un par de integrantes del coro, que, supuso, debían de ser los solistas. En la cara de la mujer podía verse que había llorado. El público fue dejando los bancos y la iglesia fue quedándose vacía. La mujer seguía allí conversando con un pastor y otros miembros de la congregación. Uno de ellos se sobresaltó cuando Max se acercó y todos se volvieron.

—¿Tasenska? —dijo Max.

Ella se quedó mirándolo como petrificada.

—¿Lo conoces, Anastasia? —preguntó el primer hombre que había visto llegar a Max.

Por un instante, Max creyó ver en su cara la misma de la niña de la hamaca

que aparecía en la foto de casa de Maj-Lis Toom.

—No pasa nada —dijo ella.

—Tengo que hablar contigo. A solas.

Anastasia asintió y se retiró. Llegó hasta la puerta de la sacristía, y allí se detuvo y se volvió.

—¿Quién eres?

—*Aija, zuzu* —dijo Max—. ¿Es una canción que se canta en Estonia?

Anastasia lo miró extrañada.

—¿Por qué lo preguntas? —replicó ella.

—Una persona me la cantaba cuando era pequeño. Decía que era de Estonia, su país de origen.

—Es una canción letona. Los estonios tienen las suyas propias, que cantan en una lengua que no tiene nada en común con la nuestra. ¿Nos conocemos, señor...?

—Anger, Max Anger. Trabajo en Vektor, una organización que creo que conoces muy bien. La mujer que me cantaba esa canción me contó que se la había enseñado de niña su mejor amiga. Era una sueca de Estonia que se llamaba Maj-Lis Toom. ¿La conocías?

Anastasia cerró los ojos unos segundos.

—¿«Se llamaba», dices? —preguntó luego—. ¿Qué significa eso?

—Está muerta. La asesinaron y tengo que averiguar por qué antes de que más personas perezcan víctimas del mismo destino.

Max atrapó al vuelo a la señora antes de que diera con la cabeza contra el duro suelo de piedra. Un hombre que trabajaba en la iglesia abrió la puerta de la sacristía y ayudó a Anastasia a llegar hasta una silla, y luego le trajo un vaso de agua.

Cuando se hubo recuperado, le pidió al hombre que los dejara solos a ella y a Max.

Max se sentó en una silla enfrente de ella y se inclinó hacia delante.

—¿Tú eres la amiga que le enseñó esa canción a Maj-Lis? —preguntó.

Anastasia tomó un sorbo de agua.

—Sí. Crecimos juntas en una isla pequeña. Nos separamos cuando mis padres y yo huimos.

—Pero tú te criaste en Letonia, ¿no? ¿Quieres decir que Maj-Lis Toom no era suecoestonia?

Anastasia asintió.

—Ambas vivimos circunstancias idénticas. Su madre estaba muy enferma y se vio obligada a marchar totalmente sola. Lo que tuvo que pasar... — Anastasia parpadeó conteniendo las lágrimas—. Nunca logramos restituir los lazos de nuestra amistad herida.

—Me gustaría hablar más contigo acerca de ella. Pero ahora hay otra información que necesito saber. ¿Dónde está Charlie?

Anastasia se llevó otra vez el vaso de agua a los labios y tomó un sorbo.

—Estuviste con él anoche. Vi las flores que le llevaste, había una nota con tu nombre. Me enteré de vuestro encontronazo en la reunión. De cómo desafiaste a Charlie. A los presentes les resultó bastante obvio que habíais tenido una historia.

Max observaba a Anastasia. Parecía haber sufrido una especie de conmoción.

—Tengo que averiguar dónde está Charlie —continuó Max—. ¿Sabes algo?

Anastasia negó con la cabeza.

—No sé dónde está. Es un hombre de una integridad inquebrantable. Si hubiera querido que lo supieras, te lo habría comunicado él mismo.

Pashie encendió la lámpara de la mesilla de noche. Max le había hablado en un tono forzado, enardecido y debilitado al mismo tiempo. ¿Por qué debía esconderse? Se había despertado en plena noche y había visto que Max no estaba a su lado: desde entonces había estado despierta dando vueltas a todo tipo de pensamientos, que ahora se le antojaban egoístas. ¿Quién le habría atacado?

Se puso la bata color burdeos al tiempo que trasteaba con el móvil. Marcó un número y se llevó el aparato a la oreja.

—Hola, siento llamar tan temprano, pero me preguntaba si puedo ir a tu casa y quedarme allí unos días.

Se hizo el silencio al otro lado.

—¿Hola? —dijo.

—Es un poco inesperado —respondió un hombre con cierto acento extranjero—. Pero eres más que bienvenida.

Pashie miró horrorizada el número marcado, pero ahora vio que, por error, había llamado a uno muy anterior en la lista.

—Perdona, Denis —dijo en ruso. Se le encendieron las mejillas. «¡Mierda!»—. Me he equivocado de número.

—Es señal de buena educación no reconocer nunca una cosa así. No puedes jugar con los sentimientos de un hombre de ese modo, Pashie Kovalenko.

Pashie no sabía si reír o llorar.

—Bueno, está claro que tienes una respuesta adecuada para todo. Perdona, tengo una mañana horrible, quería llamar a mi amiga Malin Marklund, pero me las he ingeniado para marcar otro número.

—Por un instante he llegado a creer que me echabas de menos.

—La otra noche fue muy agradable. Gracias por una cena riquísima y un buen vino.

—Creo que ahora me costará volver a conciliar el sueño. Tienes que compensarme de alguna forma.

—No pienso ir a tu casa.

—Entonces deja que te invite otra vez a cenar. Ya que no vas a estar en tu casa.

Pashie quería concluir la conversación y apresurarse a hacer lo que Max le había dicho. Pero no podía colgarle así como así a su contacto en la embajada rusa.

—Déjame pensarlo. Te llamaré.

—Tendré el teléfono encendido.

Pashie colgó y se dirigió enseguida al cuarto de baño. Se había despertado destemplada y ahora se sentía aún más helada. Guardó la mitad del contenido del armario en el neceser grande y lo cerró. Respiró hondo y se miró en el espejo. Por un instante se imaginó a Denis dándose la vuelta bajo el edredón con una gran sonrisa en los labios y la cabeza apoyada en su musculoso brazo. Se imaginó el calor debajo del edredón. Meneó la cabeza para disipar aquellos pensamientos. Cogió el móvil otra vez y marcó el número al que quería llamar en un principio.

—Malin, soy Pashie. Tengo un problema. ¿Puedo ir a vuestra casa?

—Sí, claro, ¿quieres que vaya a buscarte?

—No, gracias. Cojo un taxi y voy ahora mismo.

Denis Zinóviev dejó en la mesa de la cocina el ejemplar del día anterior del diario *Izvestia*. Se había despertado temprano, como solía, se había tomado un café y había decidido ponerse al día de las noticias de su país.

Volvió a coger el móvil. Intentó pensar en alguna frase ingeniosa con la que convencer a Pashie. Habían transcurrido dos meses desde que Julia dejó Estocolmo por Moscú. «Durante el verano», ese fue el plan que acordaron, pero Denis tenía la sensación de que sería mucho más tiempo. Sentía añoranza, pero no de ella. Estaba convencido de que Julia albergaba los mismos sentimientos. Su hijo, Eduard, era el único al que querían los dos.

Denis toqueteó el botoncito que, con un simple apretón, lo devolvería a la conversación con Pashie. Pensaba en la cena en el Gondolen. Le dijo al taxi que fuera por el puente de Skeppsbron para llevarla a casa. Cuando se bajó para despedirse, tuvo que contener un fuerte impulso de besarla.

En lugar de seguir sus impulsos, recordó las instrucciones que había recibido. Papanov se daría cuenta si no se atenía a lo acordado. Y Denis no quería ni pensar en lo que ocurriría en ese caso. Marcó otro número.

—Información telefónica —dijo una voz femenina.

—Hola, quería saber el número y la dirección de Malin Marklund, Estocolmo —dijo.

—Un momento. Hay dieciocho personas con ese nombre en la región de Estocolmo.

Denis pensó en lo que le había dicho Pashie. Iba a ir allí cuando lo llamó por error.

—¿Y cuántas viven en el centro?

—Vamos a ver. Seis.

—De acuerdo, ¿me lees las direcciones, por favor?

En el despacho de Vektor, Sarah sirvió el café humeante en una taza y se la dio a Max, que estaba sentado a horcajadas en una silla de la cocina a la que había dado la vuelta.

—¿Quién crees que te atacó?

—Seguramente los propios rusos.

—¿Los que luego te salvaron? ¿Por qué demonios iban a hacer algo así?

—Eso es lo que hacen cuando quieren que alguien se les adhiera. Amenazas, dolor y, luego, la salvación, en una perfecta representación empaquetada por algún genio.

—¿Como Papanov, el colega de Putin?

Max asintió. Le había hablado a Sarah de la carta que había encontrado en el archivador aquella mañana. La que iba firmada por Papanov y Putin.

—¿Y entonces Anastasia era amiga de la infancia de Maj-Lis? ¿Y eso qué demonios implica?

—Implica que Maj-Lis era una refugiada de Letonia, no de Estonia —dijo Max—. Sofia tenía razón, es el país equivocado.

—Anastasia es una mujer muy activa, con un montón de ramificaciones. ¿Te conté que dirige el grupo de presión para acelerar la entrada de los países bálticos en la OTAN?

Max asintió. Sentía como si tuviera el cerebro suelto en la cabeza y le fuera aporreando el cráneo. Notó la punzada en las sienes y una nueva oleada de vértigo lo traspasó por completo.



—Van a colocar un muro de soldados de la OTAN en la frontera báltica con Rusia. Eso es lo único que esa mujer quiere. Si lees el resumen que el Instituto de Política Exterior ha publicado sobre la nueva política exterior del gobierno comprenderás que la agenda del gobierno sueco coincide con la de Anastasia. Y es claramente antirrusa.

—La ampliación de la UE es la prioridad máxima de Suecia en materia de política de seguridad —dijo Max—. El norte se amplía para incluir la región del Báltico. Lo que el gobierno sueco no dice, a pesar de que todo el mundo lo sabe, es que los países que solicitan la entrada en la Unión Europea piden al mismo tiempo su inclusión en la OTAN.

—Vaya, te lo has empollado, ¿no?

—Ni te imaginas lo exigente que es mi jefa.

Sarah respondió con una media sonrisa y tomó un sorbo de café.

—Max, tienes que ir al hospital.

—Ni por asomo. Tengo que llamar al DISS a la hora que hemos acordado. Papanov me mostró fotos de Goga Golubkin, el hombre al que busca la policía, hecho papilla en el centro comercial Centrs.

Sarah enarcó las cejas claramente sorprendida.

—Charlie nos pidió expresamente que revisáramos el atentado del Centrs.

Max asintió.

—El bueno de Charlie tiene que darnos algunas respuestas.

—Fue un psicólogo de una antigua prisión soviética quien llamó a la policía después de haber leído las especulaciones sobre que se sospechaba de ultras nacionalistas como autores del atentado del Centrs —dijo Ludmars Kaldenis, del DISS de Riga—. Cuando la policía comprendió de qué se trataba, se puso en contacto con nosotros.

Estaban sentados en el despacho de Sarah. Ella escuchaba en silencio la voz que surgía del altavoz del teléfono. Le habían prometido a Max cinco minutos.

—¿Y los símbolos? —preguntó Max.

—El psicólogo había tenido una larga relación con uno de los presos más peligrosos de la cárcel, un hombre que tenía el cuerpo cubierto de tatuajes. Cosas incomprensibles. Se llamaba Zagars, Oto Zagars. En la cárcel lo conocían como Kandinski, por el célebre pintor, porque sabía pintar con el lápiz y también con la aguja.

—¿Por qué llamó el psicólogo?

—Porque fue él quien aprobó la puesta en libertad de Kandinski, pero temía que este lo hubiera engañado.

—¿Cómo es eso?

—Hay cierta presión política para mostrar que el nuevo orden letón, al contrario que el soviético, puede rehabilitar a personas que han pasado mucho tiempo en la cárcel. Kandinski se aferró a esto. Los últimos cuatro años se portó de una manera ejemplar. Se encargaba de la biblioteca de la

cárcel y les hablaba a los demás presos sobre la historia de Letonia. De repente, empezó a recibir incluso visitas del exterior, cosa que no había ocurrido durante todo el largo período de encarcelamiento. Y estamos hablando de treinta y cinco años en total.

—Háblame de la vida de Kandinski —dijo Max—. ¿Por qué estaba considerado como uno de los presos más peligrosos?

—Estamos hablando de un hombre que, hace veinticinco años, cuando lo soltaron por primera vez, hizo una visita a la casa de una familia a las afueras de Riga durante su primera noche en libertad. Empezó por rebanarle el cuello a la mujer que estaba durmiendo en la cama. Cuando al marido lo despertó la sangre que le chorreaba encima, Kandinski lo arrastró al cuarto de huéspedes, donde dormían sus hijos adultos con los nietos. Ató al hombre a una silla y lo obligó a presenciar cómo les sacaba las entrañas uno a uno. Cuando Kandinski hubo terminado, mató al hombre a puñetazos.

Sarah negaba horrorizada con la cabeza.

—¿Y ese es vuestro sospechoso del atentado de Centrs? —preguntó Max.

—Cuando todos huyeron presas del pánico, hubo un hombre que iba contracorriente. El porqué no lo sabemos. Pedimos una foto de Kandinski de la época de la cárcel y la comparamos con las imágenes de las cámaras de vigilancia. La estatura coincide, pero no hemos logrado identificarlo, puesto que llevaba la cara cubierta. Tenemos mucho interés en hablar con él.

Max pensó en las fotografías que le había mostrado Papanov. Aquellas que, según él, representaban los restos de Goga Golubkin después de la explosión. ¿Acaso el hombre que aparecía en las cámaras de vigilancia se adentró en aquel fuego infernal para, por alguna razón, llegar hasta el agente ruso? Si se trataba del tal Kandinski, ¿qué era lo que perseguía?

Max decidió no seguir razonando en aquel sentido en esos momentos y sacó del bolsillo interior el papel que había encontrado en casa de Maj-Lis.

Observó aquella dirección medio ilegible de Riga.

—¿Cómo se llamaba el hombre a cuya familia mató Kandinski hace veinticinco años? —preguntó.

Estaba señalando con el dedo los nombres del papel cuando Ludmars Kaldenis respondió:

—Raimonds Cilpa.

Una de las firmas de la nota.

—¿Quién era? —preguntó Max.

—Era el director del hogar infantil jesuita en el que se crio Kandinski.

Max asintió. Ya se estaban agotando los cinco minutos.

—¿Podrías enviarnos la foto de Kandinski? —dijo.

—Claro.

Max le dio a Kaldenis el número de fax y dio por finalizada la conversación. Se retrepó en la silla: el dolor le aporreaba las sienes. Necesitaba mucho más café.

—¿Qué es eso del director del hogar infantil? —dijo Sarah—. ¿Y qué es ese papel que tienes en la mano?

Max se lo mostró.

—Lo encontré en casa de Maj-Lis.

—Pero ¿por qué lo tenía ella?

—Eso todavía no lo sé.

—¿Una dirección de Riga? —dijo Sarah. Apartó la vista de la nota y miró a Max—. ¿Crees que él es el asesino? ¿Ese tal Kandinski?

Max asintió.

—Hay un montón de detalles que encajan.

Se volvieron hacia el aparato de fax, que empezó a resonar con su chirrido estridente, persistente y entrecortado. Max puso los dedos debajo del folio en A4.

Con la fotografía de Kandinski en la mano se volvió hacia Sarah.

—Encaja con la descripción de la policía. Kandinski es el hombre al que están buscando.

Ola Marklund ya se había montado a la bicicleta y se había largado rumbo a su departamento en la zona universitaria de Frescati. Malin había llamado al trabajo para avisar de que estaba enferma.

Estaban sentadas con el cuerpo encogido en el gran sofá de Laura Ashley. Se cubrían los pies con una manta y cada una sostenía una taza enorme de té *chai* con leche batida caliente entre las manos. Pashie no había dicho nada al entrar por la puerta. Malin no conocía su historia con Max, qué había ocurrido unos años atrás y lo que ahora salía de nuevo a la luz. No era justo mantenerla al margen pero, al mismo tiempo, era del todo imposible contárselo todo.

—Gracias por dejar que me quede aquí. No quiero molestar...

—De verdad, no molestas. ¿Le ha pasado algo a Max?

—Sí —contestó Pashie—. Aunque no sé qué exactamente. Al parecer, en casa no estamos seguros.

—Pero ¡por Dios! ¿Qué sucede? —dijo Malin.

Habían atacado a Max. Ella tenía sus sospechas sobre quién o quiénes estaban detrás. Y de por qué Max se había visto involucrado en una situación en la que había sido víctima de un acto violento. «La dichosa investigación policial.» Era como si pesara sobre ellos una maldición. Como si el pasado tuviera una fuerza de la que jamás podrían liberarse.

Pashie negó con la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Pero en estos momentos no quiero estar en casa. No

me siento segura allí.

Malin tomó un trago de té sin apartar la vista de ella.

—¿Ha habido alguna novedad sobre el examen del hospital Sophiahemmet? —preguntó.

—Ya tengo los resultados de los análisis. Una mezcla perfecta de buenas y malas noticias. Pero en estos momentos se me antoja más remoto que nunca que Max y yo lleguemos a tener hijos.

Malin se estremeció y Pashie cerró los ojos al pensar en lo que acababa de decir. «Que Max y yo lleguemos a tener hijos.» Lo había dicho como si fuera la idea más absurda del mundo. Sobre todo por aquel «lleguemos a tener», que incluía a Pashie Kovalenko y Max Anger. Como si fueran la pareja más absurda del mundo.

Malin le cogió la mano.

Pashie pensó en cuándo había sido la última vez en que alguien le había cogido la mano. Había sido Denis, en el restaurante Gondolen. Apretó la mano de Malin con la que tenía libre.

—Nunca llegamos a hablar de tu visita al chamán —dijo Malin—, pero todo el que te conoce ha advertido que empezaste a comportarte de manera diferente después de ese día. ¿Qué pasó?

Pashie dejó escapar un suspiro. Rememoró el día de la semana anterior en que se había encontrado con aquel hombre que había ido unos días a Estocolmo desde la lejana región rusa de Altái. Al principio el encuentro no resultó en absoluto como ella esperaba. El chamán no iba cubierto de pieles de animales, no estaba en el bosque ni en la selva. Había reservado una habitación doble en el hotel Royal Viking de Estocolmo y allí mismo Pashie sintió que aquello no encajaba. El hotel estaba en la zona más transitada del centro de la ciudad, junto a la Estación Central. Era una habitación de hotel normal y corriente, con la moqueta gris, una cama doble recién hecha y una

mesa de madera clara en un rincón.

Cuando Pashie entró en la habitación, sintió cierto pánico, pues creyó que la habían engañado.

El chamán llevaba un chándal de poliéster y se presentó como Robert. Ni siquiera el nombre encajaba en lo que Pashie esperaba de un chamán.

Tenía la cara delgada y alargada, cubierta de una barba fina. El pelo negro, algo largo y lacio, con la raya en medio. Los ojos eran de un azul gélido.

Robert le pidió que se tumbara en la cama, pero Pashie prefirió sentarse en el borde. Él se sentó a su lado y se mantuvo en completo silencio durante un rato, que a ella se le antojó como media hora pero que seguramente no duró más de medio minuto. Pashie se sentía incómoda teniéndolo tan cerca; uno solo se sentaba tan pegado a alguien con el novio o con un buen amigo.

—¿Cuánto hace que te notaste la hinchazón? —le dijo al final.

«¿Cómo ha podido saberlo?» Ella no le había dado ninguna información previa.

—Si te resulta más cómodo, puedes tumbarte. Así se aligera la presión sobre el abdomen.

—Gracias —dijo Pashie—. Prefiero seguir sentada.

—¿Esas infecciones se presentaron hace tres o cuatro años?

Pashie asintió. Se miraba las manos tratando de que dejaran de temblarle. Entrelazó los dedos.

—Te están administrando muchas hormonas.

Pashie asintió de nuevo. Robert le pasó la mano por todo el cuerpo. A pesar de que la mantenía a cierta distancia, creyó notar el roce. El temblor de las manos se extendió a todo el cuerpo. Cerró los ojos y se tensó entera en un intento de frenar los temblores, que habían pasado a ser sacudidas.

Un calor le bajó del cráneo por las mandíbulas y la barbilla, siguió por el cuello y le llegó al pecho. Fue descendiendo cada vez más hasta que formó



una sensación ardiente en el estómago. Cuando terminó la sesión, se encontraba en un estado de relajación absoluta.

—Tus espíritus son fuertes —dijo—. No hay nada en tu cuerpo que te impida concebir un hijo.

Pashie observó la cara inexpresiva de Robert. Ahora se sentía más ligera que hacía tan solo un instante, pero no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado en realidad. Tenía la cabeza totalmente despejada. Sabía que lo que le había dicho Robert era cierto. Siempre lo había sabido.

—Así que a mi cuerpo no le pasa nada, ¿no? —dijo.

Robert negó con la cabeza.

—No te culpes a ti ni tampoco a él. No es fácil interpretar la voluntad del espíritu.

Luego dijo algo que Pashie no olvidaría jamás. Aquello que la carcomía por las noches y que era lo primero en lo que pensaba por las mañanas.

Malin seguía sin apartar la vista de ella.

«No», pensó Pashie.

—Ni siquiera se lo he contado a Max.

Su amiga asintió.

Llamaron a la puerta. Malin retiró la manta y se levantó.

—¿Quién será? —dijo—. ¿Será Ola, que se ha dejado las llaves?

Pashie oyó cómo abría la puerta. Se estremeció, recordó las advertencias de Max y sintió el impulso de levantarse y detener a Malin, pero se contuvo.

—Hola —oyó que decía una voz de hombre—. Traigo un mensaje para Pashie Kovalenko.

«No estoy aquí.»

Pero entonces se dio cuenta de que podía venir de parte de Max. Dejó la taza, apartó la manta y se dirigió al vestíbulo y la puerta de entrada.

Y allí vio a un mensajero con el logotipo de la empresa de mensajería en

bicicleta Ryska Posten en el pecho. Era la que siempre usaban en Vektor. Se acercó al mensajero, firmó y cogió el gran sobre de papel que le entregaba.

—Gracias —dijo el joven, y se apresuró a alejarse escaleras abajo.

Pashie se quedó mirando aquel sobre de cartón rígido.

—¿Del trabajo? —preguntó Malin.

No figuraba ningún remitente. En el sobre no ponía absolutamente nada, salvo su nombre.

En el interior había unas fotografías.

En la primera se veía a Max inclinado sobre el mostrador de una recepción de hotel, hablando con un hombre. Detrás de él había una mujer joven y guapa con unos vaqueros ceñidos y una cazadora de piel marrón. La cámara había captado la expresión de Max. Tenía en los labios la mejor de sus sonrisas de tío listo. Y tenía el pulgar hacia arriba.

En la siguiente fotografía vio cómo Max y la mujer entraban presurosos en un ascensor, mientras el hombre de la recepción se inclinaba y se los quedaba mirando, como si se hubieran olvidado algo pero no se quisieran parar a escucharlo, como si tuvieran prisa por marcharse a una habitación donde estar a solas.

En la tercera foto que Pashie sacó estaban los dos sentados a una mesa del restaurante del hotel, muy pegados los dos, entregados a una conversación íntima.

Malin se le acercó.

—¿Qué es? —dijo.

«Max no vino a casa anoche.» Pashie soltó las fotos y el sobre, y los dejó caer al suelo. Las fotografías fueron descendiendo hasta el suelo de la entrada y cayeron boca arriba.

Malin se llevó una mano a la boca.

En su cabeza resonaban las últimas palabras del chamán.

Sarah volvió al despacho de Max con más café recién hecho.

—¿Charlie sigue sin dar señales de vida? —preguntó Max, y se sirvió una taza.

—Sí —dijo Sarah—. Le he dejado un montón de mensajes en el teléfono. ¿Dónde demonios se habrá metido?

Max tomó un trago y parte de la tensión cedió un poco.

Sonó el móvil.

—Hola, Sofia —dijo.

—El asesino ha vuelto a actuar.

De repente volvió el dolor de cabeza que le atornillaba las sienes.

—¿Dónde? —dijo.

—En Ingarö.

—¿Ingarö? —repitió Max, y miró a Sarah.

Ella se llevó una mano a los labios.

Ingarö se encontraba al otro lado del estrecho canal que discurría a los pies de la casa de Charlie. En línea recta no había más de doscientos metros de distancia de uno a otra.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó.

—Una casa carbonizada. Un hombre muerto, marcado con el número siete. Símbolos del sol.

—¿Quién es el hombre?

Sarah se hundió en la silla que había a su lado, con la cabeza entre las

manos.

—Un hombre casado, padre de dos hijos. Un trabajo normal y corriente, jefe de una empresa pequeña que vende bombas de calor, la vida normal y corriente de un sueco medio. Por el momento no he encontrado nada que pueda ser un móvil.

Max miró a Sarah y negó con la cabeza.

Ella respiró aliviada, echó la cabeza hacia atrás en la silla y cerró los ojos.

—¿Seguís pensando que es un agente ruso el que anda por ahí? —dijo Max.

—Lo que crean los demás me importa una mierda. Tú y yo tenemos que retomar la línea de investigación que habíamos iniciado.

—¿Cómo se llama la víctima?

—Steve Wass.

«Wass», pensó Max. Se había topado con ese nombre no hacía tanto, en los libros que había leído en la biblioteca del piso de Gamla Stan.

Beatrice Wass. La jefa de enfermería del hospital de campaña de Örebro, del libro *Aquellos a quienes cuidamos*. Ella había difundido la propaganda prosoviética que el gobierno sueco quería transmitir a los refugiados bálticos. Había llevado a cabo maniobras de distracción para dispersarlos, para hacer que interrumpieran la huelga de hambre. Les había alimentado de manera forzosa por las noches.

No podía tratarse de una casualidad.

—¿Podrías comprobar si hay una mujer llamada Beatrice Wass en la familia de Ingarö? —dijo Max.

—¿Por qué? ¿Qué tienes en mente?

—Tú hazlo, luego te lo cuento.

—Vale... Espera.

Tecleó algo en el ordenador.

—Voy para allá —dijo.

Max oyó cómo la silla caía al suelo cuando Sofia se levantó.

—Beatrice Wass era la madre de Steve —continuó en voz baja—. Murió hace seis años. ¿Cómo demonios lo sabías?

—Porque todo este asunto tiene que ver con la expiación de viejos pecados.

—Por Dios —dijo Sarah cuando Max colgó—. ¿Otro asesinato? Estaba preocupadísima pensando que la víctima era Charlie.

Max pensó en el cuarto secreto que había detrás del armario y en los documentos relativos a Noruega que había visto en el escritorio.

—Charlie me preguntó una cosa hace unos días.

—¿El qué?

—Si podía darle los datos de contacto de Hein Espen.

—¿Y lo hiciste?

—Pues claro —dijo Max.

—¿Crees que Charlie está con él ahora?

—A Hein Espen lo llamaron para que acudiera con su barco, el *Seaway Eagle*, a una operación de rescate en el mar de Barents. Seguro que ahora está en camino.

—Pero Charlie no querría ir con ellos, ¿verdad?

—Teniendo en cuenta lo que vimos en su casa, es evidente que Charlie no quería abandonar el tema del *Kursk*, ¿no te parece? Sofia debería llegar en cualquier momento. ¿Puedes pedirle a Berga que averigüe la posición del barco? Ya trataré de localizar a Espen después, ahora no tiene ningún sentido llamarlo al móvil si está en alta mar.

Cuando Sarah salió camino de su despacho sonó el timbre de las oficinas de Vektor.

«Sí que ha llegado rápido», pensó Max, y fue a abrir la puerta.

Pero no era Sofia la que esperaba al otro lado, sino un hombre con el pelo corto y oscuro con mallas de ciclista, de la empresa de mensajería en bicicleta Ryska Posten.

—¿Max Anger? —preguntó el mensajero ciclista.

Max cogió un sobre de cartón color grisáceo.

—Firma aquí.

Max regresó a su despacho con el sobre. Se sentó a la mesa, sacó un abrecartas del cajón y abrió el paquete. Fotografías.

Max sacó la primera. Pashie estaba de pie contemplando la luz vespertina que bañaba el lago Saltsjön. Con una mirada soñadora, buscaba algo que había al otro lado, en dirección a Skansen y al parque de atracciones Gröna Lund. Un hombre, de cuya figura solo se veían las manos, cogía su abrigo.

En la siguiente fotografía Pashie estaba sentada junto a una ventana, con la misma vista prodigiosa de Estocolmo. Tenía en la mano una copa de vino. Dedicaba una de sus más cálidas sonrisas a la persona con la que estaba brindando.

En la siguiente foto la sonrisa había pasado a ser una carcajada. Se había sonrojado. La mano que no estaba ocupada en servir una copa de vino descansaba en la mesa. En las manos del hombre. Él llevaba un elegante traje oscuro, con una corbata estrecha y a la moda. Era guapo.

En la cuarta fotografía, Pashie estaba en la calle y abrazaba al hombre.

En la última, Pashie y el individuo subían juntos a un taxi.

«Así que eso fue lo que hiciste la otra noche en el centro —pensó Max—. Cuando llegaste a casa tan tarde que ni me desperté. Cuando noté en la almohada que te olía el aliento a alcohol.»

«No me has preguntado dónde estuve anoche.»

Las palabras de Pashie le resonaban en la cabeza. No se había parado a pensarlo. En aquel momento quiso replicar algo, pero entonces llegaron a

casa de Charlie y Sarah estaba allí esperándoles.

¿Quién sería aquel hombre? Max sabía que había cosas que Pashie echaba de menos y que él no podría darle nunca. Detestaba reconocerlo, pero le dolía ver a Pashie tan contenta con otro hombre.

Guardó las fotografías en un cajón del escritorio. La extraña sensación que reinaba entre él y Pashie se había convertido en un tumor canceroso.

¿Quién habría tomado las fotos? ¿Y por qué? «Mierda.»

Max no podía dedicarse a pensar en ello en estos momentos, no hasta que hubieran detenido al asesino. Y ahora tenía la sensación de que de verdad estaban sobre su pista.

Alargó el brazo en busca del libro *Aquellos a quienes cuidamos*, que tenía al lado de la pantalla del ordenador; las notas del diario de la auxiliar de enfermería Anna Isaksson. Acababan de matar al hijo de Beatrice Wass. Al final del diario había un índice onomástico. Max fue directamente a la letra W. Y allí encontró su nombre:

«Wass, Beatrice, pp. 31-33, 55-57, 90, 111-115, 267-269».

La jefa de enfermería del hospital de campaña de Örebro, donde los ciudadanos de los países bálticos pasaron sus últimos días en Suecia, aparecía descrita como una persona fría, dominante y sádica.

Max hojeó el libro y retrocedió a los capítulos sobre el campo de internamiento de Rinkaby, en Escania, donde los bálticos de los que hablaba Anna Isaksson en el diario habían estado internados antes de que los llevaran al hospital de Örebro. Había fotografías de los barracones donde los internos dormían hacinados en literas de cuatro camas. Se turnaban para dormir en la más alta, donde el espacio era tan reducido que quien la ocupaba casi rozaba los tubos de los desagües que estaban a la vista en el techo. El patio estaba cercado con una valla y alambre de espino. En la torre de vigilancia había unos hombres vestidos de negro con fusiles que encañonaban con ellos a las



personas que deambulaban por allí. A lo largo de la valla iban y venían vigilantes con pastores alemanes. Un pasillo delimitado por una cerca de alambre de espino conducía al comedor.

Un capítulo del libro estaba lleno de fotos de cuerpos jóvenes. Tenían la piel blanca como la leche, como si les hubieran chupado la sangre. Las costillas y las clavículas sobresalían como si trataran de salirse de la piel, descomponer el cuerpo en piezas diminutas y convertirse en montones de huesos, cartílago y tuétano. El único signo de vida en los rostros de los hombres era la barba. Les negaban la posibilidad de afeitarse por el riesgo de suicidio.

«¿Cómo pudo suceder tal cosa? ¿En territorio sueco?»

A los internos nos les permitían leer ni escribir cartas sin una censura permanente por parte de los hombres y las mujeres que trabajaban por cuenta del C-byrå de Estocolmo. El jefe del campo de Rinkaby era un descendiente de unos condes que había sido simpatizante de Alemania pero que había cambiado de opinión después de una visita a Berlín. Su segundo era un hombre llamado Leo Marcus. Los testimonios de los internos dibujaban una visión oscura de su persona. Durante los años de la guerra y después de la construcción del campo, Leo hizo un alto en su carrera de arquitecto para servir allí como jefe operativo. No permitía ningún tipo de actividad ideológica o religiosa. Ni reuniones ni credos. Si los prisioneros querían rezar, ya fueran cristianos o paganos, tendrían que hacerlo en soledad y bajo la manta cuando se iban a dormir. Los internos protestaron. Leo Marcus era un hombre de una profunda fe, que abandonaba regularmente Rinkaby para ir a la sinagoga de Kristianstad.

Como una absurda ironía más entre las locuras de la guerra. Un antiguo nazi de linaje noble designa a un judío como jefe de un campo de concentración sueco.

Max dejó el libro cuando Sofia entró en el despacho.

—Tu jefa me ha dejado entrar —dijo.

Se estremeció al ver la cara de Max.

—¿Qué te ha pasado?

—Me atacaron de camino a casa cuando salí del club de boxeo.

—¿Lo has denunciado a la policía?

Max negó con la cabeza.

—Me desperté en una caverna en Solna. Con los verdaderos agentes rusos.

Sofia se sentó al otro lado del escritorio, dejó encima el libro de los símbolos que Marju Bohl les había indicado: *Los emblemas en Escandinavia y el Báltico*.

—¿Papanov?

—Creo que quería que trabajáramos juntos.

—¿Por qué?

—Porque está buscando al mismo hombre que nosotros. Pero no es Goga Golubkin.

—Yo tampoco creo que sea él. Pero tenemos rastros de ADN que vinculan a Golubkin con los asesinatos, así que ¿cómo podemos estar seguros de ello?

—Porque el verdadero Goga Golubkin está muerto. Papanov me enseñó unas fotos donde aparecía destrozado tras el atentado en el centro comercial Centrs de Riga. Además, tenías razón. Todo el rato surge el nombre del país equivocado. En la embajada de Letonia me presentaron a una mujer que conocía a Maj-Lis Toom. Mi profesora de la infancia, que seguramente era letona.

—¿Y Papanov quiere ahora encontrar al asesino para vengar al agente muerto?

—La verdad es que no sé lo que quiere. Pero sí, claro, puede que sea por eso.

Sofia se inclinó hacia delante.

—Pero ¿qué cambia el hecho de que Maj-Lis viniera de Letonia?

—Todo —dijo Max—. Tuvo que burlar los controles de la Guardia Odal para subir a bordo del barco que iba a Suecia. Llamé al DISS, tal y como acordamos. ¿Recuerdas que el papel con la dirección que encontré en casa de Maj-Lis estaba firmado por un hombre llamado Cilpa?

Sofia asintió.

—¿Quién era?

—Era el director del hogar infantil en el que se crio este hombre.

Max le entregó a Sofia el fax que le habían enviado con la foto de Kandinski.

—Es idéntico al retrato robot —dijo Sofia—. Así que Kandinski, ¿ese es el nombre con el que se hace llamar?

—Se le dan muy bien los tatuajes de cierto tipo de símbolos. Pesa sobre él una orden de busca y captura por el atentado de Riga y estuvo condenado por asesinato.

Sofia miró a Max.

—Me alegro de que siguieras con la línea que iniciamos. Pero ¿cómo localizaste a Beatrice Wass, la madre de la última víctima?

Max le contó lo que había averiguado leyendo el diario.

—¿A que el tema del judaísmo apareció muy al principio en la investigación? —dijo—. ¿Y eso os llevó a seguir la pista de organizaciones neonazis?

—Sí —respondió Sofia.

—Al parecer, el jefe del campo de Rinkaby era de origen judío.

—¿Cómo se llamaba?

—Leo Marcus.

Sofia negó con la cabeza.

—Nuestra primera víctima, el jefe de la Dirección General de Migraciones, había interrumpido definitivamente el contacto con sus padres y había adoptado otro apellido. Claes Callmér había nacido en un hospital de Kristianstad bajo el nombre de Claes Marcus.

Max asintió.

—Los pecados no los cometieron las víctimas, sino la generación precedente.

Sofia miró *Aquellos a quienes cuidamos*, que estaba en la mesa al lado del libro de los símbolos. Se mordió el labio.

—¿Cuántos bálticos exactamente murieron en los campos suecos?

—Siete decidieron quitarse la vida en suelo sueco cuando se confirmó la entrega. Al menos tres de los pasajeros del *Beloostrov* murieron ejecutados al llegar al puerto soviético. Pero puede haber casos no registrados.

—Diez —dijo Sofia—. ¿Será casualidad?

Max se estiró un poco.

—En todo caso, eso confirma lo que pensábamos. Que el asesino va haciendo una cuenta atrás a partir de diez.

—Diez suecos asesinados. Uno por cada báltico que murió.

Los dos se sobresaltaron cuando Sarah dio unos golpecitos en la puerta abierta antes de entrar en el despacho.

—El barco salió de Aberdeen hace dos días y ahora está atracado en Trondheim —dijo.

—¿Qué barco? —preguntó Sofia.

Max le contó que trataban de ponerse en contacto con su director general, Charlie Knutsson, y que sospechaban que se encontraban camino del mar de Barents.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvisteis noticias suyas?

—Hace cuarenta y ocho horas —dijo Max—. Y es raro que no haya

llamado. Cumplió setenta años ayer y queríamos felicitarlo. Teniendo en cuenta todo lo que está ocurriendo, resulta inquietante que no podamos localizarlo.

Sarah miró el libro *Aquellos a quienes cuidamos*.

—Se me acaba de ocurrir una idea terrible —dijo.

Sofia la detuvo levantando una mano. Miró a Max y luego a Sarah.

—No hay problema —dijo Max—. Sarah estaba en el despacho cuando llamaste y nos contaste lo de Wass. Su ayuda ha hecho posible que avancemos más rápido en la investigación. Entre otras cosas ha comprobado la identidad de la mujer de la embajada letona que mencioné antes, Anastasia Friedenberga, lo que nos ha llevado a la línea de investigación báltica. Puedes confiar en ella.

Sofia asintió y miró a Sarah, que tragó saliva ruidosamente.

—¿Hay en el libro alguien apellidado Knutsson? —dijo.

Max se estremeció. La idea de Sarah era tan obvia como dolorosa. Volvió al índice onomástico que había al final del libro y buscó la letra K.

«Knutsson, Gerhard, pp. 164-166.»

Mientras pasaba rápidamente las páginas hasta la ciento sesenta y cuatro se le resbaló el libro, que cayó sobre la mesa, pero volvió a cogerlo y empezó a leer.

Sarah y Sofia se lo quedaron mirando atónitas.

El título les aceleró el corazón.

«Gerhard Knutsson, el negrero.»

Gerhard Knutsson era un agricultor de Escania que tenía grandes extensiones de terreno en la llanura de Kristianstad, donde obligaban a los internos del campo cercano de Rinkaby a trabajar cada mañana desde primera hora hasta última hora de la noche durante las semanas más calurosas del verano, siempre bajo la vigilancia de los guardias de Estocolmo, «los de

negro», que obedecían órdenes directas nada menos que del C-byrå.

«Mierda.»

—¿Cómo se llamaba el padre de Charlie?

—¿Jerker, Jeremy, Gert? No me digas que has encontrado algo...

—Hay un apartado sobre un tal Gerhard Knutsson —dijo Max.

Sarah cerró los ojos.

—Joder, me lo temía.

—Tenemos que localizar a Hein Espen ya —dijo Max.

Marcó el número del noruego y puso el altavoz del teléfono. Sarah y Sofia se colocaron al lado de Max, que estaba inclinado sobre la mesa. Si la información de Berga era correcta, no habría ningún problema en localizarlo en Trondheim por teléfono.

—Gracias por el mensaje —dijo Hein Espen cuando respondió—. Lo siento, no he podido llamarte.

—No pasa nada —contestó Max—. Estoy con Sarah Hansen, directora de Vektor, y con Sofia Karlsson, de la policía judicial de Estocolmo. Queríamos preguntarte un par de cosas.

Hein Espen guardó silencio unos segundos.

—Ya sabes que puedes contar conmigo —dijo al final—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Le di tus datos de contacto a nuestro director, Charlie Knutsson. Llevamos casi dos días sin poder localizarlo. Nos preocupa que le haya pasado algo.

—Sí, ya me imaginé que se trataba de eso —dijo Hein Espen—. Puedo tranquilizaros diciendo que sí, que me llamó, y que sí, que está a bordo con nosotros. Lo vi en el hotel de Trondheim antes de zarpar. Un hombre muy agradable. Un filósofo. Dijo que lo único que deseaba era una experiencia fuera de lo común el día de su septuagésimo cumpleaños.

Max respiró hondo. Por fin sabían dónde se encontraba Charlie, y que estaba sano y salvo, al menos por el momento. El hecho de que no se creyera la explicación de que Charlie era muy filosófico y que lo único que quería era una experiencia especial el día de su setenta cumpleaños ya lo abordaría después.

—Así que llevas turistas a bordo, ¿no?

Hein Espen se echó a reír.

—Sí, eso es. Hemos invertido en un buen lavado de cara del barco y ahora tiene incluso una sección de relajación.

—Espero que sea rentable.

—Ni te lo imaginas. Esto es como el Arca de Noé.

—¿A qué te refieres?

—Todo el mundo quiere venir.

Max tragó saliva.

—Dijiste que habíais zarpado. ¿Cuándo salisteis de Trondheim?

—Hace veinte minutos.

—¿Y qué nacionalidades hay a bordo del Arca de Noé?

—Muchas. ¿Alguna que te interese en particular?

—¿Bálticos? —dijo Max—. ¿Rusos?

—Ningún báltico, pero sí tenemos un ruso.

Max le describió a Hein Espen el retrato robot que la policía había puesto en circulación.

—No, no es él. Este tipo es rubio y lleva uniforme.

—¿Tienes su nombre? Es importante que lo sepa.

—Por supuesto. Espera un poco.

Se hizo tal silencio en el auricular que Max temía que el *Seaway Eagle* se hubiera alejado tanto de la costa de Noruega que ya se hubiesen quedado sin cobertura.

Al final, Hein Espen volvió al teléfono.

—Aquí lo tenemos —dijo—. El pasajero ruso se llama Goga Golubkin.



El vuelo a Trondheim solo duraba una hora y diez minutos. El avión atravesó unas nubes y empezó a moverse. Max miró a Sofia, que iba sentada a su lado con la vista fija en el asiento de delante. Tras una llamada de su jefe a la administración de la aviación civil Luftfartsverket y al jefe del aeropuerto de Arlanda, le dieron permiso para llevar encima el arma reglamentaria.

Después de la llamada a Hein Espen, hizo otra a sus amigos de la base principal de la armada noruega en Haakonsværn. Invocó un antiguo favor para que los ayudaran con el transporte que necesitarían una vez aterrizaran. Los estarían esperando en la pista de aterrizaje en Trondheim. Para evitar un montón de preguntas por parte de los demás pasajeros, él y Sofia podrían bajar primero.

De camino a Arlanda, Sofia le contó lo que Tomas Schiller le había dicho en la reunión con una sonrisita de autosuficiencia.

«A lo mejor deberíais cavar más hondo, ¿no crees?»

¿Suerte o habilidad? Schiller tenía razón: más hondo, hasta la generación anterior.

«La expiación de viejos pecados.»

¿Cómo iba a manejar aquello el aparato político, si resultaba que los crímenes eran una venganza por la entrega de los bálticos? Tal vez la mayor vergüenza de la historia del país.

Aún había muchos datos que debían encajar.

Numerosos indicios firmes señalaban a Kandinski, pero ¿por qué iba a

ejecutar precisamente él esos asesinatos? No era lo bastante mayor para haber vivido en persona lo que sucedió en Suecia a mediados de los años cuarenta. ¿Cuál era su vínculo con las víctimas?

¿Y Maj-Lis? Parecía que había mentido sobre sus orígenes, pero Max seguía sin comprender cómo encajaba ella en aquel contexto.

Lo más desconcertante eran los rusos, las huellas y los rastros de ADN. Su embajada había solicitado un furgón de vigilancia permanente. Cuando se lo negaron, el Servicio General de Seguridad, la Säpo, registró que un peso pesado había llegado a Suecia con un séquito de muchachos que serían el sueño de cualquier suegra. ¿Qué hacía Papanov en Suecia, en realidad?

Max apoyó la cabeza contra el respaldo. No tenía los ojos cerrados, sino que miraba el panel de lamparitas de lectura y salidas de ventilación que había sobre su cabeza. Las luces estaban encendidas. El potente resplandor hizo que empezara a sentir pinchazos en algún punto de la nuca, algo que un Alprazolam podía remediar. Curiosamente, su cerebro parecía funcionar mejor ahora, a pesar de la agresión y de la falta de sueño. No se sentía precisamente ni más tranquilo ni menos agresivo, desde luego, esas energías estaban tan activas como siempre. Pero sentía la cabeza más despejada. ¿Tendría razón aquel médico tan arrogante? ¿Le habrían recetado las benzodiazepinas para sanar un cerebro defectuoso?

En la mesilla bajada tenía el libro de los símbolos, que habían subido al avión. Empezó a hojearlo. Primero algo distraído, luego cada vez con más interés. Al llegar a la página de cierta ilustración muy detallada, dio un respingo. Se le puso el vello de punta.

—Mira —dijo volviéndose a Sofia—. La cruz de Lietuvens, de la que nos habló Marju Bohl. Está adornada con otros símbolos dispuestos en todos los bordes. La cruz, con esos símbolos, se describe como «los preparativos del individuo ante la muerte». Desde Mara, la madre de todas las cosas. —Max

señaló el símbolo en forma de arco que remataba el primer extremo de la cruz —. Hasta el Austras Koks, el árbol de la vida. —Desplazó el dedo hasta la última punta—. Si sigues la cruz en sentido contrario a las agujas del reloj, detectarás una serie de símbolos que hemos visto en las víctimas del asesino.

—¿Crees que utiliza esta cruz como un mapa? ¿Que es una especie de zodíaco del asesino?

Sofia siguió con la mirada el índice de Max, que le mostraba desde los símbolos de Meness, el dios de la Luna con el símbolo de la C invertida que se dividía por el centro, hasta el dios del trueno Perkons, con la esvástica, y los soles de Saules, el dios del Sol.

—Desde Mara, el símbolo que encontramos en Maj-Lis Toom, hasta Saules, los soles que encontramos en Wass —continuó Sofia—. ¿Y hasta aquí hemos llegado?

—Sí, lo que observasteis donde murió Wass era una suerte de hoguera de mayo. Una tradición anual para desprenderse del matojo y las ramas sobrantes, vinculada en los orígenes a un antiguo dios del Sol.

Sofia asintió.

—Es decir, que quedan estos pasos, ¿no? —Señaló los símbolos que estaban en los laterales de la derecha de la cruz: los correspondientes al destino, Laima; a la cosecha, Yumis, y a la serpiente, Zalktis, que representaba la riqueza y la abundancia. El último símbolo era el Austras Koks, el árbol de la vida—. Los cantos no bastan: la cruz tiene ocho, con sus símbolos correspondientes, no diez.

—A lo mejor incrementa el número al final —dijo Max—. Puede que mate a varias personas de una vez.

—¿Qué dice el libro acerca del próximo símbolo?

—Laima, diosa de la buena suerte y del destino. Los sacrificios a Laima se llevaban a cabo en unos baños o en una sauna en la que solían celebrarse los

partos.

Sofia se acercó al libro.

—¿Y esto qué es? —dijo.

Llevó el dedo hacia el último símbolo, del que no habían hablado. Se hallaba en el centro de la cruz.

—Ese es el símbolo de Dievs, el dios del cielo, el más poderoso de todas las divinidades. En virtud de su ira se viene abajo la bóveda celeste y cae sobre los mortales. Y la tierra se abre bajo nuestros pies.

Hein Espen contempló el horizonte desde la cubierta de babor del *Seaway Eagle*. El mar estaba en calma por el momento, pero él era consciente de que los vientos arreciaban a medida que avanzaban hacia el norte. Desde que aceptó la misión, fue consciente de que podía resultar una aventura rica en incidentes. Transportar a un equipo de submarinistas de la armada noruega y un equipo de evacuación británico hasta el lugar en que se había producido la catástrofe del *Kursk* era complicado y una operación sensible de por sí. Elementos discordantes como los que mencionaba Max Anger no eran bienvenidos. El visitante ruso había dicho que era representante de la armada de su país. No tenía nada de extraño que la marina rusa quisiera contar con un inspector en el barco, pero después de la llamada de Max, empezó a alimentar una sensación creciente de que algo no encajaba.

Se acercó a su segundo de a bordo, que acababa de hacer una ronda por el barco.

—¿Está todo en orden por el momento? —preguntó.

—El ambiente es bueno —dijo el segundo—. Parece que la sauna ya ha alcanzado los noventa grados y desde el interior se oyen voces de entusiasmo.

—Bueno, es que puede que tengamos un problema a bordo. Si algo cambia, si los motores empiezan a dar problemas o algún viajero se pone a armar bronca, quiero saberlo en el acto.

—¿Debo poner atención en alguien en particular?

—Goga Golubkin, el ruso.

El segundo asintió.

—Y puede que tengamos más viajeros —dijo Hein Espen.

—¿Cuándo? Si no atracaremos hasta...

—No te preocupes por los detalles —le interrumpió Hein Espen—. De eso me encargo yo.

Empezó a pensar de nuevo en el huésped ruso.

—¿Comprobaste a fondo su documentación?

—Sí, por supuesto. Todo estaba en orden —dijo el segundo.

—¿Y te confirmaron su identidad las autoridades rusas?

—Sí, me llamó un capitán de la base de la Flota del Norte, en Severomorsk. Me dijo que Golubkin nos acompañaría como observador. Todo encajaba con lo que el hombre me mostró al subir a bordo.

—¿Conservas el nombre y los datos del capitán de Severomorsk?

—Sí, naturalmente.

—Bien, pues dámelos. Y ve a buscar a Charlie Knutsson, camarote veintitrés. Dile que suba al puente para disfrutar conmigo del panorama. Y manda aquí a uno de mis submarinistas.

El auxiliar de vuelo apareció en la primera fila en cuanto el tren de aterrizaje rozó el asfalto del aeropuerto de Trondheim y el avión comenzó a frenar.

—Si cogéis vuestras cosas y me acompañáis cuanto antes...

Max y Sofia se pusieron de pie y siguieron al hombre hacia la salida. Cuando el avión se detuvo, giró el picaporte y empujó la puerta del avión. Un viento fresco les golpeó en la cara mientras bajaban la escalerilla. En la pista de aterrizaje había un coche aparcado, en cuya puerta se veía un emblema que Max conocía bien. Una guirnalda verde con una corona en la parte superior y las iniciales HV en el centro. La Guardia Nacional Noruega.

—Bienvenidos a Noruega. Soy Kristian Loen, de las fuerzas especiales de Ryke —dijo el hombre al que Max estrechaba la mano.

Vestía un mono de camuflaje de colores arena y verde bosque. Llevaba el arma corta en el pecho para que fuera más fácil acceder a ella con el equipo de combate puesto al completo.

—Tengo órdenes de llevaros al helicóptero del escuadrón 339 de la Defensa Aérea, que se encuentra aquí mismo, algo más allá.

—Gracias —dijo Max, y estrechó la mano del noruego—. Debemos darnos prisa.

—Estamos en contacto con el *Seaway Eagle* —dijo Loen mientras caminaban hacia el coche—, que nos actualiza cada minuto los datos de posición, rumbo y velocidad. Hein Espen va a velocidad de caracol para facilitarnos la operación. Os manda saludos y dice que tiene el frigorífico

lleno de cerveza Ringnes y que está deseando verte.

Max abrió la puerta para que entrara Sofia.

—Muy bien, pues vamos.



Sarah aparcó delante de la escalinata de la entrada principal de la Biblioteca Municipal, pasando olímpicamente de todas las rayas amarillas que bordeaban la acera y de las señales que indicaban que estaba totalmente prohibido estacionar allí.

Había hecho una lectura en diagonal de *Aquellos a quienes cuidamos*. Era un libro de lo más extraño, un batiburrillo de notas, anécdotas y fotografías, con un contenido terrible y provocador.

«¿Cuántas personas conocían aquella época de la historia de Suecia? — pensó—. ¿Y era posible que ahora estuvieran asesinando a personas vinculadas con aquello de una forma u otra, tantos años después?

Esto último era lo que hacía que le corriera el sudor por la nuca mientras subía corriendo los anchos peldaños que conducían a la entrada. Había leído el libro teniendo en cuenta la conclusión a la que habían llegado: el asesino elegía a las víctimas según los delitos cometidos por sus padres. Y parecía encajar con la realidad. El padre de Claes Callmér era jefe de barracón en Rinkaby. El padre de Torbjörn Lindström, Arvid Lindström, había sido jefe de los policías enviados específicamente allí desde Estocolmo, «los de negro». Arvid se había encargado personalmente de un letón díscolo llamado Ivars que se negaba a bajar del autobús cuando este llegó al puerto de Trelleborg. Cuando Arvid se disponía a arrastrarlo para llevarlo a bordo del buque soviético *Beloostrov*, Ivars prefirió clavarse un lápiz en el ojo, hasta el cerebro. Arvid sacó el cuerpo sin vida del hombre fuera del autobús. Los

fotógrafos de prensa se encargaron de inmortalizar la imagen de Ivars con el lápiz clavado en el ojo. Aquella fue quizá la imagen más horrenda y elocuente de la entrega de los ciudadanos bálticos.

El hijo de Arvid, Torbjörn Lindström, había sufrido el mismo destino. Le habían clavado un lápiz en el ojo hasta alcanzar el cerebro.

«Ojo por ojo, diente por diente.»

Aquello era una locura.

Sarah cruzó como pudo la estrecha puerta batiente, entró en la biblioteca y se acercó al mostrador de información. A pesar de que la teoría de Max estaba ya prácticamente confirmada, aún había muchas cosas que no entendían.

Cuando le tocó el turno, hizo todo lo posible por parecer tranquila y agradable.

—Quería saber si podéis proporcionarme información sobre un libro titulado *Aquellos a quienes cuidamos*, de Anna Isaksson.

La bibliotecaria tecleó algo en el ordenador.

—Aquí tenemos un ejemplar. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Quién lo publicó. Si la autora escribió más libros... ¿Puedo echar un vistazo?

Sarah señaló la pantalla del ordenador de la bibliotecaria.

—La información es la misma que aparece en los terminales de la sala, pero puedes comprobarla aquí mismo si quieres. —La mujer giró la pantalla—. El libro se publicó en 1992, en una editorial que no puedo decir que me sea conocida.

Tecleó algo en el ordenador.

—Parece ser el único libro que ha publicado. Me parece que es una especie de asociación sin ánimo de lucro de Örebro. No sé si aún sigue activa. Hay una serie de libros publicados por autoras del mismo nombre, pero

pertenecientes a categorías totalmente distintas: libros infantiles, de psicología infantil... No creo que se trate de la misma persona.

—¿A qué dato corresponde esto?

Sarah señaló un nombre solitario que figuraba debajo del título.

La mujer le sonrió.

—Bueno, precisamente ese campo no puede verse en los ordenadores de la sala, claro. Ese dato significa que el libro no arrasa precisamente entre los usuarios. Solo lo hemos prestado una vez. A esa persona.

Sarah se inclinó un poco más y se extrañó al ver el nombre.

—Vale, gracias.

Se alejó de allí a paso lento. El nombre de la única persona que había sacado el libro en préstamo era Schiller. Hanna Schiller. ¿Sería solo una extraña coincidencia?

Bajó las escaleras y salió al aire fresco de la calle. Cogió el móvil, llamó a información telefónica y pidió que la pusieran con un número. Al cabo de un par de tonos de llamada, respondió una mujer.

—Hola —dijo Sarah—. Llamo de la Biblioteca Municipal de Estocolmo. ¿Hablo con Hanna Schiller?

—Sí...

—Vamos muy retrasados con la gestión de los préstamos no devueltos. Sacaste un libro titulado *Aquellos a quienes cuidamos*, ¿es correcto? Trata sobre la entrega de ciudadanos bálticos.

—No, desde luego que no. Debe de ser un error.

—¿Tienes por ahí el carnet de la biblioteca?

—¿Cómo? Pues no. Ni siquiera sé dónde está.

—¿Es posible que algún familiar tuyo use tu carnet? ¿Tomas, tu marido, quizá?

Hanna tardó unos instantes en responder. Sarah se preguntaba si se tragaría

el anzuelo.

—No lo sé, tendría que preguntárselo —dijo la mujer al cabo de unos segundos—. Todavía no ha llegado a casa.

«¿Sería posible aquello?», pensó Sarah cuando concluyó la conversación. Tomas Schiller. El hombre del Ministerio de Justicia. El secretario de Estado que jugaba a ser jefe de policía.

Charlie estaba sentado ante el diminuto escritorio del camarote. Fuera se deslizaban las olas. El *Seaway Eagle* avanzaba con un balanceo apenas perceptible sobre los suaves remolinos de las tranquilas aguas. Se había tomado una pausa en la escritura y golpeaba con las yemas de los dedos en la bolita cromada de la cadenilla que colgaba por debajo de la pantalla de la lámpara. Notaba el frío de la bola en los dedos.

¿Qué encontrarían en el fondo del mar cuando llegaran? La causa del hundimiento del *Kursk* sería siempre un secreto. Ese era el objetivo de la misión y el acuerdo que habían alcanzado las dos partes. El sentido común había vencido sobre la locura. Aunque la verdad saliera perdiendo.

La sola idea de la magnitud de la catástrofe que habían logrado evitar resultaba estremecedora.

*A few good knowing men.*

Los contactos que había establecido durante sus años universitarios en Oxford, Inglaterra, aún seguían perfectamente activos. Una lealtad inquebrantable. A la OTAN no le habían faltado buenas razones para mantener bajo vigilancia aquellas maniobras rusas. Si no lo hubieran hecho, habría supuesto una absoluta irresponsabilidad. Pero de esas cosas no se podía hablar en Suecia abiertamente. Ni siquiera con los amigos de Vektor.

Le dolía haberlos despistado, pero un día lo entenderían. El nuevo torpedo de supercavitación *Shkval* era una cosa. Y aquello de lo que los había prevenido el general Lébed, otra muy distinta. Viejas armas nucleares no-

estratégicas que podían ocultarse y trasladarse manualmente. Y llevarse a bordo de los submarinos. Según información de los servicios de seguridad británicos, cabía la posibilidad de que hubiera ese tipo de armas en los submarinos durante esas maniobras de envergadura. Nadie sabía por qué. Nadie sabía con certeza si era verdad.

Charlie miró el documento que tenía delante. En realidad no sabía qué era lo que estaba escribiendo, salvo que se trataba de cosas que llevaba dentro y que necesitaba sacar. Cuestiones sin aclarar, sentimientos que no había logrado orientar en la dirección correcta, recuerdos de un tiempo malgastado. Se sentía extrañamente sentimental. Pero no era nada que lo apesadumbrara de manera directa. Siempre había logrado hallar cierto consuelo en lo melancólico.

Ningún hombre debe cumplir setenta años estando totalmente solo. Y punto. Pero si, pese a todo, las cosas se presentaban así, ¿por qué no permitirse disfrutar del silencio que procura la soledad? ¿Por qué no mirar atrás y contemplar la vida con esa perspectiva que es privilegio de los mayores? Hacer eso y, al mismo tiempo, ir en un gran barco en alta mar, navegando lentamente, y formar parte de una acción para preservar la paz, era algo que no todo el mundo se podía permitir. Sobre todo si era un orgulloso miembro del gran club sueco de los que habían pasado los setenta.

Le vino a la cabeza una historia que había oído contar sobre los antiguos indios, que se sentaban en el suelo a intervalos regulares cuando recorrían grandes distancias para esperar al espíritu y que este pudiera alcanzarlos. Él tenía exactamente aquella sensación ahora, después de tantas idas y venidas con el asunto del *Kursk* y de que Anastasia volviera a aparecer en su vida.

Bien podían esperarlo un día o dos. Para que su espíritu lo alcanzara.

Llamaron a la puerta y se volvió a mirar. Soltó la bolita que tenía entre los dedos y dejó la estilográfica en la mesa. Esta quedó cruzada sobre una línea

en la que había escrito el nombre de ella una y otra vez.

«Tasenska.»

Empujó la silla hacia atrás y se levantó para abrir la puerta.

Pashie tenía en tensión todos los músculos del cuerpo. No sabía cuánto tiempo llevaba sentada en el sofá de Malin mirando las rayas azules y blancas del papel pintado. Su amiga la había dejado a solas con sus pensamientos.

Podía evocar los sonidos, las imágenes, los sabores, todo lo que constituía su vida con Max. Cómo se conocieron. La primera vez que se acostaron en el hotel Oktiábrskaya de San Petersburgo, donde había una mujer mayor durmiendo sentada en el pasillo a la que Pashie pidió la llave. «Sé muy bien qué clase de mujer eres.» Ella y Max se alejaron riendo por aquel largo pasillo de color naranja oscuro, dejando atrás los cuadros iluminados de los puentes de la ciudad que adornaban las paredes. Pashie fue hasta la puerta bailando, con una sensación embriagadora en el cuerpo, como si no recorrieran el pasillo de un hotel, sino el espacio exterior. Cuando cruzaron la puerta de aquella habitación de hotel, dejaron de reír y empezó lo serio.

Recordaba cómo se sintió la primera vez que fue a Estocolmo, el día que conoció a Sarah y a Charlie y a los demás occidentales que tenían mucha más experiencia del mundo que ella; recordaba cómo aquella timidez y aquella tozudez tártaras eran su única defensa en un entorno desconocido. Cómo los sorprendió a todos con su celo y su capacidad de aprendizaje y cómo la aceptaron en aquella comunidad.

Otra vida entera.

Como una película le vinieron a la mente los recuerdos de cuando iba perdiendo el equilibrio con los patines por Vasaparken y trataba de que Max



comprendiera que ser rusa no implicaba ser ninguna princesa del hielo. Revivió cómo, al principio, trató de conseguir que Max dejara de pensar en sus orígenes y en la misteriosa muerte de su padre, que dejara de tomar aquellas pastillas que le dejaban el cerebro a cero, pero luego comprendió que a veces lo necesitaba.

Recordó cómo ella acabó en las garras del diablo en San Petersburgo y cómo Max hizo todo lo posible por salvarla. Y que casi llegó tarde.

Ella nunca creyó que pudiera amar a nadie, nunca fantaseó con la idea de un hombre de otro país. Se había jurado a sí misma no tocar jamás a un hombre que hubiera matado y que volvería a hacerlo si nadie lo detenía.

Pero Max había matado por ella.

Había amado y odiado distintos aspectos de su persona a partes iguales. Pero ¿que Max la engañara con otra mujer?

«Eso es lo único que no puedes hacer, ¡qué demonios!»

Malin la miró otra vez, suplicante. Pashie comprendió que seguía teniendo en la mano las fotografías del mensajero. Seguramente, Ola volvería pronto. Y ella no podía quedarse allí sentada como una de tantas mujeres, engañada por su marido y sin tener adónde ir. Guardó las fotos en el sobre.

—Pashie, puede que haya una explicación, ¿no?

Sí, quizá sí. En torno a ellos se desarrollaba en aquellos momentos algo totalmente fuera de control y Pashie no estaba al tanto de todos los detalles, eso lo sabía. Las fotos bien podían ser una trampa. Ella se había centrado en lo que podía hacer en medio de aquel desbarajuste: las mujeres de WORM recibirían un apoyo mucho mejor del que ella habría podido siquiera soñar.

Comprendió que no fueron solo los sueños de las mujeres de los marineros rusos los que se habían roto. Su sueño también se había ido al traste.

Tal vez hubiera una explicación de por qué Max estaba en aquel hotel con esa puta sueca tan guapa. De por qué alguien se había tomado la molestia de

fotografiarlos y hacerle llegar a ella el resultado. De por qué ese alguien sabía que ella se encontraba allí, en casa de Malin y Ola. Del mismo modo que existía una explicación de por qué Max no quería responder a las preguntas normales y corrientes que le hizo el médico del hospital Sophiahemmet.

Seguro que había explicaciones para todo. Pero eso no implicaba que uno tuviera que aceptarlas.

Lo único que lamentaba era haber intentado convencerse a sí misma de que tal vez las cosas no fueran tal y como ella sabía en el fondo que sí eran.

«No es fácil interpretar la voluntad del espíritu.»

No tenía ya el suficiente autocontrol para no juzgarlo. Y no podía seguir esperando sentada como una víctima.

Hein Espen tenía la mirada fija en la pantalla del radar y seguía el movimiento rotatorio de la aguja verde iluminada que examinaba la zona en busca de embarcaciones o de otros objetos. Aún seguía pensando en lo que Max Anger le había dicho por teléfono, preocupado por lo que pudiera pasar ahora. Un barco en alta mar no es buen sitio para un conflicto violento.

Su cliente había puesto mucho cuidado en señalar que no eran unas maniobras militares, sino una acción humanitaria. Un conflicto a bordo sería un escándalo y crearía más inquietud en las ya inquietas relaciones internacionales. De ahí que no hubieran permitido armas a bordo.

Y se suponía que eso era lo que tenía que controlar el observador ruso, ¿no? Por eso le habían asignado un lugar a bordo a Goga Golubkin. Si es que aquel hombre era realmente Goga Golubkin. Max Anger no solía equivocarse en esas cosas.

Se volvió en el puente de mando cuando la puerta se abrió tras unos leves golpecitos. En la puerta estaba su segundo.

—Charlie Knutsson no está en su camarote. ¿Tengo tu permiso para acceder a todos los demás rincones, incluidos los camarotes de los demás pasajeros, aun sin su consentimiento?

Hein Espen asintió y se volvió hacia el horizonte.

Aquel fornido ruso de bronceado amarillento y pelo teñido de rubio era agradable y estaba ansioso de compañía. Charlie aceptó la invitación de ir a su camarote a tomar un trago. Era un signo de buena educación aceptar. Aquello era una misión de paz y había que predicar con el ejemplo.

El hombre tendría unos cincuenta años y sabía de vodka. Le sirvió un Imperial helado y Charlie volvió a experimentar la mágica capacidad que tenía aquella bebida para activar su capacidad de chapurrear ruso. Fueron mezclando ruso e inglés mientras hablaban de todo lo habido y por haber, no solo de lo que les aguardaba cuando llegaran al mar de Barents.

Estaban sentados cada uno en el borde de una cama del camarote doble. Goga Golubkin llevaba un uniforme de la armada rusa. Lo único que se apartaba de la etiqueta era el pañuelo que llevaba alrededor del cuello.

Después de cuatro vasos, Goga le contó que había insistido para que los hombres de la tripulación encendieran la sauna y que había reservado plaza para la primera ronda.

Charlie había aceptado la invitación y ahora se encontraba en el reducido vestuario que precedía a la sauna. Allí había una puerta que daba a un balcón con dos hamacas sobre la cubierta del barco.

Del otro lado de la puerta salía un calor agobiante: la tripulación había encendido la sauna a toda máquina. Charlie se quitó la ropa interior, la colgó del gancho al lado del pantalón de pana, la camisa y la americana de tweed; luego cogió del estante una de las toallas dobladas y se envolvió con ella.

Estaba a punto de abrir la puerta de la sauna cuando recordó lo que Goga le había dado antes de que entrara en el vestuario. Una bolsa con un gorro tradicional ruso helado, especial para la sauna. «Los rusos también saben de saunas», se dijo.

Cogió un poco de agua fría del caldero de cobre que había en el suelo de la sauna y roció la pared, se sentó en el banco más alto y se recostó tranquilamente. Miró el termómetro y observó que ya señalaba más de noventa grados. Las gotas de sudor no tardaron en atravesar los poros y empezó a sentir el escozor en la piel de la calva de la coronilla. Sacó el gorro helado de la bolsa. Tenía un olor ácido y le escoció un poco en la herida que tenía en una cutícula. El gorro era de lana gris y parecía uno de los que se llevaban en la Edad Media. Se lo puso.

Sintió como si le doliera todo el cerebro. Respiró apresuradamente y los vapores entraron en los pulmones. Al principio creyó que iba a vomitar y luego empezó a tener dificultades para seguir respirando. Hizo un amago de quitarse el gorro, pero de pronto no podía mover los brazos.

La puerta de la sauna se abrió en ese momento. Goga se plantó delante de él con el torso desnudo.

«¿Qué es esto?»

Lo tenía todo cubierto de tatuajes de símbolos extraños. En las manos tenía un martillo y dos cuñas.

Antes de que Charlie pudiera reaccionar, Goga clavó las cuñas detrás de él, en la pared de la sauna. En ellas enganchó dos aros. Charlie trató de moverse y de ofrecer resistencia, pero el ácido que le corroía el cuero cabelludo le robaba las fuerzas. No tardó en adormecerse.

Charlie se despertó por el dolor. Las fosas nasales se le inundaron del olor a carne quemada. Trató de defenderse, pero tenía las manos atadas a dos aros metálicos incandescentes. Goga empujó con todo su peso un atizador que le

grabó en el pecho una marca. El nuevo dolor le produjo vértigo.

La desagradable sensación se extendió por todo el cuerpo y la conciencia estuvo a punto de abandonarlo otra vez. Goga apoyó el atizador en las piedras del calefactor de la sauna. Tenía la espalda cubierta con una cruz y en cada extremo se veía un símbolo. Charlie tragó saliva y el estómago se le movió como un acordeón. Se miró el pecho. Aquella marca profunda y rojísima, una punta de flecha que señalaba hacia abajo. La sangre que chorreaba hacia el ombligo.

El hombre que estaba de espaldas a él dijo algo en una lengua extranjera.

Goga se volvió otra vez, le plantó a Charlie el atizador en la frente y se apoyó de nuevo con todo su peso contra él.

Max volvió a mirar el reloj de submarinismo. Llevaban diecisiete minutos de viaje desde el aeropuerto de Trondheim cuando Kristian Loen, que iba al lado del piloto del helicóptero, le dijo por los auriculares:

—Ya hemos avistado el *Seaway Eagle*; el buque ha apagado los motores. La cosa parece tranquila. Se supone que aterrizaremos dentro de cinco minutos.

Miró hacia la izquierda por la ventanilla y contempló el mar. Creyó avistar el casco amarillo del *Seaway Eagle*, la base roja y la parte superior de color blanco. Todavía seguían sin noticias de Charlie.

Se quitó los auriculares y le indicó a Sofia Karlsson que hiciera lo propio.

—Cuando aterricemos —gritó tratando de hacerse oír por encima del ruido ensordecedor de la hélice—, buscaremos al capitán del barco y trataremos de hacernos una idea de la situación a bordo.

Sofia asintió y sacó la pistola.

El helicóptero aterrizó con rapidez en el buque, que cabeceaba ligeramente. Max observó la gran grúa amarilla y la carga tan especial que había en la cubierta de popa. Reconoció lo que a veces llamaban helicóptero subterráneo, el minisubmarino LR-5 de la Royal Navy. Era célebre por ser fácil de manejar y por moverse casi ingrávito con gran precisión tanto en profundidad como lateralmente. El mal tiempo no era ningún problema para el LR-5. Un gran buque nodriza como el *Seaway Eagle* proporcionaba el suficiente resguardo del viento para poder hacer descender bajo la superficie

el minisubmarino. El LR-5 llevaba en la proa un potente equipamiento capaz de cortar el casco de un submarino, sofisticadas lámparas y cámaras para la escasa visibilidad de las profundidades marinas. Una vez en posición, podría acoplarse al submarino de mayor tamaño. Cuando estuvieran dentro, los submarinistas podrían calibrar la situación. En condiciones normales llevaban oxígeno y equipo médico para poder evacuar hasta a dieciséis personas.

Dieciséis cadáveres, en este caso.

«Británicos —pensó Max—. La empresa privada de submarinismo de Hein Espen en colaboración con la flota británica. ¿Es esto obra tuya, Charlie? Después del fracaso en Berga con las autoridades suecas, ¿llamaste a tus contactos en Londres?

»Pues ya podrías habérselo contado, joder.»

Un cuarto secreto, con documentos sobre el *Kursk* encima de la mesa. Correspondencia en inglés con personas que, de un modo u otro, trabajaban para la OTAN. ¿Qué otros secretos había en aquel cuarto? ¿Habría también documentos sobre el padre de Charlie, el esclavista? Sobre los años en que ponía a los refugiados de Curlandia a trabajar en sus propiedades en condiciones inhumanas...

Todo lo que Charlie vio en su niñez, ¿lo habría movido a implicarse en la política y a querer arreglar las cosas?

El helicóptero militar noruego hizo un amplio viraje sobre el barco. Delante de las ventanas del puente de mando se encontraba el helipuerto, marcado con una gran H.

Max no salió del helicóptero hasta que este estuvo bien apoyado en la plataforma. Sofia y él se agacharon para evitar la corriente de la hélice. En la puerta de acceso al barco estaba Hein Espen. Los invitó a pasar y cerró rápidamente la puerta. En el helipuerto quedaron esperando Kristian Loen y el piloto.



—Qué alegría volver a verte —dijo, y le dio una buena palmada en la espalda—. Aunque habría preferido que fuera en otras circunstancias. He dado órdenes de bloquear por completo el barco. Todos los pasajeros y los miembros de la unidad británica de salvamento están por el momento privados de libertad y encerrados en sus camarotes.

—¿Y las dos personas a las que buscamos? —dijo Max.

—No están.

—¿Cómo demonios puede ser posible eso?

—Mis submarinistas están revisando todos los rincones. Hay un par de sitios en los que aún no hemos podido entrar, pero estamos en ello.

—¿Qué rincones son esos?

—Las bodegas, que están en la parte inferior, y unos pasadizos de difícil acceso en las salas de máquinas, junto a los depósitos de petróleo y diésel. Y luego están los vestuarios, el gimnasio y la sauna. Se encuentran detrás de una puerta cortafuegos que o bien se ha atascado o bien la han cerrado por dentro. Lo cual es un mal presagio.

—La sauna —afirmó Max, y se volvió hacia Sofia—. ¿Recuerdas la ilustración? ¿El símbolo del destino? Normalmente los sacrificios a Laima se llevaban a cabo en las saunas.

Sofia asintió.

—¿Dónde está la sauna? —dijo Max.

—En la cubierta superior, a babor.

—¿Hay más accesos aparte de la puerta cortafuegos? —preguntó Sofia.

—Hay un balcón pequeño fuera.

—Dividámonos. Vosotros seguid por el interior. Max, tú y yo nos encargamos del exterior.

Kandinski dio un paso atrás. El hijo del negrero había perdido la conciencia por completo. El ácido que se le filtraba por los poros del cuero cabelludo había entrado por el cráneo hasta el cerebro. Junto con el dolor de las tres puntas de flecha que señalaban hacia abajo y que le adornaban la frente, el pecho y el estómago, había conseguido que se colapsaran cuerpo y alma. Lo único que aún se mantenía en los cien grados de la sauna, el único aspecto de la víctima que aún lo acompañaba era su sombra, Velis. Tardaría un tiempo en separarse de su cuerpo para descender al reino de los muertos. Allí Lietuvenis recibiría su alma y daría la bienvenida a Charlie Knutsson para que se sumara a quienes vagaban eternamente por el valle de los muertos sin paz, sin descanso.

Dejó caer el atizador al suelo y sacó el cuchillo que llevaba en el cinturón. Ahora solo quedaba grabar la cifra. Luego habría terminado.

Un aporreo atronador se oyó en la puerta cortafuegos. Abrió la puerta de la sauna y salió a los vestuarios. Se oían voces al otro lado que se esforzaban por abrir la pesada puerta de acero. Se oía también el sordo runrún de un motor. Abrió la puerta del balconcillo que daba a cubierta y se asomó por la barandilla. Miró hacia la cubierta de proa, donde había un helicóptero militar de color verde. Acababa de aterrizar, ya que las palas de la hélice se iban deteniendo poco a poco.

¿Qué era aquello?

El aporreo de la puerta dio paso a un chirrido agudo, cortante. ¿Un soplete?

«Tengo que terminar de marcarlo. Tengo que grabarle el número.»

En solo cuestión de segundos acabarían de forzar la puerta. Si había personal militar al otro lado, no tendría la menor posibilidad en un enfrentamiento.

Se guardó el cuchillo, se puso la camisa y la casaca del uniforme sobre el torso empapado de sudor y salió por el balcón.

Max y Sofia corrían junto a la relinga de cubierta del *Seaway Eagle*. Cuando llegaron al punto que les había descrito Hein Espen, Max vio una cuerda que colgaba de una barandilla de la cubierta superior. Se apresuró hasta allí, pero no había nadie. En lo alto vio el balconcito con la puerta abierta.

Oyó un ruido de arrastre de cadenas y miró hacia popa.

—Sofia, ¿está en los botes salvavidas!

Kandinski se agarró fuerte al borde del bote salvavidas. A toda velocidad, la embarcación descendió hacia la superficie ondulante del mar.

Se sujetó bien mientras el bote caía atravesando el aire. Golpeó la superficie bruscamente y la cabeza se le fue hacia atrás. Cuando el bote se hubo estabilizado en el agua, se llevó la mano a la nuca dolorida. Alguien gritó desde arriba y Kandinski levantó la vista.

Había una mujer junto a la relinga.

Le apuntaba con una pistola.

El hombre al que Sofia Karlsson apuntaba no se parecía al retrato robot. Iba maquillado y disfrazado.

Ella se encontraba a bordo de un barco noruego, en aguas noruegas, apuntando con su arma reglamentaria a un hombre con uniforme ruso. Este

quizá fuera Goga Golubkin o aquel que la policía antiterrorista de Riga llamaba Kandinski. Se encontraban en medio de una crisis internacional durante una misión humanitaria.

¿Debía disparar?

El hombre apartó la vista y levantó una tapa en el plástico naranja.

«Va a poner el motor en marcha.»

—¿Qué hago? —dijo Sofia.

Max no había tenido tiempo de responder cuando oyó un ruido procedente de arriba. Una puerta se abrió y un hombre salió trastabillando, apoyó las manos en la barandilla del balcón y vomitó. Detrás de él se oía la voz de Hein Espen:

—¡Corred al helicóptero! ¡Hay que llevarlo al hospital de inmediato!

—Lo queremos vivo —dijo Max—. No lo alcanzarás en las piernas, dispara al hombro.

Sofia empuñó la Sig Sauer con las dos manos y se apoyó en la relinga. El hombre estaba sentado, inclinado hacia delante, tratando de poner en marcha el motor. El hombro quedaba parcialmente oculto por el borde derecho del bote. No era un tiro nada fácil.

En el mismo instante en que rodeó el gatillo con el dedo, vio con el rabillo del ojo cómo Max daba un salto por encima de la borda y saltaba al agua.

Max pateaba y se izaba como podía con los brazos para subir de nuevo a la superficie. Se obligó a no pensar en lo que había visto en la sauna y trató de concentrarse en el débil rayo de esperanza que sintió al oír a Hein Espen gritar:

«¡Hay que llevarlo al hospital de inmediato!»

Dio un par de brazadas rápidas hacia la embarcación de plástico naranja, que aún no había puesto en marcha el motor. Si el hombre que estaba en el barco era en realidad un agente ruso, estaría preparado para este tipo de situaciones. Entrenado y equipado para acabar con su vida si la situación se ponía imposible. La cosa dependía de que Sofia hubiera acertado al disparar.

La relinga del bote salvavidas estaba muy por encima de la superficie del agua, y tuvo que patear para elevar la cintura y el cuerpo. Cuando cerró los dedos en torno al borde una mano le agarró la muñeca. Un segundo después, Max vio la cara del hombre y luego cómo el otro brazo se acercaba describiendo un amplio arco. Un largo cuchillo lanzó un destello.

Se oyó otro disparo desde la cubierta del barco. El hombre se estremeció. El cuchillo no alcanzó el hueso del antebrazo y la vena, lo que habría sido letal, pero se llevó un trozo de carne de la parte externa del brazo.

Max presionó con todas sus fuerzas la axila del hombre. Él aflojó el puño y, agarrándose bien al recio uniforme, Max logró salir del agua y subir al bote.

Cayeron al suelo uno encima de otro. El hombre se arrastró hacia atrás

alejándose de Max. Se apretaba con la mano una herida que tenía justo encima de la parte derecha del pecho. La sangre manaba a borbotones entre los dedos. En la otra mano todavía blandía el cuchillo. Aún agachado, Max dio un par de pasos hacia el hombre, que hizo una mueca de dolor. Max le arrebató el cuchillo de una patada. Y con otra patada bajo la barbilla le cerró la boca haciéndole entrechocar los dientes y lo lanzó hacia el motor del bote. La cabeza le colgaba ladeada y hacia atrás. Una guirnalda a base de tatuajes quedó a la vista en el cuello.

El helicóptero despegó de la plataforma de proa.

Max vio a su espalda cómo otro de los botes salvavidas de color naranja del *Seaway Eagle* descendía hacia la superficie. En él iban Hein Espen y su equipo de buzos de combate.

Ya en el puente de mando, Sofia le vendó a Max la herida del brazo izquierdo. Se había quitado la ropa mojada y estaba sentado con una manta sobre los hombros, el torso desnudo y un par de pantalones de chándal que le había prestado uno de los buzos noruegos.

Hein Espen estaba delante de él con los auriculares puestos, escuchando la voz al otro lado. El barco había recuperado la velocidad de crucero. Tras una pausa, el *Seaway Eagle* iba de nuevo camino de su destino en el mar de Barents.

—De acuerdo, entendido —dijo, y se quitó los cascos. Se volvió a Max y a Sofia—. No quieren que os quedéis en Noruega. Kristian Loen tiene el visto bueno para llevaros en helicóptero a territorio sueco. Os llevará a los dos junto con el preso directamente a Kungsholmen, en Estocolmo. A Charlie Knutsson lo han trasladado en un helicóptero ambulancia desde el aeropuerto de Trondheim. Ahora va también a Estocolmo, camino del hospital Karolinska. Es demasiado pronto para decir con seguridad si sobrevivirá.



—¿Te vas ya a casa? —preguntó Sofia.

Después de que el helicóptero aterrizara delante de las oficinas de la policía nacional, los recibieron unos agentes del Servicio General de Seguridad sueco que, con la mayor discreción y celeridad, pusieron a Kandinski a buen recaudo. Max creyó que Sofia iba a protestar al ver que le arrebatan el caso, al menos de momento, pero era lo bastante lista para comprender que Kandinski no era solamente un asesino en serie. El tipo era, además, sospechoso de ser agente ruso, y hasta que se descartara esa sospecha, no estaba bajo su jurisdicción.

Charlie Knutsson se encontraba en estado crítico y habían dejado claro que nadie podía visitarlo aún. Max sopesaba pese a todo ir al Karolinska a esperar allí sentado en algún pasillo. No porque fuera a ser de alguna utilidad, sino porque le parecía lo correcto.

Se imaginó el reencuentro de Sofia con sus colegas, las caras de admiración y las palmaditas, las felicitaciones y los elogios de su jefe, Per Carpelan. Max no quería ir con ella. Él era el asesor externo. El agente invisible. Para la gente como él no había ni gratitud ni recompensa.

Se quedó cabizbajo. Las últimas veinticuatro horas lo habían expuesto a dos confrontaciones y le habían reportado heridas y falta de sueño. Pero ¿volver a casa...? Pensó en la advertencia por la que Pashie se fue a casa de su amiga. ¿Seguiría allí, en casa de los Marklund? Pensó en el paquete que le había dejado el mensajero de la bicicleta. Las fotografías en las que aparecía

ella tan guapa, acompañada de un extraño. De hecho, no estaba solo guapa. Se la veía contenta.

—Aquí no podemos hacer mucho más esta noche —dijo.

Sofia lo miró extrañada.

—Max, lo hemos atrapado. ¿Todavía no lo has asimilado? Faltan aspectos por aclarar, pero quizá deberíamos celebrar esta victoria, ¿no?

No podía olvidar la imagen de Charlie tal y como lo había descrito Hein Espen. Antes de saber si había salvado de verdad la vida de su amigo, no veía motivos para celebrar nada.

—Otro día —dijo, y echó a andar camino del metro.

Sarah salió del baño de Vektor y volvió a la mesa de la cocina de las oficinas, donde estaba sentado Max. Se había limpiado el maquillaje que se le había corrido.

Aún había esperanza para Charlie. Estaba en las mejores manos posibles.

—Así que Tomas Schiller fue el único que sacó el libro prestado de la Biblioteca Municipal —dijo Max.

Sarah asintió.

—Hay algo podrido en el Estado de Suecia —dijo.

Max ni siquiera se molestó en corregir su cita de Shakespeare.

—Nuestra teoría encajaba también en el caso de Lindström, ¿verdad? —dijo.

Sarah asintió.

—El padre de Lindström fue jefe de la unidad del C-byrå que era conocida como «los de negro».

—¿Y Maj-Lis? —preguntó Max.

—Ahí aún no he encontrado nada. Todavía no me explico cómo ella o Kandinski, por cierto, encajan en el contexto.

Max sabía que la conexión existía de alguna forma, por la pulsera de las SS, el papel con la dirección de Riga y el buque *Triin*, que navegaba bajo la protección del C-byrå y los nazis. Maj-Lis formó parte de esta historia, que, de alguna forma, parecía ser el punto de partida de todos los asesinatos. Pero si de verdad era una venganza por los pecados de aquella época, ¿cuál fue el

suyo si ella misma fue una refugiada?

Sarah sostenía un papel en el aire.

—¿Has leído esto? Fotocopié una página de *Aquellos a quienes cuidamos*. Una especie de acusación contra Suecia.

Le alargó a Max el documento. La carta estaba escrita a mano en sueco, con una caligrafía anticuada.

Max empezó a leer:

Yo acuso a Suecia.

Porque tras palabras como «compasión» y «humanidad» esconde una forma de actuar más cruel que la de bolcheviques y nazis.

Porque ni siquiera deja morir a los hombres.

Porque durante nueve meses nos mintió y nos engañó con investigaciones ficticias y promesas vacías.

Por encerrarnos tras un alambre de espino a nosotros, que ya habíamos vivido la opresión de nada menos que dos potencias de ocupación.

Por pagar por sus propios pecados durante la guerra al vendernos a los rusos.

Por los asesinatos de nuestros hermanos, cuyo número aún seguimos calculando.

Por la destrucción a la que se han visto sometidos nuestros países, que solo puede compararse con el arma mortal que los norteamericanos dejaron caer sobre Japón.

Por todo eso acabaréis pagando.

Los letones siempre serán letones.

Dios bendiga a la región del Báltico.

—¿Se llegó a presentar algún tipo de denuncia? Lo habríamos sabido, ¿no? Sarah se encogió de hombros.

—Está firmado con un nombre de hombre —dijo Max—. Ludwigs Ozols. Pero no parece una letra masculina.

—Puede que una mujer lo ayudara a escribir la carta, ¿no? —afirmó Sarah.

—Alguien que sabía sueco... —dijo Max—. ¿El nombre de Ludwigs Ozols te dice algo?

—Pues sí, es uno de los presos del libro.

Max alargó el brazo en busca del volumen, lo hojeó desde el final y no había pasado aún del epílogo cuando encontró el nombre de Ozols.

Los demás legionarios letones describían a Ludwigs Ozols como un líder, una figura casi legendaria a la que veían como un héroe nacional. Había llevado a cabo grandes hazañas luchando contra los rusos, vestido con uniforme nazi, pero en el corazón siempre llevaba aquel país con el que soñaban los legionarios, el mismo que ensalzaban en sus canciones por las noches alrededor de la hoguera. «Estia», la tierra que nunca había llegado a existir pero que un día verían resurgir, la tierra que algunos hombres del otro lado del Báltico habían soñado desde tiempos de los romanos. Una región báltica fuerte que constituiría la tierra prometida que cantaban los versos inveterados. Los rusos eran los que entorpecían el sueño de una nación báltica unida. Los legionarios habían depositado su esperanza en el apoyo de los países occidentales, pero cayeron víctimas de las condiciones para la paz. Cuando las potencias vencedoras se dividieron Europa, nadie escuchó a los habitantes de la región del Báltico.

Max pensó en lo que la profesora de Tartu les había dicho acerca de los símbolos que algunos hombres se tatuaban en el cuerpo. El Tercer Despertar Nacional. La cruz con los símbolos de divinidades que él había visto tatuados en la espalda del asesino.

El mapa del asesino.

Ludwigs Ozols se vio obligado a subir a bordo del barco soviético *Beloostrov* y luego pasó muchos años en Kolimá, en Siberia, el más conocido de todos los campos de trabajo, que el escritor Aleksandr Solzhenitsyn llamó «el polo del frío y de la crueldad del gulag».

¿Y Ludwigs Ozols había resistido allá arriba, en aquel frío agujero infernal, en un clima tan duro como el de la Antártida?

Apartó la vista del libro.

—¿Has leído el epílogo?

Sarah asintió.

—Hay muchas cosas que encajan, pero el tal Ludwigs Ozols... —dijo Max.

—¿Podría estar vivo?

—Parece increíble, teniendo en cuenta por lo que pasó. Y, además, será muy viejo.

Cogió el libro de los símbolos y localizó la ilustración que le había enseñado a Sofia Karlsson en el avión a Trondheim.

—Creemos que el asesino está siguiendo esto.

—¿Son símbolos vinculados a la antigua religión báltica?

—Sí, pero se trata más de nacionalismo que de religión. Los asesinatos siguen este esquema al pie de la letra.

Sarah puso el dedo en el símbolo dibujado junto a la quinta punta de la figura, el de Laima.

—Así que este es el símbolo que... que le grabó a Charlie...

—Sí —dijo Max—. Tres puntas de flecha señalando hacia abajo. El símbolo del destino.

Sarah tragó saliva, tratando de olvidar la imagen.

—En esta cruz faltan tres pasos, ¿verdad? —dijo Sarah.

Max asintió.

—Pero Kandinski ya está encerrado.

—¿Dónde está Pashie?

Max tragó saliva.

—La llamé antes de salir para Trondheim —dijo—. Está en casa de unos amigos, a buen recaudo.

Sofia Karlsson optó por no fijar la vista en Kandinski más de lo necesario cuando entró en la sala de interrogatorios. No contaba con llegar a conocer lo que sus colegas del Servicio General de Seguridad, la Säpo, habían hecho con el preso durante las últimas horas, qué preguntas le habrían formulado y a qué métodos habrían recurrido. Pero estaba segura de que habían llegado a la conclusión de que no era el agente ruso llamado Goga Golubkin y de que habían decidido que el caso no era suyo.

La herida de bala del hombro debía de haberle causado un dolor intensísimo, pero no constituía una amenaza para su vida. Seguramente algunas personas pondrían objeciones al hecho de que la policía lo interrogara tan pronto, después de una cura de urgencia. Pero, tal y como Carpelan había dicho, cuando se enfrentaban a asesinatos en serie de altos cargos de la función pública, la policía podía hacer la vista gorda.

Se sentó enfrente de Kandinski. Él la miró sin mostrar ningún sentimiento. Parecía totalmente sereno dentro de aquella coraza pintada; la corona de tatuajes estaba a la vista por encima del cuello de la camiseta que le habían dado después de quitarle el uniforme ruso. Sofia tenía fotografías de su cuerpo desnudo. La cruz de la espalda, con los símbolos de la divinidad en los extremos, tenía exactamente el mismo aspecto que la que habían visto Max y ella en el libro de los símbolos. Tenía los ojos castaños y pequeños, con algo nebuloso en la mirada, como si tuviera algún vicio o hubiese llevado una vida dura. Había cumplido los cincuenta, pero poseía un cuerpo bien

entrenado y parecía más joven. El dibujante había hecho un buen trabajo con el retrato robot basado en la declaración de Elias. No cabía duda de que aquel era el hombre al que habían estado buscando desde el asesinato de Berga.

Sabía que el jefe estaba al otro lado del espejo unidireccional, observando el interrogatorio. Para atenerse a las normas, pulsó el botón de la grabadora.

—¿Qué tal si empezamos por tu nombre? —dijo Sofia en inglés—. Supongo que podemos olvidarnos de John.

Kandinski no se inmutó.

—Se te dan bien el lápiz y la aguja, por lo que he visto. Tal vez prefieras responder dibujando en un papel. Si es así, puedo traerte lápiz y folios, Kandinski.

El hombre no reaccionó en absoluto.

—¿Quieres que te llame Oto Zagars? —dijo Sofia, probando con el nombre que les había dado Ludmars Kaldenis, del DISS de Riga.

El hombre siguió sin responder nada.

—Cuando subiste a bordo del *Seaway Eagle* te identificaste como Goga Golubkin, ¿es ese tu verdadero nombre?

El mismo resultado: nada.

Sofia tenía la sensación de que no saldrían de ahí. Aquel hombre no diría una palabra mientras no lo obligaran. Lo único que podía hacerlo hablar era la violencia.

Aun así, decidió hacerle las preguntas que llevaba preparadas. Al menos para documentarlas como parte del informe de lo que había averiguado mediante su investigación.

—Según datos de la policía, fuiste en taxi del centro de la ciudad al puerto de Trondheim. Pero tenemos testigos que aseguran haber visto cómo llegabas al hotel Radisson en un automóvil particular. Después de que lo dejaras aparcado, el coche desapareció, y ahora lo está buscando la policía. ¿Puedes



decirme qué ha sido de él?

Sin respuesta.

—¿Podrías decirme quién se lo ha llevado? Es de capital importancia para la investigación que tengamos acceso a ese vehículo. Si no tienes nada que ocultar, podría facilitarte las cosas que nos dijeras dónde se encuentra.

Kandinski sonrió vagamente, pero siguió guardando silencio.

Cuando Max llegó a casa el sol ya había salido. Sintió una punzada en las costillas al colgar la chaqueta. La cazadora de Pashie no estaba en su sitio. En el piso reinaba el silencio. Seguramente aún seguía en casa de los Marklund.

Fue a la cocina, abrió la puerta del mueble que había encima del frigorífico, sacó la botella de whisky y se sirvió un vaso bien generoso. Cuando entró en el dormitorio, vio que Pashie se había dejado abiertos varios cajones de la cómoda. Se acercó a mirarlos. ¿Cuánto tiempo pensaba quedarse con sus amigos? Se había llevado toda la ropa interior.

Allí pasaba algo. Cogió el móvil y marcó su número pero saltó el contestador.

En la cama deshecha había un sobre de cartón color marrón. Uno parecido al que aquel mensajero le había llevado a Vektor. Dejó el vaso en la mesita de noche y abrió el sobre.

Se vio inclinado sobre el mostrador de la recepción de un hotel. Detrás estaba Sofia, con sus vaqueros ajustados y la cazadora de piel marrón. Max sonreía con el pulgar hacia arriba. En la siguiente se los veía apresurarse a entrar en un ascensor. Max recordó cómo bromearon.

«¿De verdad teníamos esa pinta?», pensó.

En la última fotografía, Sofia y él estaban sentados a una mesa del restaurante del hotel Amaranten, con las cabezas muy juntas.

«Madre mía, Pashie. Alguien trata de separarnos.»

Un genio de la estrategia con un sentido manipulador muy acusado.

Max cogió el vaso y lo apuró de un trago.

«Papanov.»

*Kolimá, Siberia, febrero de 1952*

Ozols contemplaba el cielo negro a través de las rejas del techo. Hacía una noche despejada y la temperatura bajaría hasta los treinta grados bajo cero. Había perdido la cuenta de cuántas veces los vigilantes lo habían metido en la celda. En esta ocasión le permitieron que se quedara con los calzoncillos. Con el apestoso ruso con el que compartía aquel metro cuadrado de paredes y suelo cubierto de escarcha no habían sido tan amables.

Estaban sentados como siempre en las celdas de aislamiento, espalda contra espalda y enganchados por los codos. Por la noche se movían como una sola persona, se ponían de pie, andaban sin moverse del sitio, se daban golpes en los costados para entrar en calor y volvían a sentarse, espalda contra espalda. Ozols tuvo que decirle varias veces a su compañero de celda que no se moviera demasiado rápido. El cuerpo quería hacerlo, pero con aquel frío se quedaba uno exhausto enseguida. Y si se rendía al sueño, no despertaba jamás.

El delito de Ozols en esta ocasión había sido que, en calidad de constructor del edificio del campo, se había opuesto a los planes de un nuevo barracón en la tundra. Lo había hecho después de que el equipo de trabajo hubiera comprobado que era imposible clavar las estacas en la tierra, no por el permahielo, sino porque la tierra estaba llena de cráneos. Por la tarde, después de que Ozols entrara en la celda, oyó explosiones de dinamita

procedentes de la zona nueva. Así era como los jefes del campo habían decidido solucionar el problema. Los restos de los hombres que habían perdido la vida en el campo quedaban reducidos a partículas de polvo.

Habían transcurrido seis años desde que el *Beloostrov* se lo llevó de Suecia. Lo habían condenado por actividades antisoviéticas como líder de la rebelión de los bálticos durante el internamiento sueco y lo habían metido en un mercancías con cientos de otros prisioneros. Tuvieron que llegar a pie hasta la zona desierta de la estación en aquella región despoblada. Las primeras cargas de material de construcción y las herramientas necesarias para abrir la mina en el nuevo yacimiento de oro las llevaron allí con caballos. De los quinientos hombres que cruzaron la nieve con Ozols el invierno de 1946 llegaron a su destino más o menos la mitad. A los demás los ataron con cuerdas a los carros de los caballos y los arrastraron como si fueran provisiones.

Solo su fuerza física y sus cualidades de liderazgo le habían permitido salvar el pellejo. Dedicaba el tiempo libre a leer revistas científicas soviéticas: los artículos sobre los avances técnicos le mantenían vivo el cerebro.

Aquel invierno fue igual de duro que el de 1946. Los turnos eran más largos cada año y cada vez que había nuevo jefe en el campo, quería enviar informes positivos a Stalin en Moscú. El ruso que ahora frotaba la espalda peluda contra la suya había acabado en la celda porque se había negado a arrojar el cadáver congelado de un compañero al agujero que habían cavado en el hielo, un método de enterramiento cada vez más común ante la escasez de dinamita.

Al ruso se le habían puesto negras las yemas de los dedos. Era el último estadio de la hipotermia grave, cuando el tejido ya estaba muerto y los dedos se transformaban en garras de ave. No llevaba en el campo más de dos años y

ya tenía los días contados.

—Tienen que amputarlos —dijo Ozols.

—¡Amputar! —El ruso se echó a reír—. No creerás que el médico va a malgastar una hoja afilada conmigo, ¿no? Y ya sabes lo que le pasa a un enemigo del pueblo cuando ya no tiene manos con las que trabajar.

«Lo mismo que ocurre si dejas que la putrefacción se extienda por todo el cuerpo —pensó Ozols—. Que te mueres.»

Cuando estaban construyendo los nuevos barracones, Ozols se dio cuenta de que la piel de los dedos de la mano izquierda se había vuelto más gruesa. Se le había caído el guante en la espesura de la nieve. Temía que la transformación de la piel fuera un estadio temprano de hipotermia. Tendría que hacer algo al respecto si no quería correr la misma suerte que el ruso que tenía al lado.

Dos días después los guardias le dieron permiso para ir a ver al nuevo *némets*, el alemán, el médico que había llegado al campo a principios de año. Después de desayunar, rodeó el barracón del comedor, pasó por delante de la leñera y continuó hasta la consulta médica, en la parte trasera del edificio.

Ozols había visto a aquel hombre ojoso y de baja estatura que deambulaba solitario por el comedor y los dormitorios con sus gafas a lo Trotski haciendo equilibrios en la punta de la nariz. Corría el rumor de que el alemán no era solo médico, sino también un científico eminente. Había trabajado para los rusos con un arma peligrosa, y para evitar que se pasara a Occidente, lo habían mandado allí, al fin del mundo. Nadie quería hablar con un exnazi. Y solo no duraría mucho.

—¿Qué te parece, doctor? —preguntó Ozols.

Estaba sentado en un taburete con las manos sobre una mesita iluminada

por una intensa luz.

—¿Ozols? —respondió el alemán—. Un nombre letón.

—*Lettische Nummer Einz* —dijo Ozols—. Waffen-SS, décimo quinta legión.

El doctor enarcó las cejas.

—Has durado más que los otros.

—¿Cómo has terminado aquí? Dicen que eres un hombre de ciencia.

El médico asintió.

—Es verdad que lo fui. Ahora soy un simple matasanos.

—¿Tecnología armamentística? —preguntó Ozols.

—Físico atómico. Después de la guerra ofrecí mis servicios a los rusos. El mayor error de mi vida.

Así que era verdad lo que decían de él.

—Bueno, dime: ¿cuánto tiempo me queda? —preguntó Ozols.

—¿Cuánto quieres vivir?

—Más que Stalin —respondió.

El médico negó con la cabeza.

—Si hemos de creer al pueblo ruso, es un dios y, como tal, no morirá nunca.

—Permíteme que lo dude. ¿Cuánto quieres vivir tú, «alemán»?

El modo en que Ozols destacó la palabra «alemán» hizo que el doctor lo mirase con una expresión de sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Te doy dos meses, como máximo. El criminal del jefe de barracón, el que se encarga de las tareas más sucias de los vigilantes, procurará que tu paso por la Tierra toque a su fin. No hay nada en el mundo que odien más que a un nazi. Sin protección, no tendrán ningún problema para librarse de ti.

—¿Y cómo podría agenciarme la protección necesaria? —dijo el médico.

—Creo que aquí solo hay una persona capaz de dártela y dispuesta a ello.

—*Lettische Nummer Einz?*

—Exacto —dijo Ozols.

Se desabotonó la camisa, sacó un artículo que se había llevado del barracón y se lo plantó delante.

—¿Una prótesis mecánica? —dijo el médico—. Las conozco, pero ¿cómo voy a conseguir que me la manden aquí?

—Un eminente físico atómico como tú sabrá ingeniar la manera de conseguirla —dijo Ozols—. Si tu supervivencia depende de ello.

El médico siguió leyendo el artículo.

—Puede —afirmó—. Pero aquí no me permiten efectuar amputaciones.

—Lo sé —dijo Ozols—. El artículo dice que la amputación debe realizarse en el lugar adecuado para que la prótesis funcione.

—Sí, así es, para que los músculos puedan acoplarse al mecanismo.

—Coge la pluma —dijo Ozols.

—¿Cómo?

—Que cojas la pluma. —Ozols la señaló: sobresalía en el bolsillo de la pechera del alemán—. Traza una línea en el brazo izquierdo, justo en el sitio por el que hay que amputar.

El médico sacó la pluma.

—¿Hablas en serio? —dijo.

—Podrás sentarte donde quieras en el comedor y dormir tranquilamente por las noches. Traza la línea.

Cuando el alemán hizo lo que le había pedido, Ozols dejó el artículo en la mesa y salió de la consulta. Dobló la esquina, se detuvo delante de la leñera y echó un vistazo desde allí al campo.

«Juré que volvería. Se lo juré a Anna y a mi hijo. Y también juré que vengaría a mis hermanos.»



Cuando nadie miraba, se subió la manga del brazo izquierdo y lo puso en el tajo. Miró la línea.

Y levantó el hacha hacia el cielo.

Sábado,  
19 de agosto

Sofia Karlsson estaba sentada a la mesa de la oficina de la policía judicial esperando aquello que podría vincular con los asesinatos al hombre que tenían retenido: sus pruebas de ADN. Este se amparaba en su derecho de guardar silencio. Incluso le había pedido a uno de sus investigadores que buscara a la autora de *Aquellos a quienes cuidamos*, cuyo contenido parecía constituir la base del móvil de los asesinatos. Pero también aquello estaba tardando. No se explicaba que pudiera ser tan difícil encontrar a una mujer llamada Anna Isaksson en la región de Örebro.

«La rata aferrada a la cuerda», pensó otra vez. Tenía la sensación de que no sería la primera en recibir la información de las pruebas de ADN. Todo el mundo sabía que aquello era urgente y que se habían producido sucesos de la máxima gravedad. Claro que el gobierno estaba obligado a recibir más información y de un modo más rápido que en otros casos. Pero había algo raro en aquello. Algo que olía mal. Algo así como una leve sensación de dictadura. Como si todo fuera una obra teatral cuyo director estuviera en el ministerio y no en la institución. Y quizá su nombre fuera Tomas Schiller. Max la había llamado para contarle que Sarah había averiguado que ese mismo Schiller había sacado de la Biblioteca Municipal el libro *Aquellos a quienes cuidamos*. Parecía estar en todas partes. ¿Tal vez hubiera llegado ya a las mismas conclusiones que Max, Sarah y ella misma? Pero ¿a qué venía tanto secretismo?

Después de una cerveza tardía con los colegas, ayer se había ido a casa de

su padre y le había contado las muchas felicitaciones que había recibido y que hablaban de ella como si fuera un genio capaz de obtener resultados mientras los demás andaban en círculos. Ella había capturado al hombre que buscaban en todo el país. Nunca había visto a su padre tan orgulloso. Nada que pudiera decirle lo haría más feliz.

O bueno, sí. A su padre no le importaba a qué malo metía entre rejas. Lo difícil era atrapar a un buen tipo. Y se habría puesto más contento si hubiera oído que alguno se le había declarado.

Cuando volvió al trabajo después de cuatro horas de sueño profundo enseguida percibió en los pasillos que su halo de heroína había sido absolutamente pasajero. El caso aún no estaba resuelto. Sí, el sospechoso estaba a buen recaudo, pero hasta que no obtuvieran una respuesta del laboratorio no podían vincularlo a los asesinatos de Callmér, Lindström, Toom y Wass ni tampoco al intento de asesinato de Knutsson.

Levantó la vista cuando se abrió la puerta del jefe. Carpelan llevaba el maletín en la mano y una fina chaqueta de verano en el brazo. Se marchaba. Ella se puso de pie y él le hizo una seña.

—Acompáñame.

Hacia la mitad del pasillo que iba a la escalera, ella le preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Nos han convocado a una reunión en el ministerio.

—¿Qué ha pasado?

—El reto sigue ahí, Sofia. Y ahora se acelerará todo. Voy bien preparado. Tú límitate a comportarte con naturalidad. Pienso ponerles un señuelo.

Veinte minutos después estaban sentados en la sala de reuniones del Ministerio de Justicia con Tomas Schiller. Sofia tenía la impresión de

encogerse bajo su mirada.

Una vez más, fue el hombre del ministerio quien empezó a hablar.

—¿Conoce todo el mundo lo que hemos recibido?

—No —respondió Carpelan—. Sofia, no.

—Ha llegado la respuesta del laboratorio de criminalística —dijo Schiller—. El hombre al que atrapaste tan heroicamente ayer con ayuda de militares noruegos no es Goga Golubkin.

«Eso es lo que yo pensé en todo momento», se dijo Sofia, pero no hizo ningún comentario.

—Lo cual significa —continuó Schiller— que no podemos vincularlo a ninguno de los asesinatos. O en todo caso, a tan solo un intento de homicidio. El de Charlie Knutsson.

—Bueno, al menos no cabe la menor duda de que fue él quien atacó a Charlie en el barco, ¿no? —preguntó Sofia.

—¿Tenéis algún testigo de lo que ocurrió en la sauna? —dijo Schiller.

—¿Perdón? —Sofia trataba de comprender a aquel tipo—. No, ninguno.

—Vale, así que no hay ningún testigo. ¿Habéis tenido ocasión de examinar a Knutsson?

—¿Quieres decir que debería haber enviado a un forense o a un técnico criminalista a la unidad de cuidados intensivos, interrumpiendo así el tratamiento de las heridas letales que sufría, para ver si podíamos encontrar algo que nos sirviera para acusar al hombre que tenemos detenido?

—Tranquila —dijo Carpelan—. Todos estamos bajo mucha presión. Aquí estamos intentando progresar, ¿a que sí, amigos?

Tomas Schiller asintió.

«¿Amigos?» Sofia miró a su jefe. ¿Hablaban en serio o simplemente se comportaban con astucia?

—Puesto que la investigación del ataque en el *Seaway Eagle* aún tardará

—dijo Schiller—, lo único que podemos demostrar hoy por hoy es que este hombre ha robado un carnet militar.

—Eso es verdad —dijo su jefe antes de que Sofia pudiera responder—. Sin embargo, hemos avanzado un poco con los indicios. Como ya sabes, Sofia priorizó otra línea de investigación que condujo hacia el Báltico antes de que supiéramos que el ADN de los escenarios de los crímenes coincidía con el de un agente ruso huido. De modo que ahora vamos a centrarnos de nuevo en esa pista. El hecho de que el hombre que hemos detenido no sea Goga Golubkin demuestra que vamos por buen camino. Toda esa historia de los agentes rusos es una falsa pista.

Ahora sí que estaba hablando claro. «Por fin.» Con Per Carpelan no se jugaba. En opinión de Sofia, había tardado demasiado en pararle los pies al secretario de Estado.

—¿Una pista que señala al Báltico? —dijo Tomas Schiller.

Sofia no sabía decir si estaba fingiendo sorpresa o si esta era auténtica.

—En pocas palabras, creemos que el hombre al que hemos atrapado se llama Oto Zagars. Uno de los hombres más peligrosos de Letonia, buscado tanto por la Interpol como por la policía antiterrorista de Riga desde el atentado del centro comercial Centrs. Se le conoce en los círculos nacionalistas radicales como Kandinski y ya fue condenado anteriormente por asesinato.

Carpelan abrió el maletín y le lanzó a Schiller una carpeta de plástico. Sofia vio que era la que ella le había entregado, marcada con el nombre de OTO ZAGARS, KANDINSKI y con una foto de la época en la cárcel de Riga en primera plana.

Trató de disimular la sonrisa. La desagradable idea de sentirse atropellada y de que su trabajo había sido en vano había desaparecido. Su jefe había puesto a Schiller en su sitio.

—Bueno, pues se ve que no estoy tan informado como vosotros sobre el trabajo de investigación —dijo Schiller—. Explicadme cómo es posible que tengamos ADN de un mismo hombre en diversos escenarios y en tan poco tiempo si no se trata del asesino.

—Todavía no sabemos el porqué —dijo Sofia.

No le apetecía lo más mínimo poner en su conocimiento las teorías que estaba barajando.

—Vaya, pues qué bien, entonces no soy el único —replicó Schiller—. Resulta que los técnicos han encontrado el ADN del tal Golubkin en todos los escenarios de los crímenes y nadie sabe dónde está este individuo. Pero creemos que tenemos al hombre que en realidad ha cometido los asesinatos, ¿es correcto? Y que su móvil tiene relación con el nacionalismo báltico radical, ¿no? ¿Es ese un resumen adecuado del punto en el que os encontráis en estos momentos?

Sofia se dio cuenta de que, explicado así, parecía una locura, pero no le importó. Cuando menos supiera aquel hombre, tanto mejor.

—Sí, es un buen resumen —dijo.

—Por lo que al gobierno se refiere creo que huelga decir lo aliviados que nos sentiríamos todos si hubiera pruebas de que esto no guarda relación con ningún agente ruso.

«Ya estás diciendo más de lo que deberías», pensó Sofia. Le lanzó una mirada a Carpelan y este asintió. «La cosa va según el plan.» Había llegado el momento de lanzar el cebo.

—Hay una cosa más que debéis saber, Tomas. Oto Zagars llegó a Trondheim en un coche del que no hay ningún rastro. Lo estamos buscando por todos los medios. Un Opel rojo. Tenemos razones para creer que las respuestas a las preguntas a las que nos enfrentamos ahora pueden hallarse en ese coche, que, en estos momentos, constituye nuestra máxima prioridad.

De vuelta en el coche de Carpelan, Sofia se volvió hacia él.

—Gracias por apoyarme y apoyar mi investigación.

—Era lo menos que podía hacer.

—Ahora mismo me encantaría ser una mosca en la pared del despacho de Schiller —dijo Sofia.

Carpelan enarcó las cejas.

—He dado órdenes que implican que vamos a por todas pase lo que pase —dijo con una seriedad repentina en la voz—. Quiero que lo sepas. Porque si yo caigo, tú lo harás conmigo.

—No me importa, ya lo sabes. ¿Qué has hecho?

—A veces uno llega a un punto en el que tiene que tomar una serie de medidas que nunca pensó que llevaría a cabo. Reconozco el olor: la cosa apesta por ahí arriba. Por eso he ido manteniendo un contacto de alto secreto con un juez y ahora he conseguido una resolución judicial.

—¿De qué tipo? —preguntó Sofia.

—De uno que nos permite ser moscas en la pared de Tomas Schiller y escuchar sus conversaciones telefónicas.

—¡*Hakuna matata*, jefe! —dijo Sofia—. ¡Joder! La próxima vez que quieran obligarte a renunciar a un fin de semana en Londres se lo pensarán dos veces.

Carpelan sonrió y arrancó el motor.



Papanov escuchaba pacientemente lo que le contaba el hombre al otro lado del teléfono.

—Quiero interrogarlo yo mismo —le dijo en sueco cuando hubo terminado de hablar—. Solos él y yo. Sin que nadie nos vea ni nos oiga.

—Eso es imposible —respondió el hombre.

—Puedo sacarle la información, créeme. Dame media hora y sabré adónde ha ido a parar el coche. ¿Tengo que explicarte otra vez lo importante que es que averigüemos esto?

—Lo siento, eso está descartado. Encontraremos el coche.

—Estás cometiendo un grave error. No olvides que os ofrecí mi ayuda. Y que tú la rechazaste.

Colgó el teléfono. Aquello era exactamente lo que esperaba. Los suecos se aferraban demasiado a sus rutinas. En situaciones como aquella había que improvisar. Y se admitían todos los medios posibles.

Fue hacia la puerta y les dijo a sus hombres que entraran.

Ellos se colocaron ante él en hilera, con las piernas separadas, las manos cruzadas a la espalda y la mirada firme.

—Muy bien, nos ponemos en marcha. Plan B. Ya sabéis qué bello rostro quiero ver antes de que se ponga el sol. No me decepcionéis. Y recordad: por encima de nosotros solo están las estrellas.

El médico apareció por el pasillo blanquecino que había al otro lado de la puerta de cristal y Max se puso de pie. Demasiado rápido. Notó otra punzada en las costillas. Le dio a Sarah un golpecito en el hombro y ella apartó la vista del móvil.

—Charlie tiene lesiones en la cabeza provocadas por una sustancia parecida a la utilizada en los ataques con ácido —dijo el médico—. Es muy corrosiva y creemos que el dolor prácticamente lo ha paralizado. El ácido no solo le ha corroído el cuero cabelludo, sino que le ha penetrado en el cráneo y le ha goteado sobre un ojo. No es seguro que pueda recobrar la vista. Quiero subrayar que seguimos considerando que las lesiones pueden ser letales. Si se recuperase por completo se puede considerar la opción de una cirugía facial avanzada con trasplante de piel para tratar de recrear su antiguo aspecto. Además, lo han marcado a fuego en tres puntos. Con puntas de flecha que señalan hacia abajo: una en la frente, otra en el pecho y una tercera junto al ombligo.

Max asintió. El símbolo de Laima, la diosa vinculada al destino, los nacimientos, el matrimonio y la muerte. Cerró los puños y trató de apartar de la cabeza aquellas imágenes.

Sarah se secaba las lágrimas. Max la abrazó.

—Lo de su aspecto podemos arreglarlo —dijo—. Llevará tiempo, pero lo solucionaremos. —Se volvió hacia el médico—. ¿No hay heridas de arma blanca?

—No, ninguna.

—¿Y ninguna otra marca en el cuerpo?

—¿Aparte de las puntas de flecha? No.

—¿Sobrevivirá?

El médico meneó la cabeza.

—Es muy difícil asegurarlo. Como les decía, aún no sabemos qué ácido han utilizado. Tiene infecciones en el cuerpo y hemorragias internas. Se encuentra en estado crítico.

—De acuerdo —dijo Max—. ¿Qué debemos tener en cuenta ahí dentro?

—Tenéis que desinfectaros a fondo. Poneos la ropa protectora y no lo toquéis. Le hemos vendado la cabeza, pero tiene un ojo abierto y puede hablar. Está muy débil, por lo que os ruego que no lo alteréis en absoluto. Necesita apoyo y descanso para recuperarse.

Max asintió.

Los dos entraron en la reducida antesala de la habitación. Se lavaron las manos y los brazos con desinfectante, se pusieron la ropa protectora y entraron en la esclusa de aire. Mientras esperaban a que se abriera la puerta de la habitación en la que se encontraba Charlie, se miraron el uno al otro. Así, totalmente vestidos de blanco, parecían técnicos criminalistas. Para Max no era la primera vez. Cuatro años atrás ya había vivido una situación similar. Pero entonces era Pashie la que yacía envuelta en vendajes.

Se sentaron el uno junto al otro en las sillas que había junto a la cama de Charlie, en el lado en el que podía ver. Cuando su mirada se cruzó con la de Max, este captó en ella algo que había advertido antes, tanto en hombres como en animales. Era el esfuerzo por resistir, por seguir con vida.

Se inclinó hacia Charlie, pero recordó las palabras del médico: «No lo toquéis».

—¿Qué podemos hacer por ti?

Con un tono ronco que carecía de la fuerza que solía tener la voz de Charlie, este respondió:

—¿Podéis cancelar mi suscripción al club deportivo de Sturebadet?

Max no pudo por menos de echarse a reír. Aquel hombre se hacía querer: siempre sabía comportarse.

—Joder, Charlie —dijo Sarah en voz baja.

—Vaya septuagésimo cumpleaños, ¿eh? —jadeó Charlie.

—Saldrás de esta y te pondrás bien —dijo Max.

—¿Está entre rejas?

Max asintió.

—¿Fuiste tú?

—Sí, pero no estaba solo.

—Nunca hay que estarlo. Gracias por venir en mi rescate.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Charlie parpadeó varias veces.

—Yo no soy capaz de hacer ni la mitad de lo que tú puedes hacer —dijo.

—¿Qué hacías en ese dichoso barco? —preguntó Sarah.

—¿Cómo me encontrasteis?

—Me pediste los datos de contacto de Hein Espen —dijo Max.

Charlie asintió.

—La próxima vez tendré que ser más astuto.

—Y estuve con Anastasia Friedenberga, quien me dijo que habías partido el jueves, a la hora del almuerzo, pero que no sabía adónde.

—¿Te dijo eso? —susurró Charlie.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Sarah.

—Porque a ella se lo conté.

Max recordó la mañana en la iglesia de Gustav Adolf, cuando se acercó para hablar con Anastasia. Lo sorprendida que se había mostrado ante su

pregunta sobre la canción «*Aija, zuzu*», su desmayo cuando le habló de Maj-Lis y cómo luego se sentó en una silla de la sacristía con las mejillas empapadas de lágrimas y un vaso de agua en la mano que le había dado algún alma caritativa.

Estaba fingiendo.

—Sabemos que estuvo en tu casa la noche anterior a tu partida —dijo Max—. ¿Recuerdas algo de lo que dijo? ¿Algo de lo que hablarais, aparte de tu viaje a Trondheim?

Charlie cerró los ojos. No podía más. Max temió haberlo enojado.

—Pero ¿qué tipo de relación tienes con esa mujer? —preguntó Sarah—. Un día es tu peor enemigo, al siguiente se te mete en la cama.

Charlie miró a Sarah a los ojos.

—Es una mujer que sabe lo que quiere —dijo—. Para ella, nada queda fuera de los límites de lo razonable.

Sofia tenía la mirada perdida. No veía la pantalla del ordenador, en realidad no veía nada. Era como si estuviera embotada. No sabía cuándo había sido la última vez que había llorado. O que se había reído. Bueno, sí, eso sí que lo sabía. Fue cuando Max y ella tuvieron tantas dificultades para llegar a los servicios del hotel Amaranten. «A lo mejor tenemos que coger una habitación.» ¿De verdad dijo eso?

Demasiado descarado, quizá.

Max era un hombre que pagaba sus deudas, que demostraba quién era a través de sus actos. A Sofia le inspiraba una mezcla de miedo y entusiasmo. Esperaba estar haciendo lo correcto al confiar en él. Porque a aquellas alturas sentía que confiaba en él de verdad.

Lo habían incorporado como consultor externo por sus conocimientos sobre Rusia y para la investigación había tenido un valor incalculable. Ahora que habían atrapado al culpable, no sabía si seguiría desempeñando algún rol para la policía.

Pero no era solo eso.

La música que sonaba en la cabaña el día que se quedó trasnochando con su padre le volvió a la memoria. La voz dulce y cálida de Fred Astaire.

*I'm putting all my eggs in one basket  
I'm betting everything I've got on you.*

Recordó a Max con el torso desnudo mientras ella le vendaba el brazo

herido.

Fue al baño y se humedeció las mejillas en el lavabo, se frotó los ojos y se pasó las manos por el pelo. La pregunta que siempre le hacía su padre: ¿cuándo vas a conocer al hombre de tu vida?

«Eh, compórtate.»

El móvil le vibró en el bolsillo de la cazadora vaquera. Un número que no reconocía. Un prefijo que no le resultaba familiar. Le dio al botón de responder.

—Soy el coronel Stefan Borg, jefe del regimiento KA-2.

—¿Qué puedo hacer por ti? —dijo Sofia.

—Hoy iniciamos nuestra cacería anual de ciervos y acuden como invitados una serie de dignatarios. Quizá hayas oído hablar de ello, ¿no?

Recordaba que Per Carpelan le había dicho que disponían de aquella semana antes del fin de semana de caza en Escania y el Mir 2000.

—Sí, claro —dijo.

—Pues resulta que varios miembros del equipo de caza han descubierto algo inquietante y, cuando he llamado a la policía para avisar del hallazgo, me han pasado contigo de inmediato.

Sofia se puso tensa enseguida. Vio su imagen en el espejo mientras meneaba la cabeza.

—¿Qué habéis encontrado?

—En un puesto de caza descubrieron varios símbolos tallados con una navaja. A su lado se veía el número cinco. Teniendo en cuenta lo que hemos leído en los periódicos y lo que hemos visto en televisión, quienes lo encontraron se pusieron muy nerviosos y volvieron enseguida al regimiento. Envié una patrulla para que examinara la zona. Estudiaron el entorno y llegaron a la conclusión de que habían despejado una línea de tiro desde la caseta de una bomba de agua hasta el puesto de caza. Y en la caseta

encontraron ciertos preparativos.

—¿De qué clase?

Sofia se apresuró a volver al dormitorio. Se supone que ya lo tenemos, ¿no?

—Un cuchillo y un hierro. Por lo que hemos analizado, el hierro llevaba el mismo símbolo que descubrimos grabado en el puesto de caza.

Aquello tenía que ser obra de Kandinski.

—¿Podrías describirme el símbolo?

Sofia rebuscó entre los papeles que tenía encima de la mesa.

—Parecen dos eles mayúsculas inclinadas que forman una cruz.

Sofia observó las fotografías de la espalda de Kandinski y el siguiente símbolo al que le tocaba el turno. El que Max había descrito como Yumis, la cosecha, era exactamente el mismo que había descrito el coronel. El número cinco.

—¿Quiénes debían estar en ese puesto de caza? —preguntó Sofia.

—Yo y un hombre llamado Stig Ahlström.

—¿En qué trabajaba tu padre?

—¿Qué tiene eso que...?

—¿En qué trabajaba?

—Era jefe de regimiento en Kristianstad antes de que lo cerraran.

«Kristianstad —pensó Sofia—. El campo de internamiento de Rinkaby. El símbolo de Yumis. El número cinco. Dos víctimas. Eso hacía un total de siete.»

—¿Qué significa todo esto? —dijo el coronel.

—Debéis quedaros en un lugar seguro hasta que lleguen mis colegas.

Sofia llamó a la policía de Kalskrona y les pidió que enviaran coches al KA-2. Cuando concluyó la conversación, se quedó mirando el móvil, que seguía sosteniendo en la mano. Buscó el nombre de Max Anger. Algo le



decía que iba a volver a necesitar su ayuda.

Max saludó al vigilante, le mostró el pase y cogió el ascensor hasta el grupo de homicidios. Luego se encaminó al despacho de Sofia Karlsson. La encontró absorta en un par de documentos que tenía encima de la mesa. No se volvió hacia él hasta que lo tuvo muy cerca.

Cuando volvía del hospital le sobrevinieron de nuevo los dolores de cabeza y le temblaba la mano izquierda. Se la agarró a la espalda con la derecha, que sí estaba firme. Notó la palma fría y sudorosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Sofia le mostraba uno de los documentos.

—Gustav Borg. En su día fue el jefe de regimiento más joven de Kristianstad. Se le conocía por su intransigencia. Su hijo iba a participar en una batida en la caza anual del ciervo que protagoniza el regimiento, junto con un tal... —Sofia sustituyó ese papel por otro— Stig Ahlström, hijo de un tal Ivar Ahlström, que era un muy buen amigo del viejo jefe del regimiento de Kristianstad. Ivar falleció, pero trabajó como guardacostas en Furusund, en Roslagen. Le condenaron en una ocasión por contrabando de bebidas alcohólicas. Su familia pertenece a lo que llaman la «casta de los armadores», pero a estas alturas doy por hecho que ya te has imaginado el resto, ¿no?

—¿Ivar Ahlström? —dijo Max—. ¿La antigua familia de armadores de Arholma?

Sofia asintió.

—Se ve que Ivar Ahlström también hizo algunas cosas malas en los años

cuarenta. Su hijo Stig no quería tener nada que ver ni con su padre ni con ningún otro miembro de la familia. Lleva toda la vida viviendo en Escania.

—¿Contrabando de bebidas alcohólicas? —dijo Max—. El viejo Ahlström era algo así como un dictador en Arholma. Seguro que colaboró con la Guardia Odal.

—Han encontrado un puesto de caza con el símbolo de Yumis y el número cinco marcados.

—Kandinski pensaba cargárselos a los dos de un plumazo y adornarlos con la misma marca. Eso nos da un total de siete víctimas. Faltan tres.

—¿Crees que alguien lo habrá sustituido? —dijo Sofia—. Desde luego, lo que está claro es que ha recibido ayuda.

Max meneó la cabeza.

—Anastasia Friedenberga me mintió en la cara. Vi a Charlie en el hospital y me contó que ella sabía que él iba a subir a bordo del *Seaway Eagle*. Si ella no me hubiera mentido, tal vez habríamos llegado a tiempo, antes de que Kandinski le atacara.

—¿Será que colabora con Kandinski?

—Nada es imposible tratándose de ella, a decir de Charlie.

—¿Cómo se encontraba?

—No muy bien.

Sofia carraspeó un poco.

—¿No me contaste que el DISS mencionó que Kandinski recibía visitas en la cárcel? —dijo.

—Joder, tienes razón.

Se dirigieron a la sala de reuniones. Max marcó el número de Riga y esperó a que le pasaran la llamada.

«Venga, cógelo ya —pensaba Max—. No podemos estar aquí hasta mañana.»

Sofia se acercó un poco a Max cuando oyó la voz del policía.

—Me dijiste que Kandinski se portó de un modo ejemplar los últimos cuatro años de cárcel y que por primera vez empezó a recibir visitas — empezó Max—. ¿Quién lo visitaba?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo Kaldenis.

—Porque no creo que trabaje solo.

—Pues tenemos esa información.

—¿Era una mujer? —dijo Max.

—No, era un hombre de cierta edad. Él también está en busca y captura. No tenemos su nombre auténtico, porque en sus visitas a la cárcel utilizaba una identidad falsa.

—Si él también está en busca y captura, tendréis una foto suya, ¿no?

—Claro.

—¿Podrías mandármela por fax a este número?

Max le dio el número de fax del despacho de Sofia en la policía judicial.

—De acuerdo, lo haré, pero tienes que prometerme algo a cambio —dijo Kaldenis—. Si lo encuentras, quiero ser el primero en saberlo.

Kandinski estaba en un furgón negro rodeado de policías con chalecos antibalas y armas automáticas. En el banco de enfrente había otros dos agentes con el mismo equipamiento. Le habían dicho que lo trasladarían a un lugar seguro. Por su propio bien. Una vez allí, continuarían los interrogatorios.

Se mordió el labio con tal fuerza que notó el sabor a sangre. ¿Cómo habían podido encontrarlo en el barco? ¿Quién había logrado averiguar quién era y dónde se encontraba? Su plan estaba pensado al detalle.

Miró a los hombres que lo custodiaban. Eran altos y fornidos, como solían serlo los policías suecos. Pero ¿qué sabían ellos del verdadero afán de lucha? ¿Qué sabían de la muerte? ¿Acaso la habían visto rezumando de un ser humano? ¿Cómo la sombra de los hombres se quedaba rezagada incluso después de que el alma hubiera abandonado el cuerpo? Fornidos y blindados, tanto daba. Él era capaz de sorprenderlos y asustarlos. Pero en aquellos momentos, tenían una ventaja técnica demasiado grande. Se trataba de ser paciente y esperar el momento oportuno.

Cuando Kandinski entró en el furgón, había otros coches delante y detrás de él, como si fueran a salir en procesión de aquel garaje subterráneo. Al principio iban a un ritmo muy lento. Supuso que el helicóptero de Noruega lo había llevado directamente a la jefatura superior de la policía, que se encontraba en el centro de Estocolmo.

Sabía que era sábado y, mientras estaba allí sentado y esposado, pensó en

lo que, según el plan, debía de ocurrir a lo largo de aquel día y del siguiente.

Ya se habían encargado de su Opel rojo y de lo que había en el maletero. Con toda seguridad, reinaría una actividad febril ante el día de mañana. Ya estaban montando vallas, cabinas y puestos. Kungsträdgården Park och Evenemang AB era la empresa que gestionaba el parque de Kungsträdgården por cuenta del ayuntamiento de Estocolmo y tenía que seguir una serie de reglamentos y leyes muy molestos. Resultaba difícil realizar el número suficiente de controles con la legislación sueca. Precisamente para aquella actividad en concreto, seguro que los agentes del Servicio General de Seguridad harían todo tipo de preguntas. Sabían lo que hacían, pero la Säpo no tenía ni el derecho ni la posibilidad de realizar el tipo de controles que de verdad era preciso hacer a los operarios que habían contratado para el acontecimiento. Un batiburrillo de trabajadores mal pagados que no sabían nada, procedentes de todos los rincones del colorido continente europeo. En comparación con el acceso al puesto de caza en Berga, aquello era pan comido.

Pensó en lo que le habían contado de Kolimá. «El camino de los Huesos.» Allí, el suelo era más duro que el asfalto de Kungsträdgården.

«Hay cosas que no pueden perdonarse.

»Solo hay un modo de lograr la reconciliación.»

Cerró los ojos y se imaginó el último símbolo que había en medio de la cruz que tenía en la espalda.

«Dievs.

»Tú eres el techo sobre nuestras cabezas, el suelo bajo nuestros pies.

»Tu ira nos destruye a todos.»

Bajo el podio del técnico de iluminación, enfrente del escenario y a unos treinta metros del borde, en el lugar que, mañana, sería el centro de aquella marea de público. Allí tenía que estar.

La bolsa. Que los cegaría a todos.

Un nuevo comienzo para las relaciones sueco-rusas.

«La posteridad nos juzgará a todos por igual. Llevamos ya muchos años guardando este secreto. Y mañana por fin podremos celebrar nuestra victoria.»

Sarah abrió la puerta de Vektor con el móvil pegado a la oreja.

—¿Nos vemos en el Centro de Turismo de Estocolmo, en la esquina de la calle Hamngatan con los jardines de Kungsträdgården, enfrente de los grandes almacenes NK? —dijo—. ¿Y de verdad puedes recoger a los niños y traerlos?

—Por supuesto —respondió Lisette—. Tú termina de trabajar tranquilamente y nos vemos allí. Estoy deseando hacerlo.

Sarah le dio las gracias, colgó y se guardó el teléfono en el bolso. Lisette estaba muy cambiada, desde luego. No era su buena disposición ni el apoyo que ahora mostraba lo que más le extrañaba a Sarah. Tenía en la voz una amabilidad nueva, o quizá antigua, pero recuperada. ¿No se hablaban así al principio? ¿Antes de las acusaciones y de toda aquella negatividad? ¿Antes de que empezaran a evitarse por la casa, como si las dos llevaran una camiseta con la leyenda TODO ES CULPA TUYA?

«Me dejaste. Teníamos problemas pero, en lugar de tratar de resolverlos, te fuiste huyendo a África. Con un hombre.»

Sarah no había vuelto al gimnasio ni una sola vez desde aquel día, aunque seguía pagando la cuota anual. Creía que su fracaso a la hora de ponerse otra vez en forma era una de las razones por las que Lisette la había dejado. Ya no la deseaba, y ella era de la opinión de que cuando se acaban las relaciones sexuales, también lo hace la relación de pareja. Los padres de niños pequeños eran expertos a la hora de convencerse de que eso no era así, pero la historia



de la humanidad probaba sobradamente que estaban equivocados. Sarah lo comparaba a una bomba de relojería. Los períodos de «ñamñam» y de atiborrarse de chocolatinas Kex que llegaron con los embarazos aún se dejaban notar cada mañana cuando Sarah se ponía las medias. Los michelines sobresalían como pequeños flotadorcitos en la piel blanda de la barriga, unos pliegues que podían esconder pelusilla y también migas de la tostada que había desayunado en la cama. Sarah se agarró la barriga delante del espejo. No le gustaban aquellos michelines, que ni siquiera desaparecían cuando metía barriga con todas sus fuerzas. Pero hasta aquel momento no había tenido ganas de preocuparse por ellos. Salvo ella misma, ya nadie la miraba por allí abajo de todos modos.

Entró en el despacho y sacó el horario de sesiones del gimnasio que guardaba en el primer cajón del escritorio. A lo mejor le daba tiempo de una sesión de *spinning* por la tarde...

El viernes había estado ayudando a Max y a Sofia Karlsson con la investigación. Ahora podía volver a lo que la atormentaba. Los recuerdos de la visita a Charlie y las palabras del médico le revolvían el estómago. No podía olvidar lo que había visto en aquella extraña habitación detrás del armario de Charlie en la casa de Värmdö, ni todos los rumores que circulaban en relación con la catástrofe del *Kursk*. ¿Qué había estado haciendo Charlie? ¿Y para quiénes trabajaba?

Molander, el secretario jefe del Ministerio de Defensa, le había contado que un submarino estadounidense había atracado en el norte de Noruega porque necesitaba unas reparaciones urgentes, y se trataba del mismo cuya desaparición se había denunciado, el *USS Memphis*. Charlie había dicho que los rusos tenían imágenes que sustentaban esa tesis. Sarah llamó a la localidad noruega de Vardö y pidió que le enviaran los datos de los que disponían sobre erupciones sismológicas; luego, una vez los tuviera en

Estocolmo, ella podría pedirle a un experto que les echara un vistazo. Al ver los documentos que le había enviado, Sarah comprendió que no necesitaría consultar a ningún experto. En la guarda de las impresiones de los sismógrafos decía que el primer suceso registrado ya no se describía como una explosión, sino, lisa y llanamente, como «un incidente menor».

Dejó los documentos y abrió la página web de la agencia de noticias rusa TASS. Se estremeció al leer los titulares del día.

El *Seaway Eagle*, dotado de submarinistas noruegos, y el submarino británico LR-5 acudieron al lugar del accidente.

Se han hallado pruebas físicas de que en la zona operaba otro submarino. Los submarinistas rusos han recuperado un fragmento de una nave desconocida.

El presidente Putin tuvo otra larga conversación con el presidente Clinton.

Sarah cerró la página rusa y siguió buscando en diversas páginas estadounidenses y noruegas. Encontró un artículo que trataba de la información que se suponía que la embajada noruega en Moscú habría facilitado a las autoridades rusas y que había sido la base de las informaciones según las cuales el submarino norteamericano había solicitado ayuda urgente para algún tipo de reparación. Aparecía publicado en la página de un canal de televisión estadounidense y aseguraba que el personal de la embajada noruega no dominaba el ruso y había confundido la palabra «comida» con «reparaciones». La razón de que el submarino norteamericano hubiera atracado en el norte de Noruega era que necesitaban llenar la despensa de comida y bebida, nada más.

Sarah retiró la silla de la mesa. ¿Querían decir «comida» en vez de «reparaciones»? Aquello era lo más absurdo que había oído en la vida.

¿Qué demonios estaba pasando?, pensó. «¿Es verdad lo que dicen los rusos? ¿Está la OTAN encubriendo algo?»

De vuelta en el despacho de Sofia, Max hojeó el libro de Anna Isaksson.

—Aquí no hay mucha información acerca de la autora —dijo—. ¿Habéis averiguado algo sobre ella?

—Mi investigador no encontró mucho que digamos. Nadie con ese nombre en información telefónica. Ninguna factura, ni siquiera de agua o de electricidad. Pero encontramos un inmueble registrado a su nombre. Una casa aislada en mitad del campo.

—¿Habéis comprobado el cementerio? —dijo Max.

Sofia sonrió.

—Sí, revisamos que no figurase entre las personas fallecidas.

—¿Y el hospital en el que trabajaba?

—El hospital de campaña de Örebro no era un centro hospitalario en el sentido habitual. Cuando empezaron a llegar a Suecia oleadas de refugiados, las autoridades activaron una organización programada para conflictos bélicos. Entre otras medidas, la agencia nacional del medicamento tuvo que habilitar rápidamente hospitales para los refugiados. En Örebro utilizaron un colegio. Una medida que, al parecer, produjo un montón de problemas y por la que protestaron los padres. La mayoría opinaba que podían haber alojado a los refugiados en otro lugar.

—Ya, eso opinan siempre, ¿no? —dijo Max—. ¿Qué más sabemos?

—Según una lista de hospitales de campaña del archivo nacional, la escuela Engelbrekt volvió a la actividad docente a principios del semestre,

después de Año Nuevo. El hospital cerró el 31 de diciembre de 1945 y, para entonces, ya llevaba muchos meses funcionando como tal. Los pacientes iban y venían y los trasladaban de un lugar a otro continuamente. Algunos morían y los enterraban, pero hoy no se sabe dónde están todas las tumbas. Contrataban rápidamente nuevo personal, que desaparecía a la misma velocidad. Por allí andaban la Cruz Roja y todo tipo de voluntarios. Aquello era un caos.

—¿Y el nombre de Anna Isaksson? ¿No hay nada más sobre ella?

—No. Han mirado todos los hospitales de la provincia de Örebro: el Universitario, el de Karlskoga y el de Lindesberg. Ninguno de ellos tuvo nunca ni antes ni después una empleada con el nombre de Anna Isaksson.

—Puede que en realidad fuera una auxiliar, ¿no?

—No, no lo creo. Al menos, no en tiempos de paz. Igual era profesora o cantante de jazz.

—A lo mejor fue ella quien escribió aquella acusación contra Suecia...

—Sí, quién sabe, tal vez fuera jurista.

Sofia lo miró guiñándole un ojo.

—¿Habéis comprobado los datos de la agencia tributaria? ¿Otros ingresos declarados? —preguntó Max.

—Nada desde 1945.

—Entonces apuesto mis ahorros por lo de cantante de jazz.

Los interrumpieron unos golpecitos en la puerta de la sala de reuniones. Sofia se puso de pie y cogió el papel que le entregaba un colega. Lo ojeó y asintió, luego volvió a la mesa.

—Hemos recibido un fax del DISS. Este es el hombre que, bajo un nombre falso, visitó a Kandinski en la cárcel.

Para Max todo encajó de pronto en cuanto vio de quién se trataba.

Las visitas habían comenzado cuatro años atrás y se interrumpieron ese

mismo año, cuando Kandinski salió en libertad. Teniendo en cuenta todo aquello por lo que había pasado, resultaba incomprensible que aún siguiera vivo. El líder de la rebelión de los bálticos del campo de internamiento de Rinkaby. El mismo hombre que había sido capitán portuario en funciones y que se había encargado de la actividad secreta de la Guardia Odal en Tallin.

Alcohol para la gente.

La caza de cada gota de sangre sueca.

—Este es Ludwigs Ozols —dijo—. A pesar de la gran diferencia de edad de una fotografía a otra, no cabe duda de que es el mismo hombre.

Sofia asintió.

—Pues vamos.

Cogió de la mesa las llaves del coche.

—¿Adónde?

—A la vivienda que está registrada a nombre de Anna Isaksson. Ella es nuestra mejor baza para localizar a Ozols.

Kandinski abrió los ojos cuando el coche salió de la autopista y continuó a un ritmo más lento por carreteras estrechas y serpenteantes. Los hombres recibieron un mensaje a través del sistema de comunicación de los cascos. Se miraron hasta que uno de ellos asintió y respondió.

El furgón redujo la velocidad y al final se detuvo por completo.

¿Habrían llegado ya? Kandinski trató de establecer contacto visual, pero el hombre que tenía enfrente negó con la cabeza y alzó una mano. «Quédate sentado.»

Los hombres recibieron otro mensaje. Como si fuera una señal, quitaron el seguro a las armas automáticas. El furgón retrocedió, no como si quisiera salir de un aparcamiento, sino a toda velocidad. Pero tan solo diez metros después, el conductor pisó el freno tan a fondo que se puso de pie sobre el pedal.

Uno de los policías corrió una ventanilla para hablar con el conductor. Tenía el arma lista para usarla. Señaló algo que había delante y continuó hablando en sueco con el conductor. Cerró la ventanilla, se dirigió a sus colegas y les indicó con un gesto de la mano que todos debían permanecer donde estaban.

Con el arma junto al pecho, descorrió la puerta y salió. Gritó algo a una o varias personas que había más allá en la carretera. Kandinski se inclinó pero solo vio la espalda del policía y sus gestos, como si tratara de librarse de algo.

De repente se hizo el silencio en el exterior. Kandinski notó que la

preocupación se apoderaba de los demás policías. Intercambiaban miradas. Se aferraban con fuerza a las armas que sostenían.

El hombre volvió, pero algo había cambiado. Ya no llevaba el arma. A su espalda había otro hombre vestido con un mono amarillo chillón con tiras reflectantes y un casco blanco en la cabeza. Un pasamontañas negro le cubría la cara. Sostenía una pistola que Kandinski reconoció, una Makárov, pegada al cuello del policía.

¿Qué había ocurrido? Su organización no era muy grande. ¿Cómo habían logrado movilizar aquel tipo de resistencia? Kandinski pensó en el hombre con el que había ideado aquel plan. ¿Sería posible que él hubiera acudido en su ayuda? La esperanza le infundió fuerzas. Aquel hombre era ni más ni menos que un genio. Una leyenda.

—*Release him* —dijo el hombre vestido de operario señalando a Kandinski.

El policía les indicó a sus colegas que obedecieran.

En los labios de Kandinski se dibujó una sonrisa. Una vez libre, agarró al policía que le había puesto las esposas, lo empujó contra la pared y le agarró el cuello. Soltó una risotada que retumbó en el reducido espacio del furgón.

—*No* —dijo el hombre desde fuera.

Kandinski le escupió al policía en la cara y lo soltó. Salió apartando a los hombres que había junto a la puerta y plantó los pies en el asfalto negro recién echado. Alrededor de la caravana policial se veían conos y señales provisionales. Habían colocado atravesada una apisonadora amarilla que bloqueaba la carretera. Todo el lugar estaba rodeado de hombres enmascarados y vestidos con monos de trabajo que apuntaban a Kandinski con sus armas automáticas.

—*Ruki vverj.*

Kandinski obedeció sorprendido la orden en ruso y levantó las manos por

encima de la cabeza.



A unos metros de la nacional 51, en una densa zona boscosa no muy alejada de la reserva natural de Kvismaren, y a la misma distancia tanto de Kumla como de Örebro, Papanov se encontraba sentado en una cabaña de cazadores. Estaba registrada a nombre de una mujer, una identidad falsa. Era grande y tenía ganchos en el techo, cabestrantes lo bastante fuertes para colgar un alce. Debajo había desagües.

Los hombres habían detenido el transporte tal y como él deseaba. Les había ofrecido ayuda a los suecos y ellos la habían rechazado.

El hombre que buscaban desde la explosión del centro comercial Centrs de Riga estaba ahora atado a una silla de madera atornillada al suelo. Tenía las manos y los pies sujetos con esposas bajo la silla. Para que estuviera más cómodo, había encendido una hoguera y lo había sentado cerca del fuego. A aquellas alturas era de dominio público entre los servicios de inteligencia sueco, letón y ruso que a aquel hombre le gustaba el fuego. Como un último gesto de hospitalidad, le había quitado la ropa sueca y la había arrojado al fuego. Ahora estaba allí desnudo contemplando su transformación de un asesino huérfano, pura escoria, a un hombre con una gran visión sobre un país de fantasía, construido a partir las sagas escritas en viejos versos. La historia de una vida que pronto vería su fin. Un cuento sobre un país que jamás existiría.

—Por los suecos he sacado la conclusión de que no has sido muy hablador, Kandinski —dijo Papanov—. Quizá no lo intentaron en ruso... Tú y yo

sabemos que durante la mayor parte de tu vida has hablado ruso en las cárceles soviéticas.

Kandinski no respondió nada.

—Comprendo tu decepción. Mis hombres me han contado lo sorprendido que parecías cuando has salido del furgón. Tal vez pensabas que iban a rescatarte, ¿no? Pero ¿quién iba a hacerlo? ¿Quiénes son tus amigos, en realidad?

Papanov no esperó respuesta, sino que abrió un maletín que tenía encima de una mesa. Sacó una jeringuilla muy larga y extrajo un líquido de una ampolla. Volvió luego al lado de Kandinski. Dejó la jeringuilla a sus pies.

Kandinski la miró.

—Sé que no te gustan las inyecciones. También sé que, cuando eras un preso joven, no te gustaba que los presos más fornidos te violaran y te tatuaran unos ojos en las nalgas en señal de que estabas disponible como presa. Sé lo que padeciste de niño con Raimonds Cilpa y sus colegas enfermos en aquel hospicio jesuita de Riga y, sinceramente, la venganza que te cobraste con él es lo único sensato que has logrado hacer en tu patética vida. Sé por qué eres como eres, Kandinski. Pero te prometo una cosa: nada de lo que has vivido te ha preparado para lo que te haré si no me cuentas todo lo que quiero saber.

Papanov apreció un cambio en Kandinski. Empezaba a estar asustado, pero seguía sin decir nada.

Papanov volvió a la mesa y cogió la máscara de gas. Se la puso a Kandinski. El tubo que iba de la boquilla a la máscara no conducía a otra cosa que a la mano de Papanov. Había procurado que el tubo estuviera bien cerrado para que no entrara nada de aire.

Al cabo de tan solo unos segundos, a Kandinski empezaron a temblarle las manos bajo la silla. Tironeaba con todas sus fuerzas de las esposas. Al cabo

de uno o dos segundos más, empezó a temblarle todo el cuerpo. Los listones de madera del suelo crujían por los clavos que remataban las patas de la silla. Exactamente igual que todos los que habían sufrido la misma tortura, también Kandinski se destrozó los huesos de las muñecas en sus vanos intentos por liberarse. La presión, como de vacío, que sentía en la cabeza empezaba a acercarse al punto en el que parecía que se le fueran a saltar los ojos de las órbitas.

—Respira hondo.

Papanov sabía que sus palabras y la risa que siguió le resonaban a Kandinski cada vez más lejos. Sabía que se estaba hundiendo en un abismo de oscuridad. Ya era hora de hacer que volviera para que así pudiera comprender que había estado en el otro lado unos instantes y que había resucitado de entre los muertos. Papanov le quitó la máscara y le dio unos segundos para que comprendiera que estaba vivo. Luego le clavó la aguja en el muslo, le inyectó el líquido y dejó la jeringuilla allí clavada.

Al cabo de unos instantes, Kandinski empezó a respirar de nuevo con cierta normalidad.

—¿Hablamos o quieres repetir?

Kandinski lo miraba.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo—. A ti no te importa una mierda que haya matado a un puñado de suecos.

—No, claro que no. Pero cometiste un error. En la explosión del Centrs que provocasteis tú y tus fanáticos, mataste a un agente ruso. Mi agente. Goga Golubkin.

—Pues mátame, así estamos en paz.

Papanov se echó a reír, luego se encaminó al fuego y hundió entre las llamas una de las antorchas que había apoyadas en la chimenea. Cuando esta se encendió, se volvió y la acercó al pelo de Kandinski.

El fuego prendió enseguida en la negra cabellera. Los gritos se oyeron en toda la cabaña y retumbaban entre las paredes como una bola de una máquina del millón. El hedor del pelo sucio y quemado inundó la habitación. Cuando la cabeza empezó a estar en llamas, Papanov cogió un cubo de agua y se lo echó por encima.

El cabello había desaparecido y el cuero cabelludo se veía lleno de ampollas y de heridas. Papanov volvió a ponerle la máscara de gas.

Cuando Kandinski temblaba entre espasmos, Papanov volvió a quitarle la máscara, rodeó la silla y se colocó delante de él.

—¿Quién te hizo el encargo?

—Un hombre vino a verme a la cárcel.

—¿Quién? —dijo Papanov—. ¿Está en Suecia?

Kandinski asintió.

Papanov abrió los ojos de par en par. No había contado con eso.

—¿Y es él quien tiene tu coche?

Kandinski volvió a asentir.

—¿Y la maleta está dentro?

—Sí —dijo Kandinski.

—¿De verdad creíais que os ibais a salir con la vuestra? ¿Que podríais dejar una serie de huellas que indujeran a pensar que un agente ruso estaba matando a los suecos de los que queríais vengaros? ¿No se os ocurrió pensar que nosotros iríamos a daros caza?

Kandinski negó con la cabeza. Papanov no sabía si era por agotamiento o por estupidez, pero no importaba. Ya tenía una imagen perfectamente clara. La persona que tenía delante no era el cerebro de todo aquello.

—¿Dónde está el coche?

—No lo sé, lo juro, no tengo ni idea.

—¿Dónde crees que podría estar?

—En el muelle de Stadsgården, en Estocolmo. Allí hay un buque de los grandes...

Era específico y verosímil.

—De acuerdo —dijo Papanov—. Esta es la última pregunta que te haré. Tu última oportunidad. ¿Cómo se llama ese hombre?

Se colocó muy cerca de Kandinski y se inclinó sobre su cabeza.

—Ozols —respondió—. Ludwigs Ozols.

Papanov volvió a su mesa y cogió otro objeto. El último que iba a necesitar. Regresó delante de Kandinski, cuya cabeza colgaba sobre su pecho tatuado.

Papanov se la levantó y vio su mirada vacía. Sostuvo la GSh-18 Alpha Protocol bicolor apuntándole entre los ojos.

—No hay ningún ser más bajo que aquel que mata a uno de mis hombres.

Pashie miraba a las personas que había a su alrededor. Algunas eran compatriotas, lo sabía, imposible confundirse. Otros eran ciudadanos de aquel país que ella había querido que fuera el suyo. En ninguno de los dos lugares se sentía en casa. Sabía que, si algún día se encontraba en un lugar equivalente al otro lado y regresaba a Estocolmo, se sentiría exactamente igual, sin saber si iba a casa o si venía de allí.

Después de salir del piso de Malin, volvió a casa e hizo la maleta. Fue al cuarto de baño, abrió el armario, metió todas las cajas, frascos, pomadas, ampollas y jeringuillas en una bolsa de plástico y las tiró a la basura. El dolor desapareció cuando la bolsa cayó en el contenedor y experimentó algo que llevaba tiempo sin sentir.

La sensación de ser libre.

De camino del aeropuerto de Arlanda, el taxi pasó por los jardines de Kungsträdgården. Por todas partes había turistas ávidos del sol vespertino de los últimos días del verano. Delante de ellos habían empezado a montar las vallas del acontecimiento que estaba a punto de celebrarse. Al otro lado preparaban el escenario, además de casetas y puestos provisionales. El emblema del acto se veía en la parte de arriba del escenario y a ambos lados de las vallas.

«Mir 2000. Un nuevo comienzo para las relaciones sueco-rusas.»

Pashie pensó en los niños con los que había trabajado, en las cosas tan bonitas que habían hecho como parte de la exposición de la tarde en el Centro

de Turismo de Estocolmo. En lo mucho que le habría gustado estar allí.

Un reloj gigantesco le recordó lo cerca que estaba de inaugurarse aquello por lo que ella tanto había trabajado.

Diecisiete horas y cuatro minutos.

Reservó una habitación en un hotel del aeropuerto de Arlanda, durmió hasta la hora del almuerzo y luego se dedicó a deambular por los pasillos.

A su alrededor la gente cogía las maletas y empezaba a ponerse en la cola. Una mujer cogió un micrófono y de un altavoz invisible se la oyó decir: «Vuelo de Aeroflot AFL2523 a San Petersburgo listo para el embarque».

Pashie llevaba sin ir a San Petersburgo desde el día en que la trasladaron, en un helicóptero ambulancia, desde el hospital norteamericano de la ciudad a uno de Estocolmo. Y ahora tampoco pensaba poner un pie allí. Solo tendría que esperar un par de horas en el aeropuerto de Púlkovo hasta que pudiera embarcar en el siguiente avión. Cuando aterrizara de nuevo, la estaría esperando gente a la que podría ayudar y que la recibiría con los brazos abiertos.

Echó un vistazo atrás al largo pasillo lleno de tiendas y cafeterías de Arlanda, como esperando que alguien apareciera corriendo, igual que al final de una película norteamericana. Pero allí no había nadie. Era solo una última mirada a la nada que dejaba atrás.

Cogió el teléfono para apagarlo y vio que tenía varias llamadas perdidas. Todas de la misma persona. Además, le había enviado un mensaje.

«No es lo que crees. Alguien trata de separarnos. Jamás te engañaría. Llárame. Max.»

Apagó el teléfono, cogió la maleta y se puso en la cola.

Pashie no respondía. ¿Dónde estaba?

«Hemos caído en una trampa.»

No era posible explicarlo todo en un mensaje de texto. Necesitaba localizarla, hablar con ella.

«Una imagen vale más que mil palabras —pensó—. A veces se decían las palabras equivocadas, pero las imágenes no mentían.

»Aunque la intención sea buena, Pashie, entre nosotros hay ciertos secretos que no deberíamos mantener.»

Sofia iba sentada en silencio con la mirada fija en el firme de la carretera, conduciendo por la E18 fuera del centro de Estocolmo y en dirección a Örebro. Max dejó el móvil.

El chisporroteo de la radio de la policía vino a romper el silencio que reinaba en el coche.

—Tenemos un accidente de tráfico en la nacional 51, entre Örebro y Kumla, a la altura de Almbro. El tráfico está cortado en la nacional 51.

—Vaya mierda, precisamente hacia donde vamos nosotros —dijo Sofia—. Ahí tiene que haber un mapa de carreteras. ¿Puedes comprobar si hay algún otro camino?

Max logró sacar el mapa del batiburrillo de la guantera. Buscó la zona de Örebro.

—¿Adónde vamos?

—Tenemos que pasar por un sitio que se llama Hidingsta, junto al lago



Rydsjön.

—Ya lo tengo. Está cerca de la reserva natural de Kvismaren. Unas carreteras minúsculas atraviesan el bosque. ¿Estás segura de que tienes la dirección correcta? Aquí no vive nadie, salvo el alce nórdico.

—Sí, sí, la dirección está bien. ¿Y tú estás seguro de que sabes interpretar un mapa?

A Sofia le sonó el móvil.

—El jefe —dijo, y se lo llevó al oído.

Per Carpelan parecía alterado, hablaba con esfuerzo. Max vio por la expresión de Sofia que había ocurrido algo.

—¿Qué demonios estás diciendo?

Sofia pisó a fondo el freno y Max tuvo que apoyar las manos en el salpicadero para no salir disparado hacia delante.

Cuando el coche se hubo detenido por completo en medio del estrecho sendero, Sofia dijo:

—Estoy en la zona, Per.

Carpelan continuó al cabo de unos instantes de silencio. Cuando Sofia colgó, se quedó mirando a Max con cierto terror en la mirada.

—Lo de la nacional 51 no ha sido un accidente de tráfico. Han detenido el furgón que transportaba al preso y, a punta de pistola, los han obligado a soltar a Kandinski.

Estaban rodeados de abetos altísimos, en medio de un bosque virgen envuelto en la luz crepuscular del sol vespertino. Los rusos de Ballongberget, en Solna, hablaban en serio. Ellos también querían echarle el guante al mismo hombre al que perseguían los suecos. Pero ¿por qué?

—¿Estás pensando lo mismo que yo? ¿Serán ellos? —dijo Sofia.

«Ellos.» Los invisibles. Los que van entrando y saliendo de todos los ambientes, según donde necesiten estar. «Cualquier misión, en cualquier

momento, en cualquier lugar»: ese era su lema más conocido. En esta ocasión habían usado la amenaza de la violencia armada en medio de un camino. En un país extranjero. ¿Para llevarse a un preso? Un nacionalista letón con una lista de crímenes infinita. Un hombre que había matado a suecos en venganza por la traición a los bálticos en los años cuarenta.

¿Qué podía ser tan importante para ellos que los impulsara a tomar unas medidas tan extraordinarias?

«¿Qué se nos escapa?»

—Carpelan nos ha dicho que nos mantengamos lo más lejos que podamos, vaya mierda —dijo Sofia—. ¿Qué demonios hacemos?

—No podemos quedarnos aquí sentados esperando. Sea lo que sea, ya estamos cerca de la solución. Tenemos que continuar.

Sofia asintió. Arrancó el vehículo y siguió adelante.

Fueron a pie el último tramo hasta la cabaña. Max sintió instintivamente que allí pasaba algo raro. Cuando atisbó la casa en la oscuridad, tuvo la sensación de que aquel era un lugar reservado a los animales. Y a los hombres que les daban caza.

Se salieron del camino y se adentraron un trecho en el bosque. Luego se protegieron detrás del tronco de un árbol enorme, y allí se agazaparon y observaron la cabaña. Sofia sacó la Sig Sauer y flexionó el brazo ante la cara.

—En el camino de grava había muchas rodadas recientes —susurró—. Pero aquí no veo ninguna.

Max asintió. Quienes hubieran estado allí habrían continuado su camino sin más. Se puso de pie y le hizo una seña a Sofia para que siguiera adelante.

La oscuridad rodeaba la cabaña de caza. Los cristales de las pocas ventanas que tenía estaban cubiertos por las contraventanas. Max se acercó a la puerta y tanteó el picaporte. No estaba cerrada con llave. Sofia lo seguía sigilosamente, con el arma preparada.

Entraron en la cabaña, que estaba totalmente a oscuras, en silencio absoluto. El aire les trajo cierto hedor a quemado. En el interior, al fondo, se veía un leve resplandor. ¿Una chimenea? Allí había habido alguien recientemente. ¿Y si aún se ocultaba en la oscuridad?

Max sacó el móvil y, a la débil luz de la pantalla, fue tanteando la pared en busca de un interruptor.

Lo primero que vio una vez que los ojos se le habituaron a la luz de la

lámpara del techo fue el símbolo de ocho lados, con trazos lineales hacia el centro, que estaba dibujado con tinta en el pecho derecho. En el otro lado, sobre el corazón, una esvástica de gran tamaño. Luego vio un tatuaje en forma de arco, como una serpiente negra que cruzaba el abdomen. Alrededor del cuello, las puntas de flecha, como una corona. Lo que quedaba de la cabeza estaba quemado. Un tiro en la frente. La mayor parte de la nuca había volado con el disparo y los restos se veían esparcidos por el suelo, detrás de la silla a la que estaba atado. Max la rodeó y observó la espalda. Allí estaba la cruz de Lietuvens, con los símbolos en el mismo orden que en la ilustración del libro.

Max apenas lo reconoció después del encuentro en el bote salvavidas.

El asesino de Maj-Lis Toom y el torturador de Charlie. Ya no podría matar a nadie más. Max no pudo por menos de sentir que se había hecho algún tipo de justicia. Una justicia brutal, que procuraba ser satisfactoria.

—Es él, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, es él —dijo Sofia—. Es Kandinski.

En la habitación al fondo de la cabaña de caza hallaron ropa, maquillaje, pelucas, visados, pasaportes falsos y una máquina plastificadora que se había utilizado para la falsificación de documentos de identidad.

Max y Sofia estaban cada uno a un lado de una ancha mesa de comedor llena de chismes. En el centro había un tarro de plástico. Sofia se puso un par de finos guantes de látex blancos, abrió el tarro y sacó el muñón que había dentro.

—Seguramente esto responderá a la pregunta que nos traía de cabeza —dijo—. Las huellas halladas de Goga Golubkin.

Envuelta en una toalla se hallaba una mano amputada, fija en una posición semiabierta, como si se le hubiera caído algo.

—Está sumergida en formol —continuó—. Para evitar que se encoja y se corrompa. Con un poco de crema grasa en las yemas de los dedos, se puede usar fácilmente para dejar huellas.

Sofia devolvió la toalla con la mano a su lugar y cerró la tapa. Se quitó los guantes y, con unas pinzas, le dio la vuelta a un documento. En una cara se veía el mismo símbolo que adornaba la espalda del asesino, la cruz de ocho lados, la de Lietuven, donde aparecían bien colocados y numerados los símbolos nacionalistas. Al otro lado había una lista con los nombres de las personas que había que matar, numeradas en orden descendente de diez a uno.

—Iban a morir diez suecos —dijo Max—. Tenías razón.

—Si no lo hubiéramos atrapado en el *Seaway Eagle*, hoy habría estado en la cacería y habría matado a otros dos hombres. A Borg, el jefe de regimiento, y a Ahlström.

Max señaló el resto de los nombres que había al final de la lista.

—Imagínate si hubiera conseguido completar su plan...

Los apellidos que quedaban resultaban familiares a cualquiera que supiera algo sobre la política sueca de la época de la guerra. Las dos personas que quedarían marcadas con Zalktis, la serpiente que representaba la riqueza y la prosperidad, eran descendientes de los que, en aquel entonces, ocupaban los cargos de secretario de gabinete y ministro de Exteriores respectivamente. El nombre de la décima y última víctima, con el número 1 y el símbolo de Austras Koks, el árbol de la vida, era uno de los más conocidos de la historia de Suecia.

El líder socialdemócrata y primer ministro.

Si los descendientes de los hombres de Estado más poderosos de Suecia hubieran muerto brutalmente asesinados, los responsables habrían conseguido conmocionar profundamente a la sociedad. Y esa era su intención. Eso era lo que ellos habían conseguido evitar, a menos que otra persona hubiera tomado el relevo.

—Por Dios, Max —dijo Sofia—. ¿Te imaginas el caos que se habría desatado?

Max la miró asintiendo.

Los primeros apellidos de la lista pertenecían a hombres que hoy estaban considerados los padres del concepto socialdemócrata del «hogar del pueblo». Significaban Suecia tanto como Ikea y el Volvo Amazon.

Si la cosa hubiera llegado tan lejos para asesinar a sus descendientes, ese capítulo negro de la historia de Suecia habría reaparecido en los medios con todo detalle, así como cada víctima y cada traición necesaria para preservar la

paz. Habría abierto heridas en el país y habría menoscabado la posición de Suecia en el ámbito internacional.

El tiempo no cura todas las heridas.

De nuevo fuera de la cabaña, Max respiró hondo. Se sentó en el suelo, delante de la casa, y apoyó la cabeza en la fachada. Sofia estaba delante de él con el móvil pegado a la oreja caminando en pequeños círculos.

Lo que habían presenciado en la cabaña demostraba que su teoría era cierta, de eso no cabía duda. El relato de la traición de los suecos a los bálticos era lo que constituía el motivo de los asesinatos. Kandinski quería que el mundo supiera lo que los suecos habían hecho. Y que no habían pagado lo suficiente por esos crímenes.

Björn Hansen llevaba de la mano a su hermana pequeña a la entrada del Centro de Turismo de Estocolmo, en los jardines de Kungsträdgården. Los dos llevaban la ropa que les había regalado Lisette: él iba de negro, blanco y gris con esa combinación tan llamativa de estampado a cuadros y rayas tanto en la pajarita como en el chaleco; Lisa, con el vestido cuyo estampado se llamaba «tonos de azul». La ropa les quedaba perfecta, tal y como Sarah esperaba. Parecía que Lisette hubiera llevado consigo fotografías recientes de los niños y hubiera pedido a las modistas de Windhoek que les hicieran los trajes a medida.

Subieron juntos las escaleras y Sarah se vio abrumada por una tormenta de sentimientos que crecía a cada paso, a cada carrera que los niños daban alegres camino de la exposición. Era la primera vez en mucho tiempo que los cuatro se movían como una unidad, como una familia.

Caminaban entre los distintos objetos y miraban lo que habían dibujado y pintado niños de ambos lados del Báltico. Imágenes de playas y olas, y fábricas grises que escupían columnas negras de humo. Breves descripciones de naturaleza y biología, sobre los peces que vivían en un mar cuyo fondo estaba muerto. Iban mirando fotografías de colegios, patios escolares, polideportivos y parques. Por los altavoces se oía música coral. Llegaron a una pared donde los niños habían escrito y dibujado los derechos de la infancia.

«Pashie debería estar aquí», pensó Sarah. Ella había trabajado por todo



esto. ¿Dónde se encontraría ahora?

—Perdonadme un momento —dijo, y se apartó un poco del grupo.

Sacó el móvil y llamó a Pashie.

No respondió.

Cuando volvió a guardar el móvil en el bolso, vio a su viejo amigo Peter Tillberg, del diario *Dagens Nyheter*. Estaba hablando con otra persona. El hombre volvió la cabeza y entonces vio a Sarah. Llevaba un traje gris oscuro de tela brillante y un polo negro. La americana, bastante ajustada, resaltaba unos pectorales robustos. Tenía el pelo muy corto. La expresión de su cara habría podido considerarse neutra, de no ser por la frialdad de la mirada que le lanzó a Sarah.

Ella se volvió y se reunió de nuevo con Lisette y los niños. Recordó las palabras de advertencia de Max sobre que alguien de aquella organización que los había amenazado hacía cuatro años estaba ahora en Suecia. No había ninguna duda de que el hombre con el que estaba hablando Tillberg era ruso.

¿Sería Papanov?

En aquellos momentos, Sarah solo pensaba en una cosa. Llevarse a su familia de allí.

—Hola, Sarah —oyó una voz a su espalda. Peter Tillberg la había alcanzado—. ¿Tienes un minuto?

Sarah miró un instante a los niños y a Lisette. Björn le tiraba del brazo, deseoso de enseñarle algo. Vio que los tres desaparecían detrás de una caseta.

—Gracias por ayudarme el otro día —dijo.

—De nada. ¿Has terminado con Anastasia Friedenberga?

«Eso quisiera la muy cerda», pensó Sarah. Pero no quería contarle a una persona ajena al trabajo lo que le había ocurrido a Charlie, en particular a un periodista.

—¿Quién es el hombre con el que estabas hablando?

—Es de la embajada rusa. ¿Quieres que te lo presente?

Sarah negó con la cabeza.

—Me he enterado de que, junto con el equipo de Berga, tratasteis de llevar el submarino URF al mar de Barents —dijo Peter—. Lástima que al final no pudiera ser.

—Los marineros rusos y sus familiares sí que son dignos de lástima. Si quieres escribir sobre algo, hazlo sobre cómo trata el ejército ruso a los familiares de los fallecidos. Hemos puesto en marcha un programa de apoyo para ayudarlos con los procesos legales de reclamación de compensaciones.

Peter respondió distraído y Sarah comprendió que aquello no le interesaba demasiado. No desde el punto de vista de las noticias. No era lo bastante morboso.

—Hace un momento que la agencia de noticias TASS ha publicado que los rusos reconocen que el accidente se debió a la implosión de uno de los torpedos del *Kursk*. Aún usan una vieja técnica muy peligrosa para el lanzamiento de torpedos en las maniobras, que en Occidente se dejó de utilizar hace mucho tiempo. Al parecer, en estos momentos están debatiendo sobre un nuevo programa de apoyo internacional a Rusia para que puedan ir desmantelando gradualmente antiguas técnicas armamentísticas que son muy peligrosas.

Sarah pensó en el debate que habían tenido en Vektor a principios de aquella semana infernal sobre las declaraciones del general Lébed para el programa *60 Minutes* de la CBS. Aquello era precisamente lo que él pretendía: conseguir más dinero de Occidente. Sarah se encogió de hombros.

—Sí, supongo.

—¿No habéis estado trabajando con ninguna otra cuestión delicada últimamente? —continuó el periodista.

—¿Como cuál? —dijo Sarah.

Peter señaló un rincón de la exposición donde podrían hablar tranquilamente.

Se detuvieron ante las ventanas panorámicas y contemplaron los jardines de Kungsträdgården, donde ya trabajaban a fondo en los preparativos del Mir 2000.

—Es que recibí unas llamadas rarísimas —dijo Peter—. De una fuente que, según dijo, no tenía otra opción que acudir a los medios de comunicación para conseguir ayuda.

—¿Y qué hiciste?

—Publicar un artículo. El jefe de redacción rechazó que hiciera un seguimiento.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo o con Vektor? —preguntó Sarah.

—¿Recuerdas el artículo que publiqué la semana pasada sobre una señal muy rara que se había detectado en la embajada rusa?

A Sarah se le erizaron los pelos de la nuca. Lo recordaba, sí. Hubo algo que le resultó extraño, pero lo desechó por considerarlo una mera especulación. Cuando iniciaron las maniobras en el mar de Barents, cundieron las especulaciones. La preocupación en la mirada y el tono de Peter la inquietaron considerablemente. En ese momento recordó lo que le había extrañado tanto de aquel artículo.

—No lo filtró el FRA —dijo Sarah.

A Peter le dio un ataque de tos. Un buen periodista no revelaba sus fuentes.

—Deseché el artículo por absurdo —continuó.

—No fuiste el único.

—Oye, ¿esto de qué va?

—Se conoce como una señal de estrés. Ya sabes a qué me refiero.

Todas las embajadas soviéticas —y ahora las rusas— estaban equipadas con un sistema que recibía señales de estrés. Si se producía algún tipo de

situación arriesgada en un país, se enviaba una señal para avisar al personal de la embajada.

—Pero ¿aquí, en Estocolmo? ¿El fin de semana pasado? ¿Guardará alguna relación con el *Kursk*?

—Puesto que el *Kursk* no se encuentra en el fondo del Báltico, parece inverosímil. Nadie sabe de qué señal se trata. Pero está avisando de algo.

Sarah soltó una maldición. Por un instante, había experimentado una sensación de normalidad con su familia. Ahora quería volver al trabajo, a pesar de que era sábado por la tarde. Pensó en Charlie, se indignó por no poder llamarlo y hablar con él de todo aquello. Pensó en el *casus belli*. En el extraño cuarto que había detrás del armario de Charlie. En los documentos de Londres y Washington. En la operación noruega. En la posible colisión entre el *Kursk* y el *USS Memphis*. Una larga conversación entre los presidentes. Rusia reconoce que la implosión de un torpedo ha sido la causa del hundimiento del *Kursk*, al mismo tiempo que Occidente promete un nuevo apoyo económico para ayudarlos a deshacerse del peligro de las armas antiguas.

¿Una señal de estrés?

—De acuerdo, ¿qué más te dijo tu fuente? Si vamos a ocuparnos de esto, necesitamos algo más de información para delimitar la búsqueda.

El periodista hizo una mueca y lanzó una mirada a ambos lados.

—Mi fuente dijo que la señal es indicio de una cuenta atrás hasta un momento determinado.

—¿Hasta cuándo?

—No es posible decirlo con exactitud —dijo Peter—. Pero a lo largo del día de mañana.

«La gente rara vez tenía fuerzas para mentir después de haberles mostrado cómo era el otro lado», pensó Papanov. Kandinski no había sido ninguna excepción.

Todo estaba en calma en el muelle de Stadsgården. Papanov se había quitado la ajustada americana y se había arremangado el jersey de cuello alto. Habían revisado a fondo el coche de Kandinski, pero la búsqueda había resultado infructuosa. Allí no había nada de lo que Papanov necesitaba.

Todo aquello que habían dejado en la cabaña de caza mantendría ocupada a la policía sueca un tiempo. Pero no demasiado. También estaban buscando el coche. Iban siempre un paso por detrás, pero no tardarían en localizarlo ahora que se encontraba en la ciudad, delante de sus narices. No sería nada positivo que lo encontraran enseguida y llegaran a la misma conclusión que él, es decir, que allí no había nada. Era mejor que siguieran en la incertidumbre. Así, él podría mantener la ventaja.

—Max Anger —susurró para sí ante el mar picado de aguas negras que se extendía frente a él—. Si no coordinamos nuestros últimos esfuerzos, las consecuencias pueden ser catastróficas.

¿Qué era lo peor que podía pasar? Dos hombres se conocen en el gulag. A los dos les han robado décadas de vida. Su odio no conoce límites. La conjunción del saber y los conocimientos de ambos resultaba devastadora. La información que compartían los internos de los antiguos campos soviéticos quedaba fuera de todo control. Había sido una desgracia que hubieran

sobrevivido tan pocos. Ahora se estaba dando la misma situación problemática en las antiguas cárceles soviéticas de todo el imperio ya destruido, donde cumplían largas condenas de cárcel los descendientes de los veteranos del gulag. Se intercambiaban secretos de Estado sin supervisión ni control. Bajo la vigilancia de representantes de los nuevos Estados que no sentían demasiado aprecio por la Madre Rusia.

«¿Qué era lo peor que podía pasar?»

Papanov se volvió hacia aquellos hombres, que esperaban sus instrucciones en silencio.

—Prendedle fuego al coche.

Ya era entrada la noche cuando Sofia y Max volvieron a Estocolmo. Ella puso un CD con la banda sonora de un antiguo musical americano, seguramente porque necesitaba despejar la cabeza.

—¿Escuchas siempre ese tipo de música? —preguntó Max.

Sofia le lanzó una mirada.

—¿Es que no te gusta?

—No, pero igual podrías probar con algo que no fuera lo que escuchaba tu madre...

Sofia negó con la cabeza y siguió mirando al frente.

Max iba ensimismado pensando en sus cosas y mirando por la ventanilla mientras las luces de la gran ciudad se divisaban al frente, quebrando por fin la oscuridad de una noche de agosto.

«La maldición de agosto —pensó—. ¿Cuándo tocará a su fin?»

Cuando comprobó lo que había alrededor del muerto en la cabaña de caza tuvo la certeza de que aquello era obra de Papanov. Al final había encontrado a Kandinski y cerrado el paso al transporte. Luego lo habían llevado de vuelta a su propio escondite. ¿Por qué? ¿Solo para demostrarle a la policía sueca que Kandinski era el culpable? ¿Para acabar con las sospechas que apuntaban a los agentes rusos?

Pero aquello no se sostenía. La detención y las amenazas a un grupo de policías suecos no contribuía a acabar con los rumores del aumento de la agresividad rusa. Tampoco mejoraba las relaciones. Así que, ¿a cuento de

qué venía todo aquello, en realidad?

¿Qué hacía Papanov en Suecia?

Dijo que Goga Golubkin había muerto en el atentado en el Centrs y Max creyó que la llegada de Papanov se debía a algo tan sencillo como la venganza por un agente asesinado.

Kaldenis, el agente del DISS, le había contado que las cámaras de vigilancia mostraban cómo Kandinski iba contracorriente en el centro comercial en llamas, después de que se hubiera producido la explosión. ¿Habría entrado allí Kandinski para cerciorarse de que Golubkin, que era el objetivo del atentado, había fallecido? ¿O fue para cortarle la mano que luego guardaría en un recipiente y utilizaría para sembrar pruebas falsas en el escenario de los diversos crímenes? ¿O quizá sería que Golubkin tenía algo? ¿Algo que Papanov estaba buscando ahora?

Lo que había ocurrido en la cabaña de caza no se había producido para hacer callar a Kandinski. Al contrario. Lo que pretendían era que hablara.

¿Qué secreto le arrancó Papanov a Kandinski en el último instante de su vida? Esa era la cuestión.

Sonó el móvil. Sarah.

—¿Dónde estás? —preguntó ella.

Max le contó lo ocurrido en los bosques entre Kumla y Örebro.

Ella respiró hondo.

—No puedo moverme de la oficina. Tengo una nueva información que me ha pasado Tillberg, del *Dagens Nyheter*, y me ha aterrorizado. ¿Recuerdas el artículo de la semana pasada sobre que había llegado una señal de estrés a la embajada rusa?

—Sí —dijo Max—. ¿Por qué?

—Nadie lo sabe bien, pero alguien que sí está al corriente del significado de ese indicador se ha puesto de lo más nervioso y, como nadie le hace caso,



se ha puesto a hablar con la prensa. Cree que la señal está programada y que dejará de enviar la alerta en algún momento del día de mañana.

—¿Te dijo Tillberg quién le había pasado la información? —preguntó Max.

—No, se niega a dar su fuente. Pero he llegado a otra conclusión que creo que Sofia y tú querréis oír. Teniendo en cuenta, además, dónde acabáis de estar. No he podido dejar de pensar en Charlie y en esa mujer.

«La misma que me mintió en la cara —pensó Max—. Anastasia Friedenberga.»

—¿Qué has encontrado?

—Adivina a qué colegio fue.

—¿A cuál?

—Al de Engelbrekt.

—¿En Örebro?

—Exacto, en Örebro. El colegio que convirtieron en hospital durante más de medio año. Y atiende: su padre murió joven y su madre volvió a casarse. Con un hombre que se llamaba Kent Isaksson. Era cazador, jefe del grupo de caza de la reserva natural de Kvismaren.

—¿Quieres decir que Anastasia Friedenberga es Anna Isaksson? —dijo Max.

Sofia se estremeció a su lado.

Max cerró los ojos. Anastasia y Ludwigs Ozols se conocieron en el hospital. El mismo país, la misma lucha fanática por la independencia como único acicate... Una lucha con la que aún seguían. El grupo de Vilna. ¿Una mujer de la embajada que colabora con extremistas nacionalistas? ¿Presos condenados a muerte y antiguos legionarios nazis? Un atentado con bomba en Riga para suscitar preguntas, matar a un agente ruso y conseguir algo que él poseía. Luego hicieron cuanto estaba en su mano para atribuirles el

atentado a los rusos, para que pareciera que estaban detrás de todo.

—Fue ella la que escribió la acusación contra Suecia —dijo Max—. Anastasia sabe dónde está Ludwigs Ozols.

Per Carpelan estaba sentado solo en su despacho de Kungsholmen. Lo que Sofia le había contado por teléfono sobre el hallazgo que habían hecho en la cabaña de caza era serio y, al mismo tiempo, esclarecedor. Los policías a los que habían amenazado estaban de vuelta en Estocolmo y celebraban en ese momento un gabinete de crisis. La posible persecución de los secuestradores había ido a parar a la mesa del jefe de la Säpo, el Servicio General de Seguridad, puesto que albergaban serias sospechas de que hubiera habido participación rusa. Su preso había terminado torturado y ejecutado, seguramente por sus mismos libertadores. Alguien se había tomado la justicia por su mano de la manera más cruel y, al mismo tiempo, había dejado todas las pruebas necesarias para vincular a Kandinski con los asesinatos. Habían encontrado la mano de Golubkin y habían podido comprobar que Kandinski se había servido de ella para dejar las huellas. En un compartimento del congelador de la cabaña de caza, los técnicos encontraron además lo que explicaba los rastros de ADN: un tubo de plástico que contenía plasma sanguíneo del mismo hombre. En cierto modo, con ello se había aclarado casi todo.

Sí, pero no.

Encima de la mesa tenía las grabaciones de las escuchas del teléfono de Tomas Schiller. Eran muchas conversaciones las que tenía que repasar. A pesar de que era sábado, el secretario de Estado parecía haber tenido un día muy movido.

Pulsó el botón de reproducción para escuchar la última conversación de la noche con el Ministerio de Justicia.

«—No creo que tenga que explicarte lo grave que será si sale a la luz pública, ¿verdad? —decía una mujer—. No olvides que la información que llegó a vuestro conocimiento procedía de mí en un principio. Ahora te pido que escuches con la máxima atención lo que tengo que decirte. Pronto se celebrarán conversaciones preparatorias de la cumbre de Praga. La seguridad de nuestros países se basa en una rápida adhesión a la OTAN. La seguridad del vuestro mejorará considerablemente si la frontera militar de la alianza se traslada más cerca de Moscú y más lejos de vuestra frontera.

»—Ya, claro, así es... —contestó Schiller—. Nadie dice lo contrario. Pero estos asesinatos...

»—No sabemos nada con certeza —susurró ella—. ¿Ha de sufrir mi pueblo una vez más porque uno o varios hermanos descarriados hayan cometido unos actos tan terribles? No puede ser que se nos castigue a todos por ello. ¡Otra vez no!

»—¿Cuánto tiempo seguirás sacando a relucir lo que pasó hace ya tantos años?

»—Es el capítulo más duro de vuestra historia. Y, sobre todo, de tu organización.

»—¿Qué coño insinúas? —dijo Schiller.

»—¿Conoces las acciones del C-byrå durante los años cuarenta o eres demasiado joven y tonto? ¿No sabes que surgió sin la aprobación del gobierno? ¿Que colaboraba con los nazis para traficar con personas a cambio de bebida para nazis alcohólicos que violaban a nuestras hermanas y a nuestras madres? ¿Que esos mismos hombres del C-byrå, ataviados con aquellos abrigo negros, organizaron en Suecia campos de concentración donde internaban a hombres valientes para que trabajaran como esclavos?

¿No sabes cómo levantaban cercas de alambre de espino y los mantenían vigilados día y noche con pastores alemanes y las armas cargadas y listas para disparar? Conozco a tus jefes, Tomas, y a los jefes de tus jefes. Tu forma de actuar en esta situación definirá tu carrera futura. No querréis sacar a relucir toda esa mierda otra vez, ¿verdad? Sobre todo ahora.

«Schiller escuchaba sentado al otro lado de la línea. Casi parecía que estuviera recuperando el aliento.

»—En los próximos días se producirán dos acontecimientos —continuó la mujer—. Mañana lanzáis en Kungsträdgården el Mir 2000, un nuevo proyecto de intercambio con Rusia. Eso es muy importante. La ciudad espera miles de visitantes. La semana siguiente, la ONU elegirá al nuevo alto comisionado para los refugiados. Es uno de los cargos principales dentro de la organización, una misión prestigiosa que conlleva una gran influencia en una serie de cuestiones para el país que ostente el cargo. Y es un deseo expreso de vuestro primer ministro que ese puesto recaiga en un candidato sueco. Una candidata. Y los dos la conocemos.

»—Mi jefa —dijo Schiller.

»—Me alegro de que lo entiendas. Entonces haz lo que digo. Si todas las crueldades de la entrega de ciudadanos bálticos salieran a la luz, podríais dismantelar el Mir 2000 y olvidaros de que un sueco obtenga uno de los cargos más relevantes de la ONU.»

Carpelan apagó el reproductor y leyó las anotaciones. La conversación del despacho de Schiller procedía de un abonado con dirección en Estocolmo.

La calle Odengatan, número 5.

La embajada de Letonia.

*Berlín, octubre de 1994*

El coche lo dejó delante del restaurante en Prenzlauer Berg, un barrio que, antes de la reunificación de Alemania, se encontraba en la República Democrática. Ozols abrió la puerta y observó las robustas mesas de madera lacada, los paneles azul claro de las paredes y la profusión de relojes de cuco, miniaturas de hombrecillos y mujeres de madera y ramos de flores que otorgaban al lugar ese estilo de romanticismo nacionalista. Una camarera de cierta edad vestida con traje regional hizo pensar a Ozols por un instante que había llegado allí en una máquina del tiempo, en lugar de en un taxi berlinés beis normal y corriente.

Tal y como se figuraba, el hombre al que había ido a ver estaba solo sentado en un rincón del restaurante, de espaldas a la pared y mirando el espacio abierto. Por lo demás, el local estaba vacío: era demasiado pronto para cenar. Tal vez aún siguiera observando las rutinas y horarios que regulaban el tiempo en Kolimá, pese a haber transcurrido tantos años, ¿quién podía saberlo?

El hombre levantó la vista de la albóndiga que tenía en el plato cuando la campanilla de la puerta anunció la llegada de Ozols. Cuando vio quién era, dejó caer el cuchillo y el tenedor.

Ozols se le acercó.

—No eres un hombre fácil de localizar, Némets.

—¡Estás vivo! ¿Cómo es posible? —El viejo doctor se puso de pie y extendió los brazos—. ¡Ven aquí, amigo mío!

Ozols abrazó al alemán. Seguía tan delgado y desgarbado como entonces. Aunque ya era un anciano, igual que el propio Ozols.

Se sentó con él y pidió una cerveza.

—¿Cuánto tiempo te quedaste allí? —preguntó el doctor.

—Hasta mucho después de la amnistía de Jruschov. Treinta y cinco años en total.

—¿Treinta y cinco años? A ti no hay quien te mate, ¿no? —Brindó con Ozols y tomó un buen trago de cerveza—. A partir de la amnistía, creía que el trabajo de las minas ya no lo llevaban a cabo presos políticos, sino voluntarios.

—Voluntarios y delincuentes violentos condenados. Nuestro amigo común y yo empezamos a discutir en el tren que nos llevaba lejos de allí. Fue un caos. Casi doscientas mil personas tenían que marcharse de repente. Pero él no había olvidado que yo me había rebelado contra su autoridad. Y tuve que hacer algo al respecto.

—¿Con el jefe?

—Él no podía tolerar que yo siguiera vivo. O sea que era él o yo. Me condenaron y me enviaron de vuelta allí. Ya no era un enemigo del pueblo, pero tuve que quedarme en Kolimá.

Némets suspiró al tiempo que meneaba la cabeza.

—¿Y después?

—Volví a Letonia, aproveché los últimos años de vida de mi madre. Traté de ponerme en contacto con mi hijo, pero resultó que él había seguido mis pasos, ya me entiendes, a pesar de que nunca nos conocimos. Ahora sé dónde está. Tengo planes para por fin reunirme con él, aunque sea tarde. Ya no es ningún muchacho, amigo. Es un hombre de mediana edad.

El médico llamó a la camarera.

—Necesito algo fuerte. ¿Y tú?

Ozols asintió.

—¡Dos Doornkaat!

La camarera puso en la mesa dos vasos con la ginebra alemana y el médico alzó el suyo.

—Te debo la vida, amigo. Has tardado muchos años.

—Pues he venido para darte la oportunidad de equilibrar la balanza.

El doctor hizo una mueca al tragar la ginebra.

—Me lo figuraba. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Ellos nunca te habrían soltado si no te hubieran necesitado para algo especial. Que sigas aquí, vivo y libre, es un milagro mayor que el que lo esté yo.

—¿Qué quieres decir?

Ozols vio cómo el miedo volvía a la mirada del médico.

—El peor error de tu vida —dijo Ozols, aludiendo a lo que el doctor le había contado en su primer encuentro—. Relacioné lo que me contaste y tu repentina liberación con cosas que fui leyendo y otra información que oí de boca de mis compañeros de encarcelamiento. No te imaginas qué tipo de informaciones circula por los campos. Tú entregaste tus conocimientos al servicio de inteligencia soviético y participaste activamente en el desarrollo de lo que se llamaría RA-115, unas armas terribles.

—No todo el mundo tiene tu fortaleza, Ozols. Sé lo que hice por sobrevivir y no estoy orgulloso de ello. Pero puedo decirte una cosa: cada minuto de mi vida, ahora como entonces, mi odio a los rusos está por encima de todo. Si hubiera algo que estuviera en mi mano para castigarlos, lo haría, cualquier cosa, por mucho que ahora, de repente, Yeltsin se haya convertido en el mejor amigo de Alemania.



—Es una amistad completamente transitoria —dijo Ozols—. Vania es siempre fiel a sí mismo.

El doctor asintió.

—Entonces ¿cuál es el plan, Ozols?

—El arma que tú y la central de inteligencia rusa desarrollasteis era tan imprevisible y peligrosa que las dos superpotencias acordaron prohibirla. Tú dominas la técnica en la que se basa y sabes cómo se utiliza.

—Imaginemos, por puro divertimento, que tienes razón. ¿Cómo íbamos a localizar un arma así?

—Sabes que, dentro de la cerca de alambre de espino, se me da bien agenciarme no solo enemigos, sino también amigos. Durante mis últimos años en Kolimá, trabé amistad con un búlgaro que traficaba con armas al que le hice un par de favores. A cambio contactó conmigo cuando salimos en libertad. Me contó que en Suecia hay escondida un arma del tipo que busco desde mediados de los años ochenta. Tengo un viejo amigo en Estocolmo. Y hemos encontrado el arma.

El doctor clavó la vista en Ozols.

—¿Eres consciente de las consecuencias de lo que estás insinuando?

—Sí, conduciría a una Tercera Guerra Mundial, un conflicto inevitable que es preciso para el desagravio de mi pueblo y la constitución de Estia, el Gran Báltico del que tu pueblo y el mío hablaban después de la Primera Guerra Mundial, pero que Hitler y Stalin destruyeron. No hay mejor momento que el presente, ahora mismo, cuando Rusia está de rodillas. Hemos de aprovechar la oportunidad y garantizar nuestra independencia para siempre.

—O sea que lo que quieres es que te enseñe cómo se traslada el arma de forma segura y cómo se activa, ¿no?

Ozols asintió. Alargó una mano por encima de la mesa. El doctor se la estrechó.

—Nunca creí que llegaría el día —afirmó Némets— en que tendría la oportunidad de vengarme.

—Se iniciará en Suecia —dijo Ozols—. Luego se propagará al tío Vania y al cerdo de Moscú. Quiero ver cómo arden sus espaldas antes de exhalar el último suspiro.

Domingo,  
20 de agosto

Papanov estaba en su centro de mando provisional en la caverna de Solna. En una pantalla de imagen granulada veía en el agua movimientos que habrían sido imposibles de comprender de no haber contado con un colega del mar de Barents que le comentaba lo que sucedía por un auricular.

—Una cámara por control remoto baja a las profundidades en busca del *Kursk* desde el *Seaway Eagle* para inspeccionar el casco del submarino.

»El primer buzo noruego alcanza la nave.

»Los buzos noruegos abren la compuerta exterior.

»La esclusa de aire está inundada de agua.

»No se encuentra ningún cuerpo.

»Transcurrirán varios minutos hasta que se abra la compuerta interior.

—Espero —dijo Papanov.

Miró el reloj. Pronto serían las seis de la mañana, hora local de Estocolmo. Aún quedaban cinco horas y media, luego todo habría terminado. De una forma u otra.

—Los buzos noruegos abren la compuerta interior.

»La cabina está inundada de agua. Repito: la cabina está inundada de agua.

»El equipo de evacuación constata que la tripulación está muerta.

»Su cometido no es trasladar cadáveres. Se interrumpe la actuación.

»Me informan de que un representante de la armada rusa emitirá un comunicado en el que declarará que confirma la muerte de los ciento dieciocho miembros de la tripulación del *Kursk*.

Papanov se quitó el auricular, alargó el brazo hacia la pantalla donde se veía la imagen y la apagó. Era tal como él esperaba. Cualquier otra cosa habría sido un milagro.

«Descansa en paz, camarada Liomkin.»

Le vino a la memoria la conversación que habían mantenido a primera hora de la mañana del primer día de las maniobras militares, antes del accidente.

«—En 1984 participó usted en una operación submarina secreta que se llevó a cabo en el Báltico. Recibió órdenes de llevar siempre encima una llave.

»—Sigo defendiéndola con mi vida.»

Ahora que Papanov sabía que la vida que defendía aquella llave se había extinguido y que todo intento de rescatar el cuerpo a tiempo había fracasado, solo le quedaba una cosa.

El mundo podría quizá imaginarse una catástrofe mayor que la que les había sobrevenido a sus hermanos en el mar del Norte, pero lo que aguardaba tenía una magnitud muy diferente. Un enemigo que nadie habría podido imaginar jamás había conseguido aquello que llevaba tantos años enterrado en Suecia. De no haber sido por la señal incorporada de alarma que el objeto había enviado a la embajada de Estocolmo hacía más de una semana, no habrían oído hablar del tema hasta que la catástrofe se hubiera producido.

Pero la cosa no quedaría ahí.

La intervención del general Lébed en la televisión estadounidense. Su profecía del día del Juicio Final, que los había dejado a todos como idiotas a ojos del mundo. Desde que se enteró de la noticia del atentado del Centros de Riga, Papanov tuvo la desagradable sensación de que Lébed iba a acabar teniendo razón.

«El arma perfecta de cualquier terrorista.»

Liomkin fue uno de los dos agentes que había participado en la operación

secreta de 1984. El otro era Goga Golubkin.

Ahora ambos estaban muertos.

Pero la señal de estrés seguía emitiéndose.

Cogió el móvil y marcó el número de la embajada rusa en Estocolmo.

—Denis Zinóviev —dijo Papanov—. En calidad de responsable de la seguridad de la embajada rusa en Estocolmo, te ordeno que canceles todos los compromisos que tenga hoy el embajador y que lo conduzcas a un lugar seguro tan lejos como sea posible del centro de Estocolmo. Te pido que repitas y confirmes las instrucciones.

Max estaba sentado en aquella sala de reuniones de la policía judicial que se había convertido en su despacho, compartido con Sofia. El cansancio casi empezaba a superarlo y, cada vez con más frecuencia, daba con la barbilla en el pecho. Los planes de ir a casa a dormir se malograron cuando Sarah llamó y le contó que Anastasia Friedenberga era Anna Isaksson. Sofia envió un equipo de vigilancia a la embajada letona. A causa de las reglas y leyes que rigen la diplomacia internacional, no era posible entrar allí y detenerla sin más.

Max se sobresaltó cuando llamaron a la puerta. Miró primero a Sofia, que estaba escribiendo en el ordenador. Luego miró el reloj. Eran las siete menos cinco de la mañana.

El jefe de la policía judicial Per Carpelan aguardaba en el umbral y dudó un instante antes de entrar.

—Charlie Knutsson murió anoche en el hospital a causa de las heridas — dijo—. Lo siento muchísimo, Max.

De repente, a Max le resultó difícil respirar. Se puso de pie y pasó a toda prisa por delante de Carpelan camino del pasillo.

—¡Max! —gritó Sofia a su espalda.

La voz parecía proceder de un lugar muy lejano. Max logró entrar en los servicios de caballeros, se colocó delante del espejo, junto al lavabo, y cogió la caja de Alprazolam.

Alguien le puso la mano en el brazo. Era Sofia. Max ni siquiera se había

dado cuenta de que ella había entrado.

—Max, la cosa no mejorará porque tú...

Él abrió la caja. Los blísters con las pastillas de color violeta cayeron volando en el lavabo. Se quedó mirando el número que había anotado a bolígrafo en el interior de la caja.

—¿De quién es ese teléfono? —preguntó Sofia.

Miraba a Max por el gran espejo de los servicios.

«Es el número de alguien que siempre va un paso por delante —pensó Max—. La única persona que parece tener idea de lo que está pasando en realidad.»

De repente Carpelan apareció en el umbral.

—Tengo más cosas que contaros —dijo.

Max retuvo la caja en la mano. El sabor a metal le llenó la boca, le dolían las costillas. No le gustaba cómo le había hablado Papanov, como si fueran viejos amigos, como si pertenecieran al mismo equipo.

«Sabes que la policía sueca está dando palos de ciego. Trabaja con nosotros, Max. Podemos ofrecerte recursos.»

—Tengo la grabación de una conversación que quiero que escuches —dijo Carpelan—. Creo que puedes ayudarnos a entender de qué trata.

—¿Qué conversación? —dijo Max.

—Una que Tomas Schiller ha tenido hace un momento con alguien de la embajada rusa.

Max asintió. Se guardó la caja en el bolsillo trasero de los vaqueros y lo siguió.

Una vez en su despacho, Carpelan pulsó un botón del ordenador para activarlo. El cursor indicaba que había detenido la grabación con la conversación algo avanzada. Pulsó la tecla de reproducción.

«—Por desgracia, debo comunicarle que el embajador está enfermo y se ha



visto obligado a cancelar todos sus compromisos.»

El hombre hablaba bien sueco, con un ligero acento ruso. No era la voz de Papanov.

«—¿Cómo dices? —Tomas Schiller parecía adormilado—. Pero no puede ser. ¡Hoy no, Denis! Joder... Llevamos todo el año planeando esto. Hoy tendrá lugar el acontecimiento. Tantos meses de preparativos... ¿Qué le voy a decir al primer ministro? ¿Por qué no atiborráis al embajador de cortisona, adrenalina o cualquier mierda que se os ocurra? ¡Solo tiene que estar una hora!

»—Lo siento, ya comprendo que es muy inoportuno.

—¡Qué demonios! Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —Se produjeron unos instantes de incómodo silencio, antes de que Schiller continuara—: Si el embajador no se encuentra en el lugar previsto de Kungsträdgården a las doce, todo el proyecto Mir 2000 habrá sido un fiasco. ¿De verdad crees que podéis permitir otro fracaso?

»—Prefiero hacer caso omiso de tu último comentario —dijo el ruso—. Una vez más, lo siento.»

Y ahí se interrumpió la conversación.

Carpelan miró a Max.

—¿Quién es el hombre con el que estaba hablando Schiller?

—Denis Zinóviev —dijo Carpelan—. El tercer hombre en importancia de la embajada. Responsable, entre otras cosas, de la seguridad.

Cambió a un procesador de imágenes y mostró una foto de Denis.

Aquella sonrisa encantadora de hombre de mundo, la ropa elegante. Ese era el hombre con el que Pashie había cenado en el Gondolen. Qué error el suyo, Pashie estaba con él en acto de servicio, a petición de Sarah y de Vektor. Como siempre, fiel a su misión.

Max se acercó a la ventana, subió la persiana y dejó que algo de la luz del

sol matinal entrara en la habitación.

—¿El Mir 2000? —dijo.

—Aquí tengo unas fotografías de ayer por la tarde en Kungsträdgården. El centro de Estocolmo espera unos dos mil visitantes a lo largo de todo el día.

Max no miró las fotos. Sabía perfectamente lo que era. El capricho personal de Pashie en Vektor. «Más ayuda humanitaria y un nuevo comienzo para unos lazos culturales más fuertes entre Suecia y Rusia.»

Pensó en lo que Sarah le había dicho por teléfono sobre la señal de estrés y la fuente del periodista que estaba preocupada. La señal estaba programada y dejaría de enviar la alerta en algún momento del día. El jefe de seguridad de la legación rusa había comunicado de repente que el embajador no podría asistir a la inauguración en Kungsträdgården. Papanov había torturado a Kandinski hasta arrancarle la información antes de pegarle un tiro. El coche seguía sin aparecer.

—Sofia —dijo Max—. En el avión a Trondheim me preguntaste una cosa mientras mirábamos la cruz de Lietuven. Qué ocurriría después, una vez cometidos los diez asesinatos. Y pusiste el dedo en el símbolo que había en el centro de la cruz.

—Sí, lo recuerdo —respondió Sofia—. El símbolo de Dievs.

—El más poderoso de todos los símbolos. Con la ira de Dievs se derrumba la bóveda celeste sobre los hombres y la tierra se abre bajo nuestros pies. Estábamos equivocados, Sofia. El asesinato de los diez suecos no era más que el prelude.

El coche patrulla iba con las luces encendidas, aunque sin las sirenas, a toda velocidad desde Kungsholmen hacia Kungsträdgården.

—Estamos en contacto con el departamento, Per —respondió una voz desde la radio que Carpelan tenía en la mano—. El secretario de Estado está indignadísimo. Va de camino y querrá hablar contigo en cuanto llegues.

—Estoy deseándolo. Gracias por el aviso.

Carpelan se volvió hacia Max y Sofia, que iban en el asiento trasero.

—Espero que tengas razón, Max. Si no, me tocará retirarme en el acto.

—Todo ha encajado hasta el momento. «Mir» significa «tierra» en ruso, pero también «el mundo» y «la paz». La tierra sucumbe cuando se despierta la ira de Dievs, según su leyenda. Se alzan los fuegos del infierno desde las profundidades. Es el fin de la venganza.

—Pues qué oportuno que el embajador ruso esté enfermo —dijo Carpelan.

—¿Crees que Papanov le sacó esa información a Kandinski? —preguntó Sofia—. ¿Y que ha sido él quien ha avisado a la embajada?

Max asintió.

—Eso explicaría algo que se nos ha escapado todo el tiempo. La razón de la presencia aquí de Papanov. Por qué adopta medidas tan extremas. No se trata de vengar a un agente asesinado. No necesitaba localizar a Kandinski. Era otra cosa. Algo relacionado con la última parte del plan.

—¿Qué es?

—Espero que lo averigüemos una vez allí.

No había mucha gente en Kungsträdgården aquella mañana de domingo. Unos perros madrugadores y sus dueños. Un par de clientes de algún club nocturno que, bastante alegres, salían haciendo eses del McDonald's y que buscaban un taxi para volver a casa a dormir la borrachera.

Una oleada de policías vino a interrumpir la calma. Patrullas caninas. Operaciones especiales.

Un hombre trajeado se acercó a Carpelan.

—¿Ese es Schiller? —dijo Max.

Sofia asintió. Schiller empezó a hablar acaloradamente con Carpelan, gesticulando delante del jefe de la policía judicial.

De pronto se oyó una llamada en el transmisor de Sofia, que giró un botón para ajustar el volumen. Max vio que Carpelan hacía lo propio y dejaba de prestar atención al secretario de Estado.

—Han confirmado un objeto sospechoso —dijo Sofia—. Tenemos que desalojar los jardines de Kungsträdgården. Ya han avisado a la sede del gobierno, a Rosenbad. El Servicio General de Seguridad evacuará al primer ministro. Todo el que no lleve un traje antiexplosivos debe alejarse del lugar.

Estaban de vuelta en el despacho de Carpelan, en la sede de la policía judicial. Se habían incautado del móvil de Tomas Schiller y lo habían encerrado en una de las salas de interrogatorios. El secretario de Estado se había quedado a mitad de una frase cuando Carpelan lo agarró del brazo y lo llevó a un coche patrulla. Desde que habían llegado a la comisaría no había dicho ni una sola palabra: se había limitado a mirar al vacío.

Enfrente de Carpelan se encontraba el jefe del grupo de artificieros, los únicos policías que quedaban en Kungsträdgården.

—Hemos encontrado una maleta bajo el podio del técnico de iluminación —dijo.

—¿Podrías describirla? —preguntó Max.

El artificiero lo miró inquisitivo.

—Es Max Anger —aclaró Carpelan—. Trabaja como asesor en esta investigación. Es experto en Rusia, tiene formación militar y pertenece a una organización llamada Vektor. Ha sido él quien nos ha advertido que podría haber una bomba en Kungsträdgården.

—Parece una maleta de un modelo algo antiguo: tiene el exterior metálico acanalado y listas de acero negro.

Max asintió.

—¿Qué contiene? —preguntó Carpelan.

—Eso no te lo sé decir, porque no nos atrevemos a tocarla —dijo el artificiero—. La maleta en sí está provista de lo que en estos casos se

denomina una *booby trap*, es decir, una bomba trampa.

—O una *molnia* —completó Max—. «Rayo» en ruso.

—¿Es que es una maleta rusa? —dijo Carpelan.

Max era consciente de lo complicado de la situación. Y esta no mejoraría si se desataba el pánico. Trató de reservarse para sí sus peores presagios.

—Sí, creo que es una maleta rusa —respondió—. Una *molnia* es una *booby trap* o trampa cazabobos rusa, un artefacto explosivo que se distribuye en distintos recipientes para que nadie pueda abrirlos. Durante la guerra fría, los servicios secretos rusos escondieron armas, equipos de descodificación, cargas explosivas y demás que enterraban en maletas o tras los muros de diversos lugares en varios países occidentales, Suecia incluida. Todas esas armas y artefactos iban provistos de una *molnia*. Solo uno o unos pocos individuos eran capaces de abrirlos.

—¿Y qué ocurre si uno trata de abrirlo sin saber cómo? —dijo Carpelan.

—Hace dos años encontraron un contenedor provisto de una *molnia* en un bosque de Berna, en Suiza. Lo rociaron con agua a alta presión y explotó. Todo lo que había en el contenedor se destruyó. Si hubiera habido alguien cerca, habría muerto víctima de la explosión.

—Yo no recomendaría inyectar agua en este caso —dijo el artificiero.

—¿Por qué no? —preguntó Carpelan.

—Los suizos se aseguraron de que en el contenedor no había ningún explosivo —dijo Max—. En este caso supongo que no habéis podido comprobarlo.

—Exacto —confirmó el artificiero.

—Entonces, si lo he entendido bien —dijo Carpelan—, es probable que tengamos una bomba que no podemos desactivar porque está protegida por una carga explosiva independiente.

Max asintió. «Exactamente.»

—¿Tenemos idea de cómo puede detonarse la bomba que hay en la maleta? —preguntó Carpelan.

—Seguramente habréis leído un artículo acerca de una señal de estrés que se ha registrado en la embajada rusa, ¿verdad? —contestó Max—. Pues en Vektor hemos sabido que se trata de una cuenta atrás.

—De acuerdo —dijo Carpelan—. Habrá que acordonar el teatro Dramaten y el parque Berzelii, todo el trayecto hasta la bahía de Strömmen. Hacia el oeste cortaremos el tráfico a la altura de la plaza de Sergel.

«Una carga explosiva equivalente a un tercio de la bomba de Hiroshima. Una ciudad de las dimensiones de Estocolmo debería quedar cortada desde Knivsta, al norte, hasta Järna, al sur.»

Carpelan observó a Max y se mordió el labio.

—¿De cuánto disponemos?

—No lo sé. Pero no tenemos tiempo que perder.

Tomas Schiller levantó la vista cuando Max entró en el despacho. Llevaba la camisa desabotonada y se había aflojado la corbata. Tenía los ojos enrojecidos.

—¿Qué es lo que estáis haciendo? —masculló entre dientes—. ¿Y quién coño eres tú?

Max se sentó a la mesa, cerca de Schiller, que echó una ojeada a la ventana de espejo.

—No hay nadie al otro lado, Tomas.

—¿Es que no sabes quién soy? —dijo Schiller—. ¿A qué unidad perteneces? ¿Militar?

—Querías ser como tus ídolos, ¿verdad? Como los hombres a los que has estudiado y admirado. El ministro de Exteriores, ese profesional de la táctica superlisto que se encargó del trabajo sucio y mantuvo a Suecia fuera de la guerra.

—No he hecho nada malo. No tenéis derecho a retenerme.

—¿Quién iba a pensar que la entrega de los ciudadanos bálticos después de la Segunda Guerra Mundial se volvería en nuestra contra de este modo? Vosotros queríais evitar a cualquier precio que esto saliera a la luz. Era mejor entorpecer la investigación que permitir que se supiera la verdad, ¿no? Espero que tengas una muy buena razón para ello.

Schiller meneó la cabeza.

—Sabías de qué iba todo esto cuando tomaste prestado de la biblioteca



*Aquellos a quienes cuidamos con el carnet de tu mujer, ¿verdad?*

Schiller seguía sin responder.

Max le puso la mano derecha en el hombro. Presionó con el pulgar por debajo de la clavícula. No demasiado fuerte, pero sí lo suficiente para que Schiller hiciera una mueca de dolor. Se le acercó al oído y dijo en voz baja:

—Es hora de poner las cartas sobre la mesa. Ya han muerto cinco personas. Si no hablas ahora, morirán muchas más.

—¿Qué es lo que habéis encontrado en Kungsträdgården? —dijo.

Max le susurró lo que creía que había allí. Schiller cerró los ojos.

—Si nos cuentas todo lo que sabes, tendremos alguna posibilidad de restablecer el orden. Pero el reloj sigue corriendo.

Tomas Schiller asintió y empezó a hablar.

Después de quince minutos con Schiller en la sala de interrogatorios, Max ya había oído todo lo que necesitaba saber. Y había conseguido que el secretario de Estado hiciera por él algo muy importante.

No era posible acceder a Anastasia Friedenberg por una vía normal.

Recordó las últimas palabras de Charlie Knutsson:

«Para ella, nada queda fuera de los límites de lo razonable».

Max se había puesto en su situación. ¿Cómo habría actuado él de haberse encontrado en su lugar? ¿Con lo cerca que se encontraba de alcanzar el objetivo final? Si él hubiera podido disponer de los privilegios que otorgaba la inmunidad diplomática, también los habría aprovechado. Los colegas de Sofia del equipo de vigilancia dijeron que había pasado la noche en la suite de la embajada. No podían entrar en el edificio donde ella se encontraba. De modo que Max tenía que conseguir que saliera.

El mensaje que había enviado desde el móvil del secretario de Estado Schiller rezaba así:

«Ven a verme, se trata de una reunión importante en el café Nero de Roslagsgatan. Está a un breve paseo de la embajada. Yo no puedo ir a verte allí. No ahora, no hoy».

Max informó a Sofia y a Carpelan de lo que iba a ocurrir después. Los dos estaban en el coche particular de ella, a unos metros de la cafetería, aunque listos para intervenir a una señal de Max. Sofia había llamado al establecimiento para darle instrucciones al responsable de cómo tenían que

actuar. Le aseguró que la cosa terminaría en pocos minutos.

Max estaba sentado en el interior del café, que habían desalojado previamente, con el hombro izquierdo apoyado en la puerta. Anastasia Friedenberg se acercó caminando a paso rápido. Cuando se percató de que el local estaba vacío se detuvo. Pareció intuir la presencia de Max, pero no se volvió. Muy despacio, empezó a llevar la mano hacia el bolso.

Max se puso de pie. En el instante en el que ella se volvió hacia él, Max le neutralizó los brazos y la sujetó contra una de las mesas.

—¿Tú? —dijo la mujer.

Cuando Max se cercioró de que no llevaba encima ningún arma, le quitó el bolso, se volvió y cerró la puerta.

—Siéntate —le ordenó.

—¿Quién eres tú en realidad, Max Anger? —dijo Anastasia—. *Kto ty?* —repitió en ruso.

—Yo soy quien digo que soy, lo cual es mucho más de lo que podemos decir de ti, Anastasia. El juego ha terminado, por lo que a ti respecta.

Cogió el móvil y mandó un mensaje de texto a Sofia diciéndole que podía dirigirse a la cafetería y esperarlos al otro lado de la puerta.

—Ahí fuera esperan unos agentes del grupo de homicidios de la policía judicial. Te van a detener, te interrogarán y, con toda probabilidad, te juzgarán y condenarán a muchos años de prisión por cómplice de asesinato y de atentado terrorista.

—¿Asesinato? ¿Atentado terrorista? —gritó la mujer—. ¡Yo no soy culpable de nada!

—Ahórrate eso para la policía y el fiscal. Tengo una cuenta pendiente contigo y después dejaré que la policía se encargue de ti. Teniendo en cuenta que han muerto cinco hombres por tu causa, no confiaría en recibir un trato demasiado amable.

—¿De qué estás hablando?

Anastasia trataba de mantener el tipo. Solo una mujer fuerte e inteligente podía lograr lo que ella había logrado, pero Max no estaba sorprendido. Solo una mujer inteligente podía engañarlos a todos ellos, incluido a Charlie Knutsson.

—No pudiste aceptar que te arrebataran al hombre al que querías, ¿verdad, Tassenka? El hombre al que cuidaste. Aquel cuyo relato resonaba en lo más hondo de tu ser, en la nostalgia de tu patria. Te habría gustado poder vivir con él como marido y mujer en una Letonia libre, en el Gran Báltico.

Anastasia resopló con desprecio.

—No pienso comentar tus suposiciones sobre mi vida amorosa, pero aún no he renunciado a ese sueño para mi país. Soy presidente del grupo de países que...

—Lo sé —dijo Max—. También sé que me mentiste cuando dijiste que ignorabas adónde pensaba ir Charlie. Al no contármelo a mí, lo enviaste a la muerte. Sé que has estado en contacto con Kandinski desde que Ludwigs Ozols regresó a Suecia. Sé que los dos lo ayudasteis a planear el atentado del Centrs. Que lograsteis convencer a la opinión pública de que era una provocación rusa. Que Kandinski le robó algo a un agente ruso llamado Goga Golubkin y que eso ha provocado una grave crisis que amenaza con costar muchas más vidas de las que podéis justificar con esa exigencia enfermiza de venganza que os guía.

Anastasia negó con la cabeza sin poder contener una sonrisa.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando —dijo.

Ya no parecía preocuparle que Max supiera que estaba mintiendo.

—Solo hay una cosa que no entiendo —dijo Max—. ¿Por qué Maj-Lis Toom, tu amiga de la infancia?

Anastasia soltó una risotada.

—Desde luego que no tienes ni idea de lo que estás diciendo.

Le había cambiado la voz, como si estuviera segura de tener aún la mano ganadora.

—Tú la querías de niño, ¿verdad? Y ella a ti, ¿no? Pues en ese caso eres el único ser vivo en el mundo que ha recibido amor de esa mujer. Cuando era joven y acababa de llegar a Suecia hice todo lo posible por ayudar a aquellos que habían luchado por nuestra causa, por nuestro país, mis hermanos y hermanas. La mujer a la que llamas Maj-Lis Toom era, en realidad, alguien totalmente distinto. Era una traidora a Letonia. Toda su vida fue una mentira. Abandonó a su familia, ¡incluso a su propio hijo!

—No, eso no es verdad. Su hijo Taniel murió con su padre durante el viaje a Suecia.

—¡Eso no es verdad!

Anastasia dio un puñetazo en la mesa. Tenía los nudillos totalmente blancos.

—¡Su verdadero nombre era Rebeka Meija y dejó a su único hijo en un hospicio de Riga, en un lugar espantoso regentado por jesuitas que eran pederastas y donde los niños sufrían cosas que ni siquiera podrías imaginar!

La esclava. La nota que había debajo. Los nombres de Rebeka Meija y Raimonds Cilpa. El director del hospicio al que mató Kandinski.

¿Sería aquello verdad?

—Se instaló en Björkö y se dedicó a odiar a todos los hombres y a compadecerse a sí misma. Me escribía cartas. En ellas me contaba todo lo que había hecho para salvar el pellejo. Cuando al final consiguió entrar en Suecia con engaños, había una cosa, una sola cosa, que habría podido hacer por sus hermanas y hermanos. Salvar la vida del hombre al que había traicionado, alguien que luchó por nuestro país con más valor que ningún otro. Al darle la espalda a él, se la dio a toda la nación letona. ¡Y todo por

salvar el pellejo!

Anastasia parecía transformada. No hablaba, gritaba. Las piezas que aún faltaban en el rompecabezas empezaban a encajar ahora y cambiaban aquello en lo que Max había creído toda su vida. Aquello que lo había hecho meterse al principio en aquel embrollo.

Recordó para sus adentros la fotografía de la casa de Maj-Lis. Dos jóvenes juntas sentadas en una hamaca. La mejor amiga. Tassenka.

Maj-Lis Toom vivió una mentira toda su vida. Y consiguió que Max y los demás se la creyeran.

—¿No salvó al hombre al que había traicionado? —dijo Max—. ¿Ludwigs Ozols?

—¡Sí, Ludwigs Ozols!

Debería haberlo comprendido. «Mara, la madre de todas las cosas.» Ella fue la primera víctima. Y, de repente, Max comprendió por qué.

—Maj-Lis no tenía ningún hijo llamado Taniel —dijo—. Su hijo se llamaba Oto. Oto Zagars. Kandinski.

Anastasia asintió y pareció hundirse al ver que Max lo había entendido.

—Treinta y cinco años en lo más recóndito de Siberia, Max. Allí tuvo que luchar Ludwigs por sobrevivir. Construyó campos para miles de personas que no tenían su fuerza, que se vieron traicionados por los suecos y robados por Stalin. Lo enviaron allí porque Rebeka, Maj-Lis, como la llamas tú, no podía permitir que la mentira de su vida también lo alcanzara a él. ¡Al padre de su hijo!

Las últimas palabras fueron como un sollozo. La mujer que tenía delante estaba destrozada por el odio. Maj-Lis había acabado en el mismo estado de depravación que ella. Dos mujeres destruidas en su juventud por las ideologías, la política y la guerra.

—En algún momento hay que poner el punto final, Anastasia. No podemos

dejar que triunfe el odio.

—Nosotros nunca depondremos las armas.

—¿Dónde está Ozols ahora? No permitas que mueran más inocentes. Sé muy bien que está en Estocolmo.

—Se pasó cincuenta años añorando a su hijo, siguió viviendo por él. Y cuando al final logró localizarlo, ¿qué crees que encontró?

Max pensó en los relatos que había oído del tiempo que Kandinski pasó en el hospicio y en las prisiones soviéticas. Rememoró su cuerpo tatuado y desnudo en la silla de la cabaña de caza, torturado y con la cabeza agujereada.

Ahora lo comprendía. Y ya había oído bastante. Anastasia no les diría nunca dónde se encontraba Ozols. No le importaban las consecuencias. Ella no deseaba la paz. Anastasia quería la guerra. Max recordó lo que le había contado Sarah sobre su primer encuentro con Anastasia. «*Casus belli.*» Un suceso que da lugar a una declaración de guerra. El horror que estaba a punto de suceder era precisamente lo que ella quería que sucediera. No había posibilidad de reconciliación.

Había llegado el momento de entregarla a la policía.

Miró el bolso que tenía en el regazo.

«Nunca depondremos las armas.»

Acercó los dedos al cierre.

Anastasia se abalanzó sobre él y trató de morderle el cuello y, al mismo tiempo, arrancarle el bolso de las manos. Él se echó a rodar por el suelo y Anastasia cayó con él, luego le clavó las uñas en las mejillas. Max se giró en el suelo, se liberó de ella y la empujó. Anastasia se dio en la espalda contra el borde de la mesa y soltó un grito al caer al suelo retorciéndose de dolor.

Max se puso de pie y abrió el bolso. Rebuscó entre llaves, cartera, móvil, polvera, barra de labios.

«No hay armas.»

En el fondo del bolso había un trozo de papel. Lo sacó: era un billete para un crucero. El barco dejaría Estocolmo dentro de un par de horas.

El gigantesco crucero de lujo que estaba amarrado en Saltsjön.

El *Seas of the World*.



Sofia colgó al mismo tiempo que el coche giraba bajando hacia Skeppsbron. Se volvió hacia Max.

—Una lancha de la policía nos aguarda en el muelle. Subiremos a bordo con una escala de cuerda. El capitán del barco está informado y retrasarán la salida hasta que les demos la señal.

Max asintió.

Sacó del bolsillo el móvil de Anastasia, entró en la carpeta de contactos y buscó el nombre de Ozols. Ninguna coincidencia. Así que fue a mirar en los mensajes de texto.

El último era de un número desconocido.

Estaba escrito en letón. Lo único que Max entendía era «*Sky Bar*» y «*Seas of the World*».

El mensaje lo habían enviado hacía dos horas. Max comprobó si Anastasia había contestado. No. ¿Se habría enterado Ozols de que algo le había ocurrido? Si ella no se presentaba, empezaría a sospechar algo raro.

El coche se detuvo y ambos salieron corriendo hacia la lancha que los esperaba.

Durante la travesía pasaron junto a un transbordador de Djurgården abarrotado de pasajeros. La cola se extendía más de lo normal en la terminal. Un domingo precioso y soleado de agosto. Teniendo en cuenta que la zona de Kungsträdgården estaba cortada, no era de extrañar que los transbordadores de Djurgården estuvieran sobrecargados.

El gigantesco buque se alzaba ante ellos como un rascacielos. Desde la lancha policial llegaron con unas zancadas hasta la escala. Cuando alcanzaron la entrada, allí los aguardaba un vigilante que les dijo que la mayor parte de los pasajeros se encontraba en alguna de las cubiertas o detrás de las ventanas panorámicas que había en los bares del barco, para tomar las últimas fotografías de la capital sueca. El buque llevaba cuatro mil pasajeros. La policía había llamado hacía muy poco y no habían tenido tiempo de revisar todo el barco en busca del hombre al que Max quería encontrar. Ludwigs Ozols y Anastasia Friedenberga tenían reservado el camarote 105. Pero ninguno de los dos se encontraba allí en estos momentos.

Corrieron escaleras arriba y llegaron a lo que se conocía como «la cubierta de paseo». Max empujó la puerta y los dos echaron a correr. Delante de ellos había un pasaje que parecía estar en medio de un gran centro comercial. Un hormiguero de gente, la mayoría de la misma edad que Ludwigs Ozols, de entre setenta y ochenta años.

—¿Cómo demonios vamos a encontrarlo aquí? —dijo Sofia.

Max dirigió la vista hacia una hilera interminable de tiendas de marcas de lujo y de restaurantes, y descubrió un panel orientativo. Se dirigió allí y revisó la disposición del barco desde la cubierta superior hasta la sala de máquinas que estaba en las plantas inferiores. En la parte más alta se encontraban los grandes espacios recreativos. Dos piscinas con toboganes, una pared de escalada, una pista de patinaje sobre hielo, una cancha de baloncesto, unas pistas a lo largo del buque donde los pasajeros podía correr o ir en patines... Debajo había un auditorio con capacidad para dos mil personas. El camarote 105, que era uno de los más grandes del barco, se encontraba en una de las cubiertas superiores de babor.

Sobre ellos brillaba el sol, a través del alto techo de cristal abovedado del atrio de la galería. Una viga de acero de forma elíptica, que a su vez se

sustentaba sobre doce columnas, sujetaba el techo. Dentro de cada rectángulo de cristal había una red de bastoncillos de fino metal que le otorgaban un aspecto delicado y elegante. Los minutos volaban.

—Max —dijo Sofia en voz baja, y señaló el panel que indicaba el Sky Bar.

Max asintió y miró alrededor en busca de cómo llegar allí. Ozols se habría situado sin duda de modo que tuviera una panorámica perfecta de todo, en un lugar desde el que poder disfrutar de la contemplación de su amada cuando ella volviera triunfal después de haber completado la última fase de su plan conjunto y desde el cual podría detectar también a un enemigo.

No podían descartar que Ozols fuera armado.

Corrieron hacia el restaurante, que estaba justo debajo del Sky Bar. El local estaba lleno de pasajeros que empezaban el viaje con el almuerzo que habían dispuesto en unas mesas alargadas. Los camareros, vestidos con camisa blanca y pajarita negra, servían café humeante por las mesas, y se apresuraban a reponer nuevas bandejas con embutidos y beicon recién hecho. Max vio la puerta giratoria por la que habían pasado, se apresuró a volver hasta allí y empujó la hoja, que golpeó a un hombre que salía en ese momento. El hombre perdió el equilibrio y la jarra de zumo de tomate que llevaba cayó y se derramó en el suelo.

—¿Qué coño...?

Max y Sofia hicieron caso omiso del hombre y miraron a un lado, hacia las escaleras que subían. Max notó la presión de los músculos de los muslos y las pantorrillas mientras subía volando los peldaños. El corazón le bombeaba en el pecho.

Cuando llegaron al último rellano, Max se detuvo y trató de calmar el ritmo del corazón. «Qué cerca estamos ahora.»

Se volvió hacia Sofia.

—¿Estás lista?

Ella sacó el arma de la funda, pero la mantuvo escondida dentro de la cazadora.

Salieron a la última cubierta, donde había una vista maravillosa de Estocolmo.

Sofia agarró a Max por el brazo y señaló hacia Kungsträdgården: él vio una luz que giraba despacio y se veía en todas direcciones desde la plaza central. Era el reloj digital que anunciaba cuánto quedaba para la inauguración del Mir 2000.

Y comprendió a qué se refería Sofia.

Una hora y veinte minutos.

Una señal de estrés para la embajada rusa.

Una señal que era una cuenta atrás.

Una maleta, que había encontrado el grupo de artificieros, provista de una *booby trap*.

«Mierda. La cuenta atrás para la señal de estrés: la hemos tenido todo el rato delante de las narices.»

Echó una ojeada rápida al reloj.

Dentro de una hora y veinte minutos serían las doce. Entonces, el ministro de Exteriores y el primer ministro habrían hecho pública la nueva colaboración sueco-rusa, inaugurada ante miles de habitantes de Estocolmo.

El momento ideal para un terrorista. El arma perfecta para un terrorista.

—La bomba estallará en el momento en que el primer ministro debería subir al escenario para inaugurar el acto en Kungsträdgården —dijo.

Sofia le tiró de la manga y señaló en dirección al bar. Un hombre solitario estaba sentado con la espalda apoyada en la pared. Llevaba un traje de lino beis de una tela que parecía de arpillera. Max reconoció el perfil definido de líneas rectas, el pelo blanco y la gruesa montura marrón de las gafas de sol. Era un hombre mayor. El mismo que aparecía en la foto de la policía

antiterrorista de Riga.

Ozols.

—Toma, cógelas —dijo Sofia en voz baja.

Le dio sus esposas.

—¿Sabes cómo usarlas?

Max asintió.

—Bien, no quiero perderlo de vista ni un segundo.

Se acercaron despacio a la barra del bar. Cuando estaban a la altura de Ozols, Sofia se escondió tras una pared que separaba el bar de la despejada cubierta que había delante para evitar que cundiera el pánico en la medida de lo posible. Sacó la Sig Sauer y apuntó a Ozols.

Max continuó avanzando. El viejo se volvió hacia él y enarcó ligeramente las cejas cuando vio la pistola a un par de metros. Alzó el vaso que tenía delante y tomó un par de tragos de la bebida clara y helada.

—¿Quién eres? ¿Y quién es tu amiga?

—Lo sabemos todo, Ozols. Anastasia está en comisaría. Nos lo ha contado todo.

Ozols dejó despacio la bebida en la barra con la mano derecha. La izquierda descansaba inmóvil en la rodilla. Llevaba unos guantes de piel.

—No sé por qué me hablas con un tono tan amenazante —dijo en un sueco con un acento muy marcado—. Pero no me agrada lo más mínimo.

—¿No podías aceptar nuestra disculpa? —preguntó Max—. No podías hacer como tus hermanos, hacer borrón y cuenta nueva y seguir adelante. Tenías que matar a un sueco por cada uno de tus hermanos que se quitó la vida o que directamente mataron cuando subieron a bordo del *Beloostrov*. Diez suecos cuidadosamente seleccionados por faltas cometidas en los años cuarenta a cambio de los diez legionarios que perdieron la vida.

Ozols clavó la mirada en Max a través de los gruesos cristales de las gafas.

—Parece que sabes quién soy. ¿No deberías mostrar un poco de educación y decirme quién eres tú?

—No importa quien sea yo —dijo Max.

Ozols tomó otro trago de su bebida sin apartar la vista de Max.

—Las fotografías —dijo—. Tú eres el niño a quien Rebeka quería tanto. Debería haberlo comprendido antes. Y haber avisado a Oto.

—Ya es demasiado tarde. ¿Creías que iban a dejar que os librarais de ellos después de lo que le hicisteis a Goga Golubkin? Oto no mostraba un aspecto muy agradable después de que los rusos se encargaran de él.

Ozols asintió.

—Los rusos —dijo, y apretó los dientes—. Con ellos nunca nada es agradable.

—Lo indujiste a matar a su propia madre. Al final eso le condujo a su propia ejecución. ¿Así querías que terminara su vida? Tal vez él solo fue un instrumento para ti y para Anastasia, ¿no?

—La vida de Oto estaba acabada antes de que todo esto empezara. De eso ya se encargó Rebeka. Oto era un mártir de Estia. Al final le di un sentido a su vida.

—¿Estia? —dijo Max—. ¿Creías que esa tierra podría surgir de vuestra violencia sin sentido?

Ozols estaba en una posición inmejorable para ver cómo se desarrollaba el último acto en la plaza más céntrica de Estocolmo.

—¿Sin sentido? —dijo—. Bien mirado, ¿qué país ha surgido sin violencia? ¿El Imperio ruso? ¿Tu país quizá? ¿Eso es lo que crees?

—No podías darte por satisfecho acabando con la vida de diez suecos en venganza por tus camaradas muertos. Además, tenías que ganar. Con holgura.

—Ya veo que está todo vacío —dijo Ozols con la mirada puesta en

Kungsträdgården—. ¿Es obra tuya?

Max dio otro par de pasos hacia Ozols y se plantó delante de él. Luego sacó las esposas.

Ozols extendió las manos delante del cuerpo.

—Venga —dijo—. No tengo nada que esconder. Puedes decirle a tu colega que se guarde la pistola.

Max le puso las esposas. Tenía un brazo demasiado hinchado. Sofia guardó la pistola en la funda.

—¿Cómo abrimos la maleta?

—Demasiado tarde.

—No puedo permitir que suceda.

Ozols negó con la cabeza y Max comprendió que no se lo diría jamás.

Empezó a rebuscar en los bolsillos de la americana y los pantalones de Ozols. Lo único que encontró fue una tarjeta llave. La sostuvo delante de él y sacó la pistola.

—Ponte de pie —dijo—. Vamos a tu camarote.

Max fue empujándole por detrás en dirección a la escalera que bajaba desde la cubierta superior del barco. Sofia los seguía a una distancia prudencial. Max vio que ella miraba continuamente a su alrededor para asegurarse de que Ozols no tuviera por allí a ningún cómplice. A pesar de sus precauciones, era evidente que a aquel anciano lo estaban obligando a avanzar. La gente que más cerca estaba de ellos se movía nerviosa al verlos avanzar hacia el rellano.

«Demasiada gente», pensó Max. Pero no le quedaba más remedio que tomar el camino más rápido hasta el camarote.

Pasaron por el gran techo de cristal abovedado que Max había visto desde abajo cuando estaba en la galería. Ozols empezó a tironearle del brazo izquierdo, como si se estuviera soltando unos gemelos. De repente, sacudió el

brazo, el guante cayó al suelo de golpe y Ozols se retorció. Tenía los brazos libres y, antes de que Max pudiera reaccionar, notó en la cara el duro metal de las esposas, que ahora solo colgaban de la mano derecha de Ozols.

Max se apartó y retrocedió un par de pasos vacilantes para recuperar el equilibrio. Notó cómo le corría la sangre por la mejilla izquierda y miró la mano que había en el suelo: una prótesis.

Ozols aprovechó la situación y echó a correr.

Los demás pasajeros empezaron a reaccionar. Las tumbonas volcadas y la gente que se agolpaba a la entrada del rellano de la escalera bloqueaban el camino. Ozols echó una rápida ojeada hacia atrás, comprendió que no podía seguir adelante ni tampoco retroceder. Se agarró a la barandilla que separaba la cubierta del techo de cristal, hizo una tijereta, saltó la barandilla y cayó encima del techo.

«Mierda.»

Max saltó también por encima de la barandilla al techo de cristal y empezó a seguirlo con cuidado, apoyando el pie igual que cuando caminaba por una superficie de hielo poco resistente.

—¡Alto! —gritó Sofia.

Pero Ozols continuó. Ya casi había llegado al centro del enorme techo del cristal.

—¡Sal del cristal! —se oyó una voz procedente del sistema de megafonía del barco—. ¡Sal del cristal inmediatamente!

Max continuó avanzando hacia Ozols con sumo cuidado. Se movía con más rapidez y agilidad que el anciano, pero Ozols no dudaba. Seguía progresando hacia el centro del techo de cristal con la mirada fija en la barandilla que había al otro lado.

Cuando Max rozó con los dedos el hombro de Ozols, este se detuvo de pronto. Flexionó las rodillas y empezó a saltar a la pata coja. Una vez. Dos.



Max retrocedió, sintió la vibración de una onda bajo los pies y se detuvo. Se quedó totalmente inmóvil y extendió los brazos a los lados para mantener el equilibrio sobre el tembloroso cristal.

«¿Qué demonios está haciendo?»

Los labios de Ozols dibujaron una sonrisa cuando oyó el crujido.

—¡Max! ¡Aléjate del cristal!

Sofia estaba junto a la barandilla, apuntando con el arma en su dirección y meneando la cabeza.

Un grito que salió por megafonía desató aún más el pánico entre la multitud. Max vio que Sofia trataba de calmar a la gente que corría a su alrededor, pero sin demasiado éxito.

Ozols volvió a saltar con la misma mirada imperturbable de antes.

El crujido del cristal sonó aún más fuerte.

¿Era aquel el final para un hombre que lo había perdido todo y que, por último, conseguía ganar? Si conseguía que se completara su plan, no le importaba la supervivencia.

Se abalanzó sobre Max.

El filo cortante de una fina viga metálica que mantenía unidas las hojas de cristal se le clavó a Max en la espalda al caer y le hizo una herida. Todo crujía cada vez más bajo el peso de ambos. Max miró al suelo. Cuatro pisos más abajo, los pasajeros miraban boquiabiertos cómo luchaban allá arriba aquellos dos cuerpos. Finalmente soltaron lo que tenían en la mano y salieron corriendo hacia los laterales.

—¡Max! ¡Tienes que apartarte del cristal!

Y entonces este se quebró.

Ludwigs Ozols cayó moviendo los brazos. Cuando el cuerpo se dio contra el suelo de mármol que había ante los comercios, allá abajo, lo que se oyó no fue un golpe, sino una sacudida sorda seguida de un denso silencio que duró unos segundos. Luego estalló el estridente repiqueteo de los cristales que aterrizaban sobre él.

Max hacía equilibrios sobre la viga de metal que le había salvado la vida. Se aferraba con las manos y los pies a las vigas más cercanas, que se balanceaban bajo su peso. Se volvió boca abajo y se arrastró cuidadosamente por la estructura metálica hasta que alcanzó la barandilla.

Sofia lo esperaba para ayudarlo.

—Joder, ¿estás bien?

Max respiró aliviado y echó una última ojeada a la galería que se extendía allá abajo.

—Tenemos que ir al camarote.

Se abrieron camino a empujones entre la muchedumbre hasta la escalera y desde allí fueron hasta la planta donde se encontraba el 105. En aquel lugar no había gente histérica gritando, tan solo un largo pasillo con las puertas cerradas. Llegaron al camarote en cuestión y Max sacó la tarjeta.

—¿Y si la puerta también está conectada a una carga explosiva? —preguntó Sofia—. Quizá deberíamos esperar a algún artificiero...

—No hay tiempo —dijo Max, y metió la tarjeta en la puerta.

Cuando oyeron el discreto clic de la cerradura, Max miró a Sofia y asintió.

Entraron. Había un sillón color coral justo a la derecha de la puerta. A la izquierda había un escritorio con dos armarios colgados de madera de cerezo. Silla, televisor, cama de matrimonio. Dos ventanas con cortinas blancas. En la cama, una colcha con una cruz como la de la bandera escandinava, con la misma forma que la de Suecia. Una cruz negra sobre un fondo blanco. El Gran Báltico. Un país que se desintegró antes de llegar a formarse en el período de entreguerras.

El corazón le latía en el pecho. Estaban tan cerca de solucionarlo todo... Pero, al mismo tiempo, se encontraban igual de cerca de una catástrofe devastadora. Faltaban poco más de cincuenta minutos para que dieran las doce.

Sofia sacó una mochila vieja de debajo del escritorio del camarote. La abrió y extrajo un estuche de cobre.

—¿Qué será? —dijo.

—Espera, Sofia, no toques nada.

«Mierda.»

Sacó la caja de Alprazolam. Recordó el anillo que llevaba aquel hombre y el águila, que volvía la cara iracunda hacia el este y daba la espalda al oeste. Ivánovich.

«¿Acaso Papanov lo sabía desde el principio? ¿Sería aquella maleta la razón por la que había venido a Suecia?

»No tengo elección.»

Cogió el teléfono y marcó el número.

—Tú estabas al corriente de la amenaza desde el principio —dijo.

—Deberías haber colaborado conmigo —contestó Papanov—. Ya no nos queda mucho tiempo.

—La maleta está en Kungsträdgården. Lleva una *molnia*. ¿Cómo la abro?

—No lo conseguirás.

—Siempre hay dos hombres que pueden abrir la trampa cazabobos y desarmar tanto la primera carga como la segunda, la que hay en la maleta. Supongo que Goga Golubkin era uno de los dos. ¿Tú eres el agente de apoyo?

—No, el agente de apoyo exhaló recientemente su último suspiro en el fondo del mar de Barents.

Así que lo que Charlie Knutsson había oído era verdad... Existía una conexión entre una de las temidas maletas y el *Kursk*...

Pero en el submarino no había una maleta con una bomba, sino el hombre capaz de desactivarla. «El refuerzo.»

Max dio un golpe con la mano contra la puerta del armario. No podía ser el fin. Tenía que haber una forma.

—¿Qué hay en la maleta?

—Procura alejarte de ella todo lo que puedas.

—No pienso salir corriendo a esconderme. He encontrado a Ozols. Y tengo sus cosas.

Al otro lado de la línea, Max oyó que Papanov tecleaba algo. Al cabo de una breve pausa, volvió al teléfono.

—De acuerdo —dijo Papanov—. Hay una forma si sigues mis instrucciones al milímetro. Pero no te las daré sin condiciones por mi parte.

—Muy bien —repuso Max, y miró a Sofia—. ¿Cuáles son tus condiciones?

Cuando Max concluyó la conversación y guardó en la mochila los objetos siguiendo las instrucciones de Papanov, le dijo a Sofia:

—Llama a la lancha de la policía, diles que nos esperen en la escala dentro de tres minutos.

Max y Sofia corrían tan rápido como podían por el puente de Skeppsbron. Al pie del puente de Strömbron había montones de gente agolpada en doble fila. Se estiraban, trataban de colarse y sostenían las cámaras en alto, como si esperasen ver a un famoso o a algún miembro de la realeza. ¿Qué información se había difundido entre la gente, aparte del hecho de que las calles estuvieran cortadas y la policía estuviera redirigiendo el tráfico?

Max y Sofia se abrieron paso entre la gente. Cuando vieron a un policía uniformado, ella aceleró el paso, echó a correr en su dirección y señaló a Max. El policía levantó la cinta y los dejó pasar.

Dejaron atrás la estatua de Carlos XII y giraron hacia las vallas antidisturbios revestidas de banderolas del Mir 2000. Max echó una ojeada al gran reloj de la cuenta atrás de Kungsträdgården.

Veintitrés minutos.

En el espacio que quedaba ante el escenario no había nadie. Max nunca había visto la plaza más céntrica de Estocolmo tan vacía. No se había visto ni un alma por allí desde que él y Sofia dejaron el punto que conduce a Gamla Stan.

Cuando se acercaron al podio del técnico de iluminación, Max vio un vehículo que parecía un carro militar blindado. Pensó en el artificiero que había visto en el despacho de Carpelan aquella misma mañana. Pero no se veía a ningún hombre con el consabido traje similar al de los astronautas. Ninguna puerta se abrió en el carro blindado y no se veía a nadie más por allí.

Por ahora, todo el mundo había aceptado las condiciones de Papanov. Quería un salvoconducto.

Veintiún minutos.

Se metieron debajo del podio y Max se quitó la mochila.

Allí debajo, en el centro, estaba la maleta.

El ruido de un motor rompió el silencio. Max se agachó para poder vigilar mejor la iglesia de San Jacob y la entrada del personal a la Ópera Real. Enseguida vio cómo se acercaba una furgoneta negra, que se detuvo en el lugar acordado. La puerta de corredera se abrió desde el interior y de allí salieron ocho hombres con uniforme y pasamontañas negros. Luego apareció Papanov, con una cazadora negra. Miró alrededor, vio el podio y echó a correr hacia Max y Sofia.

Los hombres de negro formaron un escudo humano alrededor del podio. Uno de ellos se giró y dejó un hueco para que pasara Papanov. Este se agachó y se arrodilló junto a ellos dos. Saludó con la cabeza a Sofia y se dirigió a Max:

—Saca el estuche.

Max abrió la mochila e hizo lo que le decía.

Papanov soltó los cierres. Dentro había un papel con unas largas series de números, que el ruso se puso delante.

Asintió y murmuró algo como para sus adentros. Algo que había leído en aquella incomprensible retahíla de cifras.

Le temblaban los brazos mientras levantó la parte delantera de la maleta a unos veinte centímetros del suelo.

—Sujetadla exactamente en esta posición —les dijo.

Max y Sofia aguantaron la maleta cada uno por su lado. A él le extrañó lo mucho que pesaba, casi como una persona adulta.

Papanov volvió a comprobar el papel y miró su reloj. Max atisbó la esfera.

Papanov había puesto su reloj digital en el modo de cuenta atrás. «Dieciocho minutos.»

Papanov estudió cuidadosamente el asa y los cierres. Llevó la mano derecha al asa y la apretó con fuerza con los dedos. Luego miró a Max y a Sofia.

—¿La estáis sujetando bien?

Ellos asintieron.

—¿Crees en Dios, Max? —dijo Papanov—. Porque es un buen momento para pedir perdón por nuestros pecados.

—No creo en Dios.

Papanov asintió.

—Yo tampoco.

Con un tirón rápido movió el asa hacia la izquierda. Cuando la había girado noventa grados hasta señalar hacia arriba, Papanov la soltó rápidamente, como si de repente estuviera ardiendo.

Se echó hacia atrás y respiró. Miró otra vez a Max y asintió.

—Ya podéis dejarla en el suelo.

Papanov puso los dedos en los dos botones que había debajo de la cerradura de la maleta.

—Siempre me ha costado lo del sentido de las agujas del reloj. Cincuenta por ciento de probabilidades. Esperemos que salga bien.

Max trató de adivinar si estaba de broma. Como de costumbre, Papanov no dio ninguna pista de si hablaba en serio o no.

Pulsó los cierres. Ya se podía abrir la maleta.

«Diecisiete minutos.»

Papanov fue abriendo la tapa despacio hasta fijarla en posición vertical.

Lo primero que vio Max fue el reloj que parpadeaba en rojo en la parte inferior del centro de la maleta. Aquello confirmaba sus cálculos.

Quedaban dieciséis minutos.

Centró la mirada en lo que constituía la parte principal de la maleta. Dos tubos metálicos enfrentados en forma de cono, unidos por un conducto en el que se veían dos marcas negras.

Una bomba que haría que se resquebrajaran cielo y tierra.

«La maleta del terrorista.»

Papanov volvió a coger el estuche de cobre. En el mismo lugar donde estaba el papel con la clave para desarmar la *molnia* había una llave. La que Goga Golubkin había llevado colgada del cuello.

Papanov abrió una tapa del panel del reloj y dejó al descubierto un botón rojo. Encima de él se encendió una luz azul.

Abrió otra tapa idéntica en el lado contrario del reloj. Debajo había una cerradura.

«Quince minutos.»

Papanov cogió la llave y la metió en la cerradura.

No sucedió nada.

Max miró a Sofia. Había cerrado los ojos y estaba sentada con las manos cruzadas. El retumbar de los latidos del corazón era casi ensordecedor. Cuántas cosas por hacer. No había podido hablar de todo con Pashie. Ni siquiera sabía dónde se encontraba. Aquello no podía ser el final.

Con sumo cuidado, Papanov giró la llave un cuarto de vuelta en sentido contrario a las agujas del reloj.

La luz azul se apagó.

El reloj se detuvo.

Papanov devolvió el papel y la llave al estuche. Lo guardó en la mochila y se la colgó a la espalda. Luego cerró la maleta.

El ruso miró a Max, quien asintió. De debajo del flequillo resbalaban por la frente gotas de sudor. Salió arrastrándose de debajo del podio.



Max se quedó mirando la maleta que tenía delante. Pero solo pudo hacerlo durante un instante. Enseguida entraron dos de los hombres vestidos de negro, la agarraron y se la llevaron de allí con gran cuidado.

Max y Sofia no hicieron nada para impedirselo.

Cuando salieron de debajo del podio, la puerta de la furgoneta negra se cerró de nuevo y el vehículo desapareció doblando la esquina de la iglesia de San Jacob.

Luego desaparecieron a la misma velocidad que la que habían llegado.

Max miró al cielo y se detuvo en la banderola que ondeaba sobre el gran escenario. Los rayos del sol de agosto quemaban como lágrimas ardientes.

Empezó a cruzar despacio la plaza desierta.

Toda la tripulación de las secciones seis, siete y ocho se ha trasladado a la sección nueve, aquí hay veintitrés personas. Nos encontramos mal, debilitados por el dióxido de carbono... La presión aumenta en la sección. Si nos dirigimos a la superficie, no sobreviviremos a la presión. No viviríamos más de un día. Todo el personal está reunido aquí en la sección nueve. Hemos tomado esta decisión puesto que ninguno de nosotros puede salir.

Está demasiado oscuro para escribir. Parece que no tenemos la menor posibilidad de que nos salven. Esperemos que alguien lea esto. Aquí está la lista de la tripulación de las demás secciones, que ahora están en la sección nueve y van a intentar salir de aquí. Saludos a todos. No hay motivo para la desesperación.

CAPITÁN LIOMKIN

Pashie estaba delante de la pared del fondo de la sala, entre un hombre y una mujer. Se puso la mano en el estómago para tratar de calmarlo.

El hombre que había a su lado era musculoso y tenía una gran cicatriz en la barbilla. Aún no era miembro del colegio de abogados ruso, pero Pashie lo había elegido porque sabía que podía confiar en él. Iliá era amigo de Max y había participado en la liberación de Pashie en San Petersburgo cuatro años atrás. Aún le quedaban un par de años para acabar Derecho. Pero, mientras estudiaba, hacía prácticas en un notable despacho de abogados de Moscú, que había asumido la tarea de representar a la organización femenina WORM contra el Estado ruso.

La mujer era Nadia, la prima de Pashie.

Nadie le había hablado de las notas del capitán Liomkin, de las últimas palabras y pensamientos de su vida. A su viuda le habían leído esas notas por

teléfono para que fuera escribiéndolas. Nadie creía que le fueran a entregar la carta original. Seguramente contenía también otra información que las autoridades preferían no difundir.

Durante más de una semana todo el mundo especuló sobre si aún quedaría alguien con vida en el submarino. Pero el informe oficial ruso que habían publicado el día antes dejaba claro que todos habían muerto en las horas posteriores al accidente. Los golpes que creían haber oído procedían, según el informe, de alguna maquinaria automática que siguió funcionando en el interior de la nave.

Llegaron al club de oficiales y centro cultural de la base naval de Vidiáyevo, en la región de Múrmansk, junto con unos quinientos familiares. Fuera colgaban del cielo unas pesadas nubes grises cargadas de lluvia, y el asfalto agrietado que había delante del edificio turquesa y blanco estaba cubierto de charcos. La tensión en la sala cambió cuando una comitiva de vehículos apareció ante la puerta. Puesto que Vidiáyevo era una zona cerrada, no había medios de comunicación occidentales por allí, solo el canal ruso ORT estaba presente en la sala.

Vladimir Putin, el presidente de la Federación Rusa, iba totalmente vestido de negro: tanto el traje como la camisa abotonada hasta el cuello. Subió solo al escenario y se colocó delante de un gran cortinaje negro, detrás de una tribuna de oradores que no le tapaba mucho más que la hebilla del cinturón.

Pashie no pudo por menos de sorprenderse al ver cómo era en realidad aquel nuevo y joven presidente. No era muy alto ni tampoco demasiado fuerte, como dejaban traslucir algunas de las fotos que circulaban de él. Al contrario, era menudo, casi escuálido. Sobre todo parecía joven.

En un principio, habló a los allí reunidos de un modo que no era típico de los líderes de su país. Ella no sabía si era su personalidad o la gravedad de la situación lo que lo impulsaba a hablar así. Era evidente que se encontraba

sobrecogido por la gravedad del momento.

Pero después, a medida que fue intuyendo la ira creciente en la sala, se puso una máscara protectora de la rabia. Empezó con un discurso analítico sobre las dificultades de establecer las razones de la catástrofe y, con un ardor que no convenció a Pashie, juró que haría todo lo posible por llevar a los responsables ante la justicia. Su mirada y su lenguaje corporal decían lo contrario.

La verdad descansaría para siempre en el fondo del mar de Barents.

El presidente trataba de afianzar su autoridad advirtiendo con la mano en el aire. Cuando alguien señaló que las viudas solo recibirían una compensación de mil rublos, unos veinticinco dólares norteamericanos, se apresuró a prometer que los familiares recibirían una cantidad equivalente al salario de diez años, es decir, siete mil dólares. Iliá apretó la mano a Pashie, le lanzó una mirada cómplice y se encogió de hombros, con ese gesto suyo tan característico. «Un buen principio. Pero es solo el principio.»

El presidente se sentía cada vez más frustrado, porque a pesar de haber prometido más de lo que nadie esperaba, las protestas no se acallaban. A Pashie la invadió una sensación de mareo. Pronto tendría que sentarse.

Lo que estaba sucediendo ante ella en aquella sala no le parecía una victoria, sino al contrario. Nadie podía quedarse impasible ante un ataque semejante. Vladímir Putin saldría destruido o endurecido de aquello. Pashie se preguntaba qué consecuencias tendría para el futuro desarrollo de la apertura y la democracia en su país.

Cuando el presidente le cedió la palabra al viceprimer ministro Klebánov y salió escoltado por un grupo de hombres corpulentos con cazadoras negras de piel, se espesó en la sala un ambiente tan tenso como si estuvieran en un linchamiento. Pashie presintió que la apertura que su país había perseguido durante los últimos años iba a desaparecer.

Klebánov garantizó que sacarían el *Kursk* y los cuerpos de los marineros muertos. Pero eso no calmó a los familiares.

Una mujer de corto pelo rubio se puso en pie y empezó a gritarle. La potencia de su voz acalló las protestas de los demás, y tanto ella como los esfuerzos del viceprimer ministro por tranquilizarla atrajeron toda la atención.

—¿Hasta cuándo vamos a tener que soportar esto? —gritaba la mujer—. Trabajan en una lata gigante por cincuenta dólares al mes. ¿Tú tienes hijos? ¡Seguro que no!

Los guardias y los oficiales de la armada rodearon a la mujer. Otra mujer vestida de civil que llevaba un abrigo beis se abrió paso entre los guardias para acercarse a la que gritaba. Pashie vio que llevaba en la mano una jeringuilla que sostenía a la espalda de la mujer: trataba de acceder a la piel por debajo de la ropa mientras los guardias le sujetaban los brazos. La mujer luchaba por liberarse y, con la cara vuelta hacia Klebánov, que seguía en el estrado, gritó:

—¡Quitaos las medallas!

Un instante después dejó escapar un gemido y cayó hacia atrás, pero los hombres que había a su alrededor la cogieron enseguida. Con la mayor diligencia, la sacaron de allí.

Cuando Pashie vio lo que había hecho la misteriosa mujer de la jeringuilla, estiró a sus amigos del brazo y les dijo:

—Venid, no me encuentro bien. Tengo que salir de aquí.

—Los mayores triunfos en nuestro trabajo siempre se celebran en silencio, ya sabes, Sofia. No habrá ninguna fiesta para celebrar que hayamos archivado esta mierda.

Sofia asintió mirando a su jefe. Estaban de nuevo en las oficinas de la policía judicial. El desmantelamiento estaba en marcha, pero les llevaría un tiempo.

Se sentía agotada por completo, no quería nada más que cruzar la calle hasta el hotel Amaranten y pedir una habitación. Pero la persona con la que quería celebrarlo no era suya. Y nunca lo sería.

Ignoraba lo que su jefe intuía que le estaba pasando, pero este sí sabía lo que quería que ella comprendiera. Se lo había dicho en otras ocasiones: «Tienes que seguir adelante». Y, para ella, ese consejo era verdad en demasiados planos a la vez.

—¿Qué ha dicho Schiller? —preguntó.

—Tiene bastantes cosas de las que responder. No creo que vaya a molestarnos mucho en el futuro.

Carpelan se permitió una sonrisa, que Sofia no pudo corresponder.

—Nos contó que, ante la disculpa oficial de Suecia a los bálticos, cuando trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores, hubo un invitado de Letonia que no acudió, aunque sí respondió con una carta que contenía una acusación y una amenaza.

—La misma acusación que figuraba en el libro *Aquellos a quienes*

*cuidamos*, que se había publicado dos años atrás —dijo Sofia—. Cuando Anastasia Friedenberga comprendió que Ludwigs Ozols había sobrevivido a los años en Siberia y que pensaba vengarse. Como diplomática letona no podía publicar el libro a su nombre.

—Puesto que la disculpa oficial consistía en una recepción en palacio, en presencia del rey y del ministro de Exteriores, el Servicio General de Seguridad se tomó en serio la amenaza. El asunto se mantuvo en secreto en un círculo muy reducido en torno al propio Schiller.

Sofia asintió. Era lo que ella había intuido desde el principio, desde que empezaron a investigar el primer asesinato, y ahora esto se veía confirmado. El secretario de Estado del Ministerio de Justicia recibía información de todas las fuentes: de los servicios de inteligencia del ejército, de la Central de Radio del Ministerio de Defensa, del Servicio General de Seguridad. Con el primer asesinato sonaron todas las alarmas. Aquello con lo que Ozols había amenazado ya en 1994 se había convertido en una amenaza real que pensaban activar ahora.

—Me parece que Schiller ha hecho lo que creía mejor para Suecia —dijo Carpelan—. Acallar a cualquier precio las voces que decían que hay fuerzas tan indignadas con lo que hicimos al final de la Segunda Guerra Mundial que están dispuestas a matar por ello. Lo que hizo Suecia destrozó muchas vidas.

—¿Y los primeros interrogatorios con Anastasia? —preguntó Sofia—. ¿Ha empezado a hablar ya?

—Sí, nos ha contado que fue en el campo de trabajo de Siberia donde Ozols entró en contacto con un científico que participó en la fabricación de esas maletas. Al parecer, la organización para la que trabajaba lo había traicionado. Al contarle a Ozols cómo funcionaba la maleta, se cobró algo así como una venganza.

—Vaya —dijo Sofia—. ¿Esperas que escriba todo eso en el informe?

—No —respondió Carpelan sonriendo con resignación—. Se lo comunicaré personalmente a la secretaria general del gobierno. Pero tú y Max podéis contar con una llamada del primer ministro. Sois unos verdaderos héroes.

Sofia asintió, pero no logró corresponder a Carpelan con una sonrisa.

La maleta que había preparado para el fin de semana en Londres seguía junto a la mesa del escritorio. El suplemento cultural de *The Sunday Times* con el anuncio de *El rey león* estaba encima.

—Tu familia ya habrá vuelto, ¿no? —preguntó.

—Voy a recogerlos al aeropuerto. Pero no me espero una ovación en el vestíbulo de llegadas.

A Sofia, en cambio, le esperaba una tarde con su padre en la cabaña de la calle Zinken. Allí seguro que la ovacionaban un poco, aunque no pudiera contarlo todo.

—A lo mejor podéis entonar a coro «El ciclo de la vida» —dijo—. Después de todo lo que hemos pasado, va de maravilla, ¿no?

Carpelan se echó a reír.

—Anda, vete a casa, Sofia —dijo—. Y *hakuna matata*.



Sarah había salido a la autovía de Essingeleden. Las ideas le daban vueltas en la cabeza y pisó el acelerador para ahuyentarlas. Para alejarse del recuerdo de Charlie, de la cabeza desfigurada, de la persona que había llamado para comunicarle que su presidente, amigo y mentor había perdido la vida, que nunca podría volver a hablar con él, que nunca podría abrazarlo y sentir el olor al perfume de Paco Rabanne que siempre llevaba.

Sin Charlie, a ella y a Vektor les faltaba un punto de soporte, alguien en quien apoyarse cuando fuera necesario. Jamás en la vida se había sentido tan sola como ahora.

Lo único que quería era volver a casa. Con sus hijos.

El motor del coche iba demasiado revolucionado y la velocidad era ya muy superior a la permitida. En menos de veinticinco minutos dejó atrás el centro de Tyresö en dirección a las carreteras que conducían al sur de la península y a su preciosa casa en la playa de Kalvfjärden.

Aparcó el coche y dio unos pasos raudos hacia la puerta de entrada, llamó para avisar de que estaba allí y metió la llave en la cerradura.

—¿Hola? —gritó.

La casa estaba en completo silencio. La cazadora de Lisette colgaba de una percha en la entrada. Sarah fue a la cocina. Había tres vasos de plástico en colores pastel con restos de leche con cacao de los que sobresalían unas pajitas. En la mesa estaban el móvil y la cartera de Lisette.

Sarah recordó la tormenta de sentimientos que la invadieron cuando a

Lisette le sonó el móvil en el restaurante italiano del centro de Tyresö. Cómo le habría gustado saber quién era. El dolor que sintió al no tener siquiera derecho a preguntar.

Echó mano del móvil y miró las últimas llamadas de Lisette: solo había tres llamadas dirigidas a ella, eran las únicas que había hecho. La que recibió durante el almuerzo era de un número que no figuraba entre sus contactos. Podía haber sido cualquiera, incluso un operador de venta telefónica.

Sarah abrió la cartera de Lisette, algo que en realidad le parecía una vergüenza, una indignidad y completamente tabú se mirara por donde se mirase. Detrás de las tarjetas de crédito y de algunos billetes había unas fotografías de Lisa y Björn, y de Lisette de expedición por la sabana con unos clientes y entre las dunas del desierto de Kalahari con una escopeta en el costado.

A Sarah se le saltaron las lágrimas. Se odiaba por aquello, pero tenía que mirar también las últimas fotos.

En una de ellas, un hombre rodeaba con los brazos a otra mujer. El llanto le anegaba las mejillas. Era el mismo cuya foto había encontrado cuando tuvieron aquella pelea catastrófica que terminó con la marcha de Lisette. Pero aquel hombre estaba casado, las dos personas que aparecían en la foto eran marido y mujer. Tenían que ser los amigos de Lisette.

Entonces ella no la había dejado por otra persona. ¿Cómo había podido cometer ese error? Pero, entonces, ¿le había dicho lo del hombre para herirla o era por su propio bien?

Ya no se acordaba. ¿Qué había pasado exactamente? ¿Qué las había separado?

La última foto era de Sarah. Estaba tumbada en el sofá viendo una película y levantaba la vista hacia Lisette, que había ido a la cocina a buscar algo durante la pausa para la publicidad. Aquella cara de niña. La sonrisa, lo más

natural del mundo. Recordaba aquella noche como si hubiera sido ayer.

Sarah se levantó y dejó la cartera donde la había encontrado.

Lo primero que vio en el dormitorio fue el traje blanco y negro de pantalón de Lisette, que estaba en la silla, junto a la cama; aquel traje realzaba su figura bien torneada y su piel morena. En el suelo había un juego de mesa y algunas piezas y cartas. «En busca del diamante perdido.»

La luz del techo estaba apagada, pero una de las lamparitas de lectura del cabecero de la cama difundía un cálido resplandor dorado sobre el montón de cuerpos que se veían enroscados bajo el edredón.

Sarah se sentó en el borde de la cama y se secó las lágrimas. Lisette estaba boca arriba con los brazos extendidos, como un Cristo con los niños durmiendo cada uno junto a un pecho, en esa paz y seguridad perfectas que siempre había soñado que tendrían sus hijos. Sarah apoyó la mano en la cadera de Lisette y sintió el calor de su cuerpo.

Sofia Karlsson abrió la puerta de la cabaña y enseguida la recibieron el humo de la cocina y el sonido de «Bobby Sox to Stockings» cantada por Frankie Avalon.

—¡Justo a tiempo! —dijo su padre.

Estaba con su delantal atendiendo la plancha de la hornilla y puso los huevos en dos platos con unas rodajas de salchicha de Falun a la plancha y patatas.

—Lo he oído por la radio. Hoy habéis salvado muchas vidas. —La abrazó con fuerza—. No tienes que contarme nada. No te imaginas lo orgulloso que estoy de ti.

—Gracias, papá —dijo Sofia—. Vengo con un hambre de lobo.

—¿Has traído cerveza?

Ella asintió y sacó dos cervezas de baja graduación de una bolsa del Seven Eleven.

—Anda, Falcon Bayerskt. ¡Cosa fina!

—He traído una cosa más —dijo Sofia.

—¿Qué es? —preguntó su padre, y sonrió con curiosidad.

Sofia paró la música y extrajo el CD. Sacó de la bolsa el disco recopilatorio *Absolute Music 33* y lo metió en el reproductor. Le dio al botón de reproducir.

—¿Qué es esto? —dijo su padre.

Sofia le dio la vuelta a la funda y leyó por la parte de atrás.

—«Cartoon Heroes», del grupo Aqua —dijo.

—¡Qué disparate!

Sofia se echó a reír. Se acercó a su padre.

—A lo mejor nos acostumbramos, ¿no? Me parece que a mamá le gustaría.

—¿Crees que a tu madre le gustaría «esto»?

—Ya hace más de dieciocho años, papá. A nosotros siempre nos gustaban sus canciones de antaño. Pero creo que a ella también le gustaría que siguiéramos adelante. Que dejáramos de aferrarnos a su recuerdo.

La habitación olía a flores marchitas. El sol llevaba tiempo calentando las ventanas que daban al jardín. Nadie había estado allí en varios días. Max miró la cama sin hacer, con dos edredones enrollados. La marca de dos cabezas se apreciaba en los almohadones. Se acercó al jarrón que había en la ventana y le dio la vuelta a la tarjeta que colgaba de uno de los tallos mustios.

«Felicidades en este gran día. Tuya, Tassenka.»

Abrió de par en par la puerta del armario ropero y observó el aparato de fax que Charlie había sacado y colocado en el suelo, justo delante de la puerta. Entró en la habitación secreta por segunda vez.

El armero no estaba cerrado con llave. ¿Acaso Charlie era consciente de que estaba en peligro y quería tener acceso rápido a un arma, o fue solo un descuido? Cuántas preguntas para las que Max nunca hallaría respuesta... En el armero había, tal y como se figuraba, una escopeta de caza con su munición correspondiente, algo totalmente acorde con Charlie. Pero la Walther PPK era más difícil de explicar.

«¿Revisaría la policía aquel cuarto secreto? —pensó Max—. ¿Lo haría quizá como parte de la investigación? Charlie había muerto y la policía estaba al corriente de quién era el asesino y cuál había sido su móvil. Y no había más, ¿no? ¿O ahora iban a empezar a interesarse por la vida de Charlie y a investigar todo lo relacionado con Vektor?»

En el escritorio había una pila de documentos.

colisión con un «cuerpo externo masivo» aún no identificado, pero que debía de tener un desplazamiento de entre 700 y 800 toneladas y se movía a unos 6 nudos (mayor velocidad que el *Kursk*) a entre 20 y 25 metros de profundidad. El *Pedro el Grande*, que había sido el primero en descubrir un segundo objeto en el fondo marino, también ha advertido la presencia de boyas de salvamento verdes y blancas en el agua. Las boyas rusas son rojas y blancas. Ni la comisión ni las autoridades rusas han hecho públicos esos datos. Según nuestras propias fuentes, hemos podido confirmar que todos los mástiles exteriores, así como el periscopio del *Kursk*, estaban izados en el momento del accidente.

Max dejó el papel en la mesa. ¿Qué hacía Charlie en aquel cuartillo con ese tipo de información tan especializada y secreta? ¿Y con una Walther PPK en el armero?

La última información era particularmente llamativa. ¿Por qué había de tener izado el periscopio y los mástiles de comunicación un submarino que se encuentra a ciento diez metros de profundidad? Eso quiere decir que habían emergido a la superficie antes de que se produjera el accidente. ¿Para comunicarse con alguien, quizá? En aguas profundas solo podían hacerlo a través de frecuencias extremadamente bajas, un sistema torpe y lento. Más cerca de la superficie podían recurrir a frecuencias más altas y utilizar un teléfono subacuático. ¿Subiría el *Kursk* a la superficie para recibir una llamada?

¿Sobre qué? ¿De quién?

Recordó lo que le había dicho Papanov.

«El agente de apoyo exhaló recientemente su último suspiro en el fondo del mar de Barents.»

¿Habría estado Papanov en contacto con el *Kursk*? ¿Fue por él por quien habían emergido a la superficie para recibir esa llamada poco antes de que se produjera el accidente?

No solo quedaron enterrados en el fondo del mar un centenar de marineros rusos.

Con ellos había desaparecido también la verdad.

¿Tal vez por eso nadie se había apresurado a salvarlos?

Los documentos estaban firmados por «Charlie Knutsson» y se habían enviado a un número de fax inglés sin nombre asignado. Seguramente a Londres.

«Charlie, muchacho, ¿quién eras en realidad?»

¿Del MI-6? ¿De los servicios secretos británicos?

Max pensó en las reuniones en Vektor, en los intentos de usar el submarino de rescate URF y la base naval de Berga, en que Charlie le pidió los datos de Hein Espen, en Noruega. En cómo él entregó sin más esos datos a su presidente. En lo rápido que Charlie se sumó a la idea de dejar que el equipo de Berga rescatara los cadáveres. Y al ver que no salía bien, se puso en contacto con Hein Espen. Cualquier cosa con tal de acceder al lugar del accidente.

«Los hemos ayudado con su coartada.»

Al lado de los documentos de la mesa había un fax. Era de Peter Tillberg, del diario *Dagens Nyheter*. En el asunto de la primera página se leía: «Artículo según acuerdo para tu supervisión y comprobación de datos».

Max pasó a la página siguiente. «Según fuentes fidedignas, se enviaron a la embajada rusa en Estocolmo ciertos datos sobre una extraña señal...»

La fuente de Tillberg no era un colaborador del FRA, la Central de Radio del Ministerio de Defensa. Era Charlie.

La oscuridad ya se había impuesto del todo cuando Max acabó de cargar en el maletero del coche todo el contenido del escritorio, del archivo y del armero. Se sentó al volante para volver a Estocolmo cuando empezó a vibrar el móvil, que llevaba en el asiento del copiloto. Miró la pantalla: era una



llamada de un número desconocido. Se llevó el teléfono a la oreja.

—Así pues, ¿esas eran sus condiciones? —dijo el primer ministro cuando Max lo puso al corriente de las conversaciones que mantuvo con Papanov antes del desenlace final en Kungsträdgården.

La furgoneta negra fue directa del centro de Estocolmo al aeropuerto de Barkarby, donde un avión Hercules esperaba con la rampa extendida en la pista de aterrizaje. El coche de Papanov habría podido subir a bordo sin detenerse. Poco más de una hora después debió de aterrizar en el lugar deseado, en una dirección desconocida para Max, desconocida para todos salvo para Papanov y sus hombres.

Max sospechaba que el avión no aterrizaría en ninguna de las instalaciones militares oficiales de Kaliningrado ni tampoco de las afueras de San Petersburgo, pero se reservó su teoría para sí.

—Así que esa maleta estuvo escondida durante décadas en algún lugar de Suecia, ¿no? —dijo el primer ministro—. ¿Con quién habéis podido vincularla?

«Con una organización paramilitar que se hace llamar Ivánovich —pensó Max—. Que entra y sale de la Administración Pública rusa como una hidra invisible.»

—Ojalá nunca tengamos necesidad de averiguarlo —dijo.

—Después de hablar con Per Carpelan, me ha parecido entender que hemos de introducir una serie de cambios —dijo el primer ministro—. Nuevos tiempos exigen nuevos métodos. Otra forma de colaboración entre la policía, el Servicio General de Seguridad y el ejército en las zonas grises que separan sus ámbitos de actuación. Espero que nunca tengamos que volver a vivir nada parecido, pero si llegara el caso, considero extraordinariamente valioso el hecho de tener a nuestro lado a personas como tú.

¿Le estaba haciendo una oferta de trabajo? Aún pervivía la desagradable

sensación que había experimentado tras el descubrimiento en casa de Charlie. Max nunca habría querido hacerle los recados a otro país. El único país al que quería servir era Suecia.

Recordó las palabras que su padre le había dicho un día.

—Hay cosas que estamos obligados a defender. Y a combatir —dijo Max—. Siempre, en cualquier situación, a cualquier precio.

*Riga, abril de 1996*

Dos guardias llevaban a Kandinski por el pasillo hacia la sala de visitas. Cada uno iba sujetándole un brazo, con tanta fuerza que lo mantenían inclinado hacia delante. Ozols reconocía la postura de marcha perfectamente. Así era como llevaban a los prisioneros en la antigua Unión Soviética y, al parecer, aún seguían haciéndolo, a pesar de que ya no existía aquel Estado del terror.

Los hombres que había intramuros habían matado entre todos a más de tres mil personas. Una media de cinco por preso. Pero no todos eran asesinos. Allí había caníbales, pederastas y terroristas. Desde las seis de la mañana y durante las dieciséis horas siguientes no les permitían sentarse en la cama. Gracias a las cámaras conseguían que se cumplieran las reglas. Cada quince minutos revisaban las celdas. Los guardias apenas podían llamarlos «personas». Preferían referirse a ellos como «perros».

La mayoría de aquellos hombres nunca volverían a ser libres, pero la nueva situación política infundía cierta esperanza. Algo que Ozols había pensado aprovechar.

Colocaron a Kandinski en la silla, al otro lado de la mesa vacía.

Ozols tragó saliva ruidosamente. Desde aquel pequeño barco con el que cruzó el Báltico, después del internamiento y la huelga de hambre en Suecia y el Camino de los Huesos hasta Siberia, finalmente había llegado aquí. Cara a cara con aquel a quien solo había visto en sueños.

Si lo que había oído era verdad, los dos habían evolucionado en el mismo sentido, pero de forma independiente el uno del otro. Habían tenido los mismos pensamientos. Habían llegado a las mismas conclusiones.

El universo se había plegado a su voluntad de reencuentro y de desagravio. Casi podía decirse que era demasiado.

Kandinski no era un niño, sino un hombre hecho y derecho. Corpulento y cubierto de heridas, exactamente igual que él. Con el cuello tatuado de tinta. La cabeza rapada. Qué pocas cosas habían cambiado para los que eran como ellos. Kandinski era uno de la larga lista de hombres letones a quienes les habían arrebatado la vida.

—Me han dicho que sabes pintar —dijo Ozols.

Kandinski levantó la cabeza. Una mirada empañada, casi adormecida.

—He venido para hablar contigo del mundo que hay ahí fuera —continuó Ozols—. Ese mundo que una vez fue nuestro y que todavía puede ser tuyo.

Kandinski resopló incrédulo.

—¿Nuestro? —dijo.

—Sé quién eres y cuáles son tus potencialidades. Tanto las tuyas como las de Estia.

Aquellas palabras cambiaron algo y se le encendió un destello en la mirada.

—Sé quiénes son tus amigos y tus enemigos ahí fuera. Ha llegado para ti la hora de levantarte y cumplir tu papel en la historia como guerrero. Llevas en la piel nuestra cultura.

—¿Quién eres?

—Luché con los alemanes como legionario en la Segunda Guerra Mundial, con la esperanza de garantizar que nuestro país fuera independiente de los rusos. Cumpí condena en Siberia, después de la traición de los suecos. La posibilidad de conocerte es lo que me ha mantenido con vida durante todos

estos años. He ideado un plan para nuestro desagravio.

—¿Por qué yo?

—Porque eres mi hijo.

## EPÍLOGO

*7 de septiembre*

Pashie estaba en una cama del hospital de Múrmansk, con un camisón gris muy desgastado, esperando a que volviera el médico.

Durante dos semanas enteras Iliá, Nadia y ella habían estado reunidos con los familiares de los marineros y con representantes del Estado ruso. Los últimos días, Pashie había empezado a sufrir un tipo de malestar distinto del que le provocaban los medicamentos y dejó que los otros dos terminaran las reuniones sin ella. Al final, Nadia la convenció de que fuera a ver a un médico.

Después de examinarla, el facultativo pudo decirle cuál era el problema y la dejó sola para que pudiera digerir la noticia. Pashie había pensado en ello las últimas semanas que estuvo en Estocolmo. El chamán tenía razón. Él le había confirmado lo que en el fondo ella sabía todo el tiempo: que no le pasaba nada.

Recordó la noche posterior a su vuelta de Värmdö, cuando desapareció Charlie Knutsson. Fue la última vez que estuvieron juntos. Después, Max se marchó al club de boxeo y lo agredieron. Y, a partir de ese momento, la cosa fue de mal en peor. Las amenazas, los asesinatos, las fotografías.

Mientras escribía el mensaje de móvil a Max, sintió las lágrimas rodándole por las mejillas. Pero no eran solo de tristeza. También se mezclaba con el desagravio.

El médico volvió, se le acercó y le puso la mano en el brazo.

—¿Te has decidido ya? —preguntó.

Pashie miró el breve mensaje que acababa de enviar a Suecia. Las últimas palabras del chamán le resonaron claramente en la cabeza una vez más.

Miró al médico a los ojos.

—Sí, me he decidido.

Que mis cenizas se escondan  
en el seno de la tierra.  
Que el mundo olvide el lugar  
donde descanso sin nombre:  
Lugar y nombre conoce de sobra nuestro Señor  
cuando va llamando a aquellos que amigos suyos son.

Max estaba solo junto a Tore en el cementerio de Rumshamn. Tore leyó el salmo ante la tumba familiar en la que Maj-Lis Toom se reunía ahora con aquellos que nunca existieron, ese marido y ese hijo que se inventó. Cuando Tore terminó, le hizo un gesto a Max para que depositara un presente en la tierra, junto al ataúd.

Max se acuclilló y dejó sobre la tapa del ataúd la nota del hospicio de Riga. Quería que ella, Rebeka Meija, se llevara consigo el único objeto que tenía alguna relación con su verdadero hijo. El recibo que le recordaba el instante más difícil de su vida, y que provocó tanto sufrimiento para ella y para otras muchas personas.

Todo lo que uno hace en la vida tiene sus consecuencias. Maj-Lis fue la primera víctima. A diferencia de las demás, ella misma era responsable de su pecado. Un pecado por el que recibió como castigo la muerte.

Tore lo miró y enarcó las cejas, como preguntándose si eso era todo.

«Sí, eso es todo», pensó Max. Los colaboradores de la unidad forense habían retenido su cadáver el tiempo suficiente. Ya era hora de que pudiera

disfrutar del descanso eterno. Ya era hora de pasar página y seguir adelante.

Tore empezó a cubrir la tumba de tierra y Max bajó caminando entre los arbustos de arándanos por el sendero del bosque hacia la antigua cabaña de Maj-Lis y llegó al muelle.

En ese momento le sonó el móvil.

—Hay cosas de las que tenemos que hablar —dijo.

—Quiero contarte lo que dijo el chamán —respondió Pashie—. Dijo que el fallo no era mío. Y tenía razón.

Max asintió.

—Comprendo —repuso.

—Dijo que no debía juzgarte, que no es fácil comprender la voluntad del espíritu. Dijo que es algo que está creciendo en tu interior. Algo de lo que quieres librarme a mí.

—Tengo una predisposición hereditaria —dijo Max—. De mi abuelo paterno. Te lo contaré todo.

—Ya no importa —replicó Pashie—. No voy a volver. Nuestros intentos, tu cacería desesperada en pos del asesino, la catástrofe del *Kursk*: todo ha terminado. Toda esta mierda de maldición de agosto ha terminado.

—Entonces ¿piensas quedarte en Rusia?

—He tenido aquí una reunión con el director de un museo del gulag. Me han enseñado listas de nombres de quienes trabajaron en la construcción del canal Mar Blanco-Báltico. Espero poder averiguar lo que le pasó a mi padre.

Guardaron silencio: cada uno escuchaba la respiración del otro. Ambos eran hijos del mismo espíritu, ninguno de los dos era capaz de olvidar el pasado y dejar que las injusticias pasaran a la historia. Se habían prometido muchas cosas y la más importante era no entorpecerse mutuamente.

Max clavó la mirada en Arholma, que se extendía al otro lado de las aguas. Fue asimilando todo lo que le había dicho Pashie. Lo relacionó con el



contenido del mensaje de móvil que le había enviado aquella misma mañana. Un mensaje donde lo informaba de la noticia y de la decisión que había tomado.

—Aquí solo ha terminado una cosa —dijo Max—. El mes de agosto. Todo lo demás sigue existiendo.

## EPÍLOGO DEL AUTOR

Mi más sincero agradecimiento a mi agente Joakim Hansson, de Norden Agency, a mi editora Karin Linge Nordh y a mi editor de mesa John Häggblom. Gracias por creer en mis ideas y por poner en ellas conocimientos, alma y corazón.

Algunas partes de este relato tienen su origen en sucesos reales. Pero mis personajes, sus opiniones, su personalidad y sus circunstancias son ficticias. Cualquier posible coincidencia con personas reales es involuntaria.

Los versos que figuran al principio de la novela son una *daina*, un tipo de canción tradicional típica sobre todo de Letonia.

La «Acusación contra Suecia» se inspira en un escrito similar que figura en el libro *La entrega de los bálticos*, de Valentin Silamkelis, el cual, por cierto, recomiendo fervientemente.

He reproducido las notas pertenecientes al capitán del *Kursk* con toda la fidelidad posible, aunque por consideración a él y a sus familiares he cambiado todos los nombres.

Los versos del epílogo pueden leerse en el tablón que hay delante del cementerio del cólera de Björkö, en Roslagen, y pertenecen a un salmo del poeta y arzobispo upsalense Johan Olof Wallin (1779-1839), concretamente, al salmo 358 de la edición de 1932-1940.

## ¿Quién será el siguiente en caer en este thriller apasionante y adictivo?

«Österdahl es el maestro de la conspiración. ¡Léelo!»

**Camilla Läckberg**



En una subasta en Roslagen descubren el cadáver de un hombre dentro de uno de los arcones de ajuar a la venta. Con este crimen queda inaugurada una macabra serie de asesinatos en las más altas esferas de la sociedad sueca. Ante la brutalidad y el tremendo ingenio del asesino nadie sabe quién será el siguiente de la lista ni cómo protegerse de él.

Mientras, la Marina rusa lleva a cabo unas maniobras de gran envergadura, las más complejas desde la caída del Muro de Berlín. En el transcurso de una de las operaciones el submarino nuclear Kursk queda atrapado en el fondo del océano... con la tripulación dentro y agotando su tiempo de vida con cada bocanada de aire que respiran.

Max Anger ata cabos donde nadie más podría hacerlo y se da cuenta de que ambos hechos, los terribles asesinatos y el accidente del submarino, están relacionados. Solo él puede detener al asesino sorteando todo tipo de obstáculos en una carrera contrarreloj en la que multitud de vidas están en juego.

**«La serie Max Anger de Martin Österdahl es muy sólida. El autor utiliza su experiencia personal en Rusia de forma efectiva y relata la historia**

**con un lenguaje claro y directo.»**

*Smålandsposten*

**«Una historia de intriga que entrelaza la industria de las telecomunicaciones, la política rusa, el espionaje y la sombra de Stalin durante la Segunda Guerra Mundial.»**

*Norrtales Tidning*

**«¡El thriller más emocionante del año! En su segunda novela, de estilo impecable, Österdahl nos presenta a una organización despiadada y nos plantea una serie de difíciles desafíos.»**

*Borås Tidning*

**«Suecia tiene un nuevo maestro del suspense. No puedes perderte sus libros.»**

MONS KALLENSTOFT

**Martin Österdahl** estudió ruso y cursó estudios sobre Europa del Este y Economía. Trabajó en televisión durante veinte años al mismo tiempo que dirigía la televisión sueca y el Festival de Eurovisión. Su interés por Rusia y su cultura surgió a principios de la década de 1980. En la actualidad vive a las afueras de Estocolmo con su familia.

Título original: *Tio svenskar måste dö*

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2017, Martin Österdahl

Edición original de Bokförlaget Forum, Suecia

Publicado previo acuerdo con Nordin Agency AB, Suecia

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Carmen Montes Cano, por la traducción

Adaptación de la portada original de Elina Grandin: Penguin Random House Grupo Editorial / Carlos Pamplona

Imágenes de la portada: Dreamstime y Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02051-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Diez suecos han de morir

Prólogo

Sábado, 12 de agosto de 2000

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Domingo, 13 de agosto

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Lunes, 14 de agosto

Capítulo 12



Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Martes, 15 de agosto

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Miércoles, 16 de agosto

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Jueves, 17 de agosto

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Viernes, 18 de agosto

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Sábado, 19 de agosto

Capítulo 96

Capítulo 97

Capítulo 98

Capítulo 99

Capítulo 100

Capítulo 101

Capítulo 102

Capítulo 103

Capítulo 104

Capítulo 105

Capítulo 106

Capítulo 107

Capítulo 108

Capítulo 109

Capítulo 110

Capítulo 111

Capítulo 112

Capítulo 113

Domingo, 20 de agosto

Capítulo 114

Capítulo 115

Capítulo 116

Capítulo 117

Capítulo 118

Capítulo 119

Capítulo 120

Capítulo 121

Capítulo 122

Capítulo 123

Capítulo 124

Capítulo 125

Capítulo 126

Capítulo 127

Epílogo

Epílogo del autor

Sobre este libro

Sobre Martin Österdahl

## Créditos